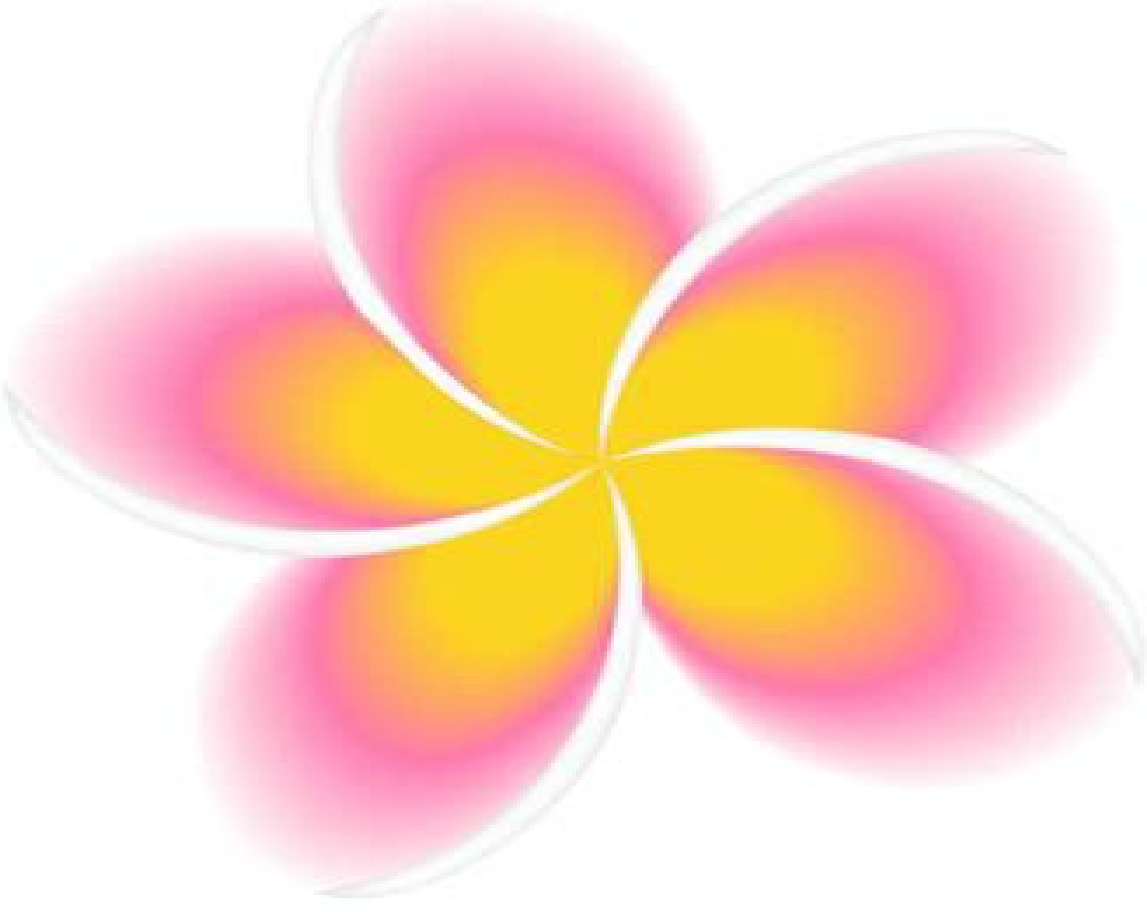
CARLOTA MANZANO

UN INESPERADO CONTRATIEMPO

Bilogía "Nosotros" 1



CARLOTA MANZANO

UN INESPERADO CONTRATIEMPO

Bilogía "Nosotros" 1

CARLOTA MANZANO



Bilogía “Nosotros” 1

Primera edición.

Un inesperado contratiempo. Bilogía “Nosotros” nº1

Carlota Manzano

©septiembre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Un inesperado contratiempo. Bilogía “Nosotros” nº1

Carlota Manzano

©septiembre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 1



«Hay que disfrutar saboreando cada instante que vivimos, independientemente de cómo se dé y de dónde. Las formas en las que suceden los encuentros son muchas, como también los comienzos, pero cuidado cuando surgen con prejuicios preconcebidos, creados por habladurías y reforzados por la mente. Debido a ello, el comportamiento y la actitud que tomas frente a las personas y las situaciones que se presentan, te llevan a no ver con la claridad necesaria lo que se esconde en lo que te rodea. Para ponerle freno a todo lo anterior y saber cómo es quién se cruza en tu camino, hay que experimentarlo de primera mano, con una visión personal que puede hacer tambalear lo asumido. Y cabe una gran posibilidad de que la perspectiva cambie variando lo anteriormente asentado. Y más, cuando algo que no esperabas, algo que te acorrala y llega de golpe, se apodera de ti, provocando que las dudas te asalten mientras no encuentras la manera de frenar lo que se desata en tu interior…»

Riley

Mirando por la ventanilla del taxi los ojos se me iban hacia cada detalle que veía en movimiento. Hacía diez minutos que había aterrizado en el aeropuerto de Los Ángeles, hasta que conseguí salir del avión después de doce horas y media largas. Había llegado hinchada como un globo, al menos esa era la sensación que tenía en el cuerpo; y mis piernas y tobillos así lo demostraban. Suerte que decidí ponerme unas deportivas cómodas y modernas.

Quedaban otros quince minutos, aproximadamente, para que el taxi me dejara en el que iba a ser mi destino durante un tiempo, el que no sabía cuánto se alargaría.

—¿La primera vez? —Se dirigió a mí el taxista hablando en inglés y le presté atención.

Por suerte lo dominaba perfectamente, hablándolo y entendiéndolo. Me olvidé de mi idioma nativo para dirigirme a él, lo que continuaría haciendo hasta que hablara con los míos o regresara a España.

—Sí, ¿se nota mucho? —hablé divertida.

—Un poco, bastante —sonrió—. No tardaremos en llegar.

—Perfecto, gracias. —Le devolví el gesto.

Centré la vista hacia el exterior, otra vez, y me maravillé de lo poco que podía observar desde el interior del coche. Fuera como fuese, saliera como saliese, estaba claro que iba a ser toda una experiencia que valía la pena disfrutar, siempre que el trabajo me dejara, porque eso mismo me había traído hasta aquí.

Supe que estábamos cerca cuando se desvió y empezó a circular por una zona en la que cambiaban las características. La vegetación nos rodeó y me senté recta en el asiento, cogiendo varias veces aire, preparándome. Cuando paró y después de pagarle, el hombre se bajó y sacó mi equipaje del maletero. Llevaba conmigo una maleta grande y otra pequeña, aparte de un neceser que iba enganchado a la de mayor tamaño.

—Muchas gracias —le dije cuando las dejó junto a mí.

—A usted. Que disfrute, aunque quién no lo haría en un lugar como este —aseguró mirando a mi espalda.

—Eso espero —sonreí tensa, porque el sitio carecía de importancia si lo que lo envolvía y lo llenaba no colaboraba.

Me despedí de él y me giré hacia la entrada del terreno que daba a la construcción en la que me estaban esperando, la que iba a ser donde me quedaría. Darío, mi jefe, me había adelantado que dispondría de intimidad, que no me faltaría mi espacio personal. Supuestamente yo viviría en una pequeña casa que estaba separada por unos cientos de metros de la principal. Y con la vegetación que había en el interior… Lo comprobé personalmente cuando me acerqué a la verja grande de la entrada, viendo una pequeña parte del espacio que abarcaba.

—Vamos a ello —solté el aire despacio y pulsé el timbre, nerviosa. Para qué voy a decir lo contrario.

Una semana antes del viaje…

—Joder, nena. Anda que te ha enviado cerca Darío. —Hizo una mueca Paola refiriéndose a mi jefe. Acababa de darles la noticia.

—¿Cuándo te vas y cuánto tiempo tienes que estar allí? —Quiso saber Yago.

Ellos eran mis dos amigos desde hacía bastante tiempo. A Paola la conocí seis años atrás de una forma un tanto curiosa. La primera vez que nos vimos fue en la sala de un cine. Las dos fuimos solas a ver la película de la que todo el mundo hablaba por aquel entonces.

Nos separaban dos asientos libres y después de varias escenas tensas, para ella críticas, cuando me di cuenta la tenía al lado agarrando con fuerza el cubo de palomitas, mientras me miraba con una sonrisa tirante. A la mitad, empezamos a hablar en susurros y cuando terminó, salimos comentando qué nos había parecido.

Al principio solo quedó en una coincidencia, hasta que un poco más de una semana después, nos encontramos

por casualidad en la calle y al reconocernos decidimos tomar un café. Uno que se alargó porque congeniamos muy bien, tanto, que intercambiamos los números de teléfono y hasta hoy día en el que nuestra amistad había ido creciendo, fortaleciéndose.

Mi historia con Yago no tenía nada que ver. Estábamos en la vida del otro, en serio, desde que empezamos a cursar el bachillerato. Coincidimos al inicio del primer curso porque mezclaron a los alumnos de las tres clases que subieron, al ser un centro en el que se cursaba el grado superior si optabas por no salir de él. Hasta ese entonces nos teníamos vistos, lógicamente, pero nada que ver desde el instante en el que él ocupó la mesa de mi lado. Fue un descubrimiento, en ambas direcciones, un regalo que manteníamos constante en nuestras vidas.

—Darío me ha dicho que con que llegue a principios de la semana que viene está bien —dije pensativa. Me quedaban días por delante, todavía era martes—. Y del tiempo ni idea, el que tarde en hacer mi trabajo. —Me encogí de hombros.

—Pues espero que tu jefe no escatime en gastos y piense en conseguirte alguna vivienda independiente, porque nos vas a ver más por aquellas tierras que lo que lo haces aquí —sonreímos ante el comentario de Paola.

—No creo que haga falta, Riley es muy eficiente —comentó Yago.

—Esta vez no las tengo todas conmigo.

—¿Y eso? —Levantó una ceja.

—Lo único que sé, por ahora, es que me encargaré de un trabajo un tanto diferente. —Carraspeé.

—¿No vas a defender a alguien? —Se interesó Paola, extrañada.

—No, digamos que estaré de incógnito —negué.

—¿Tú? ¿De incógnito? —Soltó una carcajada Yago.

—¿Perdona? ¿Estás poniendo en duda que pueda hacerlo? —Levanté una ceja, cruzándome de brazos.

—No puedo hacerlo porque no sé a qué te estás refiriendo. No cuestiono tus habilidades, lo sabes, pero no me negarás que tiene gracia —dijo sin poder apartar la diversión y continuó al ver la mueca que hice—. Riley que nos conocemos y puedes ser muchas cosas maravillosas, pero pasar desapercibida ¿crees que lo conseguirás? Por cierto, y referente a qué o hacia quién, porque es toda una novedad. En todos los años que llevas trabajando en el bufete nunca había oído algo parecido, y ya son muchos los que ejerces de abogada.

—Según Darío es un trabajo muy especial. Se trata de un favor a un buen amigo suyo y quiere que me encargue yo personalmente. Mañana tengo que reunirme con los dos y sabré más.

y

—Ya tiene que serlo para enviarte hasta Los Ángeles —comentó Paola.

—A la zona de Bel-Air, más concretamente —remarqué.

—Creo que este año me voy a pegar las vacaciones de mi vida —dijo Yago con una sonrisa, recostándose en la silla.

—¿Ya sabes la fecha en la que las coges?

—En dos semanas. —Nos hizo un guiño.

—Pues entonces sí, en una semana no me dará tiempo a todo lo que supuestamente tengo que hacer —sonreí hacia él.

—Jo, yo no tengo ni idea todavía, pero me queda más, seguro. —Hizo un puchero Paola—. Ya veréis que para una vez que tengo la oportunidad de ir a Los Ángeles, me quedo a las puertas. —Sopló hacia arriba, retirándose el pelo de la cara.

—Ves actualizándonos la información cuando la sepas segura, hablaré con Darío. Si para entonces he terminado, ¿qué importará que estemos unos días más allí?

—¡¡Ahhh…!! —gritó levantándose de la silla, lanzándose sobre mí.

Soltamos una carcajada porque lo hizo con tanto ímpetu que casi nos fuimos las dos al suelo. Habíamos quedado para pasar la tarde por petición mía. Solíamos hacerlo habitualmente, no es que fuera nada raro, pero cuando alguno de los tres sacaba a relucir la palabra: «novedades», ya fuera por mensaje o en una llamada, ninguno nos resistíamos a apresurarnos para vernos.

A saber, lo que me esperaba en mi «novedad». Me faltaban pocas horas para reunirme con mi jefe y que me pusiera al corriente de todo. La verdad es que me sentía nerviosa y hasta que no llegara el momento, no podía apartar de mis pensamientos lo misterioso que lo había notado. Y más, teniendo en cuenta que como había comentado Yago, como era lógico debido a mi profesión, mi rutina se basaba en la defensa de los casos que llegaban a mis manos, atendiendo a los clientes en mi despacho o, como mucho, desplazándome a las zonas de
s alrededor de donde vivía y trabajaba. Mi jefe no me había dado casi datos, pero con el que me quedaba, el que era más significativo y destacable, era el de todos los kilómetros que tenía que alejarme para llevar a cabo lo que tuviera entre manos.

Después de pagar lo que habíamos consumido, sobre las ocho nos alejábamos de la terraza en la que habíamos
, estado varias horas. Al día siguiente había que madrugar para trabajar y ninguno propuso ir a cenar, aunque quedamos en hacerlo el viernes por la noche y organizamos el día del sábado para separarnos lo mínimo, por mi

inminente viaje. El domingo estaría entretenida preparándolo todo.

—¿Te apetece? —me preguntó Yago.

Acabábamos de despedirnos de Paola e íbamos caminando por la calle en dirección a nuestras casas. Él y yo vivíamos bastante cerca.

—¿Irme? —asintió— No tengo otra opción.

—Discrepo sobre eso. Si te opusieras, Darío no te obligaría.

—¿No quieres que me vaya?

—¿Tienes que preguntármelo para saberlo? —sonrió rodeándome los hombros con un brazo.

—Irás a verme pronto —sonreí apartando la mirada de él, enfocándola hacia delante—. No he querido hacerlo, me refiero a lo de negarme. Por cómo me lo dijo y lo sentí por teléfono, sé que es algo importante para él. Aparte de que así me lo hizo saber, por eso me envía a mí.

—Para desprenderse de una de sus mejores abogadas, durante vete a saber cuánto tiempo, debe serlo —asintió.

—Ya te diré de qué se trata, ni idea por el momento porque no quiso decirme nada al respecto hasta que no nos viéramos en persona. Llega mañana de viaje, por la tarde iré a su casa cuando me avise.

—No te enamores de un angelino, ¿eh? A ver si voy a tener que aparecer en Los Ángeles con la escopeta cargada. —Sus palabras me hicieron soltar una carcajada.

—¿Qué dices? Anda que tienes cada cosa —negué—. Como te escuche Blas…

—¿Blas? ¿Con el que solo te ves de vez en cuando y os desfogáis? Lo que tenéis es un rollete, nada que impida lo que he dicho.

—Es verdad, pero me va bien como estamos. —Me encogí de hombros.

—Porque no sientes como debe ser. —Me miró de reojo.

—Nos estamos conociendo, Yago.

—Por mí perfecto, pero ya sabes lo que pienso.

—No te cae bien. —Hice una mueca.

—Es que solo con escuchar su nombre me lo imagino como un muñeco y así no hay manera. —Esa vez reímos los dos—. No me negarás que es un poco raro, su personalidad, no cómo se llama.

—Es buena persona.

—¿Y lo sabes después de cuánto tiempo?

—Jo, vale, para ti la razón. —Puse los ojos en blanco, haciéndolo sonreír.

—No digo que no lo sea, pero en varios meses, con las poquísimas veces que os habéis visto, no puedes llegar a esa conclusión tan clara. Céntrate.

—Ya te tengo a ti para llevarme por el buen camino. —Lo rodeé con un brazo por la cintura.

—Eso está claro —dijo conforme, haciéndome sonreír.

Nos paramos frente a su portal y nos abrazamos.

—¿Por qué no quieres que te acompañe? —Se refirió a que le había dicho que no hacía falta que lo hiciera.

—Vivo a dos calles —negué divertida.

—Vale. —Hizo una mueca, no muy conforme.

—Mañana te llamo con más novedades.

—Lo estaré esperando —asintió antes de darme un beso en la cabeza.

Cada uno tomamos un camino diferente, él hacia el interior del edificio donde vivía, y yo continué caminando la poca distancia que nos separaba. Hacía muy buena temperatura. El verano estaba empezando, pero el calor todavía no se había hecho notar en exceso.

Durante el corto recorrido sola, me vino a la cabeza Blas. Puede que de cara a Yago suavizara mis comentarios sobre él, pero su visión era la mía y sabía perfectamente lo que había. Todo lo que él había dicho lo había analizado más de una vez. Para mí no tenía importancia. Mi amigo tenía razón, no sentía lo que se debía sentir hacia alguien con el que supuestamente tienes algo.

Nos veíamos en contadas ocasiones, comíamos o cenábamos, después íbamos a tomar algo para alargar el momento si encartaba, ya fuera por la tarde o de noche, y desfogábamos nuestros cuerpos. Hasta ahí, porque no era nada serio, con lo cual, me iba muy bien cómo nos manteníamos. Salía en ocasiones de la rutina con Blas y

estaba convencida de que para él yo suponía lo mismo, igualando mis pensamientos. Ni intención de cambiar por mucho que pasara buenos momentos junto a él. Tanto era así, como comento, que todavía no tenía intención de mencionarle que iba a alejarme por un tiempo.

ı

a

a

estaba convencida de que para él yo suponía lo mismo, igualando mis pensamientos. Ni intención de cambiar por mucho que pasara buenos momentos junto a él. Tanto era así, como comento, que todavía no tenía intención de mencionarle que iba a alejarme por un tiempo.

Capítulo 2



En Bel-Air, Los Ángeles…

La verja grande de la propiedad empezó a deslizarse ante mí. Con las maletas agarradas tiré de ellas cuando el hueco fue lo suficientemente grande para que cupiera por él. No había ni rastro de la vivienda y empecé a caminar. Lo único que tenía ante los ojos era vegetación: árboles rodeados de hierba que se expandían hacia todo lo que abarcaba la vista. Me dirigí hacia el camino asfaltado que había en el centro para que las ruedas no se quedaran atascadas.

El espacio era impresionante, con una calma increíble. Así lo interioricé mientras avanzaba. No llegué muy lejos porque tuve que pararme después de unos metros recorridos, al ver a un coche venir en mi dirección. Me aparté del camino para no entorpecerlo, pero frenó a mi lado dejando ver a un hombre de treinta ocho años, bien l sabía yo. Bajó la ventanilla sonriendo hacia mí, pero dejando ver un poco de sorpresa en su expresión.

—¿Riley? —preguntó.

—Sí —confirmé, entendiendo que no me había dado paso él.

Se bajó del coche y se acercó a mí.

—Mi nombre es Cole. —Me ofreció una mano y se la acepté—. Te esperábamos, pero no sabíamos qué día llegarías. Acompáñame, te llevo. —Cogió las asas de las maletas.

—No hace falta, no quiero molestar. —Intenté quitarle la intención cuando iba hacia el coche.

—No dirías lo mismo si conocieras el lugar —dijo divertido, abriendo el maletero—. Hay varios kilómetros hasta llegar a la casa. —Levantó una ceja—. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Si eres tan amable de acercarme —sonreí provocando que riera—. Sí que hay distancia —dije cuando nos montamos.

Se dirigió hacia el final del camino, recorriendo todo el tramo que yo había caminado. Cerca de la verja había

una pequeña rotonda para hacer un cambio de sentido y lo hizo, alejándonos al instante de la entrada principal.

—Te acostumbrarás rápido. —Me miró de reojo—. Y si tienes que salir tendrás a tu disposición a Matthew. Es el chófer oficial de la familia y donde le digas te llevará. Ahora no está, salió a primera hora de la mañana para atender unos asuntos.

—Gracias —susurré interiorizándolo porque no estaba acostumbrada a tanto exceso de todo.

—Me alegra conocerte, Riley. Cuando mi padre nos comentó a todos que la hija de unos buenos amigos suyos vendría a pasar unos días, nos sorprendió. Fue así en realidad porque no es habitual y anteriormente no te había mencionado nunca. Por lo que nos contó vas a intentar abrirte camino en lo profesional aquí, ¿no?

—Eh, sí. —Giré la cabeza unos segundos hacia la ventanilla, disimulando que miraba el paisaje.

No me gustaba mentir, no iba conmigo ni con mi profesión, la que tenía muy arraigada. La información que acordaron dar entre Darío y Benjamín sobre mí, hacia la familia, era la que acaba de escuchar por segunda vez. Benjamín era el amigo de Darío que le había pedido el favor y el padre de Cole, dueño del lugar al que había llegado. Disponía de varios más, su nivel adquisitivo te dejaba con la boca abierta, sin exagerar.

—A ver si tengo suerte —continué.

o

—Seguro que sí. Por las referencias que nos comentó mi padre no dudo de que lo conseguirás.

—Gracias, eres muy amable. —Lo miré sonriendo un poco.

—Tienes por delante mucho que descubrir. —Me hizo un guiño y amplié el gesto en mi expresión, después de asentir.

Nos mantuvimos en silencio el resto del camino y me quedé impresionada en cuanto la casa apareció delante de nosotros, a lo lejos. Por referirme a ella de esa forma porque las dimensiones eran una locura. Ancha, alta (con varias plantas), abarcando mucho terreno y con una entrada de lujo que parecía de película.

—Impacta, ¿eh? —dijo divertido Cole al ver la cara que se me había quedado, cuando paró al lado de una fuente que había a unos metros de distancia de la puerta principal. Se rodeaba para hacer otro cambio de sentido.

—Bastante —admití negando mientras tragaba saliva, sin poder apartar los ojos de todo a lo que me alcanzaba la vista.

—Vamos —me pidió bajándose del coche.

Hice lo mismo y llegué a su lado, mientras sacaba mi equipaje. Un hombre apareció y se acercó a nosotros, el

que me presentó Cole como William. Me hizo un resumen rápido comentándome que se encargaba de gestionar todo lo de la casa y a los trabajadores que trabajaban en ella.

—Encantada, yo soy Riley —le dije cuando también me ofreció la mano.

—Igualmente, señorita —me sonrió.

—Tengo que irme ya. —Me giré hacia Cole cuando intervino—. Te dejo en buenas manos —comentó con un guiño—. Intentaré regresar antes de la noche, espero que nos veamos para la hora de la cena. Te comento que no suelo pasar tiempo aquí, he venido hoy por si aparecías. Hemos tenido la suerte de que ha sido así.

—Vale, no te preocupes. Si vuelves estaré encantada de compartir ese momento contigo. Gracias por todo —insistí porque había sido muy amable y cercano.

—No se merecen, Riley —asintió.

—Sígame, la acompaño con el equipaje. —Se dirigió a mí William, llamando mi atención.

—Claro. —Intenté coger una de las maletas, pero no me dejó.

—Yo me encargo de todo, señorita —dijo dispuesto.

Empecé a caminar a su lado, escuchando cómo el motor del coche de Cole se oía cada vez más lejano. Si el exterior dejaba sin respiración, el interior… Me quedé en un estado en el que por unos instantes no supe calificarlo. Mi cabeza se movió de un lado al otro, observando todos los detalles que se presentaron ante mí. En la vida me había visto rodeada por tanto lujo y derroche de grandeza.

Madre mía, me dije, pensando en que iba a perderme enseguida y que no llegaría a acostumbrarme. Nada más traspasar la puerta te encontrabas con un gran vestíbulo en forma de círculo, el que daba a varias puertas y a una escalera majestuosa, ancha y larga, que se encontraba al fondo en línea recta.

—Por aquí —me indicó tomando la dirección hacia el lateral izquierdo.

Sorprendida me quedé cuando pulsó un botón y una puerta que parecía normal, de madera, se abrió delante de nosotros. Era un ascensor. William me pidió que pasara primero y entré seguida de él con el equipaje. Subimos a la primera planta, había una segunda. La altura era considerable entre ellas porque los techos eran muy altos.

—No siempre lo utilizamos.

—¿Eh? —Me centré en William cuando habló porque hasta las paredes del ascensor estaban decoradas como nunca había visto y me había quedado observándolas, flipando.

—Que también utilizamos las escaleras para movernos por la casa —aclaró sonriendo.

—Ah. Está claro que ejercicio se hace —dije por el gran espacio que había en todo.

—Bastante. —Rio y sonreí por ello—. Pero uno se acaba acostumbrando y al cabo de un tiempo lo ve pequeño —dijo en el momento en el que se abrió la puerta.

—Pequeño es mi piso —negué—. Allí te ahogarías en comparación a esto.

—No crea. Trabajo aquí, pero vivo con mi mujer en una de las casas que rodean la principal. No es ni una cuarta parte de esta y, aun así, es demasiado para los dos solos.

—Ahora que lo comentas…

—¿Sí? —me preguntó caminando por el espacioso pasillo, cómo no.

—Es que por lo que me dijeron iba a ocupar una casita como la que has mencionado y no sé si me estás llevando a una habitación. —Se paró.

—¿Seguro? —Me observó descolocado—. Disculpe, tenía entendido que se quedaría en la vivienda principal.

—No es a lo que me había hecho a la idea, pero si hay algún problema con lo que acabo de decir no pasa nada. Me adapto a lo que sea.

—No, no… Tres de las casas parecidas a la que yo vivo, están vacías. Claro que puede ocupar una.

—Pues si no es mucha molestia, lo agradecería —sonreí—. Prefiero venir de visita aquí para mantener mi intimidad.

—Por supuesto, ahora mismo la llevo. —Tomó el camino del ascensor otra vez—. No, por favor —me dijo cuando hice el intento de ayudarlo con el equipaje.

—No me cuesta nada y con tanto movimiento… De la impresión no he caído en sacar el tema antes.

—No es problema e insisto, es mi trabajo —asentí dejándolo estar al ver su expresión—. Cuando se establezca en la casa y regrese aquí, le enseñaré todo. Era lo que iba a decirle una vez la dejara en la habitación. Perdone las molestias y el error.

—No pasa nada, William, de verdad —le sonreí para que se quedara tranquilo—. No me llames de usted que se me echan los años encima.

—Eso no es posible, es joven —negó—. Es como trabajo y me dirijo a los señores.

—Pero yo no lo soy. Estoy segura de que conmigo harás una excepción, ¿a qué sí? —Le hice un guiño provocando que sus labios se curvaran.

Si algo me quedó claro desde el principio es que se sentía muy responsable de sus obligaciones y de realizarlas impecablemente. Entramos otra vez en el ascensor y cuando regresamos al vestíbulo lo seguí, porque tomó otro camino diferente. Me hizo gracia encontrarnos con un *buggy* moderno en cuanto salimos por una puerta pequeña.

—Ahora mismo vengo, voy a por el remolque —dijo dejando las maletas al lado, dirigiéndose hacia un lateral.

Lo seguí con la vista, para después centrarla en el mini vehículo. Me encantaba. Al escuchar ruido giré la cabeza hacia donde había desaparecido William y me acerqué ligera, soltando el bolso encima de una maleta. Esa vez obvié su petición de que no lo ayudara. Cargaba con el remolque tirando de él y pesaba bastante como para hacerlo solo. Entre los dos lo llevamos hasta la parte trasera del *buggy* y colaboré hasta que lo dejó enganchado.

Me aparté levantando las manos, divertida, al decirme que del equipaje se encargaba él. Subió las maletas y nos montamos, atravesando una gran extensión de hierba.

—Lo tendrá en la puerta, para cuando quiera moverse —me informó.

—¿Vas a regresar caminando? —Me giré hacia él, sorprendida.

Todavía no habíamos llegado a la casa, ni siquiera se veía y habían pasado unos quince minutos a una velocidad de veinte o veinticinco kilómetros.

—No es nada, estoy acostumbrado —sonrió mirándome de reojo—. A mi edad es bueno ejercitarse.

—Eres joven también —dije convencida, por lo que soltó una carcajada.

—Se lo agradezco, pero la realidad es que tengo sesenta y dos años.

—Más a mi favor en lo que estoy diciendo —le sonreí e imitó mi gesto.

—Es difícil hacerla cambiar de idea.

—No lo sabes bien, William. Cuando sé que tengo la razón voy a por todas y me da igual lo que se diga que lo rebatiré siempre, hasta el final. Así que ya sabes. —Carraspeé.

Reímos. A él no le quedó otra y a mí me gustó que lo hiciera. Unos minutos después paró frente a una casa. Con

la primera impresión pensé que era perfecta para mí. Se veía muy cuca y normal, en el sentido del tamaño. Y lo mejor es que estaba muy apartada y rodeada de árboles, dándome privacidad extra.

William llevó el equipaje hasta la puerta. La abrió dándonos paso al interior y accedimos directamente al salón, el que estaba separado por un arco de la cocina, en la que no faltaba de nada y era espaciosa, aunque el salón no se quedaba atrás. En el pasillo había un cuarto de baño y tres habitaciones: una individual y dos dobles, siendo una de ellas tipo *suite* con baño incorporado. El pasillo terminaba en otra puerta en línea recta con la de la entrada, a la que fuimos cuando William colocó las maletas en un lateral.

—¡Qué bonito! —dije emocionada, recorriendo con la vista la zona posterior de la casa.

Había un pequeño porche con una mesa y sillas, rodeado por varios maceteros que estaban perfectamente cuidados porque las flores coloridas destacaban en ellos. Todo lo que yo no conseguía en mi piso, pensé. No me llevaba muy bien con las plantas y era algo que no entendía. Me refiero a que no conseguía que sobrevivieran, me duraban un visto y no visto. Y eso que las veces que había intentado tener algunas les había hablado y cantado porque decían que eso les daba vida, aparte de regarlas, lógicamente. Ni por esas porque vida la que yo les quitaba, por lo que desistí de tenerlas después de varios intentos variando los cuidados. Mis amigos, Yago y Paola siempre se reían comentando que jamás se atreverían a dejar nada a mi cargo. Separadas hacia el lado opuesto por unos metros había varias tumbonas que estaban colocadas a la sombra de un gran árbol. Todo se mezclaba con la naturaleza en un espacio sin limitar, abierto, haciendo un conjunto ideal.

—La verdad es que sí, pero porque no ha visto casi nada de la vivienda principal.

—Te puedo asegurar que por mucho que siga impresionándome me quedo con los ojos cerrados con este espacio. —Me giré hacia él—. Claro que me encantará y la disfrutaré cuando vaya, pero queda muy lejos de vivir en ella. No terminaría de habituarme.

—Entonces me alegro de que le guste —asintió satisfecho refiriéndose a la casa en la que estábamos.

—Repite conmigo —dije acercándome a él.

—¿Cómo? —Me miró extrañado.

—Repite —insistí—. Me alegro de que te guste, Riley. —Apreté los labios, divertida al ver su expresión.

—Señorita, no sé si puedo…

—Claro que sí. —Me crucé de brazos—. Me siento incómoda y me has caído muy bien como para que te dirijas a mí como lo haces.

—Riley —comentó pensativo.

—Por algo se empieza. —Reí haciendo que sus labios se curvaran en una gran sonrisa—. Me has dicho que vives con tu mujer, ¿también trabaja aquí? ¿Cómo se llama?

—Sí, es la cocinera. La mejor, tiene unas manos maravillosas. Se llama Aura.

—Oh, qué bonito nombre. Es la primera vez que lo escucho.

—Como yo cuando la conocí. —Reímos.

—Me encantará conocerla —asentí—, seguro que es igual que tú.

—Mi mujer es mucho más en todo. Como lo diría… ¿Efusiva? —Carraspeó.

—Ya. —Ladeé un poco la cabeza sonriendo.

—Si necesita… Quiero decir, si necesitas ayuda con el equipaje dímelo y mando a alguien hasta aquí.

—Lo estás haciendo muy bien —me referí al cambio rápido que hizo al dirigirse a mí—. Y sobre lo que has propuesto ni hablar. Lo agradezco, pero este es mi espacio real y me valgo sola.

—Pues te dejo para que te adaptes a él. Las llaves están puestas, tanto las de casa en la puerta, como las del vehículo en el contacto ¿Sabes conducir?

—En mi país tengo carné y no ha sido la primera vez que me he montado en uno de las mismas características —le informé.

—Perfecto —dijo mientras entrabamos en la casa—. Pues cuando vayas a la vivienda principal búscame y te hago un recorrido por todo.

—Está bien. —Me apoyé en el marco de la puerta, con él fuera.

—A la doce y media se sirve la comida en uno de los salones.

—¿Es rutina que se reúnan todos?

—Has llegado en una época en la que la casa habitualmente se mantiene vacía, me refiero a los señores. Rara vez pasan por aquí, a excepción del señor Cole hoy por tu llegada. Si en algún momento se da que haya alguno, sí es habitual que se reúnan en los horarios de las comidas. Es una costumbre que les inculcó Aura, mi mujer. Con anterioridad a que lo hiciera, todos iban a lo suyo durante el día, compartiendo solo los momentos de la cena. Igualmente, el resto de los trabajadores nos juntamos para compartir esos instantes.

—Entiendo —asentí—. Me tengo que acostumbrar a los horarios. —Hice una mueca.

—Por ser el primer día puedes comer más tarde.

—No pasa nada, cuanto antes empiece mejor —le sonreí—. ¿La cena a qué hora es?

—Entre las seis y media y las siete ya está preparado todo.

—Jolines. Vale —negué—. Te adelanto que alguna vez lo haré aquí en soledad, puede que más de una. —Señalé hacia el interior.

—Como quieras, pero a los señores les complacerá tenerte con ellos si aparecen.

—Sobre la marcha. —Le hice un guiño.

—Me voy ya, tengo que continuar con mis tareas.

Otra cosa que me quedó clara de William es que no acostumbraba a recibir abiertamente muestras de cariño, fuera de su entorno más íntimo. Lo dejé callado y rígido cuando di un paso hacia él y lo abracé como despedida. Se quedó mucho más descolocado que cuando le había pedido que se dirigiera a mí de forma directa y personal. Me nació hacerlo así porque para mí era común. Me había transmitido muchas cosas y todas buenas, al igual que con su trato hacia a mí me había ganado totalmente. Más me reafirmé en mi deducción cuando me aparté, al ver su cara directamente.

—Lo siento, pero creo que tendrás que habituarte. —Reí frente a él.

—Si lo hice hacia mi mujer… —Carraspeó y no pude parar de reír, risas a las que terminó por unirse.

—¿Estás seguro de que no quieres irte en el *buggy?* Yo puedo ir dando un paseo cuando se acerque la hora de comer y ya me lo traigo al regresar —le comenté.

—Lo estoy, además aprovecharé para pasarme por mi casa. Está en esa dirección a unos cientos de metros de distancia. —Dirigí la mirada hacia el lugar que señaló.

—Vale. —Me encogí de hombros—. Nos vemos dentro de un rato, William.

, —Por supuesto, Riley —asintió y sonreímos por lo que representaban sus palabras.

Observé cómo se adentraba entre los árboles y tomaba distancia. Cuando dejé de verlo recorrí con los ojos la zona y sonreí satisfecha. Caminé hasta el *buggy* y me incliné dentro, quitando la llave del contacto. Manías que

tenía una, por mucho que no tuviera que preocuparme por dejarla puesta. Prefería tenerlo todo controlado, así que la llave se fue conmigo al interior de la casa.

La colgué en un pequeño tablero que había junto al marco de la puerta principal y le di una vuelta a la llave de la puerta de la entrada, cerrando bien. Observé el interior y solté un suspiro, yendo hacia el pasillo. Tiré de las maletas y me dirigí hacia la habitación doble que tenía baño propio. Esa sería la elegida para hacerla mía durante el tiempo que me llevara estar allí.

u

tenía una, por mucho que no tuviera que preocuparme por dejarla puesta. Prefería tenerlo todo controlado, así que, la llave se fue conmigo al interior de la casa.

La colgué en un pequeño tablero que había junto al marco de la puerta principal y le di una vuelta a la llave de la puerta de la entrada, cerrando bien. Observé el interior y solté un suspiro, yendo hacia el pasillo. Tiré de las maletas y me dirigí hacia la habitación doble que tenía baño propio. Esa sería la elegida para hacerla mía durante el tiempo que me llevara estar allí.

Capítulo 3



—¿Hola? —dije en alto.

Acababa de llegar a la mansión, la nombraré así para diferenciarla de la casa en la que me había establecido, po la gran diferencia que había. Miré la hora en el reloj, eran las doce y cuarto. Había salido con tiempo para llegar puntual a la hora de la comida, pero parecía que no se escuchaba ningún ruido que indicara que había alguien en e interior. Aunque con lo grande que era, podía haberlo en cualquier parte que no me enteraría.

Abrí una de las puertas que daban al vestíbulo, encontrándome con una sala de estar inmensa. Deduje que estaba destinada a ese fin porque solo había sofás y alguna mesa pequeña frente a ellos. Cerré dejándola como la había encontrado y continué hasta la siguiente. Otra estancia diferente, pero vacía que era lo que no buscaba. Hice una mueca mirando hacia el centro del vestíbulo, desviando la vista hacia la escalera. Me acerqué a ella para ver de cerca el pasamos, al llamarme la atención.

Era de madera oscura con un diseño muy bonito, parecía tallada a mano. Acaricié una pequeña parte de ella y llevé la mirada hacia el primer descansillo que era visible. Un sonido lejano captó mi atención y giré la cabeza hacia la derecha. No encontré nada, pero igualmente tomé esa dirección, accediendo a un pasillo que no había localizado anteriormente porque pasaba desapercibido. No era muy largo y lo recorrí sabiendo que iba por buen camino cuando los sonidos se intensificaron conforme avanzaba.

—¿Hola? —volví a decir al abrir la única puerta que había al fondo, asomando la cabeza por ella después de tocar con los nudillos.

Nadie me respondió, pero no porque no hubiera nadie. Dos mujeres estaban de espaldas a mí hablando entre ellas y sonreí acercándome.

—Hola —repetí muy cerca y con más energía haciéndome notar.

—¡¡Ay!! —casi gritó una de ellas, por el sobresaltó que se llevó.

La otra se mantuvo en silencio con una mano en el pecho, observándome con atención. Di por hecho, por la diferencia de edad entre las dos, que la no que había dicho nada era la mujer de William. No tardó en aclarármelo con su actitud y palabras.

—Lo siento —me disculpé pasando los ojos de una a otra.

—Usted debe ser la señorita que ha venido para quedarse un tiempo, la hija de los amigos del señor Benjamín —dijo la más joven.

—Gran deducción la tuya, Sophia. Como si por aquí fueran comunes las caras nuevas —dijo la mujer mayor, dándole con gracia en el trasero con el trapo que tenía en las manos—. Riley. —Dio un paso hacia mí.

—La misma, ¿Aura? —asintió con una sonrisa.

—Encantada hija. —Se acercó y recibí con agrado el abrazo fuerte que me dio.

Automáticamente pensé en William, su marido. Pues sí, debía haberse acostumbrado rápido a las muestras de afecto teniendo a Aura de mujer porque se notó al instante que no dudó en tener un acercamiento cercano conmigo.

—William me ha hablado de ti —dijo cuando nos separamos.

—Espero que bien —comenté divertida.

—Maravillas, con eso te respondo. —Rio haciéndome sonreír de oreja a oreja.

—Me alegro, pero no es para tanto. Él también me ha ganado en el poco tiempo que hace que lo conozco.

—Hija, tengo buen ojo para elegir y con él no me equivoqué —comentó sería, pero terminó riendo.

—Hola. —Se acercó a nosotras Sophia. La saludé también.

—William me dijo que a las doce y media era la comida, pero no he encontrado a nadie más, ni a él. Por eso me he aventurado hasta aquí, al escuchar ruido.

—Así es —asintió Aura—. Disculpa porque no suele haber nadie. Me refiero a los señores. El señor Cole ha venido un momento, pero se ha ido. El resto no han aparecido, aunque hoy tendrían que haber hecho una excepción por ti. Enseguida lo arreglamos. Sophia, prepara el salón para Riley.

—No, por favor. Puedo comer aquí mismo. —Sophia me miró con los ojos abiertos al máximo, como si acabara de escuchar algo sorprendente. Aura simplemente sonrió.

—¿Estás segura? —me preguntó la última.

—Claro —confirmé.

—Perfecto, así será. Nosotras ya hemos comido, pero si quieres compañía…

—Si no supone retrasaros en vuestras tareas, me encantaría —sonreí.

—Tenemos el resto del día. —Le quitó importancia Aura, moviendo una mano en el aire—. Acomódate en esa mesa —señaló hacia el lateral—, enseguida te servimos.

—Puedo hacerlo…

—A la mesa —insistió cortándome antes de que terminara.

Negué divertida y caminé la poca distancia que me separaba. Me senté y las observé a las dos trabajar. No tardaron en ponerme cuatro platos de comida delante, por lo que esa vez la sorprendida fui yo.

—¿No te gusta? Puedo prepararte otras cosas. —Reaccionó rápido Aura, mientras Sophia me miraba con curiosidad—. Tienes que decirme tus gustos.

—No es eso. Todo tiene una pinta estupenda, se ve delicioso. Pero no sé si os habéis dado cuenta de que soy yo sola frente a tanta comida. —Me señalé.

—Ah. —Rio Aura—. Hija come lo que quieras, no tienes por qué terminarlo.

—No quiero desperdiciar nada, sería una pena —negué—. Me quedo con este. —Me acerqué uno de los platos —. Lo demás puede regresar a las ollas —dije convencida porque faena tendría para terminarme el que había elegido. Estaba a rebosar y no era precisamente un plato pequeño.

—Me gusta —dijo conforme Aura, dándome su aprobación. Sonreí hacia ella y me llevé el primer tenedor de comida a la boca—. Mmm… está riquísimo.

—Aura tiene unas manos perfectas para la cocina —comentó Sophia, sonriendo.

—Ya me lo ha adelantado William. Por cierto ¿dónde está?

—Con Stephan en alguna parte del terreno. De vez en cuando hacen comprobaciones de que todo está bien, por seguridad. No creo que tarde. Ah, aquí está. —Aura se acercó ligera hacia la puerta y la seguí con la vista, viendo divertida cómo llegaba hasta William y lo agarraba de las mejillas. Le dio un sonoro beso que él aceptó encantado

—Riley —dijo cuando se acercaron los dos—. ¿Qué…?

—Shhh… —Me puse un dedo en los labios—. Estoy comiendo en buena compañía. ¿Lo has hecho tú?

—Eh, no. Ahora iba a hacerlo junto a Stephan.

—Perfecto, pues ya seremos tres. —Le hice un guiño, provocando que negara, pero sonriendo, que conste.

Ocupó la silla que quedaba a mi derecha y Sophia no tardó en poner otro plato para él. Lo mismo que hizo a su lado, supuestamente para Stephan. El aludido no tardó en aparecer y me levanté para presentarme.

—Encantada, Stephan. Soy Riley. —Le ofrecí una mano.

—Señorita, es un placer —dijo con evidentes síntomas de vergüenza.

A él no lo corregí porque todavía era demasiado pronto para imponerme, por esas cosillas de que acabábamos de conocernos y el poco contacto que habíamos tenido. Pero tiempo al tiempo, me dije mientras volvía a sentarme Comimos los tres mientras las chicas nos hacían compañía. Empezaron a hablar entre ellos, comentando cómo les había ido la mañana. Me sorprendí al escucharlos, al detallar todo lo que les había dado tiempo a hacer.

—¿Hay más trabajadores? —Me interesé.

—Sí —me respondió William—. Tres más del servicio, dos mujeres y un hombre, dos jardineros y otro chico de mantenimiento junto a Stephan. Los conocerás en cualquier momento.

—Pocos me parecen para todo lo que abarca este sitio —dije pensativa.

—Nos apañamos bien —sonrió Aura—. Somos como una familia.

—Me doy cuenta. —Le devolví el gesto.

Cuando terminamos de comer, William me propuso enseñarme el lugar si no estaba cansada y quería irme a mi casa. Acepté encantada y recorrí junto a él todo el interior, maravillándome de cada estancia que me mostró. Todo lo que podáis imaginar, lo que se os venga a la mente, eso mismo se encontraba entre las paredes de la vivienda principal. Una pasada, pero demasiado excesivo bajo mi punto de vista porque di por hecho que la mayoría de las zonas nadie las disfrutaría.

Y cuando salimos por un lateral de la mansión, al que también se llegaba por el exterior, se me abrió la boca al tener frente a mí una gran piscina que decoraba el espacio. Loca me quedé al ver en el centro de ella una plataforma ovalada y elevada rodeada de agua, a la que se accedía desde el agua. Había sofás acolchados con varias mesas pequeñas y una mini barra.

Era una maravilla porque la parte frontal de la piscina era de cristal o como me aclaró William, de pared de

vidrio acrílico que te dejaba ver el interior por la transparencia. Por lo que continuó explicándome William, porque yo no estaba puesta en esos detalles, era una piscina desbordante por la que el agua caía verticalmente, haciendo el efecto de piscina infinita al estar elevada del suelo. Alrededor de ella y donde nosotros nos habíamos parado había más sofás anchos y cómodos, hamacas, camas balinesas, pequeñas mesas redondas repartidas estratégicamente, varias carpas para protegerse del sol… Una pasada, esa zona sí que resaltó frente al resto que había visto hasta ese momento.

Me costó continuar y riendo, porque William me empujó por la espalda para moverme, retomamos el recorrido hasta llegar a la zona deportiva, como me la describió él. Estaba bastante apartada y se componía por una pista de pádel, de frontón, de tenis y por último y la que quedaba más alejada, una cancha de baloncesto. Después llegamos a un jardín cuidado hasta el más mínimo detalle, en el que había una pérgola central. Solo estaba cubierta por el techo, en los laterales nada más que tenía los cuatro pilares de madera que la sujetaban, haciendo visible todo. Debajo de ella había sillones, más sofás y hacia una esquina un telescopio que también destacó entre lo que llamó mi atención.

—¿Y dónde están todos? —comenté sin salir del asombro.

No era para menos porque todo lo que me había enseñado formaba parte de los alrededores de la mansión, pero el resto del terreno cuadriplicaba el espacio. Estoy haciendo un cálculo aproximado en el que estaba segura de que me equivocaba tirando a la baja.

—¿Cómo?

—Que con todas las posibilidades que ofrece este lugar ¿qué hacen fuera de aquí? —insistí— Yo me encerraría y no traspasaría más la verja principal. No falta de nada —negué y soltó una carcajada.

—Hacen sus vidas fuera de este lugar. Imagino que cuando lo tienes todo tan visto y sabes que dispones de ello en cualquier momento, no se le da el valor y la importancia que realmente tiene. No se paran mucho a disfrutarlo, aunque va por temporadas para según quién.

—Ya. —Hice una mueca—. ¿Vosotros podéis hacerlo?

—No.

—¿Cómo qué no? ¿Aunque no haya nadie no podéis ni daros un baño en la piscina?

—No sería correcto.

—Pero formáis parte, hacéis vuestra vida aquí —continué sin comprenderlo porque me parecía muy egoísta.

Vale que tuvieran que llevar a cabo sus trabajos, pero ¿qué mal hacían si en alguna hora que no interfiriera en la

de los «señores» disfrutaban de lo que les apeteciera? Y teniendo en cuenta que nunca estaban…

—Es correcto, pero no es algo que nos hayamos planteado los que nos ocupamos de todo lo que has visto. Sabemos dónde están nuestros límites.

—La última parte la entiendo, pero si pongo de ejemplo lo que me has dicho hasta ahora… Precisamente en la casa solo estamos nosotros, junto al resto de los trabajadores. ¿Por qué no disfrutar de la piscina cuando termináis con vuestras obligaciones y responsabilidades? No digo que lo hagáis durante horas, que podría ser y no pasaría nada, pero ¿ni para un chapuzón rápido?

—Ni mojarnos los pies a no ser que sea para mantenerla —negó divertido.

—Pues vaya. —Hice una mueca sin comprenderlo.

—Puede que lo veas raro, pero para nosotros es muy normal. Lo tenemos muy interiorizado. —Se encogió de hombros.

—Vale —solté un suspiro respetándolo—. No lo comparto, pero es lo que hay, ¿no? —asintió dándome la razón.

—¿Has traído en la maleta traje de baño?

—No. —Reí negando—. La verdad es que ni pensé en ello. —Me callé de golpe porque a punto estuve de decir que solo había pensado en venir a hacer mi trabajo.

—En mi casa debemos tener alguno de mi hija. Puede valerte. No soy bueno con las tallas, Aura es la experta, pero diría que sois muy parecidas.

—¿Tienes una hija?

—Sí, pero tiene su vida lejos de aquí. Hasta que regresa, claro.

—¿He detectado que no es raro que lo haga? Y no me estoy refiriendo a las visitas que serían normales hacía unos padres.

—Digamos que Norma, así se llama, es un poco difícil. —Sacudió la cabeza, pensativo y mostrando un cambio significativo—. Trabaja por su cuenta, pero cuando se le termina el dinero es cuando aparece.

Me mordí la lengua con pena para no decir lo que me vino a la cabeza en ese instante. De desagradecidos está e mundo lleno, eso dicen, pero cuando viene por parte de alguien que es tan cercano, de tu sangre, debía ser una situación dura. La expresión que se le quedó a William al hablar de ella y del tema así me lo hizo saber, porque no

mostró la ilusión que correspondía al mencionar a su hija.

—Te agradezco este tiempo que te has tomado para mí. —Cambié de tema rápido, acariciándole un brazo antes de que empezáramos a movernos otra vez. Nos habíamos quedado parados en el jardín—. Sé lo ocupado que estás.

—No ha sido nada, Riley. Ahora ya conoces todos los rincones y sabes dónde puedes ir a disfrutar. —Por fin apareció otra vez una sonrisa en sus labios.

—Bueno, yo con lo que me ofrece la casa en la que estoy tengo de sobra, aunque no me niego a la piscina y al jardín. Por el resto no suelo practicar los deportes de las pistas que hemos visto.

—Nada, ¿no?

—Exacto, soy nula en ellos. —Reímos—. Me refiero a los de esas pistas en concreto. Correr me encanta y en este lugar por espacio no es, así que lo voy a disfrutar. También hago otras cositas que me mantienen en forma. —Hice una pausa en la que nos quedamos en silencio.

Cuando llegamos al lado del *buggy* en el que había ido hasta la casa, volví a hablar.

—Quiero salir a comprar.

—Aquí tienes todo lo que necesitas.

—No. Quiero ir a un supermercado para llenar la nevera, la despensa y conseguir todo lo necesario para la higiene y la limpieza. Necesito encargarme yo de eso y ya que salgo me compraré algún traje de baño. —Le hice un guiño—. Gracias por el ofrecimiento de lo de tu hija, si fuera para una vez aceptaría encantada, pero como puede que se alargue mi estancia aquí…

—Como quieras. Matthew es el chófer de la familia. Regresará esta tarde sobre las cinco, en cuanto lo vea se lo comento para que te lleve dónde quieras.

—Sí, Cole me ha hablado de él —asentí.

—La casa en la que estás tiene un teléfono interno y nos comunicamos a través de él. Te llamaré cuando llegue, para avisarte. Estará encantado de ayudarte.

—Muchas gracias por todo, William. —Volví a abrazarlo.

Esa vez, la segunda que me lanzaba, no estuvo tan tenso. Incluso movió los brazos y me dio varias palmadas en la espalda, por lo que sonreí haciendo esfuerzos para no reír como me pedía el cuerpo. Pero no aguanté mucho y

terminé soltando una carcajada al escuchar una fuerte cuando me separé de él. La otra vino de Aura, que pasaba cerca de nosotros, al ver la escena y sabiendo perfectamente lo que suponía para su marido.

De esa forma, con todos riendo porque al final William tuvo que hacerlo, me despedí de los dos con un gesto de la mano y me monté en el *buggy*. Me alejé de ellos tomando la dirección de la casa, dispuesta a descansar un poco porque antes de salir para la hora de la comida me dio tiempo a deshacer las maletas y dejarlo todo organizado.

terminé soltando una carcajada al escuchar una fuerte cuando me separé de él. La otra vino de Aura, que pasaba cerca de nosotros, al ver la escena y sabiendo perfectamente lo que suponía para su marido.

De esa forma, con todos riendo porque al final William tuvo que hacerlo, me despedí de los dos con un gesto de la mano y me monté en el *buggy*. Me alejé de ellos tomando la dirección de la casa, dispuesta a descansar un poco porque antes de salir para la hora de la comida me dio tiempo a deshacer las maletas y dejarlo todo organizado.

Capítulo 4



Sentada en el porche trasero me llevé la taza de café con leche a los labios, mientras observaba e interiorizaba la calma que me rodeaba. Eran las ocho y media de la mañana del día siguiente al que llegué. Al final, el anterior no volví a ver a Cole como me comentó, estuvo ausente al igual que no hubo rastro de ningún otro miembro de la familia.

Lo agradecí, la verdad. Y no me extrañó por lo que sabía y por todos los comentarios que había escuchado. Me sirvió para adaptarme por mi cuenta e ir por libre, sin tensión y sin estar en alerta. Dejé la taza en la mesa recordando las horas que pasé por la tarde con Matthew, el chófer. Después de que William nos presentara me llevó hasta los lugares que le pedí. Compré de todo para tener en la casa, como también tres bikinis monísimos a los que no me pude resistir.

Ya podían ser buenos y durarme porque cuando llegó la hora de pagar, lo hice cerrando los ojos por unos segundos para no ver la cantidad total que mostró la caja, haciendo reír a Matthew porque no se separó de mí en ningún momento. Era muy simpático y agradable. La percepción de todo el conjunto era muy favorable, y más contenta no podía estar hacia todos los que había conocido directamente. Era consciente de que faltaba la peor parte, la que me había traído hasta aquí…

Solté varios suspiros y me recosté en la silla retrocediendo aún más en mis recuerdos, centrando la vista en la carpeta que reposaba encima de la mesa. Más concretamente a cuatro días antes de viajar, cuando fui a la casa de mi jefe para reunirnos con Benjamín, el padre de Cole y de alguno más, dueño de la mansión y de una grandiosa fortuna.

En aquel instante…

—Hola —dije en cuanto me abrieron la puerta.

Quien lo hizo fue Marisa, la mujer de Darío. Nos conocíamos muy bien y nos saludamos con un fuerte abrazo. La seguí hasta la habitación habilitada como despacho donde estaba mi jefe.

—Antes de irte avísame —me pidió acariciándome un brazo—. Si necesitas refuerzos házmelo saber que aparezco rápido.

—No creo que haga falta, pero está bien saberlo. —Reímos—. Y no pensaba irme sin hacerlo. —La miré con cariño, recibiendo de ella el mismo gesto.

Me quedé sola frente a la puerta y la golpeé con los nudillos, abriendo cuando me dio paso.

—¿Se puede? —dije apoyándome en el marco.

La gran sonrisa que me dedicó me dio la respuesta. Entré cerrando tras de mí. Estaba solo.

—¿Cómo ha ido en mi ausencia? —Se interesó después de que se acercara a mí para darme dos besos y un abrazo.

—Bien. —Me encogí de hombros mientras regresaba a su silla—. He cerrado el caso de Robert y ahora tengo otro entre manos. —Me senté frente a él, al otro lado de la mesa.

—Han llegado a mis oídos los rumores de lo impecable que fuiste —asintió satisfecho.

—Cómo corren las voces y eso que llevas varios días fuera —negué entre incrédula y divertida.

—Me entero de todo siempre. —Rio—. Ya sabes que las habladurías en el juzgado no tardan en difundirse, pero tienes que sentirte muy orgullosa porque referente a ti, son elogios. Sobre el nuevo caso que comentas, intenta involucrarte lo menos posible en él. Derívalo mañana mismo porque te conozco y al no poderlo defender hasta el final y personalmente… La fecha definitiva del viaje ya está clara y asegurada, será el próximo lunes. Faltan pocos días.

—Lo he iniciado mentalizada de que no podría avanzar, pero es que no iba a quedarme sin hacer nada hasta que regresaras y me fuera —aclaré.

—Tampoco hubiera pasado nada porque te tomaras un descanso más que merecido, aflojando. ¿Desde cuándo no lo haces?

—Para eso tengo las vacaciones —sonreí.

—Lo sé y te doy por imposible —negó provocando que mi gesto se ampliara más.

—¿Y a ti cómo te ha ido en estos días?

—Bien también, satisfecho —asintió—. En un día y medio terminé y después fui a recoger a Benjamín al aeropuerto. Lo acompañé a varios lugares y hemos llegado hoy a media mañana.

—¿Cuándo me vas a sacar de dudas referente a él? Me tienes intrigada con lo que me dijiste por teléfono. ¿De

qué se trata exactamente el trabajo que tengo que realizar? —Apoyé los brazos en la mesa.

—En breve llegará Benjamín. He recibido una llamada suya hace unos minutos en la que me ha informado de que estaba a punto de coger un taxi. Ha ido por libre a hacer una última cosa en la ciudad. No quiero empezar sin él, prefiero que entre los dos te pongamos al día. Cuando llegue el momento muéstrate como eres para aclarar todas esas dudas que mencionas.

»Por ahora ya te he adelantado que a principios de la semana que viene tendrás que viajar. El destino también lo sabes porque te lo dije cuando hablamos por teléfono: Bel-Air, Los Ángeles, en la sierra de Santa Mónica. ¿El tiempo que te llevará regresar? Difícil calcularlo porque correrá de tu cuenta, depende exclusivamente de ti.

»Se trata de un asunto personal para Benjamín, por eso me ha pedido expresamente que envíe a la persona en la que más confío y que tuviera el mejor historial laboral, para enfrentar cualquier situación y salir airosa de ella.

—Te lo agradezco, pero hay muchos compañeros que pueden igualarme en el trabajo. Otra cosa es el tema de la confianza que tenemos tú y yo.

—No te quites méritos, Riley. Eres consciente de que la primera parte de lo que has dicho no es del todo cierta. —Levantó una ceja—. Y sí, entre nosotros nos entendemos y los años avalan la relación y el cariño que nos tenemos.

o —No me has aclarado mucho, ¿eh? —Volví al tema que me interesaba.

—¿Impaciente? —Rio.

—Hombre, teniendo en cuenta que voy a irme a muchos kilómetros de distancia y que no se sabe cuándo regresaré. —Me crucé de brazos, sonriendo.

—No tendrás problema en realizar la tarea. —Frunció los labios, divertido.

—Me estás dando miedo —negué provocando que volviera a reír.

—Sé que le darás la importancia que tiene, solo por el hecho de que me toca de cerca. —Se inclinó sobre la mesa, apoyándose en ella.

—Eso no lo dudes —asentí.

—Pues estás a punto de saberlo todo. —Me hizo un guiño cuando escuchamos el timbre.

De ese instante a que sonaran varios golpes en la puerta pasaron varios minutos. Darío se levantó dirigiéndose hacia la puerta y lo seguí con la vista. Cuando abrió dio paso a un hombre de algunos años más que mi jefe, a simple vista me lo pareció. Me levanté cuando se acercaron hacia mí.

—Benjamín, ella es Riley. Mi elección perfecta —dijo mi jefe y sonreí interiormente por las flores que me echaba siempre.

—Un placer —lo saludé en inglés ofreciéndole una mano, gesto que aceptó al instante.

—Igualmente, Riley —sonrió de medio lado sorprendiéndome al hablar la lengua española impecablemente, aunque con un acento muy característico—. Me complace conocerte por fin, mi amigo me ha hablado maravillas de ti.

—No te lo creas todo. —Carraspeé—. Lo hace desde el cariño que me tiene. —Los hice reír y sonreí.

—Sentaros —nos pidió Darío mientras rodeaba la mesa para ocupar otra vez su lugar, al mando de la situación.

Lo hicimos, yo en la que había estado, Benjamín ocupó la silla de mi lado, la que movió para estar cerca.

—¿Puedo preguntar cómo os conocisteis? Lo poco que sé es que tienes la residencia en Los Ángeles —les pregunté a los dos, pero centrándome en Benjamín.

—Una buena abogada necesita saber toda la información, ¿no? —comentó.

—No quiero ser indiscreta, era simple curiosidad.

—Relájate —dijo mi jefe después de reír—. Está de broma.

—Ah. —Rieron los dos.

—Hace mucho tiempo. Cuando tenía veinticinco años me tomé un año sabático y elegí España para disfrutar de él. Fue por aquel entonces, Darío tenía veinte.

—Sé más explícito. —Levantó una ceja mi jefe, mientras los dos se miraban entre cómplices y divertidos—. Se fijó en Marisa —me aclaró.

—¿No? ¿En serio? —Pasé la mirada de uno a otro.

—Pues sí, lo que no quiere decir que tuviera una mínima oportunidad porque ella me dejó firme desde el primer segundo. —Rieron los dos, imaginé que recordando sus primeros momentos.

—Me hago una idea. —Fruncí los labios sabiendo muy bien cómo era Marisa y el carácter que tenía.

—Ese fue el primer roce que tuvimos, nada bueno. —Carraspeó mi jefe—. Lo que no esperábamos, ninguno de los dos, es que unos días más tarde volveríamos a coincidir en un mismo grupo. Conocía a uno de mis amigos y y

ves, lo que son las casualidades. En ese segundo encuentro hicimos las paces porque yo iba con pies de plomo con él, pero me pidió disculpas alegando que pensaba que Marisa estaba sola. Así la vio porque yo me aparté unos instantes de ella en la fiesta en la que estábamos.

—Después nos hicimos inseparables, los tres, que conste —aclaró Benjamín con una sonrisa—. Cuando dejé atrás España ninguno de nosotros lo hicimos en lo personal. Siempre que se ha dado la oportunidad hemos viajado para vernos y hasta el día de hoy.

—Una bonita amistad —asentí hacia los dos.

—Sí —confirmaron a la vez, imitando mi gesto.

—¿Y en qué te puedo ayudar? —Me centré en Benjamín.

—No le he adelantado ningún detalle nuevo todavía —comentó mi jefe.

—Verás, Riley. Poseo una gran fortuna. —Empezó a entrar en el tema.

—Lo que te imagines se queda corto —intervino Darío.

—En parte me favoreció la herencia de que me dejaron mis padres —continuó Benjamín—. Me cayó de golpe porque por desgracia me dejaron demasiado pronto, pero supe trabajar en ella y engrandecerla. Invertí y gracias a que siempre he estado muy bien asesorado, y me muevo muy bien en los negocios, he conseguido un capital del que ni sé los ceros que tiene. —Me hizo un guiño.

—Vaya —susurré.

—Sé que soy un privilegiado, pero no por ello le doy una gran importancia. Disfruto de lo que dispongo, sin hacer excesos. Simplemente vivo acorde con mis principios, manteniendo e incrementando con el paso del tiempo mi fortuna.

—Disculpa mi atrevimiento, pero… —Pasé la mirada de uno a otro antes de lanzarme—. Tienes al alcance los medios necesarios para tener a tu servicio a quién quieras, a los mejores profesionales para lo que necesites. Te ayudarían encantados por lo que representas para cualquiera. ¿Por qué yo? Soy abogada y estoy segura de que puedes tener una gran defensa con solo una llamada. —Fijé los ojos en mi jefe.

—Es que no te necesito para que ejerzas tu profesión. —Carraspeó Benjamín.

—¿No? ¿Ni un poco? Sé que es un trabajo especial, pero pensaba que…

—Ni lo más mínimo, aunque no dudo de que en más de una ocasión tengas que echar mano a todos tus

conocimientos para enfrentar las situaciones que se te presenten.

—Estoy más perdida que al principio. —Levanté una ceja.

—Riley, debido a todo lo que he comentado sobre mi fortuna, necesito que te adentres en el núcleo de mi familia y permanezcas un tiempo en ella.

—¿Cómo? —dije sorprendida.

—Digamos que hay más de uno que no está centrado —negó y pareció que por unos segundos se alejó de pensamiento de nosotros. Mi jefe y yo respetamos su silencio, a la espera de que continuara—. Tengo dos hijos y una sobrina, ella es hija de mi hermana que también me falta desde hace cinco años. Siempre la consideré como otra hija más por la cercanía que hemos tenido.

»El caso es que tienen sus viviendas propias a las que huyeron, pero tendrían que hacerlo en la mansión que tengo en Bel-Air, a la que tienes que trasladarte. Uno no aparece nunca por ella, otro lo hace en muy contadas ocasiones, pero está casado con una mujer que bajo mi punto de vista deja mucho que desear y no le da buena vid a nadie de su alrededor. Mi sobrina debido a la situación que se vivía entre las paredes de la vivienda se aisló todo lo que pudo, para apartarse de todos.

»La unión con la que crecieron los tres, como les inculcamos mi hermana y yo, parece que ahora es inexistente. Tengo a un gran equipo de trabajadores a cargo de la propiedad, confío plenamente en todos ellos y, precisamente, gracias a toda la información que obtengo cuando se la pido al encargado de todo, William, sé que la situación cada vez está peor y más tensa. Si mi familia supiera cuales son mis pensamientos hoy día, todos se echarían las manos a la cabeza porque tengo la intención de cambiar el testamento y no retroceder, a no ser que tú me confirmes que no tengo que preocuparme tanto.

»Cole está perdidísimo debido a su matrimonio, Hunter es el fantasma de la familia y sobre Emily, me he enterado por una buena fuente de información que empieza a descontrolarse —negó mostrándose afectado—. Necesito a mi familia unida, por la memoria de mi hermana y por mi salud mental. Soy consciente de que son adultos, pero siempre he estado para ellos y ahora es como si no existiera. Solo quieren gastar dinero, que no les falta de nada, y disponer de capital sin el más mínimo esfuerzo.

—¿No trabajan? —pregunté mientras asumía toda la información.

—¿Sí? Supuestamente, vamos. Cada uno tiene un puesto importante dentro de varias de las empresas que son d mi propiedad, pero poco hacen.

—Entiendo —dije descolocada con el trabajo que yo tenía que realizar—. Para que me quede claro. —Carraspeé—. Tengo que vivir en la casa familiar en la que tendrían que estar todos concentrados, a la espera de que aparezcan para sacar información de primera mano porque se han desvinculado de ti a varios niveles.

—Así es, Riley. Para mí es muy importante la unión familiar, me destroza ver en lo que se han convertido —dijo mostrando el pesar que le provocaba.

—¿Y ninguno de los trabajadores que se encargan de la mansión puede ofrecerte lo que necesitas?

—No, porque no traspasan ninguna línea que no les corresponda y no quiero ponerlos en un aprieto, aparte de que la mujer de Cole domina la situación cuando aparece y los tiene a todos bajo su mando, mal dirigidos. Esa es otra parte con la que no tardarás en encontrarte, el poder que impone sintiéndose la reina de todo. Como nadie la frena se ha crecido hasta el punto en el que lo que ella dice se hace sin rechistar. Ninguno se atreve a discutirle nada.

»William, mi persona de confianza que tiene el cargo más importante dirigiéndolo todo, junto al resto de los trabajadores, no darían un paso para contradecirla en ningún aspecto por muy contrarios que sean a ella. También está Gloria, es otra de las personas en las que me vuelco. Ella no vive en la mansión, se encarga de controlar a la familia de puertas para afuera, referente a todo lo que vea que supondría un problema para ellos.

»El problema es que muchas veces no puede hacer nada hasta que no le cae encima el resultado de lo que hagan. Estamos en un punto en el que son incontrolables. Gloria junto a William son con los que siempre tengo contacto directo. Espero que no tengas problemas con la mujer de Cole, ante cualquier cosa házmelo saber o a Darío. Intervendré rápido.

a

—¿Yo problemas con esa mujer? —Levanté una ceja, viendo de reojo cómo mi jefe se contenía para no reír.

—Tranquilo que sabrá dominar todas las situaciones —le confirmó tranquilizándolo.

—¿Tú no vives allí? —Me interesé.

—No, solo me paso muy de vez en cuando. Se me hizo insoportable la convivencia porque eran peleas diarias y como ya no aparecen.... Preferí irme a otra de mis propiedades para no terminar por explotar. Lógicamente me haré cargo económicamente de todo lo que necesites, hasta el más mínimo detalle.

—No hace falta. —Quise quitarle la intención.

—Claro que la hace, solo faltaría… Te aparto de tu vida y de tu rutina.

—¿No te has planteado nunca el decirles que los vas a desheredar o que los echas de la mansión para que se busquen la vida? —Tanteé.

e

—Aunque lo hubiera hecho están seguros de que no lo llevaré a cabo.

—Pero lo tienes asumido por lo que has dicho, al menos la primera parte…

—Es mi idea y mi último recurso, aunque no me gustaría llevarlo a cabo porque es muy triste y desgarrador para mí. —Hizo una mueca—. Cole no es feliz con esa mujer a su lado, es una manipuladora nata y está deseando que yo me quite de en medio. Hunter no se encuentra a sí mismo y está desaparecido e irreconocible. Emily empieza a ir por el mismo camino y no quiero que se descontrole hasta el punto de que sea definitivo.

—No suelo ser negativa, pero me gusta dejar claros todos los puntos.

—¿A qué te refieres?

—A que si has pensado que mi intervención y presencia puede que no sirvan de nada.

—Por lo que sé de ti por Darío, estoy convencido de que no me equivoco con la decisión que he tomado —asintió reafirmándolo.

—Te agradezco la confianza, pero…

—Salga bien o mal, sabemos qué harás todo lo que esté en tu mano, Riley —intervino mi jefe.

—Eso no lo dudéis. —Pasé la mirada de uno a otro—. ¿Tengo plena libertad?

—Absoluta —confirmó rápido Benjamín—. ¿Qué tienes en mente?

—Nada por ahora, pero quería asegurarme de que si dejo calva a la mujer de Cole no me repercutirá negativamente. —Recosté la espalda en la silla, sonriendo por la carcajada que soltaron.

Puede que les hiciera gracia, pero dos de los que estábamos en el despacho y nos conocíamos muy bien, sabíamos que mis palabras no iban desencaminadas al significado real de ellas, pudiendo suceder perfectamente.

—Eres libre de actuar bajo tus principios —volvió a aclararme Benjamín.

—Perfecto —dije pensativa.

—Te presentarás allí como la hija de unos amigos míos que busca abrirse camino en lo laboral. ¿Te parece bien?

—Sí, es creíble —asentí.

—Pues así lo haré saber ante todos.

—Esto es para ti —habló Darío mientras sacaba una carpeta de un cajón. La dejó encima de la mesa y la arrastró hacia mí.

—¿Qué es? —dije acercándola a mí.

—Toda la información de la familia, sobre la que tienes que hacer ver que no sabes nada —fue Benjamín quién

habló—. Encontrarás los detalles que necesitas saber.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Del que sea necesario.

—Vale —solté un suspiro centrando la vista en la carpeta cerrada.

—Gracias, Riley. Me produce mucha paz el nuevo giro que va a dar la situación.

—Espero no decepcionarte. —Busqué sus ojos.

—No podrías hacerlo, solo con haber aceptado es todo lo que necesitaba —asintió sonriéndome.

—Una última cosa…

—¿Sí?

—¿Tengo que vivir en la mansión? Por lo que has dicho no van mucho, pero…

—Si vas a sentirte más cómoda, no. Varias casas pequeñas la rodean en la gran extensión de terreno que hay. Una la ocupa William con su mujer, el resto están destinadas para cuando viene alguien de visita y quiere intimidad. Los demás empleados tienen sus habitaciones dentro de la mansión, en la planta baja.

—Pues si puedo elegir prefiero esa opción —dije convencida.

—Ningún problema —asintió.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —me preguntó Darío.

—Claro —acepté encantada.

—Ahora se lo decimos a Marisa.

—No hace falta, pasaba por aquí y no habéis cerrado la puerta —asomó la cabeza ella.

—¿Estás segura de que no te has mantenido ahí durante toda la conversación? —habló divertido mi jefe, levantando una ceja en su dirección.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —Se señaló haciéndose la sorprendida.

—Las paredes tienen la culpa, ¿verdad? —dije conteniéndome— Son muy finas y se escucha todo —continué seria, pero no pude controlar por más tiempo una carcajada cuando vi su expresión pícara.

—Sí, hija —asintió varias veces, dándome la razón.

El despacho se llenó de risas antes de salir para dirigirnos al salón. Ya estaba todo dicho sobre el trabajo especial que tenía que realizar, al menos, por el momento. Tenía guasa porque en la vida podía haber imaginado que me vería envuelta en algo parecido. Estaba por ver cómo se me daría, si conseguiría algún resultado favorable o regresaría con las manos vacías y sin ningún cambio que pudiera aportarle la paz que necesitaba Benjamín.

Marisa se justificó de su presencia ante su marido y su amigo, diciéndoles que no iba a dejarme sola ante los dos titanes que representaban, por si la necesitaba en algún momento. Más nos reímos cuando nos sentamos en los sofás, ganándose un abrazo y besos de mi parte por su protección hacia mí. Aunque no hiciera falta, lo que sabíamos de buena mano ella, Darío y yo.

—Las paredes tienen la culpa, ¿verdad? —dije conteniéndome— Son muy finas y se escucha todo —continué seria, pero no pude controlar por más tiempo una carcajada cuando vi su expresión pícara.

—Sí, hija —asintió varias veces, dándome la razón.

El despacho se llenó de risas antes de salir para dirigirnos al salón. Ya estaba todo dicho sobre el trabajo especial que tenía que realizar, al menos, por el momento. Tenía guasa porque en la vida podía haber imaginado que me vería envuelta en algo parecido. Estaba por ver cómo se me daría, si conseguiría algún resultado favorable o regresaría con las manos vacías y sin ningún cambio que pudiera aportarle la paz que necesitaba Benjamín.

Marisa se justificó de su presencia ante su marido y su amigo, diciéndoles que no iba a dejarme sola ante los dos titanes que representaban, por si la necesitaba en algún momento. Más nos reímos cuando nos sentamos en los sofás, ganándose un abrazo y besos de mi parte por su protección hacia mí. Aunque no hiciera falta, lo que sabíamos de buena mano ella, Darío y yo.

Capítulo 5



De vuelta al presente, al porche de la casa en Bel-Air mientras Riley regresaba de sus recuerdos de días anteriores…

Le di el último sorbo al café y me incliné hacia la mesa abriendo la carpeta. Empecé a leer la información que contenía, como había hecho muchas veces desde que la tenía en mi poder:

»Cole, el mayor de los hermanos. Edad, treinta y ocho años. Directivo principal de la empresa Smith Technology, bajo el mando de Benjamín Smith, su padre. Dispone de dos coches de alta gama. No tiene hijos. Casado desde hace cuatro años con Pamela. A ella no se le conoce profesión, invierte su tiempo en disfrutar de todas las comodidades que tiene a su alcance por ser quién es. Altiva, egoísta, prepotente y materialista al máximo. Ambos convivieron en la mansión los primeros años, pero hoy día cada uno hace su vida por separado fuera del terreno que abarca la propiedad.

»Hunter, hijo y hermano pequeño. Edad, treinta y cinco años. En lo laboral se encarga de varios departamentos de diversas empresas propiedad de su padre, Benjamín. Esa es la teoría; en la práctica, hace un tiempo que no se le conoce porque su ausencia es significativa en las empresas. Dispone de dos vehículos y una moto, de alta gama. Se caracteriza por ser un alma libre. No acepta imposiciones ni que se metan en su vida. Pareja o parejas desconocidas porque lo que se conoce es que no para quieto en el terreno carnal. Un apasionado de los deportes en general y de la fiesta, este es un resumen rápido y conciso de él.

»Emily, la benjamina de la familia. Es prima de los anteriormente mencionados y sobrina de Benjamín. Edaa treinta años. Su madre era Caroline, hermana menor de Benjamín que falleció trágicamente en un accidente de tráfico años atrás. Una niña dulce que, a pesar del duro golpe que sufrió por la pérdida, continuó siéndolo de adulta. Hasta que de un tiempo a esta parte cambió de forma radical su actitud y comportamiento. Es fotógrafa de profesión, una que le apasionó desde temprana edad. Le va muy bien en el tema laboral, pero en el personal s la asocia con malas influencias que pueden derivar en un resultado muy negativo para ella. Según la última actualización, continúa con un novio de hace años, Andrew, al que nadie conoce personalmente. Según los datos de los que se dispone es que es un manipulador y la dirige a su conveniencia, mientras ella se deja hacer sin ser consciente de la realidad, o quizás sí. Sea como sea, no hace nada para protegerse.

»Gloria, gestiona de puertas para fuera a la familia, siendo la mano derecha de Benjamín, en su ausencia. Edad, treinta y dos años. Se toma muy enserio su responsabilidad, aunque no obtenga los resultados deseados.

Soltera, original de Los Ángeles.

»William, encargado de toda la finca y de los trabajadores. Respetuoso y profesional, dirige a todos los que tiene a su cargo impecablemente. Es el que lleva trabajando más tiempo para Benjamín, junto a Aura, su mujer. Son un matrimonio que se complementan perfectamente, buenas personas que se rigen siempre por sus principios y valores. Ella es la cocinera oficial.

»Matthew, chófer. Un hombre dispuesto siempre a realizar su trabajo con una agradable sonrisa. Está disponible las veinticuatro horas del día para cualquier necesidad de la familia, bajo previo aviso según el horario en el que requieran sus servicios. No vive en la mansión, lo hace junto a su mujer fuera del límite de Bel-Air, en una zona tranquila y cómoda, de fácil y rápido acceso para ejercer su trabajo en la menor brevedad posible.

»Sophia, ayudante de cocina y empleada del servicio. Le da apoyo a Aura, la mujer de William, aparte de realizar trabajos varios en la mansión. Es la última incorporación, pero no por ello lleva poco tiempo. De carácter amable y simpático, coge enseguida confianza sabiendo mantener los límites hacia las personas para las que trabaja.

»Camila, Roxana y Sebastian, trabajan también en el servicio junto a Sophia. Esta última, cada vez que no es requerida por Aura en la cocina. Mantienen impecable la mansión, las instalaciones y las casas de invitados que rodean a la vivienda principal.

»Stephan y Anthony se encargan del mantenimiento general de todas las zonas que lo requieran. Anthony es el que tiene mayor rango y edad, manteniendo a su cargo a Stephan. Entre ellos son la única familia que tienen, tío y sobrino, pero la relación real entre ambos es como si fueran padre e hijo. La hermana de Anthony, madre de Stephan, se fue desentendiéndose de él cuando tenía pocos años. Anthony está soltero, ambos viven en la mansión.

»Alexander y Mateo son los jardineros. Suelen pasar desapercibidos ante los señores y el resto de sus compañeros. Teniendo en cuenta el gran terreno en el que trabajan, pasan los días sin que se les vea, exceptuando el horario de la comida y al inicio y el final de la jornada, momentos en los que se reúnen con William para mantenerlo informado. A diferencia del resto de los trabajadores, no conviven dentro de la mansión. Sus vidas están fuera de los límites de ella. Llegan al amanecer y se van antes del horario de la cena, sobre las seis y media o siete de la tarde.

Benjamín y toda su familia directa, son originarios y provienen de Inglaterra. Nacieron en ese país y los hijos fueron criados en él los primeros años de vida, hasta que Benjamín decidió trasladarse a Los Ángeles junto a su hermana, Caroline y la hija de esta, Emily. Se puede decir que ninguno de los más jóvenes tiene recuerdos de ello debido a sus cortas edades cuando cambiaron de residencia. Pero sus nombres y sus apellidos hacen que lo tengan presente.

Deslicé un dedo por las pequeñas fotografías que había de los miembros principales, junto a toda la información

de ellos. El mismo dedo con el que repiqueteé en la mesa, pensativa. Cerré la carpeta y levanté la cabeza, llevando la mirada hacia los árboles que tenía enfrente.

—¿Cómo narices se supone que voy a realizar mi trabajo si no aparece ninguno? —susurré antes de frotarme la cara— Ni puñetera idea. —Concluí soltando un suspiro.

Me levanté con la carpeta en una mano y la taza vacía en otra, para entrar en la casa. Lo primero que hice fue dejar la taza en el fregadero, lo segundo, dirigirme a mi habitación para poner a resguardo la carpeta con el informe que acababa de repasar. Lo había hecho para entretenerme porque con el poco tiempo que hacía que disponía de ella, ya me la sabía todo de memoria.

Por ahora, el único dato que había desconocido es que William y Aura tenían una hija. No constaba por ningún lado, aunque era un detalle que carecía de importancia para el trabajo que tenía que llevar a cabo. Hasta ahí, porque para el matrimonio lógicamente sí, y por lo que sabía de la conversación que había mantenido con William, en confianza, suponía más de un dolor de cabeza para ellos, aunque no me lo hubiera dicho abiertamente.

Dejé la carpeta detrás de la maleta grande, apoyada en un pequeño saliente que había dentro del armario que había destinado para ello. Cerré las puertas, dejando la vista fija en la madera durante unos segundos, hasta que me giré observando la habitación. Tenía espacio de sobra, había dos armarios más en los que había colocado mis pertenencias y me sobraba.

Se presentaba un nuevo día que enfrentar, en el que no sabía si conseguiría ver a alguien de los que me interesaba, o continuaría como el anterior, coincidiendo con el personal a cargo de la mansión. Ya conocía a todos, muy agradables y simpáticos debo decir. Hasta vi antes de que se fueran a los jardineros, Mateo y Alexander. O Alex como me pidió que lo llamara.

Bueno, rectifico, a la única persona que me faltaba por conocer que trabajaba para Benjamín era a Gloria. No se presentó por mi llegada, pero según lo que me comentó Benjamín estaba atendiendo unos asuntos que le impidieron desplazarse. Lo haría en cualquier momento.

No estaba acostumbrada a no hacer nada, tenía muy marcada mi rutina. De golpe, disponía de demasiado tiempo libre y me puse a dudar qué hacer. Me dirigí hacia uno de los armarios donde tenía guardada la ropa y saqué de un cajón uno de los bikinis que compré el día anterior. Al cogerlo se me curvaron los labios porque me encantaba.

Caminé hasta la cama y me desnudé, colocándomelo. Encima de él me puse un vestido fresquito y veraniego de tirantes, combinado con unas sandalias.

—Menudo trabajo este. —Sacudí la cabeza porque parecían unas vacaciones que como no se produjera algún cambio, se alargarían en el tiempo.

Salí de la casa dejándola cerrada y me dirigí al *buggy*. Conduje hasta la mansión, dejándolo aparcado donde lo vi por primera vez junto a William. Todo estaba en silencio e hice una mueca mientras empezaba a rodear la construcción para ir directa a la piscina, sin tener que entrar en ella. No quería molestar a nadie ni apartarlos de sus tareas, por lo que sigilosa llegué a la zona que me interesaba y la única de la que iba a hacer uso por ahora.

Me metí directamente en el agua. Fue un gustazo, tanto por el calor que hacía como por el poder disfrutar de ella. En cuanto se me pasó el sofoco salí directa hacia una hamaca y me tumbé. Pasados unos minutos, en los que estuve con los ojos cerrados mientras el sol me secaba, los entreabrí al notar una presencia a mi lado.

—Hola —saludé a Sophia que sonreía.

—Hola, le traigo una bebida refrescante —dijo elevando un poco la bandeja que llevaba en las manos.

—No hacía falta. —Me incorporé quedándome sentada—. Y recuerda, me llamo Riley. —Le hice un guiño remarcándole lo que hice varias veces el día anterior.

Ante mis peticiones rectificaba, pero terminaba por olvidársele al no ser la costumbre que tenía.

—Vale —dijo con una risilla—. La temperatura es alta y te vendrá bien. —Colocó el vaso en la mesa pequeña que estaba a mi lado.

—Gracias —le sonreí cogiéndolo y llevándomelo a los labios—. ¡Qué rica!

—Es limonada natural, la hace Aura —me aclaró.

—¿Quieres acompañarme? —le propuse y apreté los labios, divertida, al ver su expresión de sorpresa.

—No puedo —negó varias veces.

—Bueno, otra vez será. —Le hice un guiño—. ¿Mucho trabajo?

—Está controlado —sonrió—. Dentro de un rato me encierro con Aura en la cocina.

—Me pasaré.

—Cuando quieras —asintió—. Puede que hoy conozcas a alguien de la familia.

—¿Sí?

—El señor Cole ha llamado a William y quizás, aunque no es seguro, el señor Hunter también aparezca.

—Vaya, será una novedad —sonreí de medio lado.

—¿Comer por primera vez en el salón? —Ladeó un poco la cabeza.

—No, eso me da igual. —Reí—. Me refiero a estar con ellos y conocer al último que has mencionado.

—Ah. —Imitó mi gesto—. De la señora Pamela no sabemos nada, pero normalmente no suele avisar, se presenta por sorpresa.

—Está bien. —Pensé en Emily, la única que le faltaba por nombrar. Me callé al respecto.

—Me voy para que continues disfrutando, Riley. —Solté una carcajada.

Lo que la provocó fueron sus palabras, pero, sobre todo, el guiño gracioso que me hizo porque le salió una mueca divertida.

—Gracias. No me molestas.

La vi alejarse yendo hacia el interior de la mansión, mientras pensaba en que no faltaba mucho para que lo que quería se diera por primera vez, con Cole la segunda, pero sería un poco más extenso que el encuentro que tuvimos a mi llegada, que fue de lo más breve. Le di otro sorbo a la limonada y volví a tumbarme, preparándome mentalmente, aunque podía ser que llegada la hora de la comida no apareciera nadie por la mansión. Según Aura, no sería raro que sucediera y que cambiaran los planes en el último momento.

Estuve casi una hora entre baños y tomar el sol y sobre las once y media decidí ir hacia la casa, para darme una ducha rápida y prepararme. No es que fuera a arreglarme mucho, lo normal, pero necesitaba que la primera y segunda opinión de los hijos de Benjamín fueran buenas hacia mí.

Entré en la mansión recorriéndola, yendo directa hacia la cocina. Cuando llegué, Aura y Sophia estaban mano a mano con la comida. Las saludé, dejé el vaso en el fregadero y me paré un rato a hablar con ellas. Cuando comprobé la hora en el móvil me despedí hasta más tarde, accediendo al *buggy* desde esa parte de la vivienda.

—Vaya, será una novedad —sonreí de medio lado.

—¿Comer por primera vez en el salón? —Ladeó un poco la cabeza.

—No, eso me da igual. —Reí—. Me refiero a estar con ellos y conocer al último que has mencionado.

—Ah. —Imitó mi gesto—. De la señora Pamela no sabemos nada, pero normalmente no suele avisar, se presenta por sorpresa.

—Está bien. —Pensé en Emily, la única que le faltaba por nombrar. Me callé al respecto.

—Me voy para que continues disfrutando, Riley. —Solté una carcajada.

Lo que la provocó fueron sus palabras, pero, sobre todo, el guiño gracioso que me hizo porque le salió una mueca divertida.

—Gracias. No me molestas.

La vi alejarse yendo hacia el interior de la mansión, mientras pensaba en que no faltaba mucho para que lo que quería se diera por primera vez, con Cole la segunda, pero sería un poco más extenso que el encuentro que tuvimos a mi llegada, que fue de lo más breve. Le di otro sorbo a la limonada y volví a tumbarme, preparándome mentalmente, aunque podía ser que llegada la hora de la comida no apareciera nadie por la mansión. Según Aura, no sería raro que sucediera y que cambiaran los planes en el último momento.

Estuve casi una hora entre baños y tomar el sol y sobre las once y media decidí ir hacia la casa, para darme una ducha rápida y prepararme. No es que fuera a arreglarme mucho, lo normal, pero necesitaba que la primera y segunda opinión de los hijos de Benjamín fueran buenas hacia mí.

Entré en la mansión recorriéndola, yendo directa hacia la cocina. Cuando llegué, Aura y Sophia estaban mano a mano con la comida. Las saludé, dejé el vaso en el fregadero y me paré un rato a hablar con ellas. Cuando comprobé la hora en el móvil me despedí hasta más tarde, accediendo al *buggy* desde esa parte de la vivienda.

Capítulo 6



Blas: *¿Sabes ya cuando regresas?*

Riley: *No ha pasado casi tiempo y te he dicho varias veces que no. ¿A qué viene tanta insistencia?*

Blas: *¿No puedo tener ganas de verte? A ver si ahora que te has ido lejos va a suponer un problema.*

Leí su último mensaje con una ceja levantada, antes de escribir el mío de respuesta.

Riley: *Sería toda una novedad, porque nos vimos hace pocos días, a falta de uno para el viaje. ¿Cuánto tiempo transcurría sin saber del otro cuando estaba allí?*

Blas: *Es que no sé por qué has aceptado irte tan lejos.*

Riley: *Oye Blas, me estás tocando la moral. Te aviso porque puede que no te guste lo que leas si continuas igual. ¿En España no te acordabas de mí en semanas y ahora tienes tanta necesidad? No me tientes porque corto de raíz con tantas tonterías.*

Blas: *¿Qué narices significa eso? ¿Vas a dejarme?*

Riley: *Ah, pero ¿estamos juntos? Chico voy de sorpresa en sorpresa porque hasta dónde yo sé, lo que hemos mantenido no es ni por asomo una relación de pareja.*

Blas: *No hay quien hable contigo, no me tomas en serio.*

Riley: *Será porque no hay nada serio de lo que hablar o comentar. No sé cuándo regresaré y ni idea de cuánto tiempo me llevará estar lejos de España. Te recuerdo que estoy trabajando y es mi responsabilidad.*

Blas: *Tendrías que plantearte volver dentro de unas semanas, al menos por unos días, ¿no? Me parece muy feo por tu parte que no pienses en mí ni me tengas en cuenta.*

Anonadada estaba, la verdad. No me encajaba la conversación que estábamos teniendo, para nada. Ya ha

quedado claro lo poco que me unía a Blas, y que de repente se sintiera indignado y me exigiera algo que no le pertenecía hacer… Hasta aquí he llegado, me dije y repetí, escribiendo el último mensaje que le iba a enviar. Otra cosa es que, en algún momento, cuando estuviera de vuelta a mi rutina, me lo encontrara y tuviéramos una conversación cara a cara porque no pensaba rehuirlo. Simplemente mi camino se separaba en ese instante de él.

Riley: *Como todo lo que estoy leyendo parece surrealista y valoro mucho mi tiempo como para perderlo… Se terminó porque no hay por dónde cogerlo, Blas. Nunca hemos tenido una relación, solo encuentros esporádicos, los que me sobran dedos de una mano para contarlos a lo largo de varios meses. No sé qué mosca te ha picado, pero conmigo no va la actitud que has tomado. Te deseo lo mejor, que continues haciendo tu vida como lo has hecho hasta ahora y quizás, quién sabe, cuando termine mi trabajo y regrese, nos encontremos por la calle y nos saludemos. No voy a leer ni un mensaje más si lo envías, así que no pierdas el tiempo, uno que no has encontrado hasta el día de hoy para hablar conmigo teniéndome al alcance de una simple visita. Cuídate y mañana lo verás más claro porque allí es de noche y te está haciendo desvariar.*

Salí de la conversación y bloqueé el móvil, cabreada, todo hay que decirlo porque me escamaba tanto interés de golpe. Ni idea a qué se debía, pero por mi parte ya estaba todo dicho y aclarado, sin importarme su opinión. Si ni siquiera me había escrito cuando estábamos cerca, a no ser que fuera porque le apetecía quedar el mismo día en que lo hacía… Y como no pudiera yo, no volvía a saber de él en mucho tiempo. Incrédula y alucinada estaba, se había comportado como un novio controlador y caprichoso. Lo que no era, a lo de novio me refiero porque lo segundo, caprichoso, me quedó claro que no iba muy desencaminada con el pensamiento.

Me guardé el móvil en un bolsillo trasero del *short* vaquero, escuchando cómo llegaban más mensajes. Se puso insistente porque no dejó de sonar, pero ya lo había avisado y no iba a echarme para atrás, como tampoco iba a entrar otra vez en la conversación. Más tarde la borraría porque no tenía ganas de calentarme más de lo que había conseguido en poco tiempo. Solté un suspiro, sacudiendo la cabeza y me bajé del *buggy*.

Había estado montada en él porque abrí el primer mensaje al parar el motor. Eran las doce y cuarto del mediodí y caminé rodeando la mansión para entrar por la puerta principal, necesitando que me diera el aire antes de coincidir con alguien. Tan distraída iba en mis pensamientos que no me di cuenta de la presencia que se encontraba a poca distancia, cuando me acercaba a la entrada.

—¿No escuchas el móvil? —Giré rápido hacia la dirección en la que vino la voz.

La pequeña imagen que conocía de la persona que quedó frente a mí no le hacía justicia, en absoluto. No mostré ningún cambio en mi expresión ni en los gestos, pero me sorprendió ver en persona al hombre que estaba apoyado en el capó de un coche de alta gama. Tenía los brazos y los pies cruzados, observándome a través de las gafas de sol.

—¿Perdona? —dije cuando conseguí hablar y centrarme.

—¿Que si no escuchas la llamada de tu móvil?

—Lo hago perfectamente, al igual que tú, junto a las notificaciones de mensajes. —Levanté una ceja—. Otra cosa es que me interese atender a quien está insistiendo, lo que no deberías mencionar porque no me conoces y ni siquiera te has presentado.

Descruzó los brazos despacio y con una mano, de la misma forma, se bajó las gafas de sol, mirándome por encima de ellas. Una suerte que nos separaran varios metros, pensé, o no, rectifiqué y más asombrada me quedé conmigo misma.

—¿Quién eres? —pregunté continuando con mi ignorancia hacia él.

—No sé si me interesa que lo sepas —contestó sin moverse, con voz neutra.

—Pues cuando te lo pienses y te decidas, no hará falta que me lo digas porque seré yo la que no esté interesada en escucharte.

Con esas palabras le di la espalda sin pararme a contemplar su reacción. Me alejé yendo hacia la puerta de la mansión. No necesitaba saber ningún dato, conocía más de lo que podía imaginarse él, pero qué mínimo un prime encuentro lo más normal posible entre dos desconocidos. Y más teniendo en cuenta que yo estaba en casa de su familia, a la que pocas personas accedían a no ser que organizaran alguna fiesta. Continué mi camino y me dirigí hacia la cocina. Entre Blas y el listillo que acaba de dejar atrás, tenía el humor por todo lo alto. En el mal sentido, sobra decirlo.

—Hola —saludé a Aura haciéndome notar porque estaba entretenida con la comida y en ese instante sin ayuda.

—Hola, Riley. —Giró hacia mí, animada—. ¿Sucede algo? —Frunció el gesto.

—No, ¿por qué? —sonreí de medio lado mientras me acercaba a ella.

—Tienes unas arrugas aquí —se señaló la frente y apreté los labios, conteniéndome para no reír—, que no te había visto hasta ahora.

—Me salen cuando me alteran situaciones y presencias no gratas, por así decirlo. Un resumen rápido —le aclaré después de darle dos besos.

—¿Qué ha sucedido? —Quiso saber preocupada.

—Nada, porque no tiene importancia. —Me encogí de hombros—. Pero si por mí fuera, habría mordido a alguien. —Terminé riendo. Al verme se relajó sonriéndome.

—Hoy comerás en el salón. El señor Cole hace un rato que llegó y el señor Hunter…

—Si tuviera la opción lo haría aquí, no te creas que tengo muchas ganas —le dije en confianza, la que me había dado desde el primer instante en el que nos conocimos.

—Te sentirás a gusto con los señores. Son educados y estarán deseando coincidir contigo —dejó el trapo que tenía en las manos en la encimera.

—Si tú lo dices… —Carraspeé.

—Ay, hija. Te noto muy rara, ¿seguro que no te ha sucedido algo más?

—Es lo que te he dicho. Te lo concreto, acabo de cortar por mensaje la poca relación que tenía con el hombre con el que me veía de vez en cuando en España. Me ha cabreado su actitud de querer imponerse a mí, tomándose una libertad que no le pertenece. Nunca había mostrado nada al respecto y me he quedado loca con su comportamiento.

—Lo siento. —Me observó haciendo una mueca.

r

—No lo hagas, porque no lo hago ni yo. —Le hice un guiño—. Solo necesito unos minutos para aplacar la mala leche que me ha provocado, después estaré como nueva —le sonreí—. Como te he dicho teníamos muy poca relación, casi inexistente, así que… —Me encogí de hombros.

—Ah, pues has hecho muy bien. Iba a decir cuanto más lejos mejor, pero ya has puesto bastantes kilómetros entre los dos. —Rio y me contagié—. Ya puedes ir hacia el salón principal, Sophia y Sebastian deben estar terminando de organizarlo todo para la comida.

—¿Debo sentarme en algún sitio en concreto?

—Ellos te lo dirán. —Me hizo un guiño—. No estés nerviosa.

—¿Yo? Para nada, ni pensamiento tengo de ponerme. —Cogí una ciruela del frutero y me la llevé a la boca, dándole un bocado.

é

Cuando me la comí, tiré el hueso y me limpié las manos, me despedí hasta después de la comida que pasaría otra vez por la cocina. La dejé riéndose mientras salía por la puerta, mucho más animada de lo que había entrado. Hasta llegar al salón no encontré a nadie, y me dije que parecía una casa fantasma porque si no fuera por el personal que trabajaba en ella…

No tuve que abrir la puerta porque ya lo estaba. En cuanto di un paso dentro me paré al ver a Sophia y Sebastian, uno a cada lado de la gran mesa que ocupaba el centro del salón.

—Soy la primera —dije lo evidente.

—Sí —me sonrió Sebastian.

—¿Cuál es mi sitio?

—Aquí. —Retiró una de las sillas Sophia.

—Vale, pero yo me encargo de lo que acabas de hacer —negué.

—No me he dado cuenta —dijo con una risilla.

Llegué a su lado sonriendo y me senté. Pasé la mirada de uno a otro, al distinguir un cambio en sus expresiones

—¿Qué? —Terminé diciendo, intrigada.

—Los señores están acostumbrados a que hasta que no aparezcan, nadie ocupa la mesa, siendo ellos los primeros —aclaró Sebastian, incómodo.

Su incomodidad no se debía al hecho en sí, sino porque me pudiera sentar mal su comentario o que tuviera algún problema por hacerlo de cara a los «señores».

—¿En serio? —Levanté una ceja cruzándome de piernas, sin ninguna intención de moverme.

—Solo el señor Benjamín se anticipa a todos —continuó Sophia.

—Y la señora Pamela.

—Sí, ella no obedece a nada, ni siquiera al señor Benjamín cuando está.

—Entiendo… Podéis borrar las caras de preocupación —negué divertida—. No voy a quedarme de pie hasta que aparezcan. Vete a saber en qué momento lo hacen porque ya pasa de las doce y media, hora en la que supuestamente tendríamos que haber empezado. Cuando los vea actuaré como corresponde y se acabó. Si tienen algún problema que me lo hagan saber, y entonces ya veré yo si se repite lo de hoy o no.

—Riley… —dijo apurada Sophia.

—¿Les tenéis miedo? —Quise saber pasando la mirada de uno a otro.

—No —respondió demasiado rápido Sebastian.

—Ya… —Lo observé con interés ladeando la cabeza—. Os lo agradezco, de verdad, pero por mí podéis

relajaros, ¿de acuerdo?

Durante unos minutos nos quedamos en silencio, con el mío busqué que lo hicieran y se tranquilizaran.

—Iros si es lo que soléis hacer —les propuse.

—Yo prefiero quedarme. —Se removió inquieta Sophia.

Le sonreí con cariño, sin mostrar hacia fuera lo curiosa que me parecía la situación. Daban a entender y todo indicaba que iba a tener algún problema serio por el simple hecho de estar sentada en una silla, apartada un poco de la mesa. Esperando me quedé para verlas venir porque tenía muy clara mi postura y de ella no me iba a sacar nadie. Demasiadas tonterías para mi gusto, me dije y me repetí, sin mencionar nada para que no se pusieran peor.

—Yo voy a por la última bandeja —habló Sebastian señalando hacia la puerta.

—De acuerdo —asentí viendo su indecisión para hacerlo—. Me estáis mostrando tantas cosas… —Carraspeé.

—Es que la señora Pamela también está y sabemos cómo se pone con ciertas cosas —dijo apurada Sophia.

—No tenía ni idea de que había llegado. —Me giré hacia ella.

—Hace unos minutos, antes de que aparecieras la hemos visto pasar por el vestíbulo —aclaró Sebastian—. Algunos después de que lo hiciera el señor Cole.

—Ajá —asentí varias veces, pensativa—. Pues mira, los voy a conocer a todos a la vez, aunque con Cole ya haya tenido algún contacto el día que llegué. —Me guardé para mí que hacía poco tiempo que también me había cruzado con otro miembro de la familia.

Sebastian se fue a por lo que faltaba, por fin. Nos dejó solas, pero no por mucho tiempo porque regresó con la bandeja. Después de dejarla colocada en la mesa sí que se despidió de nosotras porque tenía que atender otras cosas en otra zona de la mansión. En silencio observé cómo Sophia se ponía a trabajar al más mínimo detalle con todo lo que ocupaba la mesa, a pesar de que más impecablemente puesto no podía estar. Fue cuando me di cuenta de que seríamos cuatro, en el sentido de la vista porque ellos me lo habían confirmado. Hasta ese instante no había prestado atención. Como si fuera importante que algún cubierto, plato, copa, servilleta o bandeja no estuviera al milímetro colocado, como según creía Sophia que debía estar.

—¿Crees que se van a dar cuenta? —dije intrigada.

Mi pregunta provocó que apartara la atención de lo que hacía y me la prestara a mí.

—¿De esto? —Señaló la mesa y asentí—. Sí, aunque los señores no harían ningún comentario al respecto. En

cambio, la señora Pamela puede reunirnos a todos por ese motivo.

—No me lo puedo creer… —Levanté una ceja.

—Cuando la conozcas te…

Sus palabras quedaron interrumpidas por el sonido de unos tacones. Se puso recta y dio un paso hacia atrás, encarando la entrada del salón. No me pasó desaperciba su última petición silenciosa para que me levantara, mirándome de reojo. Pues no lo iba a hacer, si no había tenido ninguna duda desde el principio, más claro me lo habían dejado Sebastian y ella después de ver sus reacciones y de escucharlos hablar.

Los pasos dejaron de oírse y giré despacio la cabeza hacia la puerta, en la misma dirección que Sophia. Me encontré con una mujer parada en el marco, con la vista fija hacia dentro. O podría ser más concisa, fija en mí, directamente. Detrás de ella no tardaron en aparecer los dos hombres, Cole y Hunter. Por lo visto fui el centro de atención de los tres mientras ella les bloqueaba el paso al no moverse.

Y no es que el hueco de la puerta fuera pequeño y no pudieran adelantarla o pasar por sus lados. Que va, si querían podían hacerlo los tres en línea que ni se rozarían y sobraría espacio. Por lo visto la «señora» Pamela era la encargada de marcar el tiempo y el ritmo. Entra, le pedí mentalmente, sin descruzar las piernas.

Si se pensó, aunque fuera por unos segundos, que iba a intimidarme por cómo me observaba, iba apañada porque hasta que yo no quisiera, no iba a mover ni las pestañas. Defecto de profesión o virtud, según se mire y en qué situaciones se dé, porque en el juzgado, enfrentando los juicios y a los acusados, podía mantenerme firme, decidida, distante y fría sin límite de tiempo y sin mostrar que todo mi interior hervía de rabia. Nadie era capaz de interpretarme y por lo que diferencié en la expresión de la «señora», que no sabía controlarse, más se molestó al ver mi indiferencia ante su presencia.

Cuando movió una pierna para dar un paso poco me faltó para aplaudirle al haberlo conseguido y hacerle una ola por la emoción que me produjo que su rigidez no hubiera podido con ella. Elegí el instante en el que les quedaban pocos pasos para llegar junto a la mesa, para levantarme. Muy despacio y con movimientos calculados, eso sí.

—Hola —di un saludo general, mostrándome simpática porque lo era, oye.

Hasta que algo me descuadraba, lógicamente. Pero tuve la necesidad por Benjamín y Darío de mostrarme de esa forma, al menos al inicio. Les sonreí todo lo amablemente que me salió y mucho era, ya os lo digo para todas las sensaciones que me recorrían.

Pamela me miraba con desagrado, uno que intentó disfrazar con una sonrisa fría y tirante. Mala actuación, me dije, por no decir pésima y nada creíble. Cole me observaba entre curioso y podría decir que algo divertido, como si le hiciera gracia mi actitud ante su mujer, de la que él era consciente que estaba marcando el territorio. Y Hunter, bueno de él solo diré que tenía los ojos fijos en mí desde que había aparecido en su campo de visión, otra

vez, mostrándose impasible, pero a la vez, como si le debiera algo por cómo me había dirigido a él fuera de la casa, al verlo la primera vez.

Pues mira qué bien, la fiesta está servida, me dije sin dejar de sonreírles a los tres. Para falsa yo, aunque unos lo fueran más que otros.

vez, mostrándose impasible, pero a la vez, como si le debiera algo por cómo me había dirigido a él fuera de la casa, al verlo la primera vez.

Pues mira qué bien, la fiesta está servida, me dije sin dejar de sonreírles a los tres. Para falsa yo, aunque unos lo fueran más que otros.

Capítulo 7



Hunter

Ahí estaba, la misma chica que había visto caminando hacia la mansión mientras pasaba de atender su móvil, que por los sonidos que salían de él, le echaba humo recibiendo de todo. Impasible y mostrando una cara amable hacia todos, así la vi desde la puerta del salón.

Sabía de sobra quién era por mi padre, al habernos anticipado su llegada y el motivo, aunque no detalló el día exacto que sería. Por mi hermano Cole, que me había comentado que coincidió con ella cuando apareció, como también por William, al que había llamado mientras me dirigía a la mansión; había sabido de su llegada.

Y por las palabras de él, de William, me constaba que se había hecho en tiempo récord con todos los trabajadores de la casa. Se lo noté en el tono de voz al referirse a ella. Debido a eso, me extrañó a la vez que me creó curiosidad, que no la hubieran advertido de cómo se daban las cosas dentro de la mansión, sobre todo cuando la mujer de mi hermano, Pamela, hacía acto de presencia.

Desvié la mirada de ella por unos segundos, centrándola en Sophia. Pues sí, me aclaró la duda al instante, al ver su expresión. La de que la nueva invitada sabía perfectamente lo que se iba a encontrar con nosotros. Dirigí otra vez la atención a la primera, más intrigado de lo que me había dejado desde nuestro encontronazo en la entrada principal.

Se la veía relajada, tranquilísima y mostrando una amabilidad que me hacía pensar en que todo el conjunto era una fachada bien creada hacia los tres. Aunque debo decir que más dirigida a Pamela. No me extrañaba, que conste. No lo mostré ni lo haría, pero me hizo gracia que supiera elegir el mejor camino desde el inicio para enfrentar la soberbia y prepotencia de la mujer de mi hermano.

Sorprendido estaba de que no la hubiera intimidado. Era lo que sucedía habitualmente y lo que siempre me llevaba a un único pensamiento, «qué cojones hacía Cole con ella». Era la vida de mi hermano y no me metía en nada, lo que no quiere decir que lo hiciera al principio de la relación, haciendo los comentarios oportunos años atrás. Después de eso y sin obtener resultados, lo dejé apartado y me desvinculé totalmente de lo que creó con esa mujer y de lo que él tenía que soportar. A Cole no parecía preocuparle ni afectarle. Parecía, porque yo que era su hermano sabía perfectamente la realidad.

Referente al primer contacto que había tenido con esa mujer, Riley… Me había quedado fuera de la mansión nada más llegar, apoyado en el coche porque no me apetecía pasar demasiado tiempo entre sus paredes. William me había informado de que Pamela se había presentado por sorpresa, lo que me escamaba porque, siendo sincero, la soportaba menos que nadie y bastante que lo hacía por respeto a mi hermano.

Mi visita se debía a la llamada que me había hecho Cole hacía aproximadamente una hora. En la conversación que habíamos mantenido me había pedido expresamente que lo hiciera hoy por la nueva invitada de nuestro padre para hacer acto de presencia ante ella los dos juntos, aunque fuera de las pocas veces que iba a darse, al menos en lo que a mí se refiere. Solo por él había aceptado, pero claro, en ese instante en el que le había confirmado mi asistencia, no tenía ni puñetera idea de que su señora esposa nos honraría con su increíble presencia. Ni él lo supo

Como comentaba, al estar esperando junto al coche mientras me entretenía conversando por mensajes con Olivia que era el nuevo ligue que tenía desde hacía unos días, al captar mi atención la invitada me había guardado el móvil y la había observado caminar distraída hacia la entrada principal de la mansión, siguiéndola con la vista.

No se me ocurrió, o más bien no me salió de otra forma, que tener una primera toma de contacto con ella aprovechando lo que los dos sabíamos porque era obvio, pero de lo que ella pasaba a propósito. Su actitud, comportamiento y palabras habían llamado mi atención por completo, e incluso me molestó cómo se refirió a mí en el último momento, antes de desaparecer ante mis ojos.

No estaba acostumbrado a la reacción que había dirigido hacia mí, esa era la verdad. Al tenerla otra vez enfrente no había evitado mostrar lo reacio que me sentía ante su presencia, con mi expresión corporal. Al completo, incluyendo mi cara.

Había llegado dispuesto a decirle varias cosas, pero después de ver el panorama que había y cómo nos había recibido, opté por verlas venir y actuar en consecuencia. Porque puede que la invitada de mi padre me produjera un poco de rechazo, pero nada comparable con el que me provocaba mi cuñadita.

—Hola, Riley. —Cole fue el primero en interrumpir el silencio que se había creado, al acercarnos.

Acortó la distancia y se inclinó dándole un beso en la mejilla. No podía comentar nada negativo sobre la corta impresión que se llevó mi hermano de Riley. Las pocas palabras que había intercambiado conmigo sobre ella eran favorables. Su primera impresión no se correspondía con la mía, pero debía admitir que yo no le había entrado con mucho tacto.

—Hola —fue mi saludo, sin decirle mi nombre personalmente porque no dudaba de que por uno o por otro lo conocía.

Retiré la silla que siempre ocupaba y me senté, recostando la espalda en ella. Siguió mis movimientos sin apartar los ojos de mí. Como respuesta levanté una ceja, dispuesto a decir algo si recibía algún comentario por su parte. No fue así, se mantuvo callada y apartó la atención de mí, para centrarla en Pamela. Era la única que todavía no se había hecho notar. Me refiero a hablar porque de presencia…

—Nos complace tener a una persona como tú entre nosotros. Soy Pamela, la señora de la mansión —soltó con mucha malicia, la que intentó ocultar echando mano al doble sentido.

Apoyé el codo en el reposabrazos de la silla y me llevé la mano a la barbilla, observando con atención la escena

—¡Qué amable! —Fue la respuesta de Riley, sonriendo de medio lado.

—Pamela. —Primera advertencia de mi hermano.

No es que le diera muchas porque hacía tiempo que la había dejado por imposible. Más motivo por el que continuaba preguntándome qué narices hacía con ella.

—Dime amor, estoy saludando a la invitada de tu padre. —Se giró hacia él, curvando los labios de una forma…

—Es la nuestra también.

—Ah, ¿sí? Pues hasta ahora yo no la conocía. —Levantó una ceja con la intención de callarlo, era lo que deseaba porque no soportaba que la dejara en ridículo, ni mucho menos que nadie le llevara la contraria, sobre todo Cole.

—Es normal —intervino Riley en ayuda de Cole, captando la atención de todos.

—¿A qué te refieres? —Vi divertido cómo Pamela fruncía el gesto, algo que en la vida había hecho delante de mí.

—A que es normal que no conozcas a una persona como yo —remarcó la última parte con toda la intención—. Si te prestaras a ello más veces, te sorprendería lo que descubrirías. Igualmente, te lo agradezco, Pamela. Se nota el gran esfuerzo que estás haciendo y si algo tengo asentado e interiorizado, es la educación que me inculcaron hacia cualquier ser vivo. Pero no hace falta que te tomes tantas molestias hacia mí.

—Eso está fuera de lugar —siseó la aludida.

—Hay tantas cosas fuera de lugar… Como lo que estoy viviendo desde que habéis aparecido. —Riley le mostró una gran sonrisa, lo que alteró más a Pamela.

—Tienes razón, para empezar tu comportamiento hacia nosotros. No has empezado muy bien que digamos, ha sido nefasto —soltó con rabia.

—¡Pamela! —Alzó la voz Cole, avergonzado.

—Déjala —le pidió Riley, ladeando la cabeza. Hizo una pequeña pausa y continuó—. Vete acostumbrando porque yo no os debo nada como para besar el suelo que pisáis. Lo dejo claro desde ya porque si coincidimos en otro momento en este salón o en cualquier parte común, voy a hacer lo que me dé la gana con el respeto por delante, pero el que yo considero. Y déjame decirte que no eres la señora de la casa, solo la mujer del hijo mayor del propietario de ella.

»Ese título le pertenecía a la madre de Cole y de su hermano —evitó nombrarme—, o a la futura pareja si es que algún día vuelve a tenerla. Tómatelo como quieras, no me va a influir en nada tu actitud y comportamiento. ¿Quieres guerra? Soy la más indicada para enfrentarte, te lo aseguro. ¿Quieres paz entre nosotras? Seré la primera en bajar la defensa que una persona como tú se merece. Si me buscas me encontrarás porque yo no voy a quedarme callada ante tus desplantes. Me gustaría saber de dónde saliste tú, para sentirte una persona diferente al resto. Sería curioso indagar sobre tu pasado, sobre tus raíces.

—¿No vas a decirle nada? —Se giró hacia Cole, con la expresión fuera de sí.

—Que tiene razón y ya deberíamos estar comiendo.

—Exacto y ya que Pamela ha dicho que mi comportamiento hacia vosotros no ha sido el correcto, nada más veros aparecer… Me veo en la obligación de remarcar que el vuestro es el primero que ha dejado mucho que desear y yo no he hecho alusión a ello. La comida se sirve a las doce y media, según los datos de los que dispongo y os habéis presentado pasada la una, a sabiendas de que yo estaba esperando porque sabíais de sobra que estaba aquí. El respeto se gana, en todos los sentidos y no te sorprendas tanto cuando recibas lo que das —centró la vista en Pamela que poco le faltó para salirle humo de la cabeza, sin creerse lo que estaba escuchando.

—Vete —gritó hacia Sophia.

La chica se había mantenido apartada, sin atreverse a moverse ante lo que estaba presenciando. Tenía la cara pálida y peor se puso al ser el blanco directo al que dirigió su enfado Pamela.

—Ante mi presencia no vuelvas a alzarle la voz a nadie —dijo tajante Riley, haciendo que la cabeza de Pamela girara a una velocidad que pensé que se le descolocaría.

—Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer en mi casa —habló volviendo a alzar la voz.

—Tu actitud no es muy de señora, como tú te denominas —le soltó Riley mientras escondía las manos en los bolsillos del pantalón corto que llevaba. Un gesto insignificante a simple vista, pero que no dudé que tenía mucho sentido para contenerse y no utilizarlas—. Sophia está haciendo su trabajo porque doy por hecho que hasta que los señores —dijo con retintín— no ocupan la mesa, espera para serviles. ¿Me equivoco? —Centró la mirada en Cole

—Es correcto —afirmó él haciendo que ella asintiera satisfecha y su mujer lo fulminara con los ojos.

—Que no se te olvide que estás en esta casa de prestado por lo que te une a Benjamín —añadió Riley sin poder

contenerse para bajarle los humos—. Pero déjame decirte, para que te quede claro porque por lo visto todavía no lo has pillado, que yo tengo el mismo derecho que tú a estar en ella. Incluso más porque no apareces en semanas o meses por aquí, lo que indica lo que en realidad te importa todo esto.

—Eres una desvergonzada, no entiendo cómo conoces a Benjamín y te permite estar aquí —dijo con evidente asco Pamela.

—Me voy a reservar mi opinión sobre ti, lo que demuestra para los inteligentes hasta qué punto lo soy yo —sonrió de medio lado Riley—. No voy a gastar más saliva. Cole. —Se dirigió a él. Mi hermano tenía una cara que no estaba pagada verla—. Dado que eres con el único que he tenido un buen trato y te has comportado correctamente, te pido disculpas porque no voy a sentarme a la mesa. Búscame si te apetece conversar. Gracias por tu amabilidad e intentar protegerme. Nos vemos.

Sin dudar, obviando el grito que soltó Pamela hacia ella, se giró y empezó a caminar hacia la puerta. Antes de salir buscó con la mirada a Sophia que no sabía cómo se mantenía todavía de pie porque no se la veía bien.

—Sophia, cuando termines aquí te estaré esperando para comer en la cocina. Espero con ansias que me digas cómo ha ido, por si tengo que regresar y esas cosas. —Le hizo un guiño antes de desaparecer de nuestra vista.

—Esto te va a salir muy caro —le habló también Pamela, poniéndola más nerviosa de lo que estaba.

—Cállate —la corté con voz fría y cortante, ganándome una mirada que me pasé por cierta parte concreta del cuerpo—. Ya has hecho bastante el ridículo. Será mejor que te sientes y dejes a Sophia hacer su trabajo, el que se le ha retrasado por tu culpa. Ni una palabra más, ni hacia ella ni hacia nadie. Me duelen los oídos de escucharte. —Cogí una oliva y la lancé en el aire. Cayó en mi boca mientras le hacía un guiño a Sophia, para que intentara relajarse un poco para poder moverse y salir cuanto antes del salón.

Mi intervención provocó que Pamela arrastrara una silla hacia atrás, pero no para ocuparla. Fue para dejar más clara la rabia que sentía porque se fue a la carrera del salón, dejándonos solos por fin. Lo agradecí inmensamente con los ojos puestos en los de mi hermano que se sentó enfrente.

—Puedes empezar, será rápido porque al final solo seremos dos —dije divertido hacia Sophia.

—Lamento mucho no haber salido, yo… —habló frotándose las manos en el uniforme.

—La que lo tiene que lamentar no eres tú, Sophia —intervino Cole—. Siento lo que has presenciado y lo que has tenido que aguantar.

—No es nada, señor.

—Sí que lo es —confirmé—. Relájate. Mira, mejor puedes irte ya, nosotros nos encargamos de todo —comenté

al ver lo indispuesta que parecía.

—No, por favor. Les sirvo yo.

—Sophia, tenemos manos para hacerlo nosotros. ¿Cómo te crees que comemos cuando no estamos aquí? —Me recosté en la silla, haciéndole otro guiño.

Mi intención era relajarla, pero nada surtía efecto. Ni mis gestos ni palabras.

—Hunter tiene razón. Ve a comer también que ya es muy tarde —le propuso mi hermano.

Antes de decidirse a obedecernos pasó la mirada de uno a otro, varias veces. Con un pequeño suspiro terminó aceptando con un asentimiento y caminó hacia la puerta para dejarnos solos. La seguimos con la vista, viendo lo temblorosa que estaba.

—Tienes un serio problema —hablé con sequedad, encarando a mi hermano.

—Lo sé —susurró con la vista enfocada en la mesa.

—Pues no sé a qué mierda estás esperando para actuar. —Me metí en la boca otra oliva, como la vez anterior— Los únicos momentos en los que te veo siendo tú es cuando estás solo, Cole. ¿Qué te ata para tardar tanto en dar e paso definitivo? No tenéis hijos, gracias a Dios —negué solo con imaginarlo—. Y sé lo que escondes —levantó la cabeza rápido, con el gesto fruncido.

—No sé de lo que hablas.

—Ya… Como si me chupara el dedo a mi edad. —Levanté una ceja.

—Lo que estés pensando no tiene fundamento.

—Es curioso que de golpe sepas a lo que me refiero, ¿no? —sonreí de medio lado— A mí ese tema me da absolutamente igual. El que no lo hace ya te he dejado cuál es. ¿Tú crees que tu mujercita habrá llegado a su habitación sin caerse desplomada? Porque dudo de que en las condiciones en las que ha salido de aquí haya ido directa hacia su coche para irse pitando.

El silencio nos rodeó, uno en el que nos mantuvimos serios. Hasta que de repente soltamos una carcajada por lo que representaba lo que acababa de decir.

—Con lo altiva que es ahora va a querer marcar su territorio, y no de la mejor forma. Lo sabes —continué pensativo, repiqueteando los dedos en la mesa.

—La sacaré de aquí —susurró.

—Por tu bien y por la salud mental de todos los que se encargan de la casa y viven en ella. Y sobra decir que como nuestro padre se entere de lo más mínimo… No me cabe duda de que Riley tiene todo su apoyo.

—Lo haré, ¿vale? —dijo agobiado y asentí.

—Espero que algún día te sinceres conmigo de una vez por todas.

—¿Cuándo? Siempre estás desaparecido —negó.

—Así es, pero no es justo que me digas eso. Eres consciente de que una llamada tuya paraliza todos mis planes.

—Sí. —Se frotó la cara—. Joder, lo siento. —Se pasó las manos por el pelo.

—Olvídalo. Vamos a comer.

Cogí una de las bandejas que había en el centro de la mesa y le serví en su plato cuando obtuve una respuesta afirmativa a mi pregunta de si quería empezar por eso. La comida no fue tensa porque entre nosotros, en soledad, eso no sucedía, pero sí que nos mantuvimos callados, cada uno con la cabeza ocupada con muchos pensamientos.

Por mi parte recreé todo lo que había vivido no hacía mucho, siendo testigo directo de cómo Riley había puesto en su lugar a Pamela. Increíblemente, así había sido, lo que me había dejado anonadado y sorprendido, como también impresionado por la fuerza que había mostrado, sin que el comportamiento de Pamela consiguiera aplacarla.

Interesante, me dije mientras llevaba la vista hacia el ventanal del salón. Más que interesante, me repetí.

—La sacaré de aquí —susurró.

—Por tu bien y por la salud mental de todos los que se encargan de la casa y viven en ella. Y sobra decir que como nuestro padre se entere de lo más mínimo… No me cabe duda de que Riley tiene todo su apoyo.

—Lo haré, ¿vale? —dijo agobiado y asentí.

—Espero que algún día te sinceres conmigo de una vez por todas.

—¿Cuándo? Siempre estás desaparecido —negó.

—Así es, pero no es justo que me digas eso. Eres consciente de que una llamada tuya paraliza todos mis planes.

—Sí. —Se frotó la cara—. Joder, lo siento. —Se pasó las manos por el pelo.

—Olvídalo. Vamos a comer.

Cogí una de las bandejas que había en el centro de la mesa y le serví en su plato cuando obtuve una respuesta afirmativa a mi pregunta de si quería empezar por eso. La comida no fue tensa porque entre nosotros, en soledad, eso no sucedía, pero sí que nos mantuvimos callados, cada uno con la cabeza ocupada con muchos pensamientos.

Por mi parte recreé todo lo que había vivido no hacía mucho, siendo testigo directo de cómo Riley había puesto en su lugar a Pamela. Increíblemente, así había sido, lo que me había dejado anonadado y sorprendido, como también impresionado por la fuerza que había mostrado, sin que el comportamiento de Pamela consiguiera aplacarla.

Interesante, me dije mientras llevaba la vista hacia el ventanal del salón. Más que interesante, me repetí.

Capítulo 8



Riley

—Impresentable, repelente, imbécil…

Todos esos adjetivos y peores, sin límite, salían de mis labios mientras me movía por la cocina. Desde que habí entrado como un huracán no podía estarme quieta, me picaba hasta el cuerpo de la urticaria que me había provocado esa mujer.

Aura se quedó con la boca abierta cuando me vio y más lo hizo cuando le dije acelerada que iba a comer con ella, con Sophia y con los que aparecieran. Poco más había dicho por la batalla interna que tenía encima. Si por m fuera habría hablado mucho más clara y concisa en el salón, ante ese personaje que se hacía llamar la señora de la casa.

—Ja, una mierda para ella como una catedral de grande. —Bufé—. Esa no sabe con quién ha dado.

Los ojos de Aura se movían siguiéndome, con expresión preocupada intuyendo de quién estaba hablando y dando por hecho que me había provocado el estado que tenía. La puerta de la cocina se abrió de golpe y apareció Sophia. Aura soltó un pequeño jadeo y las dos nos acercamos ligeras hacia ella. Continuaba muy pálida.

La cogimos cada una de un brazo y la llevamos hacia la mesa, ayudándola a sentarse en una silla.

—¿Cómo te encuentras? Lo evidente lo sé. —De cuclillas le retiré el pelo de la cara con cuidado para no agobiarla más.

—Tengo la garganta muy seca —susurró.

Aura se movió rápido y fue a por un vaso. Lo llenó de agua y se lo dejó al lado, para que bebiera de él. Antes de que nos diera una respuesta a mi pregunta la puerta volvió a abrirse. William apareció y la sonrisa con la que entr se le borró al instante al ver la situación.

—¿Qué ocurre? —dijo caminando hacia nosotras, con el gesto fruncido.

—Eso quiero saber —negó Aura—. Riley ha llegado tan alterada que no he conseguido que me diga nada claro y Sophia acaba de entrar así.

—¿Riley? —me preguntó directamente.

—Pamela. —Fue mi respuesta sin apartar la atención de Sophia.

—¿Puedes ser más explícita? —me pidió impaciente.

—Simplemente le he dado lo que me ha pedido a gritos —siseé.

—Ha sido increíble —soltó Sophia después de vaciar el vaso—. Pensaba que me iba a desmayar —negó con la vista ida.

a

—Sophia. —Le toqueteé la cara—. Eh, estamos aquí.

—Estoy un poco mejor —me sonrió.

í

—Vale —dejé salir un suspiro mientras me ponía de pie.

—¿Alguna de las dos puede hablar de continuo? Porque puedo interpretaros, pero no sé con claridad qué narice ha pasado —nos pidió William, cruzándose de brazos.

—Se ha enfrentado a la señora desde el principio, al faltarle el respeto como hace con todos —comentó Sophia.

—Esa de señora tiene lo que yo de rubia. —Soplé hacia arriba, retirándome varios mechones de la cara.

—¿Te ha faltado el respeto? ¿A ti? —Se sorprendió Aura, llevándose una mano al pecho mientras miraba intranquila a su marido.

—No solo se ha defendido a ella, sino también a mí cuando la señora me ha gritado de malas maneras para que me fuera —susurró Sophia.

No como me hubiera gustado, fue lo que me vino a la cabeza por lo de la defensa. A esa quería verla frente a m en un juicio, soportando mi interrogatorio. La dejaría planchada enseguida.

ɔ

ɔ

—Me he ido del salón sin sentarme a la mesa con ellos. No pienso aparecer más por allí —les informé.

—Hija, te va a traer muchos más problemas. —Me miró asustada Aura.

—¿A mí? —Solté una carcajada. Me dio por ahí, fíjate.

—Te veo muy entera con la situación —comentó con interés William, con un deje divertido.

—Porque lo estoy. Lo único que intento controlar es el querer dejar calva a una persona en concreto, pero por el momento me he contenido haciendo un gran esfuerzo —sonreí de medio lado—. Solo las personas que me importan pueden hacerme daño intencionado o no, así que lo que esa mujer diga o haga para mí es insignificante. Eso sí, no voy a quedarme callada ante ella.

—Haces bien, así debe ser por tu parte —asintió William.

Nuestros ojos se encontraron y por lo que me dio a entender, supe que Benjamín le había especificado que yo tenía absoluta libertad en todo. Detalle que le hizo estar tranquilo.

—Una lástima que no os pueda decir lo mismo y que haya prendido su mecha —negué cabreada—. Id con cuidado porque la he dejado hirviendo y la tomará con cualquiera de vosotros. —Acompañé a mis palabras con una mueca.

—No te preocupes por nosotros. —Le quitó importancia Aura.

—¿Seguro? —insistí y asintieron los dos, Sophia todavía no estaba para moverse mucho.

s

—Hablaré con el señor Benjamín —dijo pensativo William.

—No, por favor —le pedí—. Déjame encargarme a mí, ¿vale?

Por unos segundos dudó, pero terminó aceptándolo con un gesto. Cuando a Sophia le regresó el color a la cara, Aura nos pidió que nos sentáramos todos a la mesa. Después de ayudarla entre todos, lo hicimos junto a ella y a la vez. Por lo que nos comentó, al ser más tarde de lo habitual, el resto de los trabajadores ya no aparecerían. Hacía rato que comieron para continuar con sus tareas. William siempre lo retrasaba para acompañar a su mujer debido a que Aura, con el lio de ser la encargada de la cocina, era la última en poder sentarse a la mesa.

Cómo agradecí el rato que pasé junto a ellos, me sirvió para terminar de aplacar los nervios y para reorganizar mis ideas. Peligroso, ya os lo digo y más cuando lo hacía tan a conciencia como lo hice. Nos relajamos conversando de temas variados, hasta que un tiempo después de terminar, nos despedimos todos. A ellos les

í

tocaba un pequeño descanso, por mi parte me lo iba a pegar a lo grande porque no iba a salir de la casa en la que me quedaba.

Así se lo hice saber a William cuando me acompañó hasta el *buggy*.

—Para la cena no vendré, prefiero hacerlo por mi cuenta.

—No quiero que te aísles. —Me miró preocupado.

—No lo voy a hacer, pero necesito mi espacio. —Le hice un guiño—. Me verás para el desayuno, no me perdería por nada del mundo las tortitas que hace Aura y los batidos que prepara —sonrió asintiendo.

—Está bien. ¿Necesitas que te lleve algo para la casa?

—No, tengo de todo para bastante tiempo. Casi no he gastado nada porque lo más fuerte lo hago aquí. Pero eres muy bien recibido a mi humilde morada provisional, cuando quieras. —Reímos.

—Descansa, Riley.

—Igualmente, William. —Lo abracé.

Curvé los labios al notar sus brazos rodeándome. Ya no había tensión en él, lo que me agradó porque lo noté relajado y dispuesto, devolviéndome la muestra de afecto. Cuando nos separamos me monté en el *buggy* viendo cómo él regresaba a la mansión.

Dirigí la mirada hacia delante, pensativa, mientras sacaba la llave de un bolsillo. Con ella a medio camino me quedé cuando localicé a Hunter a varios metros de distancia, mirando en mi dirección. Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí y si nos había visto interactuar a William y a mí.

Lo di por hecho, pero lo mismo daba. No me importaba en absoluto, vamos. Giré la llave en el contacto y aceleré, alejándome y pasando olímpicamente de su presencia. Ya tenía el cupo lleno por ese día, pero, sobre todo de los que tuvieran de una forma u otra el apellido Smith me sobraban, a excepción de Benjamín con el que pensaba hablar esa misma tarde.

No con la intención de que interviniera. Para nada hablaría con él con esa intención, pero sí para que estuviera al tanto de que mi primer encuentro con su «familia» se había dado. No al completo, porque me faltaba por conocer a su sobrina Emily, pero todo se andaría. Un encuentro del que no le iba a dar muchos detalles para que no se alterara ni preocupara por mí, solo los principales y necesarios. Poco más podía contarle por el momento, y mientras conducía hasta la casa, pensé en si conseguiría realizar el trabajo que me había pedido, teniendo muchas dudas sobre ello.

Con el primero que quería tener un contacto más directo y tranquilo era con Cole. Me había demostrado más de lo que se imaginaba con la actitud que había mostrado hacia su querida mujer y por cómo me acogió desde el primer instante. Estaba segura de que, yendo por ese camino, el suyo, podía conseguir algún avance o al menos provocarlo, aunque fuera mínimo. Pero por algo se empezaba y era lo que necesitaba hacer porque no obtener nada me agobiaba.

Más calmada y en frío, me dije que habría otros intentos por mi parte si se daba la ocasión de estar en el salón con ellos. No es que me apeteciera mucho dirigiéndolo hacia ciertas personas, pero por el compromiso que tenía hacia mi jefe Darío y su amigo Benjamín, el interesado de mi presencia en su propiedad, lo haría sin dudar. No iba a tirar la toalla por un encontronazo sin importancia.

Mis labios se curvaron ante ese pensamiento y al imaginar cómo se tomarían mi presencia otra vez. Ya sabéis quién me ha venido a la cabeza. A esa le hacía la vida imposible yo, eso lo tenía claro porque iba a tener que tragarme de la manera que yo quisiera, a no ser que diera el primer paso para alejarse. Yo no iba a moverme de donde estaba si no era por decisión mía, de mi jefe o de Benjamín.

Paré el motor frente a la entrada de la casa y la observé por unos instantes, antes de decidir bajar y dirigirme a ella. Paz, eso es lo que me produjo el silencio que rodeaba la zona y cómo agradecí estar tan apartada y a mi aire. Solo me hubiera faltado verme en una habitación de la mansión, sabiendo que Pamela debía estar por alguna otra.

Ni idea de lo que haría después de verla tan alterada y ofendida, pero intuía que no se iba a ir tan a la ligera después de haberla puesto en ridículo. Bajo su punto de vista, porque para mí le había dicho muchas verdades. Se lo había buscado sola y que diera gracias a que me había contenido y callado muchas más verdades. Quizás en algún otro momento tendría la oportunidad de soltarlas y quedarme todo lo a gusto que me pedía el cuerpo.

Entré en la casa y me dirigí hacia la habitación para quitarme la ropa y ponerme otra más cómoda. Me desnudé rápido y me coloqué un vestido fresquito. Tuve el impulso de llamar a mis amigos, a Yago y a Paola, pero después de calcular la hora que sería en España, lo descarté al ser las once y media de la noche allí. Ya estarían descansando al tener que madrugar al día siguiente. En Los Ángeles eran las dos y media de la tarde.

Solté un suspiro porque los echaba de menos y estaba deseando escuchar sus voces, aunque fuera desde la distancia. Tenía que contarles las últimas noticias sobre Blas, del que por cierto me acordé en ese instante. Cogí de la cama el *short* que me había quitado y saqué el móvil, entrando en su conversación. Negué cuando la vi sin abrirla. Tenía más de veinte mensajes sin leer. Hice desaparecer la conversación directamente, al igual que las notificaciones de llamadas perdidas.

Lancé el móvil a un lado de la cama y me tumbé acomodándome en ella, apoyando la cabeza en la almohada. Me sentía un poco inquieta, pero después de analizarme no se debía a la situación que se había dado en el salón. Esa ya estaba más que superada, tampoco es que hubiera tenido que esforzarme mucho para conseguirlo, más bien la faena había sido contener la rabia e impotencia que se asentó en mí.

Respiré profundo y solté el aire despacio, cerrando los ojos con ganas de quedarme dormida un rato. Me costó por todos los pensamientos e ideas que me pasaron por la mente, pero al final, después de no sé cuánto tiempo, dejé de ser consciente de dónde estaba, de a quién había conocido ese día y de lo que me había dejado tocada. Solo un poco, que conste, pero así había sido dirigido a una persona en concreto. Y esta vez iba enfocado a la presencia que había observado cómo me despedía de William, antes de alejarme de la mansión.

a

s

e

1

Capítulo 9



Hunter

Me quedé observando el camino que tomó Riley, hasta que el sonido de la melodía de mi móvil me hizo desviar la atención. Bajé la mirada cuando lo saqué, viendo en la pantalla que era Olivia.

—¿Ya te has cansado de mí? —habló divertida cuando descolgué.

—¿Por qué dices eso, preciosa?

—Me has dejado hablando sola por mensaje y todavía estoy esperando saber de ti.

—Lo siento, he estado con la familia y me he olvidado del teléfono.

—Te perdono. —Rio, pero yo no mostré ningún cambio en mi expresión—. ¿Vas a venir a recogerme esta noche? Tengo muchas ganas de verte y de hacer lo que estábamos planeando antes.

—Dentro de un rato te lo confirmo.

—¿Y eso? No pensaba… Quiero decir, nunca te tomas tiempo con tu familia. Tus planes van por delante siempre y jamás…

—Olivia, me conoces desde hace cuatro días. —Puse los ojos en blanco.

—Bueno, íntimamente sí, pero lo que se rumorea…

—Me lo paso por los cojones. Creo que queda claro mi punto de vista.

—Lo lamento, no pretendía…

—Olvídalo. Como te he dicho sabrás de mí. Por ahora te dejo, estoy liado.

—Vale.

—No es una excusa, lo voy a hacer —insistí.

Puede que saliera con mujeres sin comprometerme, pero nunca les había hecho de menos por ese motivo. A pesar de lo poco que me duraban, siempre actuaba bien hacia ellas, hasta el último momento en el que se terminaba.

—Estaré esperando —dijo animándose.

—Perfecto —me impulsé de la fachada, donde había estado apoyado—. Hablamos —dije antes de colgar.

Caminé hacia la entrada lateral por donde habían aparecido William y Riley, los que había visto desde que salieron, observando cómo interactuaban entre ellos. Me habían sorprendido las muestras de cariño de William hacia ella porque no era nada propenso, me refiero de puertas para fuera de su núcleo familiar. Si no me había quedado claro anteriormente la afinidad de Riley con los que la había visto interactuar, ese detalle terminó por confirmarme hasta qué punto se había acercado en poco tiempo a los que trabajaban en la mansión.

Accedí al interior y caminé por el pasillo que llevaba hasta el vestíbulo, recorriéndolo con la intención de encontrarme con quién buscaba. No tardé en hacerlo.

—William. —Llamé su atención.

Acababa de traspasar la puerta de uno de los salones que daban a la parte por la que se accedía a la zona de la piscina. Se paró y giró hacia mí.

—Señor Hunter. —Hizo una leve inclinación de cabeza—. Me alegra verlo por aquí.

—Gracias —dije cuando llegué a su lado, metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón—. Imagino que ya estás informado de lo que ha sucedido durante la comida.

—Sí.

—¿Mi padre está al corriente?

—No sé si ya es conocedor.

—¿No has hablado con él? —Levanté una ceja porque lo daba por hecho. William era una de las personas de más confianza de mi padre.

—Esta vez no me corresponde a mí hacerlo. —Carraspeó.

Más sorprendido me quedé al saber que le daba ese privilegio a Riley, porque estaba claro que se estaba refiriendo a ella, sin nombrarla directamente.

—Entiendo. —Llevé la vista hacia la corredera, viendo la piscina al fondo—. Una cosa más…

—Usted dirá.

—¿La mujer de mi hermano se ha ido?

—No. Su coche continúa en el garaje, aunque no se la ha visto.

—Menuda suerte. —Lo miré de reojo—. De acuerdo.

—¿Usted se va ya, señor Hunter? —Se interesó.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

—Puede descansar un poco en su habitación antes de hacerlo —me propuso amablemente, como siempre era él

—Estoy pensando en si quedarme el resto del día e irme mañana temprano —comenté distraído.

—Como guste señor, sabe que para todos sería un placer que alargue la estancia.

—Bueno, lo de para todos vamos a dejarlo un poco en duda —sonreí de medio lado—. Voy a mi cuarto, si Pamela hace algún movimiento házmelo saber, ¿de acuerdo?

—Claro señor —asintió.

Me despedí de él antes de darle la espalda y me dirigí hacia la escalera, pero me paré al poner un pie en el primer peldaño.

—William —volví a llamarlo.

—¿Sí?

—Perdona, lo último y ya no te molesto más.

—No hay problema, señor.

—¿Sabes si a la invitada le han quedado ganas de presentarse a la cena?

—Ya no aparecerá hasta mañana a la hora del desayuno, señor.

—Os he visto y a ella irse, ¿hacia qué casa?

—A la que queda cerca de la mía —asentí sabiendo a cuál se refería.

—Ahora sí, te dejo trabajar. A media tarde te confirmaré si tengo la decisión clara de quedarme o marcharme. Gracias William.

Empecé a subir los peldaños, directo hacia la segunda planta que era donde tenía mi habitación, bien apartada de las del resto porque era el único solitario en ella. Al llegar caminé por el pasillo, con el teléfono en el mano mientras lo hacía girar, pensativo.

En cualquier otro momento ya haría tiempo que me habría alejado de la mansión, pero no supe por qué no lo había hecho. O sí, para qué voy a mentirme a mí mismo… Claro que era consciente del motivo por el que estaba meditando si salir al día siguiente, dejando pasar el tiempo. Tenía nombre propio, uno que conocía desde hacía muy poco. Tenía la necesidad de mantenerme allí porque tenía claro cuál sería el siguiente paso de Pamela. Por mucho que me había dicho mi hermano, me refiero a que hablaría con ella para sacarla del terreno, si todavía continuaba su coche en el garaje, no es que le hubiera salido muy bien la jugada hacia ella.

Me negaba a que montara otro numerito, al menos, mientras yo estuviera presente. Ni puñetera idea por qué tiró de mí esa necesidad, pero así la sentí y obré en consecuencia. Desbloqueé el móvil y accedí a la aplicación de mensajes, entrando en la conversación con Olivia. Leí rápido los mensajes que me había enviado y había obviado cuando continuaron llegando al ver aparecer a Riley por primera vez cerca de mí, antes de la comida. Ni siquiera me había acordado de revisarlos hasta este instante.

Hunter: *Hola preciosa, al final no va a poder ser hoy. Mañana paso a recogerte al mediodía, ¿de acuerdo? Si no tienes otros planes.*

Olivia: *Vaya… Estoy disponible para ti, acumularé las ganas. Avísame con tiempo para que me prepare.*

Hunter: *Cuando sepa la hora lo haré, pero no cuentes con que será desde primera hora. Tengo unos asuntos que atender antes.*

Olivia: *De acuerdo.* —Acompañó a sus palabras con varios emojis de besos.

Bloqueé el móvil y me lo guardé, abriendo la puerta de la que siempre había sido mi habitación. Cuando cerré apoyé la espalda en la madera, observando el espacio. Estaba como siempre. Sacudí la cabeza porque siendo sincero hacía mucho tiempo que no entraba, como tampoco había tenido ninguna intención de hacerlo.

Mi padre poseía muchas propiedades, pero la mansión, como nos referíamos a ella todos, fue la principal desde el inicio. En ella me crie al llegar a Los Ángeles y crecí recorriendo todos los pasillos, haciéndola un escondite perfecto al conocerme todos los rincones, incluso los inaccesibles para algunos porque no sabían de ellos.

Me traía demasiados recuerdos, la mayoría buenos porque mi madre estaba incluida en ellos. Después de su falta todo se volvía más turbio, hasta el punto de no gustarme lo que comencé a vivir entre las paredes de la vivienda. En la última época que he mencionado mi refugio era todo el exterior rodeado de vegetación, donde podía pasarme horas interminables, incluso provocar que salieran a buscarme nerviosos, de noche, porque no aparecía por ningún lado.

Fui hacia la corredera que daba a un balcón de medidas considerables, parecía una pequeña terraza o más bien lo era. Privilegio de estar en la planta más elevada porque en la inferior, la primera, ninguna de las habitaciones y zonas disponía de ese deshago. Así lo consideraba cuando muchas veces me había sentido asfixiado y salía para que me diera el aire, sin la necesidad de traspasar la puerta de la habitación.

La deslicé y fui hacia la barandilla. Me incliné apoyando los brazos mientras observaba todo el espacio verde que quedaba enfrente. Mis ojos tomaron una dirección, una que si ibas en línea recta te llevaba a la ubicación que me había mencionado William, refiriéndose a la casa que había ocupado la invitada.

Inteligente por parte de Riley optar por quedarse bien lejos. Yo hubiera hecho lo mismo para apartarme el máximo tiempo posible de todo y todos. Aunque con la confianza que había tomado ella con el personal a cargo de la mansión, no le hubiera supuesto ningún problema vivir bajo el mismo techo que la mayoría de ellos, exceptuando a William y a Aura que no se alejaban demasiado y a varios más que tenían sus vidas fuera de allí.

Eso sin que Pamela estuviera presente, lógicamente. Y me daba la espina, con la que estaba seguro de que no me equivocaba, que a partir de lo que había sucedido al mediodía empezaría a hacerse muy presente, para desgracia de muchos. Buena era cuando se sentía atacada y menospreciada, queriendo imponerse ante quien fuera Así había sido y debía estar subiéndose por las paredes todavía.

Ese era uno de los motivos por el que me estaba planteando alargar la estancia, para frenarle los pies si era necesario. El otro, me lo reservo para mí porque todavía tenía que analizarlo a conciencia.

Volví a coger el móvil y antes de pulsar encima del nombre al que quería llamar, pensé en varias opciones. Decidido lo hice, llevándome el teléfono al oído.

—Hunter, ¿va todo bien? —respondió Gloria, preocupándose al instante.

—Estoy en la mansión.

—¿En serio? ¿Has conocido a Riley?

—Aunque parezca sorprendente todavía sigo aquí después de varias horas. Pensaba que te encontraría al llegar. Y sí, he conocido a la invitada de mi padre.

—Estoy terminando de hacer unas gestiones para él, no sé si mañana me dará tiempo a ir. Como muy tarde lo haré al siguiente para presentarme a ella, no quiero dejar pasar más tiempo. Pues sí que es toda una novedad, me has dejado asombrada. ¿Hay algún motivo para que no hayas salido pitando?

—Sí, por eso te llamo.

—¿De qué se trata?

—Yo de ti me daría prisa para terminar lo que tienes pendiente, o dejarlo aplazado durante unos días. Pamela está aquí.

—Joder, ¿os habéis puesto de acuerdo? —Soltó un pequeño jadeo.

—Cole y yo sí, para hacer acto de presencia, pero ella ha actuado por su cuenta sin avisar ni dar indicios de nada.

—¿Cómo ha ido?

—Genial si tienes en cuenta que ha faltado poco para que en el salón principal volaran los cuchillos entre ella y Riley.

—¿Qué dices? —Se atragantó al hablar.

.

—Ha sido lo más interesante que he visto en mi vida, ya te puedes hacer una idea por el recorrido que llevo a mis espaldas. Con sofocos, gritos y demás, todo ha salido de la mujer de Cole mientras aguantaba como podía, indignada y alterada, los comentarios de Riley enfrentándola desde el inicio.

»Pamela se lo ha buscado, sobran los detalles. Pero después del ambiente que se ha creado y hacia lo que puede derivar, no he querido moverme. Mi llamada es para meterte prisa. No hace falta que mencione lo que es capaz de hacer esa mujer y la forma en la que actuará de ahora en adelante. Yo no voy a alargar mucho mi estancia aquí. Y Gloria…

—¿Sí?

—No llames a mi padre para decírselo.

—¿Por qué? La frenaría enseguida poniéndola en su lugar.

—Tú no lo hagas, ¿de acuerdo? Vamos a dar un poco más de margen a ver cómo se da todo.

—Sabes que no puedo mentirle, ni lo voy a hacer.

—No te estoy pidiendo ninguna de las dos cosas, solo que retrases el comentarle los hechos y la verdad.

—No lo entiendo.

—Tranquila, ya hay quien se pondrá en contacto con él.

—¿William? ¿Lo ha llamado?

—No, me refiero a Riley. —Se quedó callada por unos segundos.

—Comprendo.

—¿Cuándo llegarás?

—Llegaré mañana, esta tarde intentaré dejarlo todo cerrado. Es imposible que lo haga antes, estoy bastante lejos y tengo que viajar de regreso.

—De acuerdo, mantenme informado. Hasta que no aparezcas no me iré, pero no te demores mucho porque tengo planes.

—¿Unos suculentos que implican faldas de por medio?

—Una parte la has acertado, en la otra no interviene nada de ropa. —Curvé los labios al escuchar su soplido, pero terminó riendo.

—No te muevas de ahí hasta que llegue.

—Pues vuela si hace falta.

—¿Sabes si Cole se ha ido?

—Ni idea, desde que acabamos de comer no lo he visto. Lo sabré más tarde porque no tengo intención de salir de mi habitación.

—Has entrado…

—Vamos hablando. —Evité responderle.

—Vale.

Colgué cogiendo una gran bocanada de aire mientras me separaba de la barandilla. Antes de encerrarme volví a observar el exterior, concienciándome de que había optado por la mejor opción. Quería alejarme cuanto antes de allí por el mismo motivo por el que había decidido quedarme.

Ilógico, lo sé, pero era lo que había y en ese instante solo quería descansar un rato.

s

—Vale.

Colgué cogiendo una gran bocanada de aire mientras me separaba de la barandilla. Antes de encerrarme volví a observar el exterior, concienciándome de que había optado por la mejor opción. Quería alejarme cuanto antes de allí por el mismo motivo por el que había decidido quedarme.

Ilógico, lo sé, pero era lo que había y en ese instante solo quería descansar un rato.

Capítulo 10



Riley

—Holaaa… —dije lloriqueando, en broma y exagerando.

Acababa de descolgar una videollamada de Yago, sorprendida de que no estuviera durmiendo. Eran las siete de la tarde en Los Ángeles, las cuatro de la madrugada en España. Hacía varios minutos que había enviado un mensaje al grupo en el que estábamos Paola, él y yo, diciéndoles que cuando tuvieran un rato libre al día siguiente cuando coincidiéramos en horarios en el sentido de que fuera uno normal y con sol para todos, necesitaba verlos y hablar con ellos.

Y ahí estaba mi queridísimo amigo, atendiéndome al instante cuando apenas había pasado tiempo. Estaba tumbado en la cama y me encantó verlo a través de la pantalla, aunque necesitaba un fuerte abrazo de él y que nos tratáramos como siempre. Paola tenía claro que no se conectaría porque dejaba el teléfono apagado cuando se acostaba. No se enteraría hasta que abriera los ojos para ir a trabajar.

—¿Qué haces despierto? —le sonreí con cariño.
—Por lo visto esperando tu mensaje para aparecer en tu auxilio. —Me hizo un guiño—. Hace un buen rato que lo estoy, me he desvelado. Cuéntame, ¿se portan mal los angelinos contigo? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—Ni te lo imaginas. —Levanté una ceja, provocando que frunciera un poco el ceño.

—¿Eso qué significa? Porque yo lo he dicho de cachondeo, pero tú… —Se incorporó quedándose sentado con la espalda apoyada en el cabecero. Se acercó el móvil para leer mi expresión antes de que volviera hablar, esperando a que continuara.

—He tenido un día movidito. —Apreté los labios, dándole un toque de diversión porque a esas alturas ya me lo tomaba de esa forma.

—Explícate de una vez por todas. ¿Tengo que adelantar el viaje?

—Jolines pues si puedes, sí —Volví a lloriquear de broma, provocando que riera.

—En unos dos días estoy ahí. Llego el viernes —confirmó.

—¿De verdad? Por lo que me dijiste al principio pensaba que serían algunos más. —Aplaudí emocionada.

—Tres días, ese es el tiempo que falta para que nos volvamos a ver. ¿Hay algún sitio dónde pueda quedarme o busco algo? Los billetes de avión los he reservado esta tarde.

—Ni se te ocurra reservar en un hotel, ya te dije que tendría una casa para mí sola. Te quedas conmigo.

—Ese lugar tiene que ser una locura de grande, ¿no? Porque para tener esa casa que dices, más la principal.

Por el desajuste de horarios no me había dado tiempo a explicarles en condiciones y con detalles adónde había llegado y lo que había. Nuestro contacto había sido a destiempo, yo enviándoles mensajes cuando ellos dormían o estaban a punto de hacerlo, ellos respondiéndome cuando podían o quedaban libres de los trabajos.

—Te va a sorprender —sonreí.

—A mí lo único que me interesa es estar contigo. —Amplié la curva de mis labios—. A ver, dime a qué te has referido antes.

—Ayer, a mi llegada, todo fue perfecto como os informé por mensaje. Todas las personas que conocí son encantadoras y, a pesar de que no llevo mucho aquí, me han acogido con cariño. Me estoy refiriendo a los trabajadores.

—Bien, ¿no?

—Sí —asentí—. Lo que no puedo decir sobre el resto. Hoy he conocido una gran parte de la familia de Benjamín y, sinceramente, hubiera preferido seguir en la ignorancia —hablé con ironía.

—Te estoy viendo venir —negó divertido—. ¿A quién te has impuesto?

—¿Perdona? Pues no vas muy desencaminado. —Reímos a la vez—. Que conste que me he visto forzada a ello —Le di un sorbo al refresco que me había abierto para la cena.

Había llevado a rajatabla lo que le había dicho a William, no me había movido de la casa ni lo haría hasta la mañana siguiente. A gusto y rodeada de una paz increíble, antes de escribirles a mis amigos, terminé de cenar en el porche de la parte trasera.

—No me cabe la menor duda, ¿te recuerdo que nos conocemos?

—Voy a empezar por quién conoces porque he tenido para varios. —Hice una mueca, desviando la conversación.

—¿Yo? Pues ahora mismo solo me viene un nombre a la cabeza porque lo que es de ahí, donde estás, como que no puede ser. Y Paola queda descartada.

—Blas.

—¿Qué ha pasado?

Le expliqué perfectamente la conversación que había mantenido con él por mensaje, con el resultado definitivo al que había derivado. Sobre todo, remarcándole lo de definitivo porque por mi parte ya no había marcha atrás, en ningún sentido.

—¿A ese qué le ha picado? —preguntó molesto.

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Pero ya está. Me ha venido bien alejarme para saber cómo es en realidad. Fíjate lo escondido que lo tenía, aunque con lo poco que lo veía es lógico que no hubiera detectado nada antes —dije pensativa.

—Habrías terminado por ver su verdadera cara, de frente. No sabes cómo me alegro de lo que ha pasado.

—Soy consciente —negué divertida—. Ahora paso al encuentro con la familia de Benjamín. Al hijo mayor lo conocí nada más llegar y me ayudó amablemente. La verdad es que ha seguido mostrándose de esa forma conmigo, incluso ha intentado defenderme.

—¿De qué narices te ha defendido? ¿A ti que eres una experta? —Levantó una ceja.

—He dicho que lo ha intentado porque me he valido solita para encarar la situación. —Reí—. Recuerda que aquí nadie sabe a qué me dedico, supuestamente he llegado para buscarme la vida laboralmente.

—Al menos dice mucho de él.

—Sí. Es el único que me ha caído bien. —Hice una mueca.

—Bueno, no has ido con la intención de hacerte amiga de ellos.

—Ya, pero hubiera facilitado mucho las cosas —solté un suspiro.

—Conseguirás hacer tu trabajo, Riley, aunque te lleve más tiempo del normal. Es algo que se espera porque

nunca te has enfrentado a nada parecido. Estás en un entorno diferente y raro. Si ya sabía yo que lo de estar de incógnito y pasar desapercibida no es lo tuyo. —Terminamos riendo.

—Su hermano, el hijo menor de Benjamín…

—¿Sí?

—Es idiota, directamente. —Se frotó la cara, intentando contenerse para no volver a reír.

—¿Por? ¿También te ha tocado la fibra sensible? —Quiso saber divertido.

—Yo no tengo la culpa. El primer contacto a cierta distancia no ha sido muy bueno. Se ha dado justo después d zanjar el tema con Blas. Iba calentita escuchando el móvil sonar con mensajes y llamadas y el muy impertinente ha hecho alusión a eso de una forma nada amable, como si yo no tuviera oídos. Con lo siguiente que ha dicho no ha acertado al hablarme y yo me he puesto a su nivel.

—Por supuesto, no lo dudo. —Al final rio, contagiándome.

—Después me he encontrado con él para la comida y sin presentarse ni nada, ha dado un hola general y se ha sentado a la mesa, pasando de todo, pero entretenido con la situación que ha presenciado.

—¿Cuál?

—Ahora viene el plato fuerte —sonreí de forma exagerada.

—De incógnito… —repitió y no pudo contenerse otra vez para continuar con las risas.

—Sí que lo estoy. —Bajé el tono de voz acercando la cara a la pantalla.

—A ver, cuéntamelo bien y yo te diré si es correcta tu afirmación —sonrió de medio lado.

Solté un suspiro y me lancé de golpe a explicarle lo que me había hecho alterarme a puerta cerrada con los que tenía confianza y me la daban, porque hacia cualquier otra persona habría mantenido mi fachada impecablemente.

—Menuda joya —dijo cuando terminé, refiriéndose a la mujer de Cole.

—Como mucho es una falsificación o de bisutería. —Soltamos una carcajada fuerte—. Baja la voz que allí es muy temprano.

—Pablo se fue hace dos días de vacaciones —se refirió a su vecino del piso de arriba—. Carmen no se entera ni aunque grite a su lado —mencionó a su vecina de rellano—. Y sabes que el piso de abajo todavía no lo han

alquilado, continúa vacío.

—Vale no he dicho nada.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—No voy a variar en nada, ni sobre mi propósito ni en mi actitud. Quién me busque me encontrará, quién me ofrezca una mano amiga recibirá la mía. Así de simple. En caliente, nada más salir del enfrentamiento en el salón y durante un tiempo, decidí que no quería que se repitiera por lo cabreada que estaba. Pero en frío estoy dispuesta a volver a intentar un acercamiento —sonreí pícara.

—No esperaba menos de ti. —Imitó mi gesto.

—Cuando estés aquí espero que no veas a ninguno, que las malas energías se hayan largado.

—Tú haz lo que tengas que hacer, por mí no te preocupes. Sabes que no me muerdo la lengua tampoco.

—Lo haré, pero los ratos de las comidas, cenas e incluidos los desayunos, ten claro que estaré contigo. Aunque ya te darás cuenta de que no hago nada más. Sé que no necesitas mi intervención, ni que me mantenga a tu lado. Tengo muchas ganas de achucharte.

—Y yo, preciosa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Dos semanas, a no ser que regreses antes y adelante el vuelo para hacerlo contigo.

—Tenemos que esperar a Paola. A ver si coincidimos todos, al menos unos días cuando ya esté fuera de aquí.

—Al final te va a dar pena irte.

—Sí, porque sin tener en cuenta lo de hoy, con el resto estoy encantada y cogiendo mucho cariño. Sobre todo, dirigido hacia los que tengo más trato.

—Después de lo que me has explicado lo imagino.

—Tres días… —Hice referencia al tiempo que faltaba para vernos, ilusionada.

—Ajá. Tienes que pasarme la dirección exacta.

—El que tienes que decirme los datos del vuelo eres tú. Iré a buscarte con Matthew, es el chófer de la familia.

—Joder, ¡qué nivel! —Reímos.

—Así será más rápido. ¿No vas a intentar dormir un poco hasta que te suene el despertador?

—Debería, otra cosa es que lo consiga.

—Va, pues ya hablaremos con más calma. Se te cierran los ojos.

—Ahora, porque en cuanto lo haga a propósito se me abrirán.

—Descansa que el día se te va a hacer muy largo.

—¿Qué hora es ahí? Aún hay claridad.

—Las siete y cuarenta de la tarde. Llevamos casi una hora hablando, tienes dos horas y media por delante hasta que tengas que levantarte.

—Vale, pesada —dijo divertido—. Tenía ganas de verte y escucharte.

—Y yo.

—Hablamos, Riley. Cuídate hasta que yo llegue y dale duro a quién se cruce en tu camino y se lo gane. —Me hizo un guiño.

—En mi línea. —Moví las cejas haciendo un gesto gracioso.

Con pena y sin ningunas ganas, pulsé el botón de colgar. Me llevé el vaso de refresco a los labios y dio otro sorbo. Cuando nos diéramos cuenta estaríamos juntos otra vez y esperaba que pudiéramos irnos de la misma forma a España. Solo de pensarlo me animé.

Me levanté para recoger la mesa. Fregué lo poco que había ensuciado y regresé al porche. Hacía una temperatura perfecta y no me apetecía estar encerrada. Caminé hacia las hamacas y me tumbé en una, interiorizando la calma que se respiraba. El canto de algún pájaro era lo único que se escuchaba. No tenía sueño, era temprano, pero al acomodarme y estar saciada y relajada, favoreció a que me adormeciera casi sin darme cuenta.

✣ ✣ ✣

Me removí inquieta, entre el sueño y la consciencia. Sin darme cuenta de dónde estaba porque ni acordarme, casi me fui al suelo. Abrí los ojos a lo justo cuando apoyé una mano en la hierba, frenando mi cuerpo al límite de caerme de la hamaca. Con un suspiro me tumbé bien colocándome el vestido que se me había movido, cerrando los ojos unos segundos más.

Pero se me abrieron de golpe dejando la vista enfocada en las ramas del árbol que tenía sobre la cabeza. La giré despacio, muy lentamente, hacia un punto exacto, el que había visto de refilón al rectificar la posición. Al no estar despierta del todo y por el sobresalto, me había pasado desapercibido demasiado rápido.

—¿Qué haces aquí? —Me incorporé quedándome sentada en la hamaca.

Hunter estaba apoyado en un árbol que quedaba a varios metros de distancia, los mismos que nos separaban. Me observaba serio, en silencio porque no se dignó a mover los labios para contestarme. Su posición parecía relajada contra el árbol, pero, aun así, me puse en alerta.

—No es que me apetezca hablar contigo ni entablar una conversación, pero qué mínimo que si te hacen una pregunta respondas… Y más teniendo en cuenta que estás en mi espacio personal. ¿Desde cuándo? —Hice una pequeña mueca que para él pasó desapercibida. Me salió al pensar que iba a tener otro enfrentamiento cuando sus labios se curvaron un poco—. Olvídalo, con que desaparezcas tengo suficiente. No recordaba que tus modales brillan por su ausencia. —Me tumbé mirando hacia la puerta trasera de la casa, para perderlo de vista.

Medité si traspasarla para ignorarlo del todo, cerrándola con llave para que le quedara más claro mi punto de vista y mi opinión sobre él. Pero no lo hice. Me negué a darle el gusto de ser yo la primera que se apartara, ni a dejar entrever, ni para bien, ni para mal, lo que me alteraba. Una canción, necesito una canción que me distraiga, me dije haciendo esfuerzos para que cualquiera me viniera a la cabeza. Solté el aire lentamente al no conseguirlo, como si mi disco duro interno se hubiera quedado en blanco, cuando tenía un repertorio muy grande habitualmente.

—No tienes nada mejor que hacer ¿o qué? No sabía que eras un mirón —solté al cabo de un rato sin abrir los ojos y sin poderme contener.

Se mantenía donde lo había localizado, sin dirigirse a mí de ninguna forma. Me molestó el conjunto completo a sentirme observada, pero me arrepentí de esa molestia que me produjo cuando escuché un pequeño ruido y lo busqué con la mirada, viendo cómo caminaba hacia mí, despacio, tomándose su tiempo.

Me removí inquieta, entre el sueño y la consciencia. Sin darme cuenta de dónde estaba porque ni acordarme, casi me fui al suelo. Abrí los ojos a lo justo cuando apoyé una mano en la hierba, frenando mi cuerpo al límite de caerme de la hamaca. Con un suspiro me tumbé bien colocándome el vestido que se me había movido, cerrando los ojos unos segundos más.

Pero se me abrieron de golpe dejando la vista enfocada en las ramas del árbol que tenía sobre la cabeza. La giré despacio, muy lentamente, hacia un punto exacto, el que había visto de refilón al rectificar la posición. Al no estar despierta del todo y por el sobresalto, me había pasado desapercibido demasiado rápido.

—¿Qué haces aquí? —Me incorporé quedándome sentada en la hamaca.

Hunter estaba apoyado en un árbol que quedaba a varios metros de distancia, los mismos que nos separaban. Me observaba serio, en silencio porque no se dignó a mover los labios para contestarme. Su posición parecía relajada contra el árbol, pero, aun así, me puse en alerta.

—No es que me apetezca hablar contigo ni entablar una conversación, pero qué mínimo que si te hacen una pregunta respondas… Y más teniendo en cuenta que estás en mi espacio personal. ¿Desde cuándo? —Hice una pequeña mueca que para él pasó desapercibida. Me salió al pensar que iba a tener otro enfrentamiento cuando sus labios se curvaron un poco—. Olvídalo, con que desaparezcas tengo suficiente. No recordaba que tus modales brillan por su ausencia. —Me tumbé mirando hacia la puerta trasera de la casa, para perderlo de vista.

Medité si traspasarla para ignorarlo del todo, cerrándola con llave para que le quedara más claro mi punto de vista y mi opinión sobre él. Pero no lo hice. Me negué a darle el gusto de ser yo la primera que se apartara, ni a dejar entrever, ni para bien, ni para mal, lo que me alteraba. Una canción, necesito una canción que me distraiga, me dije haciendo esfuerzos para que cualquiera me viniera a la cabeza. Solté el aire lentamente al no conseguirlo, como si mi disco duro interno se hubiera quedado en blanco, cuando tenía un repertorio muy grande habitualmente.

—No tienes nada mejor que hacer ¿o qué? No sabía que eras un mirón —solté al cabo de un rato sin abrir los ojos y sin poderme contener.

Se mantenía donde lo había localizado, sin dirigirse a mí de ninguna forma. Me molestó el conjunto completo al sentirme observada, pero me arrepentí de esa molestia que me produjo cuando escuché un pequeño ruido y lo busqué con la mirada, viendo cómo caminaba hacia mí, despacio, tomándose su tiempo.

Capítulo 11



Hunter

Me creaba demasiada curiosidad lo que me provocaba esa mujer. No era capaz de callarse ante nada ni ante nadie, dudaba de que lo hiciera hasta debajo del agua. Me hacía gracia su temperamento y actitud, aunque lo ocultara y no hiciera nada para favorecer un acercamiento cordial hacia ella. Todo lo contrario, me esmeraba para picarla y hacerla saltar, echando mano al pasotismo y al ignorarla, directamente. Desde el primer instante había sido así, aunque en aquel momento, antes de que ella abriera la boca al conocerla, no supiera cómo iba a reaccionar.

Hasta la hora de la cena no había salido de la habitación para dirigirme directamente al salón. En él me encontré con Pamela y con Cole, sentados a la mesa. Esperaban en silencio, a pesar de que faltaban cinco minutos y nunca aparecían antes, siendo puntuales al máximo. Fue cuando supe que mi hermano se había mantenido en la mansión como yo, por el mismo motivo, porque Pamela se tendría que haber ido después de la comida. Esa era la rutina que siempre hacía y nunca la había variado desde que la conocía.

Cuando a ella le parecía oportuno aparecía sin avisar, pero poco le duraba el impulso, alejándose después de dejar su rastro por donde pasaba. Las caras de los dos eran un poema y me divertí de lo lindo refiriéndome a la de mi cuñadita. Durante todo el tiempo que estuve sentado no borré la sonrisa de los labios, motivo por el que fue alterándose al saber perfectamente que iba dirigida a ella.

Nadie del servicio estaba presente, lo que significaba que estarían esperando para que los avisáramos, por petición de mi hermano, eso lo tenía claro. Dejamos pasar los primeros minutos. Mis ojos iban de vez en cuando hacia la puerta, pensando que Riley se lo habría pensado mejor y aparecería en cualquier instante.

No fue así. El tiempo pasó y Pamela fue la encargada de captar la atención de Cole y mía cuando llamó, más fuerte de lo habitual, al servicio para que le llenaran el plato de comida. Como si alargar un poco la mano para hacerlo ella le supusiera un esfuerzo sobre humano.

Su alteración no se debió solo a la ausencia de la invitada, la que le sentó fatal. También fue motivada porque la callé con pocas palabras antes de que alguno de los trabajadores apareciera, ganándome una mirada fulminante, la que me resbaló por completo y más mostré la gracia que me hizo cuando terminé de decirlo.

—Impresentable. ¿Qué podemos esperar de alguien como esa? —siseó refiriéndose a Riley, entremezclando el asco, la rabia y la impotencia al no tener libertad para pisotearla como le gustaría porque estaba protegida por mi padre.

—Te equivocas. —Recosté la espalda en la silla con su atención puesta en mí—. Es lista, demasiado. Mucho más que tú. Lo puedo asegurar sin margen de error, y eso que no la conozco. —Mi tono de voz sonó tranquilo y relajado, pero firme y contundente para que le quedara bien claro.

Eso fue lo poco que se habló durante la cena, con los nervios de Pamela por las nubes mientras sus miradas iban de su marido a mí, descontenta y enfadada porque no la apoyáramos. Como para hacerlo, había que estar loco del todo. Sophia no tardó en aparecer ligera para atendernos y yo me di prisa para terminar, por la incomodidad que sentía.

Cuando me levanté me despedí de mi hermano, pasando olímpicamente de su mujer. Escuché algún comentario a mi espalda de ella, pero no me paré, ni intención tuve por las ganas que tenía de perderla de vista. Que se comiera el marrón Cole, que para algo la mantenía a su lado. Me dieron ganas de montarme en el coche y largarme, pero opté por aplacar el ánimo que siempre me provocaban esas situaciones, dando un paseo para que me diera el aire.

Recorrí una gran parte del terreno caminando, pero ni una mínima parte de él por la extensión que abarcaba. Hasta que tomé el camino que me llevaba a una casa concreta, a la que me indicó William cuando me informó de dónde se quedaba Riley. No supe por qué me dirigí a ella, ni que me impulsó a hacerlo, como tampoco qué iba a decir o cómo iba a actuar si me encontraba con la invitada.

Quizás ni la viera, pero si sucedía ya improvisaría como llevaba haciendo toda mi vida. No tardé en llegar a la parte delantera, la que recorrí con la vista mientras me acercaba. No había indicios de que alguien ocupara el interior, todavía no era de noche como para que las luces estuvieran encendidas. Lo único que me indicó que no estaba vacía, o, al menos, que no se encontraría muy lejos, era el *buggy* aparcado cerca de la entrada.

La rodeé en silencio, sin prisa y sin escuchar ningún ruido. Pensando en que me iría como había llegado si llegaba a la parte trasera y no la encontraba, me paré de golpe. Ese pensamiento lo eliminé en cuanto mis pies dejaron de moverse al localizar a Riley. Estaba tumbada en una hamaca cerca del porche, dormida o eso parecía a tener los ojos cerrados. Me moví despacio para acercarme un poco más, hasta que me quedé quieto a pocos metro de distancia, observándola con atención.

Recorrí su cuerpo con la vista, desde la calma y la libertad que me daba el que no fuera consciente de mi presencia porque sí, confirmé que dormía. Estaba descalza, había dejado las chanclas en la hierba. Llevaba puesto un vestido suelto y veraniego, el que le tapaba menos de lo que sería habitual porque lo tenía movido. Se le había subido por las piernas al habérsele arrugado, dejándoselas visibles desde un poco más arriba de medio muslo.

Continué haciendo un recorrido ascendente, hasta llegar a la parte alta de su cuerpo. Una mano se le había resbalado y le colgaba un poco por el borde de la hamaca, el otro brazo lo tenía colocado sobre la cintura. Uno de

los tirantes del vestido se le había resbalado y al no estar en su lugar, la parte de tela que sujetaba caía sobre su piel, provocando que quedara visible el inicio de un pecho.

Esa es la versión suave, la real es que desde mi posición veía perfectamente la redondez y curva del pecho, por completo, al límite de darme una perspectiva perfecta porque el pezón quedaba oculto. No llevaba sujetador, estando cómoda y sintiéndose segura en «su casa». Dejé salir el aire lentamente, sin poder apartar los ojos de todo el conjunto de ella, hasta que centré la vista en su cara, en su expresión. Se la veía tan relajada, en calma… Tenía los labios carnosos entreabiertos, llamando aún más la atención de lo que lo hacían.

La diversión y la paz se esfumaron en cuanto se removió sobre la hamaca y a punto estuvo de irse al suelo, dándome una panorámica aún más espectacular porque sucedió hacia mí. Por lo dormida que reaccionó, por el sobresalto que se llevó y al no esperar a nadie cerca, no fue consciente al instante de que no se encontraba sola.

Sus ojos sí que se enfocaron en mi dirección, pero fue tan rápido mientras se recomponía e incorporaba que pasé desapercibido. Hasta que se centró y fue rápida, después de colocarse bien la ropa. Giró la cabeza despacio en mi dirección. La sorpresa fue evidente en su cara, no la pudo ocultar porque todavía no estaba en sus plenas facultades.

Me mantuve sin moverme y sin mostrar nada, en silencio, esperando cualquier salida de su parte. Como supuse no tardó en hablar y no pude evitar curvar los labios al escucharla. A la mierda lo de calmada y relajada, ya estaba preparada para un nuevo enfrentamiento.

Le di de margen unos minutos en los que se quedó callada observando la puerta de la casa. Cuando volvió a cerrar los ojos me impulsé del árbol en el que me había apoyado y empecé a caminar hacia ella, por si tenía la intención de meterse dentro. La mía, mi intención, ni puñetera idea cuál era, pero actué por impulso.

—No has venido —dije metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Cómo? —Entreabrió los ojos.

—Que no has aparecido para la cena, pensaba que lo harías.

—Estoy sorprendida. ¡Sabes hablar y formar frases! —Agrandó los ojos.

—Sé muchas más cosas de las que te imaginas o puedas dar por hecho —dije sin inmutarme.

—Es obvio que no he ido. —Desvió la mirada enfocándola hacia delante.

—No hubiera sucedido lo mismo que este mediodía.

—¿Quién lo sabe?

—Yo —mi respuesta tajante provocó que buscara mis ojos, intrigada.

—¿Qué haces aquí y desde cuándo? —Se movió quedándose de lado, sentada.

—Estaba dando un paseo y no hace mucho.

—Un poco lejos, ¿no? —Levantó una ceja.

—Te sorprendería todo el espacio que soy capaz de recorrer dentro de los límites del terreno de la mansión. Lo conozco perfectamente, cada rincón. Me he criado aquí.

—¿Y a qué se debe este cambio?

—¿Cómo?

—Que por qué ahora me hablas cuando me has ignorado anteriormente. —Se levantó despacio quedándose de pie frente a mí, separada unos pasos.

Me encogí de hombros como respuesta.

—¿Ya está? ¿Con eso lo dices todo? —Cruzó los brazos.

—Te tendrás que conformar con eso, por ahora. —Levanté una ceja.

Empecé a caminar para alejarme de ella. Lo que se estaba ampliando dentro de mí no me gustó, o más bien sí, demasiado, por ese motivo tomé el camino más fácil, el de largarme y desaparecer. Antes de hacerlo mucho, hablé dándole la espalda.

—¿Estarás mañana en el desayuno? —le pregunté sin volverme.

—¿Por qué te interesa y quieres saberlo?

—Yo he preguntado primero. —Medio giré hacia ella, haciendo un pequeño parón.

—Sí.

—Entonces hasta mañana, Riley. —Alargué su nombre al decirlo por primera vez en alto.

—¿No me vas a responder tú?

—Otra de las cosas con las que tienes que conformarte, con mi silencio —sonreí de medio lado y dejé de verla, poniéndome en movimiento otra vez—. Y solo soy un mirón cuando lo que tengo delante me interesa.

Con el bufido que le salió, sonoro, tuve que contener las ganas de soltar una carcajada y con sus siguientes palabras, las últimas, volví a curvar los labios, ampliamente, sin que fuera consciente de nada.

—¿Estás preocupado por mí? ¿Por eso te has quedado? Porque que yo sepa, todos dicen que no apareces por la mansión y cuando lo haces es por algún motivo de peso, pero te vas en cuanto puedes sin perder tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Te ha dicho alguien que tu pasotismo e indiferencia son insoportables?

Más divertido no pude estar mientras tomaba distancia sin inmutarme y durante el camino de regreso a la mansión. Cuando entré eran las diez y media de la noche. Todo estaba en completo silencio. William y Aura haría tiempo que se habrían ido a la casa donde vivían desde hacía años, cerca de la Riley. El resto de los trabajadores que tenían sus habitaciones en la planta baja ya estarían descansando para madrugar al día siguiente.

Sigiloso subí la escalera y antes de ir hacia ir a la segunda planta en la que estaba mi habitación, me adentré en el pasillo de la primera, parándome frente a la puerta de la de Cole. Toqué varias veces con los nudillos. Si no se había ido estaría dentro y tendría respuesta porque era de dormir tarde. Y solo, vaya por delante porque por ese motivo me paré a comprobarlo. Pamela tenía una habitación independiente, separada, hacia el fondo del pasillo.

—Eh —dijo al abrir la puerta.

—¿Cuánto tiempo tienes intención de quedarte? —Me apoyé en el marco, cruzando los brazos.

—Supongo que mañana me iré.

—Supones. —Levanté una ceja—. Espero que no lo hagas solo.

—Si salgo por la puerta, será detrás de Pamela. ¿Más tranquilo?

—Pues sí. Yo desapareceré después del desayuno —le confirmé y asintió—. Te dejo descansar, voy a hacer lo mismo.

—Buenas noches, Hunter.

—Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba —sonreí de medio lado.

—Si quieres te llamo a última hora del día para hacerlo. —Imitó mi gesto.

Negando empecé a alejarme de él y al distinguir que el pasillo volvía a quedarse casi a oscuras, porque mi hermano estaba cerrando la puerta y tapando la claridad que salía de su habitación, llamé su atención.

—Cole.

—¿Sí?

—No sé a qué hora, pero mañana viene Gloria.

Con esas palabras accedí al rellano y continué mi camino. A resguardo en mi habitación, después de cerrar la puerta, me saqué la camiseta por la cabeza y me quité el pantalón, quedándome solo con el bóxer. Era lo único que utilizaba para estirarme en la cama. Me gustaba sentir el tacto de las sábanas directamente debajo y sobre el cuerpo. Fui hacia la corredera y la abrí, yendo hacia la barandilla en la que apoyé los brazos.

Pensativo llevé la vista a través de la oscuridad, sabiéndome el camino de memoria hacia el destino que me vino a la cabeza, la casa en la que había estado antes de meterme en la mansión, la de Riley. Recreé nuestra interacción pero, sobre todo, cada detalle que había visto a conciencia de ella. Apreté la mandíbula y sacudí la cabeza, poniéndome recto para dejarme de tonterías.

Mañana será otro día, me dije, uno que pasaría corto y breve manteniéndome entre estas paredes. Tenía una cita muy interesante por delante con Olivia, la que se alargaría hasta el día siguiente.

—Cole.

—¿Sí?

—No sé a qué hora, pero mañana viene Gloria.

Con esas palabras accedí al rellano y continué mi camino. A resguardo en mi habitación, después de cerrar la puerta, me saqué la camiseta por la cabeza y me quité el pantalón, quedándome solo con el bóxer. Era lo único que utilizaba para estirarme en la cama. Me gustaba sentir el tacto de las sábanas directamente debajo y sobre el cuerpo. Fui hacia la corredera y la abrí, yendo hacia la barandilla en la que apoyé los brazos.

Pensativo llevé la vista a través de la oscuridad, sabiéndome el camino de memoria hacia el destino que me vino a la cabeza, la casa en la que había estado antes de meterme en la mansión, la de Riley. Recreé nuestra interacción, pero, sobre todo, cada detalle que había visto a conciencia de ella. Apreté la mandíbula y sacudí la cabeza, poniéndome recto para dejarme de tonterías.

Mañana será otro día, me dije, uno que pasaría corto y breve manteniéndome entre estas paredes. Tenía una cita muy interesante por delante con Olivia, la que se alargaría hasta el día siguiente.

Capítulo 12



Riley

Sonreí al leer los mensajes que había enviado Paola al grupo. Se quejaba, en tono de humor, de que mientras ella dormía Yago y yo nos habíamos puesto al día. Antes de sentarme a tomarme el café que acababa de prepararme, el primero del día, grabé un vídeo de toda la casa y los exteriores que envié al grupo para cuando pudieran verlo.

Al terminar fui hacia el porche trasero y me senté a tomarme el café. Eran las siete y media de la mañana, los ojos se me habían abierto antes de que sonara la alarma que me había puesto para poder prepararme con tiempo. Prepararme en todos los sentidos porque seguí hacia delante con mi decisión de ir a desayunar a la mansión y no precisamente en la cocina.

Estaba segura de que sería muy interesante si es que la mujer de Cole continuaba en ella. Ni idea si ya se había ido, pero ante la duda me mentalicé a conciencia, mucho más que la vez anterior que improvisé.

El desayuno lo servían a las ocho y media. Una rutina que, junto a otras, como me comentó William, marcó Aura porque anteriormente cada uno hacia las cosas por su cuenta cogiendo cualquier cosa rápida sin pararse. Tenía una hora por delante para tomarme tranquila el café, la misma tranquilidad que pensaba recuperar cuando dejara de ver ciertas caras y soportar ciertas presencias. En cuanto terminara y saliera del salón iría directa a la piscina.

Ya me había puesto el bikini, el que había cubierto con un *short* informal, cómodo y deportivo, y una camiseta de tirantes anchos que hacía un poco visible la parte del pecho del bikini, pero solo intuyéndolo. Esa vez me llevaba una toalla de la casa porque la primera vez fui sin nada, junto al teléfono. No necesitaba nada más.

Era el último día que me tomaba de descanso, al siguiente tenía que empezar con mi papel frente a todos con los que coincidiera. Me refiero a salir de la mansión para supuestamente buscarme la vida porque la información que tenían es que había venido para conseguir trabajo. A ver qué leches hacía durante el tiempo que estuviera fuera. No tenía ni idea hacia donde me dirigiría, quizás echaba en una mochila ropa para cambiarme, otro traje de baño, una toalla y pasaba el tiempo en la playa. Todo lo que me interesaba para llevar a cabo mi trabajo estaba dentro de todos los kilómetros que abarcaba la propiedad de Benjamín.

Aunque sería interesante saber dónde trabajaba Cole y dejarme caer por el lugar, con cualquier excusa porque era por el primero que quería empezar. Quizás en un ambiente diferente pudiera tener un acercamiento más directo y relajado con él. Estaba claro que con su mujer cerca no iba a conseguir nada, como mucho, que intentara otra vez defenderme si lo consideraba oportuno para frenarla.

Me bebí el café y dejé pasar el tiempo, hasta que salí de la casa cuando se aproximó la hora. En el *buggy* recorrí la distancia hacia la mansión y lo dejé aparcado en el lateral, para acceder por esa parte. El pasillo que daba a la puerta era exclusivo para el servicio, donde estaba la gran cocina en la que trabajaba Aura. Entré en ella y sonreí al verla de espaldas, liada preparando cosas.

—Hola. —Me hice notar y se giró hacia mí.

—Riley, buenos días —me sonrió.

—Buenos días. —Le devolví el gesto con un beso en la mejilla cuando llegué a su lado, recibiendo otro de ella —. Hoy no tienes ayuda.

—Sophia está arreglando la habitación de la señora y tardará en terminar.

—Menuda alegría me acabas de dar —dije apoyando la cadera en la encimera.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Estaba siendo irónica. —Apreté los labios, divertida.

—Ah. —Rio al comprender que era por la presencia de la «señora».

—Tenía la ilusión, aunque fuera mínima, de que ya se habría ido de aquí.

—Pues por lo visto le ha cogido el gusto porque en otras ocasiones lo habría hecho el mismo día que aparece, a poco de llegar sin demorarse. —Me miró de reojo cuando continuó con sus tareas.

—O más bien a mí, a lo del gusto me refiero.

—Anoche en la cena estaba muy enfadada. Sophia me dijo que durante el tiempo que ella permaneció en el salón sirviéndoles, tenía cara de amargada y no habló nadie. Había mucha tensión.

—Esa es la cara que tiene siempre. —Levanté una ceja. Le salió una gran sonrisa pícara—. ¿Se molestó porque me esperaba? Sería otra gran sorpresa y ya llevo varias en poco tiempo.

—Por lo visto sí, pero quiero pensar que para tratarte mejor de lo que lo hizo al conocerte.

—Como si me importara. No quiero que te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Sé manejar muchas situaciones y la de ella la tengo muy controlada.

—Ay, hija, se me revuelve el estómago de los nervios. Hasta que no te vea aparecer…

—No me esperes después, iré directa a la piscina. —Levanté la toalla con el teléfono encima—. Más tarde pasaré por si puedo ayudarte a algo y después te obligo a hacer una pausa para tomar algo fresquito —le sonreí.

—Disfrútala, eres la única que lo haces —negó.

—Es una pena que la gente no sepa los privilegios y las ventajas que tienen —comenté pensativa.

—Estoy de acuerdo. —Hizo una mueca.

—Tú, Sophia y yo vamos a disfrutar de ella —dije en tono bajo, inclinándome hacia ella como si estuviera contándole un secreto.

—Eso no es posible. —Agrandó los ojos y solté una carcajada.

—¿Qué no? Así tenga que lanzarte al agua con ropa y todo. —Le hice un guiño—. Para que te quedes tranquila podemos hacerlo por la noche, cuando todo esté en calma y en silencio. Pero cuando esa mujer haya desaparecido de aquí, no quiero que tengáis ningún problema por mi culpa. Sabes que cuando la casa se quede vacía otra vez de los «señores», no habrá problema en hacerlo.

»Como si quieren apuntarse Sebastian, Camila, Roxana o cualquier otro. A ver cómo engañamos a William. —Me acaricié la barbilla empezando a idear mentalmente una estrategia convincente hacia él—. Estando yo aquí, vais a disfrutar por primera vez de lo que ofrece la casa y no será la última. No te digo de ir a alguna de las pistas para hacer deporte porque no va conmigo. —Le saqué la lengua.

—Me asusta cuando te escucho hablar tan decidida y segura.

—Haces bien. —Volví a reír.

—Riley que se me llena el cuerpo de nervios solo de pensarlo.

—Te he avisado con tiempo para que te hagas a la idea. No hacéis ningún mal, Aura. Vivís aquí, estáis solos, cumplís sobrada y perfectamente con vuestras obligaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que no teníais visitas? —Levanté una ceja.

—Hace un mes y medio el señor Cole se pasó una mañana.

—Él no me preocupa. —Me encogí de hombros—. Estoy segura de que si se lo comento hasta le parecerá bien mi decisión, compartiéndola —sonreí—. Y si no, tendrá dos problemas.

—¿Cuáles? —preguntó agrandando los ojos.

—Entenderlo o entenderlo —sonreí con picardía.

—Ayyy… —Se llevó las manos a la cabeza y reí. Al final terminó uniéndose a mí.

—¿Y Pamela? ¿Cuánto hacía que no aparecía por la mansión?

—Casi cuatro meses —asentí.

—Espero que a partir de esta vez duplique el tiempo, como poco.

—Quizás por el señor Benjamín ahora lo haga más continuamente, porque tú estás en la mansión bajo su protección.

—Claro, seguro que eso sería lo que la motivara —sonreí de medio lado—. Voy al salón —dije al comprobar la hora en el móvil, pasaban varios minutos de la hora.

—Aún tengo algo de fe —negó—. Será William quien os atenderá porque Sophia ya te he dicho que está liada.

—Será un honor. —Le hice un guiño antes de darle un abrazo rápido.

—Ten cuidado.

—Siempre. —Cogí una ciruela y le di un mordisco.

Comiéndola y saboreándola porque estaba muy dulce y era una delicia, aparte de ser más grande a lo que estaba habituada, recorrí el pasillo y llegué al vestíbulo, dirigiéndome hacia la puerta del salón que estaba abierta.

—Buenos días tengáis todos —saludé animada al entrar, con un tono de voz que no pasó desapercibido para los tres que estaban ya sentados a la mesa.

—Buenos días, Riley. —Me correspondió Cole, sonriéndome mientras se levantaba para saludarme cercanamente.

Le devolví el beso en la mejilla que me dio y mientras me sentaba en la silla que me indicó, a su lado y casi enfrente de Hunter, a buena distancia de Pamela, mis ojos se encontraron con los del silencioso y observador Hunter. Hizo una leve inclinación de cabeza hacia mí. Ese fue todo el saludo que me dedicó, pero tampoco

esperaba otro diferente.

Dejé en otra silla la toalla y me puse el móvil sobre las piernas para empezar a desayunar.

—Llegas tarde —habló Pamela, sin poder contener su lengua viperina.

—Ayer tuve que esperaros yo, y daba por hecho que también os retrasarías hoy para el desayuno —dije despreocupada y muy tranquila, dándole otro mordisco a la ciruela.

Entrecerró los ojos con ellos puestos en mí.

—Nosotros podemos permitirnos aparecer cuando queramos, tú no —soltó rabiosa.

—¡Pamela! —Le llamó la atención Cole y divertida, con una sonrisa, le di varias palmaditas en el antebrazo qu tenía apoyado a mi lado en la mesa.

—No te sulfures —le pedí y negó hacia mí, con una mueca queriendo pedirme disculpas—. A tu mujer todavía no le ha quedado claro que yo no tengo que obedecer a absolutamente a nadie, y, ni mucho menos dar explicaciones. Como si aparezco aquí cuando ya habéis empezado a desayunar. No es más que yo, ni siquiera se puede igualar. —Le hice un guiño y frunció los labios hacia mí conteniendo la diversión, sin que ella pudiera verlo.

—¡Eres una desvergonzada! Pienso hablar con Benjamín y decirle la verdad de la mujer fatal que ha metido en su casa —siseó con la cara roja como un tomate.

—Es cuestionable eso que dices, a cómo me has definido. —Le di otro mordico a la ciruela, saboreándola a conciencia al ver cómo se alteraba más al verme hacerlo—. ¿Quieres que te diga mi opinión sincera sobre ti? ¿Sobre lo que aparentas y eres? Poco me importa la tuya, más que nada porque a las personas impresentables e insignificantes no las soporto y las ignoro, literalmente. Si estás a disgusto en esta mesa, puedes levantarte e irte cuando quieras, por mí no te mantengas, no vaya a ser que se te atragante la comida.

»Ah, y referente a Benjamín… Hazlo, me encantará que hables con él. Estaré deseando saber su opinión al respecto porque descolgará el teléfono rápido para preocuparse por mí. Déjame decirte que no te gustará lo que me diga y quedarías mal ante él. Esta mujer fatal va a continuar comiendo porque tiene hambre. Fatal… —Reí co ganas—. Tiene gracia.

—¿No vais a decir nada? —gritó hacia su cuñado y marido, lanzando la servilleta a la mesa.

—Tú te lo buscas todo sola, apáñatelas con el resultado que provocas porque es lo que mereces. —Fueron las palabras de Hunter, mientras la miraba con intensidad.

—Deja de comer así. —Se dirigió a mí apretando los puños encima de la mesa, con la expresión fuera de sí.

—¿Te molesta que me coma una fruta?

—Me da angustia que lo hagas de esa forma tan asquerosa, pero claro, no tienes la clase y los modales necesarios para hacerlo con cuchillo y tenedor.

—¡Cállate!

La segunda intervención de Hunter provocó que lo hiciera al instante, con los ojos a punto de salírsele, sorprendida. Por lo visto no estaba acostumbrada a la fuerza con la que habló, ni al tono de voz tan frío que utilizó, cortante y duro, mientras la observaba con los ojos entrecerrados.

—Cómo te atreves… —susurró con la cara pálida.

—Me atrevo a muchas cosas, Pamela. Y da gracias a que me estoy conteniendo por mi hermano y no las llevo a cabo porque si no, ya estarías fuera de este salón, sacada de los pelos. Tú misma. Deja de incomodarnos con tu voz porque eres demasiado molesta y no dices más que gilipolleces.

Para dejárselo más claro, aunque era imposible porque hasta yo me cagué por unas milésimas de segundos al ver el conjunto de su expresión corporal y verbal, y mira que eso era complicado porque estaba acostumbrada a infinidad de actitudes y comportamientos, cogió una pieza de fruta diferente a la mía de una bandeja y se la llevó a la boca, imitándome al comerla. Apreté los labios, divertida al máximo, cuando se relamió sin apartar la vista de su cuñada que lo miraba como si fuera lo más escandaloso y desagradable que había visto en su vida.

—¿Quieres? —me preguntó Cole haciéndome un guiño, con una bandeja en las manos.

—Sí, te lo agradezco. —Cogí un cruasán y lo dejé en el plato.

A partir de ese instante, ya no se dijo nada más, hasta que una intervención provocó que la calma ficticia que se creó desapareciera. No consentí que fuera de otra forma. A mitad del desayuno William entró con una bandeja y fue preguntando a los «señores» si querían algún panecillo recién tostado en sus platos, colocándolos en el de todos ante sus confirmaciones.

El problema vino cuando tocó mi turno. Para mí no lo fue, pero por desgracia para William sí, aunque no dejé que la situación se descontrolara para que se viera lo menos afectado posible.

—¿Te molesta que me coma una fruta?

—Me da angustia que lo hagas de esa forma tan asquerosa, pero claro, no tienes la clase y los modales necesarios para hacerlo con cuchillo y tenedor.

—¡Cállate!

La segunda intervención de Hunter provocó que lo hiciera al instante, con los ojos a punto de salírsele, sorprendida. Por lo visto no estaba acostumbrada a la fuerza con la que habló, ni al tono de voz tan frío que utilizó, cortante y duro, mientras la observaba con los ojos entrecerrados.

—Cómo te atreves… —susurró con la cara pálida.

—Me atrevo a muchas cosas, Pamela. Y da gracias a que me estoy conteniendo por mi hermano y no las llevo a cabo porque si no, ya estarías fuera de este salón, sacada de los pelos. Tú misma. Deja de incomodarnos con tu voz porque eres demasiado molesta y no dices más que gilipolleces.

Para dejárselo más claro, aunque era imposible porque hasta yo me cagué por unas milésimas de segundos al ver el conjunto de su expresión corporal y verbal, y mira que eso era complicado porque estaba acostumbrada a infinidad de actitudes y comportamientos, cogió una pieza de fruta diferente a la mía de una bandeja y se la llevó a la boca, imitándome al comerla. Apreté los labios, divertida al máximo, cuando se relamió sin apartar la vista de su cuñada que lo miraba como si fuera lo más escandaloso y desagradable que había visto en su vida.

—¿Quieres? —me preguntó Cole haciéndome un guiño, con una bandeja en las manos.

—Sí, te lo agradezco. —Cogí un cruasán y lo dejé en el plato.

A partir de ese instante, ya no se dijo nada más, hasta que una intervención provocó que la calma ficticia que se creó desapareciera. No consentí que fuera de otra forma. A mitad del desayuno William entró con una bandeja y fue preguntando a los «señores» si querían algún panecillo recién tostado en sus platos, colocándolos en el de todos ante sus confirmaciones.

El problema vino cuando tocó mi turno. Para mí no lo fue, pero por desgracia para William sí, aunque no dejé que la situación se descontrolara para que se viera lo menos afectado posible.

Capítulo 13



—Riley. ¿Quieres? —me sonrió.

Le salió tan natural el dirigirse a mí como le pedí desde el principio, que ni se dio cuenta porque con lo correcto que era y lo responsable…

—Sí, gracias. —Imité su gesto.

—¡Desde cuando has perdido los modales al dirigirte a las personas diferentes a ti! —Alzó la voz Pamela, indignada.

William se quedó pálido sin apartar los ojos de mí por unos segundos, tiempo que le costó reaccionar ante el «fallo» que había cometido en presencia de esa mujer. Vi a Hunter que iba a saltar con algún comentario para dejarla callada otra vez y no me lo pensé. Ni corta ni perezosa llamé su atención con un toque de pie, encontrando el suyo un poco alejado, pero llegué sin dificultad. Sabiendo que había sido yo, centró la atención en mí y con una petición silenciosa, le pedí que esa vez me dejara hablar a mí. Levantó una ceja muy sutilmente, al igual que asintió, mientras recostaba la espalda en la silla a la espera de que empezara.

—¿Personas diferentes a él? ¿Perdona? —La miré soltando una carcajada, con varios golpes en la mesa con la palma de una mano, doblada de la risa. Lo alargué al ver el efecto que conseguí. Cuando lo consideré me calmé para seguir—. Por lo visto tienes problemas de oídos —dije muy tranquila.

William todavía no se había girado hacia ella porque yo había captado la atención de todos con mi reacción. Le hice un gesto disimulado con la mano para que no se preocupara, gesto que vio perfectamente Hunter al estar enfrente. A Cole lo tapaba William al haberse quedado en el hueco que había entre los dos, al colocarse para servirme los panecillos.

William cerró los ojos unos segundos y se movió para quedarse de cara a Pamela, pero ella lo ignoró.

—¿Qué quieres decir? —siseó, refiriéndose a lo que le había dicho del problema que tenía. Estaba centrada en mí, que era lo que yo buscaba.

—Que no escuchas bien. Yo de ti iría urgentemente a que te revisaran la audición. —Apoyé los codos en la mesa y en las manos entrelazadas la barbilla. Continué hablando—. William ha sido muy educado y respetuoso, como siempre es con todo el mundo. Puede que hacia vosotros tenga que dar un trato diferente, por las exigencias tontas que ponéis. Y él, que es un gran profesional, magnífico, cumple con su obligación a rajatabla y perfectamente.

»Pero hacia mi persona no va a ser así, más que nada, porque fui yo la que le pedí, desde el primer momento en el que lo conocí, que no lo hiciera. Le exigí que se dirigiera a mí por mi nombre, en lo que he tenido que insistir porque le costaba al tenerlo muy asumido. No necesito que me traten de una forma que no soy, ni me veo porque nadie es superior a nadie. Todos somos personas y que William me hable de tú y se dirija a mí por mi nombre me llena de orgullo y de satisfacción —dejé más que claro.

»Si necesitas que te realcen con tonterías allá tú, lo que no te viene bien porque te lo crees demasiado. —Me di varios golpecitos en la barbilla, haciendo un gesto pensativo—. Dicho esto, William va a continuar igual. Acostúmbrate. —Lo miré a él, haciéndole un guiño.

—En esta casa no marcas tú las normas —dijo furiosa.

—Pamela… —siseó Cole, enfadado, llamando su atención.

—Ni tú, que te quede claro —sonreí de medio lado, alterándola más—. Te lo repito, que no se te olvide la posición real que tienes, ni mucho menos te creas la dueña de esta casa cuando es propiedad de Benjamín, al igual que toda su fortuna. Solo él y sus futuros herederos, sus hijos, donde tú no entras, pueden decir algo al respecto, a los que rebatiría igualmente porque me viene de serie y no tengo por qué callarme.

Si ella supiera lo de serie que me venía, me reí interiormente porque otra cosa no, pero rebatir y defender mi postura, lo llevaba integrado desde mucho antes de decidir estudiar derecho y hacer varios másteres. De ahí que tuviera tan claro desde temprana edad a lo que quería dedicarme y por lo que luché hasta conseguirlo.

—Lo que acabo de escuchar es inaudito —dijo con un jadeo, tirando el cubierto a la mesa de malas maneras, con rabia y descompuesta.

—Lo único inaudito aquí es la forma tan irrespetuosa, caprichosa y mimada con la que tratas a las personas y te muestras ante el mundo entero, Pamela. —Levanté una ceja, después de alargar su nombre a propósito.

Como también fue muy a propósito lo que hice a continuación, con mucha intención. Dejé a todos los de la mesa aún más callados cuando me levanté y alargué el brazo hacia William para darle mi móvil, el que agarró rápido. Después de eso cogí mi plato y lo llené con bastante comida de las bandejas, ante las miradas de todos. Al terminar me puse al lado de William con él en las manos.

El pobre tenía una expresión que indicaba que no salía del asombro por lo que estaba viviendo, e intentó ayudarme para cargar con la culpa él solo. Negó con la cabeza hacia mí, muy imperceptiblemente, para que volviera a sentarme. Como respuesta le hice otro guiño, provocando que pusiera los ojos en blanco porque me entendió perfectamente. No le iba a hacer caso y me hizo gracia su reacción, por la que tuve que contenerme para

no reír.

—¿Has desayunado William? —le pregunté.

—Eh, no. —Carraspeó.

—Perfecto, pues venga que ya es hora. —Pasé por su lado y empecé a caminar recorriendo el salón—. Nos vamos a poner las botas en buena compañía. —Remarqué antes de salir, dejando a la maravilla de persona atrás.

Sonreí de oreja a oreja al escuchar un chillido y el ruido de varias sillas arrastrándose. El primero estaba claro que salió de la «señora», los siguientes di por hecho que fueron de Hunter y Cole para salir de allí como nosotros. Así fue cuando escuché sus pasos alejándose.

Miré de reojo a William que todavía no había recuperado el color en la cara. Caminaba a mi lado.

—Riley…

—Tranquilízate, por favor. Todo está perfectamente —le pedí.

—No deberías haberme defendido enfrentándote a ella. No quiero que tengas problemas por mí y que te complique la estancia durante el tiempo que dure —habló nervioso—. El fallo ha sido mío —dijo apurado—. Yo no soy…

—No termines de decirlo —le advertí seria—. Te he defendido y lo volveré a hacer todas las veces que sean necesarias, William. El respeto te lo tendrían que dar a ti por lo profesional que eres y lo bien que cuidas de todo y todos. Eres importante y Benjamín lo sabe perfectamente, por eso eres su persona de confianza sobre algo que le pertenece. Quédate solo con eso, lo demás sobra porque esa no es nadie, por mucha mujer que sea de Cole.

—Gracias, Riley.

—Tampoco me las des. —Le ofrecí divertida un dulce y lo cogió de la misma forma. Ya empezaba a tener mejor tonalidad de piel—. Como que me llamo Riley que Pamela no va a volver a faltarte el respeto ni a hablarte como lo ha hecho, con el propósito de menospreciarte. Así que, toca relajarse. No te preocupes por mí ni lo más mínimo, sabes de sobra que Benjamín me ha dado plena libertad en todo, ¿me equivoco?

—No. Es correcto, así me lo hizo saber durante la llamada que me hizo para informarme de que llegarías.

—Pues eso —asentí—. Aunque da igual, porque si no la hubiera tenido habría actuado igual. Poco me importa lo que se opine, ni las represalias que vengan por parte de cierta persona. Tanto hacia ti, como hacia los demás trabajadores, incluyéndome a mí, voy a enfrentarla en todo momento. Créeme que no va a poder conmigo.

—No lo pongo en duda —negó sonriendo.

—Anda, vamos a comernos lo de este plato que Aura se ha lucido con las pastas.

—¿Te ha dado tiempo a probarlas? —Rio.

—No mucho, pero no necesito hacerlo para saberlo. —Me uní a él.

Intentó quitarme el plato de las manos para llevarlo, pero le hice un quiebro con un movimiento gracioso y no lo consiguió. Volvimos a reír con ganas, yo exagerando el sonido para que se le atragantara a la señoritinga que continuaba en el salón. Todavía no había salido de él porque el ruido que hacían sus tacones en el suelo no se había escuchado y allí, al ser todo tan grande, resonaba lo más mínimo perfectamente.

—Aura, ya estamos aquí —comenté al entrar a la cocina.

Se giró para saber con quién llegaba y porqué, al estar avisada de que iba a ir directamente a la piscina una vez terminara de desayunar. Sus ojos se agrandaron al ver el plato a rebosar y mi sonrisa pícara.

—Ayyy… —Reaccionó llevándose las manos a la cara, intuyendo que algo malo había sucedido.

Me acerqué a la mesa divertida y me liberé de la carga, sentándome mientras me llevaba un bollo a la boca. Su mirada iba de su marido a mí, alternándola para descifrar qué había pasado. Se quedó parada con el trapo en las manos.

—¿Qué…? —Consiguió decir, fijando los ojos en él.

—Nada. Cuando ha llegado William he decidido que voy a desayunar con vosotros —la interrumpí después de masticar.

—Pero… ¿Por algún motivo en especial? Quiero decir… Ayyy…

Reí porque la escena era muy graciosa y sus reacciones más.

—La señora Pamela me ha reprendido.

—¿A ti? —Se asombró llevándose una mano al pecho cuando se lo confirmó con un asentimiento.

—No te preocupes que no puede hacer nada en contra él, Aura. —La intenté tranquilizar—. Vamos a olvidarnos de todo y a preparar cafés. —Me levanté yendo hacia la cafetera.

—Estoy bien. —Escuché a William y vi de reojo cómo se abrazaban. Sonreí porque eran un matrimonio

adorable, desprendían amor siempre, pero cuando estaban juntos…—. Riley me ha ayudado, ha salido en mi defensa.

—Ay, hija.

—Voy a decir lo último sobre ese tema. —Me giré hacia ellos—. No me gusta la superioridad de poder injustificado, como tampoco voy a permitir ni soportar ciertas cosas, ante mi presencia ni a la espalda. —Me encogí de hombros—. Simplemente he dejado las cosas muy claras a quién debía, por segunda vez. Punto. Ahora vamos a desayunar en condiciones y luego me voy a la piscina porque hace un día estupendo y quiero disfrutarlo.

—Está bien —dejó salir un suspiro y se acercó a mí, para ayudarme—. ¿Y la toalla? —Quiso saber al darse cuenta de que no había regresado con ella.

—En el salón. Me interesaba más ocupar las manos con los dulces. —Reímos los tres.

Cuando nos sentamos a la mesa, William dejó mi teléfono delante de mí y mientras desayunábamos, apareció Sophia y se unió a nosotros. No comentamos nada de lo que había sucedido, manteniéndolo entre nosotros. No po nada, fue porque a ninguno nos apeteció hablar sobre ello y agradecí que William y Aura fueran de mí misma opinión porque no tenía ganas de que Pamela ocupara otra vez la atención. Estaba hasta las narices de que lo fuera, estando o no presente.

Cuando terminamos, ellos continuaron con sus trabajos. Aura en la cocina junto a Sophia que se quedó para ayudarla a organizar la comida, yo salí con William y me despedí de él en el vestíbulo. Fui hacia el salón y recogí la toalla, tranquila porque estaba vació. Con todo lo que había llevado hasta la mansión conmigo, me dirigí decidida hacia una de las estancias que daban a la piscina. Salí por la corredera con una sonrisa al verla.

Elegí una hamaca, estiré la toalla y sin perder más tiempo me quité la ropa colocándola encima de la mesa pequeña redonda que había al lado, tapando el móvil con ella para que no se calentara mucho. El primer chapuzón me sentó genial, mojándome entera. Me vino bien el fresco en la cabeza porque sentía un poco de presión. Nadé hasta la parte que la hacía parecer infinita y me apoyé en el borde, admirando el paisaje que quedaba frente a mí.

Pensativa me pregunté si debía informar a Benjamín de la situación que su nuera provocaba. Sabía que era conocedor de la mala energía que la rodeaba, pero no tenía ni idea de hasta qué punto era consciente de lo negativa que era para todos y de la forma en la que se dirigía a los demás. No quería alterarlo antes de tiempo, por lo que me planteé comentarlo con Darío, mi jefe, sabiendo que si le pedía que lo mantuviéramos entre los dos así sería.

No supe cuánto tiempo pasó mientras meditaba todas las opciones, dándoles vueltas al asunto, hasta que dejé salir un suspiro y me giré hacia la casa. Me llevé una sorpresa al hacerlo porque no era la única que estaba allí. Hunter estaba apoyado en el marco de la corredera con los brazos cruzados, silencioso como siempre, observando en mi dirección. Nadé hacia las escaleras y salí, sintiendo su mirada puesta en mí conforme me acercaba a la hamaca. La misma sensación que tuve cuando cogí la toalla para secarme un poco. Sensación porque no lo miré

directamente para saberlo, ni falta que hizo.

—¿Quieres algo? —Terminé hablando porque me puso nerviosa.

directamente para saberlo, ni falta que hizo.

—¿Quieres algo? —Terminé hablando porque me puso nerviosa.

Capítulo 14



Hunter

Mi curiosidad iba en aumento y mi interés también, empezando a sobrepasar unos límites a los que no estaba acostumbrado. Había algo en Riley que me hacía estar atento, más de lo normal. Como en el instante en el que salió de la piscina y se mostró ante mí con un bikini que le quedaba espectacular, todo hay que decirlo porque no iba a negar la realidad. No pude apartar la vista de ella siguiéndola hasta la hamaca que había elegido, como tampoco mientras se pasaba la toalla por el cuerpo y se quitaba el exceso de agua del pelo.

Pues sí, me dije, podía reafirmarse en que era un mirón porque bien merecía la pena ante la visión que me ofrecía. Que conste que normalmente, en mi día a día, no me sucedía. Claro que tenía ojos en la cara y cuando una mujer destacaba ante mis ojos actuaba en consecuencia, pero jamás sin ser tan obvio. Con ella mi teoría se iba a la mierda, directamente.

Me había sorprendido la patada que me había dado por debajo de la mesa, cuando estaba a punto de volver a lanzarme hacia Pamela. La había dejado hacer porque era muy consciente de que se valía sola para enfrentarla. Como para que no lo tuviera claro a esas alturas… Igualmente Cole y yo nos habíamos mantenido a la espera de ofrecerle apoyo si lo necesitaba.

Debía sentirse muy segura con respecto a mi padre, aparte de que ya lo hacía en sí hacia todo lo demás por su cuenta. Con anterioridad a que mi padre nos dijera que la hija de unos buenos amigos de él iba a venir a quedarse una temporada, no había escuchado el nombre de Riley en ningún momento de mi vida. Lógico también, porque llevaba desconectado bastante de todo lo que envolvía a la familia.

Mis labios se curvaron al escuchar su pregunta de si quería algo. Si respondía lo que interiormente me pedía el cuerpo…

—¿Tengo que querer algo para estar aquí? —Levanté una ceja al hablar.

—No, pero me estás mirando como si quisieras decir algo. —Bufó tumbándose después de colocar la toalla sobre la hamaca dejándome ver su trasero en pompa en primer plano. Aunque no duró mucho porque se movió rápido.

—¿Nerviosa?

—Ya te gustaría. —Amplié la sonrisa sin que me viera. Cerró los ojos al darle el sol en la cara.

Llevé la mirada hacia la parte de la piscina que parecía integrarse con el paisaje. Al cabo de unos segundos comprobé la hora en el reloj, ya tendría que haberme ido. Así lo había decido nada más levantarme de la cama, seguro de que en cuanto pasara la hora del desayuno me montaría en el coche y desaparecería. En cambio…

—Ya no está —dije volviendo a mirarla.

—¿Cómo? —Capté su atención haciendo que girara la cabeza hacia mí, tapándose los ojos con una mano.

—Pamela se ha largado nada más salir del salón. No ha dicho nada a nadie y ha salido pitando de aquí.

—Ahora sí que es un día perfecto —sonrió de medio lado centrando los ojos en la piscina—. ¿Y Cole?

—Estará a punto de hacerlo —respondí separándome del marco de la corredera. Caminé despacio hacia ella, sir que se diera cuenta.

—¿Y tú? ¿Cuándo te irás?

—¿Lo quieres saber por algún motivo en especial? —Se sobresaltó al escucharme a su lado.

—No —dijo en tono bajo.

—Pensaba que era para perderme de vista cuanto antes.

—Es la casa de tu padre y de Cole, lo que quiere decir que lo harás cuando te dé la gana.

—Exacto. Pero ya no hay nada que me retenga aquí.

—Así es —murmuró.

Durante unos segundos nuestros ojos no se apartaron de los del otro, como absortos. Dejé salir el aire lentamente, analizando su expresión y más que eso, queriendo descubrir lo que se le pasaba por la cabeza en ese instante. Tarea difícil, por no decir imposible porque no mostró nada hacia fuera. Lo único destable era la variación de intensidad con la que hablaba a veces.

—No lo vas a coger. —Me metí las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Cómo? —Frunció el gesto.

—Que si esta vez también vas a pasar de mirar tu móvil para saber quién te está llamando —sonreí de medio lado, recordando la primera vez que la vi.

Se incorporó rápido, sentándose para buscarlo debajo de la ropa que se había quitado. La observé con curiosidad al ver cómo frunció el gesto. Pues no, me dije, me daba que iba a pasar de un tal Blas que era el nombre que vi en grande en la pantalla. La estaba llamando por videollamada.

—No me lo puedo creer —dijo más para ella que para mí.

—¿Una molestia?

—Se podría decir que sí —soltó un pequeño suspiro dejando otra vez escondido el móvil.

—¿Un amigo?

—¿Por qué quieres saberlo? —Entrecerró los ojos.

—Ya veo que no, quizás ¿un novio celoso? —Ladeé un poco la cabeza, descifrándola.

Me quedó claro que en algo de lo último que dije acerté, lo que no supe es si en lo del novio o lo de celoso.

—Si no se lo coges será peor, ¿no crees?

—No tengo nada que hablar con él y menos cuando no quiere entender las cosas que le digo. Lo poco que había entre nosotros se terminó ayer.

—Ayer —repetí pensativo, encajándolo todo—. Entiendo.

Con un movimiento rápido, tomándome una libertad y confianza que no me pertenecían, pero que me las di directamente, me hice con su teléfono y me aparté varios pasos hacia atrás, riendo al ver cómo se levantó de un salto y vino hacia mí con los ojos abiertos al máximo, queriendo quitármelo.

Para mi suerte, porque estaba bloqueado y lógicamente no sabía la contraseña, volvió a sonar otra videollamada del mismo tío y sin dudar descolgué. Riley soltó un pequeño jadeo. A pesar de ese detalle y de que empezó a saltar queriendo recuperarlo, no pudo hacer nada porque la frené con un brazo, extendiéndolo.

—¿Blas? —hablé al descolgar cuando apareció su cara en la pantalla.

Su sorpresa fue evidente y debido a ella le costó reaccionar.

—Sí, ¿quién eres? ¿Dónde está Riley?

—Aquí, junto a mí. Vamos a disfrutar de un día de sol y piscina. Sé quién eres, me ha hablado de ti. No te molestes más en intentar hablar con ella porque ahora está conmigo.

—¿Cómo? ¡Qué se ponga Riley! ¡Está loca! —Alzó la voz.

Aparté la atención del móvil para centrarla en la cara de ella. En ese punto no sabía si su asombro continuaba siendo por lo que había hecho yo, por oírme interactuar en su idioma, o por lo que acababa de escuchar en la videollamada porque más atónica no podía mostrarse. Y vi el cambio que dio, fue rápido y con determinación. Tragándome la diversión la vi ponerse a mi lado, pegándose a mí y enfocando la cámara para que quedáramos los dos dentro de la imagen.

—¿Cómo me has llamado? Es que me parece que no he oído bien.

—Loca, eso he dicho y es la verdad. ¿Cuánto hace que estás ahí? ¿Que te fuiste de España? Es increíble, me parece muy fuerte que hace nada estuviéramos juntos, viajes, a los pocos días me dejes sin darme una oportunidad para aplacarte y encima ahora estés con ese tío, abrazándolo delante de mí. Has sido muy rápida para tirártelo —siseó.

Así era, no lo de que nos hubiéramos acostado, es entendible que estaba confirmando que me había abrazado para hacer el papel de su vida, o uno de ellos.

—Vuelve a referirte a mí de la forma en la que lo has hecho y cuando regrese no tendrás donde esconderte, Blas. —Su tono de voz sonó frío y cortante.

Para rematar más la jugada pasé un brazo sobre sus hombros y la apreté a mi costado, alterando más al tío que estaba a miles de kilómetros de distancia. Empezó a soltar insultos. Una suerte para mí que supiera hablar y entender perfectamente la lengua española, de ahí que me hubiera dirigido a él en su idioma y me estuviera enterando de todo. Riley ante mi acercamiento ni se inmutó, para darle más veracidad al asunto. Otra cosa es cómo reaccionara cuando volviéramos a quedarnos solos.

—El que no está cuerdo eres tú, en absoluto. Háztelo mirar porque corté todo contacto contigo ayer, sí; y gracias a que lo hice, porque cada cosa que me muestras últimamente me parece más increíble que la anterior. Te dije que no insistieras porque no iba a mover ni un dedo para hablar contigo más, de la forma que fuera. Métete esto en la cabeza porque se te ha ido: nunca fuimos novios. Varios polvos repartidos en largos meses y sin tener más contacto que eso, no equivalen a tener una relación.

»No soy nada tuyo, ni, aunque nuestra historia fuera diferente. Me puedo liar o tirar, como bien dices, a quién a mí me salga de las narices como podía hacer en España en cualquier momento. Y una última cosa, Blas… Nadie va a conseguir aplacarme a no ser que yo así lo decida porque la otra persona me importe. Si algún día te veo en persona voy a ser mucho más clara y concisa, no te quepa duda de que te vas a arrepentir de los malos ratos que me estás haciendo pasar, sin sentido.

No lo dejó hablar más, pulsó el botón de colgar. Permití que recuperara su teléfono de mi mano al verla alterada y agobiada, pero no porque estuviera afectada por ese tío, sino por todo lo que representaba lo que había escuchado y ella había tenido que decirle. Bloqueó el contacto y al terminar, soltó un suspiro. Pareció que le costó reaccionar porque por unos instantes me dio la sensación de que se fue mentalmente de donde estábamos. Hasta que regresó…

—Ya puedes separarte —susurró mirándome de reojo.

—No veo que tu mano me haya soltado. —Levanté una ceja, sonriendo de medio lado.

Con varios bufidos lo hizo, pero igualmente me tomé un poco más de tiempo que ella para liberarla.

—Ya, ¿no? Te agradezco que me hayas ayudado, aunque no tenías que hacerlo. Voy a obviar que te has sobrepasado porque al final me ha venido bien tu intervención, pero tienes la mano demasiado abajo. —Carraspeó.

Solté una carcajada. No iba muy desencaminada, para nada. Los dedos de la mano del brazo con el que le había rodeado los hombros, casi le rozaba la piel del contorno de un pecho. Sí, y bien a gusto que estaba yo, tanto de vista como de cómodo por ese motivo.

—De nada —susurré cerca de su oído, inclinado hacia ella.

—Vale —habló en tono bajo y vi satisfecho cómo tragaba saliva, aunque pasó muy desapercibido.

—¿Tendrás problemas con él cuando regreses? —continué sin apartarme.

—No —respondió rápido y con firmeza.

Y algo en mí se alteró, algo relacionado con ese tío, pero, sobre todo, con la idea de que se fuera. Por ese motivo, echando mano a la lógica, lo que nunca en mi vida había hecho cuando quería algo, me separé de golpe perdiendo su contacto. Di varios pasos hacia atrás sin dejar de observarla, con sus ojos puestos en mí.

—Que te vaya bien, Riley.

Esas fueron mis últimas palabras antes de tomar distancia de ella y de lo que me provocaba, algo que me descolocaba y desconcertaba por la intensidad con la que me atraía. No entré en la mansión, caminé por el exterior rodeándola, yendo directo hacia mi coche. Llevaba encima lo poco con lo que llegué, mi habitación se había vuelto a quedar vacía por no sé cuánto tiempo. Estaba por ver…

Llegué junto al coche, abrí la puerta con más fuerza de la normal y me monté sintiéndome alterado. Arranqué y

pisé el acelerador más de la cuenta, para salir cagando leches de la zona. Al rodear la fuente que daba a la entrada principal para tomar el camino hacia la verja, los ojos se me fueron por unos instantes hacia un lateral de la mansión, el que daba a la piscina.

Apreté la mandíbula al ver apoyada en la esquina a Riley, observando cómo me iba. Más aceleré para no cometer una locura, por asombroso que me resultara mi actitud. Nunca me había negado algo que deseaba, jamás en la vida había huido y pasado de largo de una mujer que me interesaba hasta el punto en el que lo hacía Riley, refiriéndome a ambas cosas.

Maldecí recordando el momento en el que acepté hacer acto de presencia al pedírmelo Cole, llamándome expresamente para ello. Si hubiera pasado olímpicamente de ir a la mansión, ahora solo estaría pensando en la cita con Olivia, o no, porque llevaría con ella desde ayer, sin haber anulado nuestro encuentro. Presioné el volante con las manos mientras la verja se abría delante de mí y volví a acelerar, cogiendo varias bocanadas de aire cuando volví a pisar el acelerador y me incorporé a la carretera.

pisé el acelerador más de la cuenta, para salir cagando leches de la zona. Al rodear la fuente que daba a la entrada principal para tomar el camino hacia la verja, los ojos se me fueron por unos instantes hacia un lateral de la mansión, el que daba a la piscina.

Apreté la mandíbula al ver apoyada en la esquina a Riley, observando cómo me iba. Más aceleré para no cometer una locura, por asombroso que me resultara mi actitud. Nunca me había negado algo que deseaba, jamás en la vida había huido y pasado de largo de una mujer que me interesaba hasta el punto en el que lo hacía Riley, refiriéndome a ambas cosas.

Maldecí recordando el momento en el que acepté hacer acto de presencia al pedírmelo Cole, llamándome expresamente para ello. Si hubiera pasado olímpicamente de ir a la mansión, ahora solo estaría pensando en la cita con Olivia, o no, porque llevaría con ella desde ayer, sin haber anulado nuestro encuentro. Presioné el volante con las manos mientras la verja se abría delante de mí y volví a acelerar, cogiendo varias bocanadas de aire cuando volví a pisar el acelerador y me incorporé a la carretera.

Capítulo 15



Riley

Nerviosa volví a mirar la pantalla de información de los vuelos. Había llegado el día, el avión en el que llegaba mi amigo Yago estaba a punto de aterrizar. Lo necesitaba conmigo. Se me había hecho muy larga la espera para tenerlo cerca y poder hablar con él, porque los días anteriores había estado muy liado y apenas había escrito en el grupo.

Me sentía muy rara, pero no en ese instante concreto, sino desde un tiempo atrás. Había acumulado muchas emociones y sumadas al encuentro inminente con Yago, la inquietud podía conmigo. Con lo bien que lo llevaba, me dije. Solo podía señalar un detonante para mi cambio de actitud, o más bien de mi estado de ánimo, el que me había hecho sentir un conflicto interno con la necesidad de resolverlo.

Más concretamente todo se inició desde que la mansión se quedó vacía de los familiares de Benjamín. Sabéis por dónde voy y tiene gracia porque por ese mismo motivo tendría que haber agradecido la calma que nos trajo a todos, estando contenta, sobre todo dirigiéndolo a la presencia de Pamela. Pues no tuvo el efecto que esperaba.

Que quede claro que me alegré por la ausencia de ella, pero lo que me sucedió con Hunter y posteriormente con Cole, enturbió ese sentimiento. Había repasado mentalmente, muchas veces, lo que hablé con el hermano mayor y todos los encuentros que tuve con el menor, priorizando el último en la piscina.

Sobre el último… Su intención era la de hacerme saltar siempre que podía porque sus frases cortas y silencios tenían ese propósito, lo sabía de sobra. La forma en la que se comportó con lo de Blas, lo que hizo, su cercanía, su risa, su sonrisa pícara, la intensidad con la que me miraba en ciertos momentos… Todo me había pasado factura y me había hecho no poder apartar el tema, analizando qué mierda había sucedido para que mis sensaciones hacia él dieran un giro radical.

En aquel instante, después de ver el coche de Hunter desparecer por el camino de la mansión regresé a la zona de la piscina. Sinceramente no me apetecía ver a nadie, pero tuve que retrasar el buscar la soledad por la presencia que había junto a la hamaca.

—Hola —saludé a Cole—. Pensaba que te ibas ya.

—Hola —sonrió—. Voy a hacerlo ahora mismo, pero te estaba buscando para despedirme. William me ha dich que te encontraría aquí.

—Ah, gracias. —Imité su gesto.

—Hace mucho tiempo que no hago lo que tú —comentó llevando la mirada hacia mi espalda, sin fijarla en un punto fijo.

—¿El qué?

—Disfrutar de todo esto. —Buscó mis ojos.

—Pues es una pena —hablé con sinceridad, ganándome un asentimiento lento de él.

—La verdad es que sí. El problema es que me meto tanto en la rutina que me olvido de todo.

—Lo importante siempre tiene que estar presente, Cole.

—Lo dices por mi padre, ¿no?

—En parte, sí. —Me encogí de hombros—. No nos damos cuenta de la falta que nos hacen ciertas personas porque como dices, más veces de las que deberían ser, esa rutina nos atrapa tanto que solo le damos prioridad a lo nuestro. El gran problema es que el tiempo no se detiene, para nada ni nadie y cuando la ausencia pasa de ser opcional a definitiva por fuerza mayor, ya no hay marcha atrás. Llega el arrepentimiento por el tiempo perdido, por las palabras no dichas y se añora no haberlo vivido de otra forma.

»No quiero decir que se tenga que estar siempre encima los unos de los otros porque cada uno tiene su vida, pero es bonito e importante encontrar momentos, días o tal vez algunas semanas de vacaciones para compartir y disfrutar de la compañía. ¿Cuánto hace que no te lo planteas? ¿Cuántas veces vienes aquí? ¿Y cuánto tardas en irte? ¿Haces el intento por coincidir con tu padre o cualquier familiar, aunque solo sean unas horas o un día completo?

»Que conste que no estoy juzgando, no soy nadie para hacerlo. Pero sí que te digo que vosotros tenéis mucho privilegios y uno de ellos es el de disponer de un lugar ideal, más que eso. Esto es un mini paraíso y no dudo de que el resto de las propiedades de tu padre tendrán características parecidas. ¿Estoy en lo cierto? Yo sé que sí, pero es la pregunta que tú tienes que responderte a ti mismo.

—No te equivocas, en lo de las propiedades y en el resto. Esta es especial porque crecimos en ella. Quizás por eso la rehuimos, por los recuerdos que nos trae cada vez que venimos. —Dirigió la vista hacia la corredera, quedándose pensativo—. A veces no se es consciente de lo que tiene que suceder por ley, uno se piensa que nada de lo que conoce va a cambiar. Me estoy refiriendo a mi padre. —Buscó mis ojos y asentí.

—De vez en cuando viene bien recordarlo y también analizar el daño que se puede hacer sin intención. No sé

omucho —dije una mentirijilla—, pero por lo que he visto y he escuchado a tu padre, la unión que teníais y que se esforzó en cuidar, desapareció años atrás. Es algo que le pesa, Cole. Siempre habla tan bien de vosotros, con una añoranza… No metas a tu mujer en el lote. —Levanté una ceja.

—Doy por hecho lo último —negó sonriendo de medio lado—. Estoy de acuerdo con todo, no viene mal que te abran los ojos para retroceder en el tiempo e interiorizar lo realmente importante. Me alegro de que mi padre os tenga de amigos a los tuyos y a ti. Con lo poco que te conozco, me quedo muy tranquilo sobre ese aspecto.

—Gracias —susurré fijando los ojos en la piscina, haciendo una pausa—. ¿Por qué te impides ser feliz?

—¿Qué quieres decir? —Giré la cabeza hacia él.

—Que me pregunto qué narices haces con una mujer como Pamela. Las veces que os he visto juntos te provoca dolor de estómago, como poco. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. —Hizo una mueca.

—Perdona la confianza que me estoy tomando, pero…

—No pasa nada, Riley. Desde la primera vez que te vi, con el equipaje a cuestas, me diste la impresión de buena persona. Tienes una energía que se contagia, como también das pie a la confianza en tiempo récord. ¿Cuánto has tardado con hacerte con todos?

—Bueno con todos es mucho decir. —Carraspeé provocando que soltara una carcajada—. Actuó como soy. Me gusta ser cercana siempre, y más cuando tengo motivos para llevarlo a cabo. Todos los que trabajan en esta propiedad son buenas personas y excelentes trabajadores. —Dejé claro, pero no hacía falta, porque asintió varias veces, estando conforme—. ¿Sabes por qué me han cogido cariño rápido?

—¿Por cómo eres?

s —Una joya única. —Reí con ganas, haciendo una broma. Se unió a mí—. Quizás eso haya influido, pero la base está en que me vean como ellos. Lógicamente lo soy y sobra especificarlo, pero me refiero a que no me ven superior. Tienen muy interiorizado cómo deben marcar las diferencias y les cuesta desviarse. Yo no lo iba a permitir, como he dicho en más de una ocasión no soy más que nadie, ni consentiría que me trataran de esa forma.

»Dales afecto, cercanía, confianza, alégrate con cada uno de ellos, conversa, demuéstrales que te importan sus inquietudes, sus problemas… Y tendrás el mismo resultado que yo. Sí, en tiempo récord. Créeme, vale la pena sentir el cariño y darlo de esa forma. Quizás encuentres una amistad única en alguno de ellos, mucho más sincera que en cualquier otro al que definas como amigo dentro de tu entorno.

—Entiendo cómo se ha dado todo y porqué —sonrió ampliamente—. Y repito, me alegro enormemente de tu llegada y presencia aquí. Tu comportamiento y actitud hablan por ti, no hace falta saber más. Y referente a

Pamela…

—Si te sientes incómodo no hace falta que…

—No pasa nada. Hacia una persona de la calle puedo representar un papel muy bien definido, pero tú has sido testigo de la realidad. Y no solo eso, la has tenido que enfrentar.

—Está bien. —Le señalé la hamaca que tenía cerca, para no quedarnos de pie.

Me senté en la mía después de colocarme la ropa, viendo cómo la arrastraba acercándola a mí.

—No hay mucho que me una a Pamela. Hacemos vidas independientes. Si no fuera de esa forma me habría vuelto loco.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer año después de casarnos. Anteriormente era una mujer totalmente diferente.

—Sabes que no es verdad, lo único que hacía era mostrar una cara falsa ocultando la real. Esa forma de ser no se define de la noche a la mañana, Cole. Puede que un poco de superioridad, en el sentido del nivel adquisitivo, sí, pero ¿el resto? No.

—Supongo. —Bajó la mirada al suelo—. Solo una persona me advirtió sobre ella antes de casarme, varias veces.

—¿Quién?

—Hunter. —Buscó mis ojos.

—Interesante —dije pensativa—. El que parece más descarriado ahora va a resultar que está más centrado de lo que pensaba —sonrió al escucharme—. Y si eres consciente de todo, ¿por qué continúas con ella?

—No es fácil dejarla.

—¿Cómo qué no? —Levanté una ceja.

Me tuve que morder la lengua para no soltar que yo podía colaborar en un parpadeo. No me encargaba especialmente a los temas de divorcios y los acuerdos que conllevaban el tratarlos, pero uno de los másteres que realicé estaba enfocado en esa especialidad y no me supondría mucho quitarle de encima a Pamela. Y bien a gusto y satisfecha que lo haría, sabiendo el veneno que tenía.

—Es complicado —negó pensativo.

Lo analicé a conciencia, descifrando que había algo escondido entre los dos que no iba a decirme. Al menos, por el momento. Hasta ahí tenía que llegar para saber qué era ese algo y qué importancia representaba para él para que se retrajera en hacer lo que deseaba, soportando una carga excesiva e insoportable… Normal que se hubiera desvinculado de ella, por su salud mental.

—Cuando quieras, en el instante en el que tú lo veas oportuno, ven a mí y pídeme ayuda —no pude evitar decirle.

—¿Vas a dejarla calva? Sé que te has quedado con las ganas. —Apretó los labios, divertido.

—Mucho mejor que eso, te lo aseguro y ni te lo imaginas. —Reímos, cada uno por un motivo diferente. Él interpretó mis palabras con un sentido que nada tenía que ver con el significado que les había dado yo. Pero así estaba bien, por el momento—. Y sí, las ganas se me han acumulado. —Bufé.

—Gracias, Riley. Lo pensaré. —Me hizo un guiño—. No creo que sirva de mucho, pero al menos el desahogo para mí será grande.

«No te imaginas lo que puede llegar a servirte mi ayuda, Cole», le dije mentalmente, sin exteriorizarlo.

Nos quedamos en silencio centrando la vista hacia la corredera, por donde apareció Sophia con una bandeja. Nos traía dos vasos de limonada que dejó en la mesa antes de despedirse con una sonrisa. Se perdió otra vez en el interior de la mansión.

—¿Con mi hermano bien?

—¿Eh? —Me quedé a medio camino de llevarme el vaso a los labios.

—Os he visto. —Levantó una ceja.

—Se ha pasado un poco, pero no se lo tendré en cuenta porque su finalidad ha sido ayudarme. —Desvié los ojos de los suyos.

—No sé a qué ha venido vuestro acercamiento, pero ¿estás segura de que se ha pasado? —habló levantando una ceja— No he visto que tú te apartaras, todo lo contrario, también lo has abrazado.

—Me interesaba, ya te he dicho que me estaba ayudando. —Bebí limonada, observándolo.

—Hunter no es de hacerlo porque sí —negó haciendo una mueca divertida.

—En el comedor también lo ha hecho.

—Más a mi favor.

—Estar aquí, regresar, habrá sacado su faceta ¿protectora?

—No.

—¿Por qué estás tan negativo? —Reí.

—Porque lo conozco. De puertas hacia fuera de aquí no niego de que, si alguien lo necesitara y él está presente, le tendería una mano si detecta que se sobrepasan los límites. Pero ¿dentro de la mansión? Ya te digo que no. Para su desgracia ha tenido que tragar más veces de las que hubiera querido con Pamela y en ninguna de ellas se ha alterado, ni siquiera se ha inmutado. Igual de serio y distante que aparecía delante de nosotros, se iba. —Se encogió un poco de hombros.

—¿Qué le pasa con este lugar? —Ladeé un poco la cabeza.

—Es delicado —soltó un suspiro captando aún más mi atención.

—¿No le gusta?

—Sería más correcto decir que no le gusta desde que los recuerdos bonitos que atesoramos en la infancia se truncaron. No lo sabes, pero gracias a ti ha dado un gran paso.

—¿A mí? ¿A qué te refieres?

—Te va a sorprender lo que voy a decirte, pero si alguien conoce realmente a Pamela, ese es Hunter.

—¿Más que tú? —asintió.

—Ella formaba parte del grupo de amigos de él y en más de una ocasión intentó meterse en su cama. Pamela siempre ha estado enamorada de mi hermano.

—¿Qué me dices? Hablas como si…

—Como si todavía lo estuviera. Correcto.

—No puede ser. —Agrandé los ojos.

—Es el único que es capaz de dejarla callada, lo has comprobado. Yo fui la segunda opción, pero nunca dejó de

quererlo.

—¿Y, aun así, empezaste una relación con ella?

—Sí porque cuando lo hice había pasado un año de que Pamela se hubiera alejado y apartado del grupo de amigos de mi hermano. Hunter nunca quiso nada con ella, sabía muy bien cómo era. Mi hermano tiene algo especial, me refiero a que sabe interpretar a las personas antes incluso de entablar conversaciones con ellas. Nunca le gustó la presencia de Pamela entre sus amigos, pero la soportó porque en sí solo la veía en los momentos de diversión en los que él acababa siempre yendo por libre.

»Hunter no se deja atar por nada ni por nadie, se le podría definir como un espíritu libre, en todos los sentidos Y nunca hará nada que no sea de su agrado, al igual que es muy suyo y pocas personas son las que consiguen llegar hasta él. Ni siquiera varios de sus amigos de toda la vida lo han conseguido, solo hay uno que sí, Glen, porque son muy parecidos. Después de tantos meses sin ver a Pamela en el entorno de mi hermano, coincidí con ella en una fiesta. Ahí fue donde todo comenzó. Me enamoré como un idiota y ella parecía que me correspondía.

—Parecía…

—Sí. Cuando fue demasiado tarde, en una de las discusiones que se convirtieron habituales entre nosotros, hizo un comentario con el que lo tuve claro, aunque no hiciera alusión directa a Hunter. Ni falta que hizo, lo vinculé a la forma en la que se comportaba delante de su presencia en las reuniones familiares.

—Lo siento, Cole.

—No lo hagas, yo me alegro porque abrí los ojos a la realidad. A partir de ese instante tomé distancia y me desvinculé de ella, solo apareciendo a su lado en algunos eventos a los que no podía faltar. No la quiero.

—Y, aun así, con todo eso, sigue siendo complicado dejarla. —Tanteé.

—Sí. —Bajó el tono de voz.

—Hunter sabe…

—No —me interrumpió—. Si mi hermano supiera lo que me frena actuaría sin pensárselo por su cuenta y por la mía. No quiero que lo haga, necesito mantenerlo al margen porque sé que no le importarían las consecuencias, solo miraría por mí.

—Vale.

—Lo que he querido decir antes y me he desviado hablando sobre mí… Es que solo hay una responsable para que él se haya mantenido entre las paredes de la mansión, la misma con la que estoy hablando.

—Te estás equivocando.

—Riley, te darás cuenta por ti misma. De hecho, ya has empezado a notar el cambio por la sorpresa que te has llevado. Que se haya acercado a ti y de la forma en la que lo ha hecho te ha desconcertado. Si en Hunter no hubiera algo diferente, no habría movido ni las pestañas en nada referente a ti. Puede que haya huido, porque es lo que ha hecho, pero regresará con las ideas muy claras o para aclararlas, aunque le cueste un tiempo decidirse. No está acostumbrado y tiene que reorganizarse interiormente.

—Hunter debe tener muchas diversiones como para pararse a eso que has dicho. —Levanté la cabeza siguiéndolo con la mirada, cuando se levantó quedándose de pie delante de mí.

En silencio bebió un buen trago de limonada.

—Así es, no le faltan vaya a donde vaya. Las mujeres le persiguen, no voy a negar la realidad, pero yo tengo ventaja porque lo conozco y sé que todo lo que he dicho va a suceder. Tiempo al tiempo. Me voy ya, Riley.

—Gracias por hablar conmigo, Cole. —Le di un abrazo cuando me puse frente a él, recibiendo el suyo.

—Ha sido un placer. —Me hizo un guiño cuando nos separamos—. Hasta otra. He decidido que no tardaré en regresar. —Empezó a andar y lo acompañé, haciendo el mismo camino que Hunter había hecho anteriormente.

—Me alegra saberlo.

Llegamos cerca de la entrada principal, parándonos junto a la fuente. Un coche se acercaba por el camino y al no distinguir quién conducía me pregunté si sería Emily, la sobrina de Benjamín.

—Es…

—Gloria —me aclaró.

—Ah, vale. —Lo miré de reojo.

—Es la hora de irme. —Se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla.

Caminó ligero, alejándose, mientras el coche de Gloria paraba a poca distancia de mí. Me sonrió desde el interior y movió una mano dándome el primer saludo, antes de presentarnos. Poco tiempo tardé en escuchar el coche de Cole, el que pasó por nuestro lado sin mirarnos y sin la intención de pararse. Curioso me dije, mientras lo observaba tomar distancia.

Al oír el sonido de una puerta cerrarse centré la vista en Gloria, la que por unos segundos mantuvo la atención hacia donde yo había estado mirando, al camino.

Capítulo 16



—¡Aquí! —Alcé la voz, moviendo un brazo en el aire para ser más visible.

Mi amigo Yago giró la cabeza al reconocerme entre toda la gente que había y cuando me localizó, empezó a caminar hacia mí. Hice lo mismo acercándome hasta el límite que no podía sobrepasar, con ganas de que saliera para abrazarlo.

Lo hicimos los dos, apretándonos con fuerza y riendo cuando me levantó en el aire.

—Déjame verte —me pidió sin borrar la sonrisa de los labios, igual a la que tenía yo.

—Estoy como siempre —negué divertida.

—No, te sientan muy bien estos aires. Has cogido hasta color. —Me dio un beso en la cabeza.

—Dentro de poco lo entenderás. Vamos, Matthew nos está esperando. —Lo cogí de una mano y tiré de él, con la otra arrastró la maleta—. ¿Se te ha hecho pesado el vuelo?

—Para nada, lo he pasado casi todo el tiempo durmiendo.

—Jo, ¡qué suerte!

—Si me hubieras hecho caso… Las pastillas que me he tomado son milagrosas.

—Viajando sola no me gusta tomármelas.

—Pues a mí me ha dado todo igual, menos el pasarme tantas horas despierto. —Rio.

—Me encanta tenerte aquí. —Le rodeé la cintura con un brazo.

—Y a mí estar contigo.

Recorrimos la terminal, directos hacia la salida en la que Matthew me había dicho que nos esperaría. Yago silbó en cuanto le señalé hacia qué coche íbamos.

—Cuando veas alguno más, no tendrás silbidos suficientes —sonreí de medio lado.

—Joder, qué nivel tiene Benjamín, el amigo de tu jefe, ¿no?

—Dentro de poco te pongo al día, pero tendrás un pequeño adelanto en breve.

—Estoy deseándolo, me tienes intrigado.

—Matthew —dije cuando llegamos a su lado—. Él es mi amigo Yago.

—Encantado —lo saludó estrechando su mano.

—Igualmente y gracias por venir a por mí —comentó Yago hablándole en inglés, idioma que dominaba perfectamente.

—Ha sido un placer. Riley no ha parado de hablar desde que la he visto. —Reímos.

Matthew le quitó la maleta y nos pidió que nos montáramos, mientras se encargaba de guardar el equipaje. En el interior sonreí al ver los ojos de Yago ir de un lado al otro, admirando todos los detalles.

—Debe ser una pasada conducir este coche —comentó emocionado cuando Matthew se puso en movimiento.

—La verdad es que sí —nos sonrió a través del espejo retrovisor. Los dos íbamos en la parte trasera.

Al salir de la zona del aeropuerto nos hizo una pequeña ruta, explicándonos por cada lugar que pasábamos. Era un camino diferente al que hizo el taxista que me llevó a la mansión, por lo que iba igual que Yago, mirando por la ventanilla mientras lo escuchábamos atentos.

Después de treinta y cinco minutos Matthew accedió a la zona de Bel-Air.

—¿Preparado? —Giré la cabeza hacia Yago, sonriendo. Estábamos muy cerca de nuestro destino.

—No lo sé —respondió serio y reímos los tres.

Nuestro chófer, encantador, se paró frente a la gran verja, la que se abrió despacio dándonos paso al interior de la propiedad. Yago reaccionó como lo hice yo en su momento, incrédulo e impresionado por todo el paisaje que se mostró ante sus ojos.

Matthew le dio una sorpresa aún mayor, pero no fue el único en quedarse de esa forma. Reaccioné igual que él, pero con una gran sonrisa agradecida hacia Matthew.

—Tu turno muchacho —habló parando el motor—. Por la carretera no puedes circular, pero aquí no hay problema.

—¿En serio? —le preguntó Yago con los ojos abiertos al máximo.

—Claro, pero espera a que me ponga el cinturón para arrancar. —Soltó una carcajada a la que nos unimos.

Se bajaron los dos e intercambiaron las posiciones. Bueno solo mi amigo porque Matthew ocupó el asiento del copiloto.

—Joder, qué sensación. —Bufó Yago después de arrancar.

—Adelante. Solo hay un camino, no hay pérdida —le animó divertido.

Emocionado aceleró. Fue gracioso y reímos bastante, no por la conducción porque lo hizo muy bien, al igual que conducía. Lo de gracioso y lo de reírnos fue porque no solo condujo hasta la mansión, sino que al llegar a ella y quedarse impresionado con la imponente visión que daba, Matthew le pidió que no parara y rodeara la fuente, para que alargara la experiencia haciendo el mismo camino hasta volver a la rotonda de la entrada, cerca de la verja.

Y no hizo el recorrido solo una vez, le cogió el gusto y continuamos dentro del coche un total de seis viajes de ida y vuelta, mientras yo no podía parar de reír cada vez que veía a lo lejos a William en la puerta principal, esperándonos con una cara de no entender nada… Por la distancia que había de separación no identificó quién iba al volante, hasta que Yago paró el motor donde le indicó Matthew. En ese instante William empezó a acercarse a nosotros con una ceja levantada, pero no tardó en comprender la situación sin necesidad de que le explicáramos nada, al ver a mi amigo salir por la puerta del conductor. Cambió su expresión de interrogación por una gran sonrisa.

—William, él es Yago, mi súper amigo y conductor —le presenté divertida.

—Encantado, me alegro de que ya estés con nosotros y empezando a disfrutar. —Se dirigió a él como le había pedido, dejando las formalidades también.

—Gracias, es un verdadero placer —le correspondió Yago, aceptando su mano con una sonrisa.

—Por ahora yo he terminado. —Llamó nuestra atención Matthew—. Ante cualquier cosa ya sabes. —Me miró directamente y asentí.

—Gracias, eres increíble. —Le di un abrazo rápido, emocionada por el detalle tan bonito que había tenido hacia alguien importante para mí y desconocido para él.

—Ha valido la pena. —Me hizo un guiño al separarnos.

Se despidió de los tres y se montó en el coche para salir de la mansión hasta que alguno lo avisáramos.

—Dentro de un rato vas a ver qué coche tan guay tengo yo —dije riendo.

—No lo me puedo creer. —Me miró intrigado.

—Es toda una experta con él —añadió William.

Yago tiró de su maleta negándose a que nadie más lo hiciera por él y tuve que contener la diversión por lo raro que se sintió William, su cara habló por él. Antes de ir hacia el *buggy,* que había dejado donde siempre, seguimos a William hacia el interior de la mansión. El equipaje se quedó a un lado cuando empezamos a recorrer la vivienda, enseñándole a Yago las partes más importantes. Del resto, como le comentó William, me encargaría de enseñárselas yo.

Los ojos de mi amigo iban de un lado al otro, admirando todos los detalles, dejando ver lo asombrado que estaba. Cuando regresamos al vestíbulo nos dirigimos hacia el pasillo que llevaba hasta la cocina recuperando el equipaje. William le comentó que por la hora que era, por el momento, no podía presentarle a nadie porque estaban trabajando por los exteriores.

Al entrar en la cocina nos encontramos con Aura, la que vino ligera hacia nosotros, con una gran sonrisa. Se presentó a Yago sin dejarnos hablar a William y a mí. Estuvimos unos minutos con ella, hasta que nos despedimos de los dos, de William también porque le dije que no hacía falta que nos acompañara. Salimos por el lateral de la mansión donde estaba el *buggy*, el que captó la atención de Yago nada más verlo.

—¿Este? —Lo señaló.

—Sí. —Reí colgándome de su brazo—. ¿A qué mola? —asintió divertido.

—Hace años que no me monto en uno. —Lo miró con curiosidad.

—Hoy es un buen día para todo. Tuyo. —Saqué la llave y se la puse delante.

—Tranquila, creo que voy a recuperar el tiempo perdido en poco tiempo —comentó llevando la vista hacia toda la vegetación que había a cientos de metros de la mansión.

—Toda la razón.

ı

William ya se había encargado de enganchar el remolque, así que solo tuvimos que subir el equipaje y montarnos, tomando la dirección de la casa, la que le fui indicando.

—¡Qué pasada! Por los pocos detalles que tenía sabía que me iba a impresionar, pero todo lo que he llegado a imaginar y pensar se queda muy corto.

—Hay que descubrirlo en persona porque con palabras no se llega a describir lo que es todo el conjunto y su magnitud —asentí al hablar.

—Pues sí.

Reí cuando me explicó lo que le había provocado el conducir el coche de Matthew, todas las sensaciones orgásmicas que había sentido, las que me detalló perfectamente como pudo, porque no dejamos de reír ninguno de los dos. Y sonreí al escucharlo decir que no le extrañaba que me sintiera tan a gusto porque todos los que había conocido hasta el momento, mejores no le podían haber parecido.

—¿Hemos llegado? —preguntó cuando delante de nosotros, a unos metros de distancia, se hizo visible la vivienda.

—Sí, esta es mi casita —sonreímos—. En total hay cuatro por los alrededores. En la que queda más cerca de esta viven Aura y William. Son los únicos trabajadores que no se quedan dentro de la mansión, exceptuando un par que solo vienen para hacer su jornada de trabajo.

—Me encanta —aseguró, aunque ya sabía cuál sería su opinión.

s

Paró en la entrada, bajamos la maleta y le di paso al interior. Continuó pensando lo mismo una vez que la vio entera. Eligió la habitación en la que se quedaría y nos encontramos en la cocina mientras yo preparaba dos cafés para tomar en el porche. Hacia él nos dirigimos cuando terminé.

—¿Le puedes pedir a Benjamín que nos haga un pase vip? —Reímos.

—No estaría nada mal, ¿eh? —Le di un sorbo al café.

—Joder, esto sí que son unas vacaciones —negó.

—Me alegro, ya que has venido por mí…

ı

—Ponme al día de todo, anda.

Así lo hice, le conté mi experiencia desde que había llegado, saltándome lo que ya sabía de la videollamada que

le hice cuando era de madrugada para él. No me dejé nada, ni siquiera la rareza que sentía desde hacía varios días, una vez supo los motivos.

—¿No has visto a nadie más desde que se fueron?

—No. Gloria pasó un día y medio conmigo. Es muy simpática y agradable, me gustó. También me hizo sentir como si formara parte de todo esto. William y ella son los únicos que saben quién soy en realidad y lo que hago aquí —sonreí.

Me quedé pensativa, recordando el primer encuentro que tuve con ella. En aquel instante, cuando empezó a caminar hacia mí al llegar y bajarse del coche, cruzándose con la salida de Cole…

—Riley, por fin te conozco en persona. Es un placer, soy Gloria. —Me ofreció una mano.

La acepté con agrado, pero me dio la impresión de que ella también hubiera querido ser más cercana de lo que fue.

—Igualmente. —Le correspondí.

—¿Cómo ha ido desde que llegaste? ¿Nos ponemos al día?

—En general muy bien, aunque en según qué ocasiones he estado un poco entretenida. Por mí perfecto, voy a la piscina a recoger las cosas y por hoy se acabó.

—Te acompaño y vamos a un lugar más tranquilo.

—Aquí todos lo son, ahora que se han ido los hijos de Benjamín y la insoportable. —Me salió natural, pero lo dije con mucha intención, para tantearla.

Me quedó claro que me llevaría muy bien con ella por la carcajada que soltó al escuchar cómo me refería a Pamela.

—Con la presencia de esa mujer he aprendido a hacer un montón de ejercicios de contención —negó.

—Pues yo no. Si me callo reviento, así que… —Me encogí de hombros.

—Has hecho muy bien. Lo mejor es dejarle claro desde el inicio que no te puede manejar como a ella le venga en gana —asintió conforme—. Tú tranquila que, empezando por Benjamín, tienes a muchos a tu favor. —Me hizo un guiño.

Cuando recogí la toalla de la hamaca y el móvil que se quedó en la mesa después de haberme puesto la ropa en

, compañía de Cole, la observé por unos segundos para saber hasta qué punto sabía de esos favores que tenía. Su guiño y su expresión me dejaron claro que conocía toda la verdad, que, junto a William, eran las dos únicas personas que sabían hasta el más mínimo detalle de mi presencia allí. Para algo eran las de confianza de Benjamín.

—Gracias —le sonreí.

A partir de ahí, después de que saludara a quienes nos fuimos encontrando, sobre todo a William, nos dirigimos en el *buggy* a la casa en la que yo vivía, para poder hablar tranquilamente. Pasamos el resto del día juntas, por mi parte con una sensación muy agradable porque se comportó conmigo muy cercana y directa. Lo hicimos casi todo sin separarnos, comimos, cenamos y desayunamos al día siguiente en la cocina, con Aura y todo el que fue llegando.

Las impresiones que tuve desde el principio hacia ella se asentaron al verla interactuar con todos los que trabajaban en la mansión. Podía decir que formaban una gran familia. Todos se tenían mucho respeto y se cuidaban, a pesar de que Gloria pasaba largos días sin aparecer, por los asuntos que llevaba de Benjamín y que requerían que estuviera lejos de allí.

—Debo encargarme de unas cosas —me dijo cuando la acompañé al coche, después de terminar de comer.

—No te preocupes, cuando puedas volver me encontrarás aquí —sonreí de medio lado—. Entre unas cosas y
a otras todavía no he salido, ya sabes —asintió comprendiendo para qué tenía que hacerlo—. Pasado mañana llega mi amigo Yago de España.

—Se te ha iluminado la mirada.

—Tengo muchas ganas de verlo, me hace ilusión.

—Se nota —asintió con una sonrisa—. Tómate un tiempo más, no hay prisa. Creo que lo que has hecho bajo este techo tendrá algunos frutos, no tengo dudas de ello —comentó con una expresión pícara.

—Poco ha sido —negué.

—Como digo, no tienes límite de tiempo, ni Benjamín te lo impondría. Quédate tranquila hasta que llegue tu amigo, disfruta un poco con él y ya después, cuando tú consideres, continúa. —Me hizo un guiño.

—Gracias. ¿Me puedes decir dónde queda la empresa en la que trabaja Cole?

—¿Vas a ir?

—Esa es la intención.

—Vale —dejó salir un pequeño suspiro, involuntario.

Ese simple detalle consiguió intrigarme, pero me callé sacando el móvil para anotar los datos que me dio.

—¿Quieres alguna información concreta de Hunter? —preguntó sin mirarme, pero con una sonrisa en los labios

—No.

—¿Segura? —Ladeó la cabeza.

—Mucho, al menos por el momento —asintió.

Nos despedimos hasta que pudiera regresar y volví a quedarme sola. Era un decir porque en absoluto lo estaba, y menos lo estaría a falta de poco tiempo para que llegara Yago.

—Vale —dejó salir un pequeño suspiro, involuntario.

Ese simple detalle consiguió intrigarme, pero me callé sacando el móvil para anotar los datos que me dio.

—¿Quieres alguna información concreta de Hunter? —preguntó sin mirarme, pero con una sonrisa en los labios.

—No.

—¿Segura? —Ladeó la cabeza.

—Mucho, al menos por el momento —asintió.

Nos despedimos hasta que pudiera regresar y volví a quedarme sola. Era un decir porque en absoluto lo estaba, y menos lo estaría a falta de poco tiempo para que llegara Yago.

Capítulo 17



Hunter

—Eh, tío. —Giré la cabeza, encontrándome con Glen, mi amigo desde hacía muchísimos años.

—Ya era hora, se te han pegado las sábanas —dije sonriendo de medio lado, antes de saludarlo.

—¿Qué prisa hay? Donde vamos, no se va a mover. —Rio.

—Pero sabes que me gusta empezar desde primera hora y ya que me has hecho venir hasta aquí, en vez de ir donde yo quería… —Cogí la taza de café y me la llevé a los labios.

Habíamos quedado en el bar en el que de vez en cuando nos veíamos para hacer lo mismo, tomar un café rápido antes de disfrutar de surfear. Yo había llegado hacía media hora, ya era el segundo café que me tomaba a la espera de que apareciera. Como le había dejado caer, hubiera optado mejor por otra opción, pero él insistió en venir a la playa de *Venice Beach* y aquí habíamos acabado. A la próxima me tocaba elegir a mí porque nos íbamos turnando y rotando los lugares.

—¿Tienes prisa para pasarte después por alguna de las empresas de tu padre? —me preguntó después de que Peter, uno de los camareros, le trajera un café que habría pedido al pasar por la barra.

—En absoluto —respondí.

—Llevas una buena temporada apartado de todo. ¿No crees que sería conveniente dejarte caer por alguna? Más que nada porque como tu padre regrese del último viaje en el que está y le informen…

—Como si me importara o preocupara —apuré el café, con la vista fija hacia la playa.

La teníamos a unos metros de distancia, nos encontrábamos a unos pasos de ella.

—A mí no me engañas.

—¿Eso qué quiere decir? —Me centré en él, con un levantamiento de ceja.

—Que, sí te preocupa, aunque intentes hacer ver que pasas de todo. Lo que necesitas es hablar claro con tu padre.

—En otra vida. Deja ya el tema que no tengo ganas de que se me gire el día —le advertí.

—Es que no quiero que cuando coincidáis explotes, tío. Dile directamente que te quieres desvincular de todo lo relacionado con él, no es tan difícil, ¿no?

—Ni para eso quiero verlo —aclaré colocándome las gafas de sol.

—Hunter…

—Si has venido para hablar de esos temas será mejor que vayamos por libre. —Me levanté despacio de la silla —. Sabes de sobra lo que hay, así que, o lo olvidas desde ya, o me voy solo.

—Me callo. Déjame tomarme el café que es el primero que me echo al estómago. Ya he pagado, siéntate.

Lo hice de la misma forma en la que me había incorporado, sabiendo que el tema que había sacado estaba cerrado, al menos por el momento. Ni puñeteras ganas de que mi progenitor ocupara alguna de mis conversaciones. Era lo que había, llevaba mucho tiempo aislándome de todo como para ahora querer darle una solución rápida, según mi mejor amigo.

Diez minutos después caminábamos por el paseo cargados con las tablas de surf, haciendo bromas mientras nos dirigíamos a la mejor zona para surcar las olas. No como me gustaba, por lo que tendría que esperar a elegir yo destino para hacerlo en condiciones. Pero de igual manera lo iba a disfrutar, de eso no cabía duda.

Riendo, así iba, hasta que la risa se me cortó y mis pies se pararon. Con el gesto fruncido y la vista fija en una dirección, a través de las gafas de sol, me quedé por unos segundos fuera de juego. Lo que me había hecho darme cuenta fue la risa que escuché, no siendo la primera vez que lo hacía. Salió de la última persona que esperaba ver, y menos en el lugar en el que me encontraba.

Riley reía acompañada por un hombre, los dos caminaban claramente hacia la playa dejando ver el lugar hacia el que iban. Ese detalle sobraba, solo hacía falta distinguir que llevaban ropa de baño y teniendo en cuenta en la zona en la que nos encontrábamos. Glen, mi amigo, se asomó por encima de mi hombro, intrigado porque me hubiera parado y no le hubiera respondido a las preguntas que me había hecho, las que había escuchado perfectamente, pero estaba demasiado entretenido en analizar la escena que tenía frente a mí.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Nada. —Empecé a caminar cuando cruzaron el paseo y se adentraron en la arena.

—Claro hombre, por eso te has parado de golpe observando vete a saber qué. ¿Has visto a alguien interesante?

—No.

—Mmm… ¿Estás seguro? Esa rapidez al responder…

—No es un no, aquí y en cualquier parte.

—Siempre hay matices para todo y te repito, conmigo no cuelan ciertas actitudes. —Carraspeó—. ¿Quién?

—Ni puñetera idea a lo que te estás refiriendo. —Continué poniendo un pie en la arena, seguido por él.

—Vale, voy a darte todos los datos que son visibles y que no puedes negar. ¿Quién es la chica que va a unos cientos de metros por delante nuestro? Estamos haciendo el mismo camino que ella y no apartas la atención de la pareja.

—No son pareja. —Maldecí en voz alta cuando soltó una carcajada, por mi metedura de pata—. Solo voy a decir que la conozco, pero muy poco. Hasta ahí.

—¿Y por qué tienes interés en ir en su dirección? ¿Y cómo narices sabes que no son pareja? Supuestamente solo es un poco. No me has hablado de ella, ¿la conociste las otras noches que saliste? ¿Cayó en tus redes?

—No digas tonterías. —Me paré de golpe otra vez.

—Eh. —Levantó las manos—. Si hablaras claro no tendría que estar suponiendo, según tú, las tonterías.

—Se llama Riley, está viviendo temporalmente en la mansión de Bel-Air de mi padre. Es hija de unos amigos suyos y le hace el favor de que esté allí hasta que se abra camino laboralmente.

—Y a ti te importa, ¿por?

—¿Quién dice que lo haga? —Me bajé las gafas un poco, mirándolo por encima de ellas.

—¿Yo? —Rio.

—Cállate, no llames la atención.

—Joder, hoy es el día de las novedades. La persigues intrigado, ahora quieres pasar desapercibido… ¿Eres tú? Porque en la vida has actuado así. Quieres algo, vas a por ello.

—Es que no quiero una mierda.

—¿Y entonces por qué cojones vamos detrás de ellos?

—Tienes razón —dejé salir el aire lentamente, colocándome bien las gafas.

Aproveché la privacidad que me daban los cristales negros para mirar de reojo hacia Riley. Continuaba caminando por la arena junto a su acompañante. Ya no reían, simplemente iban uno al lado del otro, bastante más cerca de lo normal.

—Vamos por aquí. —Volví a caminar cambiando la dirección, cuando la vi sacar una toalla al llegar cerca de la orilla.

—¿Seguro?

—¿Y ahora a qué supone que viene eso?

—Es que nunca te había visto tan indeciso, me ha chocado.

—No lo estoy. Joder, estaba meditando en acercarme a saludarla o no.

—¿Tú tomándote esas molestias hacia una desconocida? Porque en sí lo es.

—Por qué no te callas un rato, Glen. Me estás tocando los cojones con tantas deducciones y preguntitas.

No obtuve respuesta, su reacción fue soltar una carcajada. Poco me importó ya, estábamos lo suficientemente lejos para que ni nos oyera, ni me identificara, así que, por mí Glen podía revolcarse en la arena si quería, siendo el centro de atención de los que nos rodeaban en ese instante. No había muchas personas, teniendo en cuenta que eran las diez de la mañana de un lunes…

¿Quién sería ese tío? Esa fue la pregunta que me hice varias veces. El tal Blas quedaba descartado porque le había visto la cara y dudaba de que algo hubiera cambiado entre ellos, por la determinación que vi en Riley y por cómo se dio la videollamada en la que intervine por mi cuenta y riesgo. De la mansión tampoco era, lógicamente, porque conocía a todos los que trabajaban en ella, aparte de que por la hora que era esa opción quedaba descartada desde el inicio, aunque no hubiera visto de cara al tío. ¿Entonces? Mierda, esa mujer hacia demasiado pronto amistades cercanas. Maldita sea que podía meterse en algún problema sin verlo venir, pensé cabreándome.

¿Y por qué cojones me estoy preguntando todo esto y preocupándome? Joder, otra gran pregunta que pasó fugaz por mi cabeza, la que me alteró más porque no quise pensar en la puñetera respuesta. Con lo tranquilo que me había levantado esa mañana, así llevaba varios días, desconectando de todo, solo haciendo mi vida.

Cuando llegué a la cita con Olivia, a la que decidí ir directamente después de alejarme de la mansión, me propuse olvidarme de todas las tonterías que pasaban por mi cabeza, sobre todo desde el momento piscina junto a Riley. Me negué a pensar ni un solo segundo en ella ni en las situaciones que había vivido. Conseguí centrarme en Olivia, frenando la mente y bien que lo hice dejándola en blanco por lo que sucedió nada más cerrar la puerta de su apartamento. Os podéis imaginar lo que tuvo lugar en el interior, cuando mi ropa desapareció de mi cuerpo en un visto y no visto. El suyo estaba al natural, al recibirme completamente desnuda.

Hasta ahí bien, me sentó de lujo volver a mi rutina. El problema vino cuando pasaron las horas y empecé a agobiarme en su compañía, sin sentido, porque no lo tuvo ni lo encontré, pero así fue. Ese agobio fue incrementándose hasta el punto de despedirme de Olivia seis horas más tarde, sorprendiéndola porque la intención era pasar al menos hasta el día siguiente juntos.

Pues no me apeteció, sinceramente, ni siquiera el sexo oral que me ofreció intentando hacerme cambiar de opinión. Mandaba cojones que me hubiera negado a eso, para darme con las dos manos abiertas, pero fue lo que pasó dejándola desconcertada por mi negativa, mientras la incorporaba porque ya estaba desabrochándome la cremallera del pantalón y se encontraba de rodillas frente a mí, relamiéndose los labios como anticipo visual.

Con un cabreo monumental conmigo mismo, me monté en el coche y empecé a circular sin rumbo, necesitando encontrar una lógica a lo que me había pasado. Tampoco me di mucha tregua porque en cuanto me venía a la cabeza algo que quería apartar, lo hacía rápido, negándome la posibilidad de llegar a una conclusión clara.

Como si necesitara buscarla o encontrarla… Sabía perfectamente lo que me había pasado y lo que me pasaba, otra cosa es que quisiera aceptarlo. Durante un par de horas estuve conduciendo, una hora me mantuve parado en un mirador dentro de la zona de Bel-Air, disfrutando en completo silencio de las vistas que ofrecía. Hasta que me cansé y decidí ir hacia mi casa. Pero claro, había varios caminos para salir del Bel-Air, algunos más cortos para no dar tantos rodeos y otros un poco más largos, los que recorrían la zona casi completamente.

¿Cuál elegí? Uno de los puñeteros caminos más largos, más concretamente el que pasaba por la mansión, en la que aminoré la velocidad e incluso paré durante unos segundos en medio de la carretera, teniendo plena libertad para hacerlo porque era el único que circulaba en ese instante. Por unos segundos mis ojos se quedaron fijos en la verja de la mansión y tuve que hacer un esfuerzo para meter una marcha y acelerar, largándome de allí pitando, tal y como había salido por la mañana de ese mismo día.

Fue la última ocasión que me tentó. Una vez entré en mi casa hice un reinicio y borré cualquier impulso para regresar. Los días fueron pasando y lo que suponía que tenía que servirme para relajarme y tomar otra vez el control de mis emociones, había tenido un efecto negativo porque había terminado agobiado por todas las vueltas que le di a la cabeza. Solo un par de días antes a mi encuentro con Glen había conseguido calmarme, lo que me había durado bien poco, a la vista estaba.

En esa calma influyó el paso que di. Por cómo me sentí, después de ver que no avanzaba y para colmo tenía que estar pendiente de los mensajes insistentes y llamadas de Olivia, en los que no estuve muy colaborador porque no

me apetecía hablar con ella y ponía excusas para no vernos al no saber qué me sucedía, decidí ponerle fin a lo poco que teníamos.

Necesité centrarme en mí y cuando le dije de quedar en una cafetería le expliqué que no estaba concentrado par darle lo que necesitaba y que lo lamentaba. Lo último que quería era que estuviera esperando algo que lo mismo no llegaba porque cuando me cruzaba, ya no había marcha atrás.

Por suerte no se lo tomó a malas al no haber tenido más de varios encuentros. Lo único que intentó fue convencerme diciéndome que no pasaba nada si quería desvincularme un poco de ella. Pero no, yo no era de esa forma de ser. No es que tuviera una relación con ella, ni mucho menos porque solo quedábamos para pasarlo bien pero si estaba liado con Olivia o con cualquier otra, me durara el tiempo que me durara, ya fueran días, o una semana porque no lo extendía más, respetaba a quién estaba conmigo. Hasta que no llegaba la conversación que tuve con Olivia, en la que corté el contacto, no volvía a tener plena libertad, otra vez.

Ese es el resumen de los días que habían pasado desde que me alejé de Riley en la piscina de la mansión, aparte de varias noches de fiesta en las que había intentado desfogarme de la tensión que llevaba acumulada. Unas fiesta que no se dieron como deseaba y esperaba. De un par de besos de una chica en el cuello no pasé, pidiéndole que no me agobiara y que fuera a lo suyo.

Que yo actuara de esa forma, que dijera esas palabras en un momento clave en el que habría supuesto ir a algún rincón para empezar una noche de lujuria, ya os digo que era para analizar, sumándolo a cómo reaccioné con Olivia.

Quería, pero algo me frenaba y me sentía tan desconcertado conmigo mismo que me daba una rabia increíble no poder actuar como era habitual en mí, dejándome llevar como solía hacer desde mucho tiempo atrás. Que no me motivara el sexo era un gran problema, pero era consciente de que no era lo que me sucedía porque sabía que la solución era fácil y directa, el único problema existente era quién fuera la implicada, no el hecho en sí. Hasta los cojones estaba por ello y me había negado y obligado a mí mismo a no volver a ver a Riley nunca más.

Mierda de coincidencia la que se había dado en la playa, sin que ella fuera conocedora, me repetí mientras clavaba la tabla en la arena y dejaba la vista ida hacia el mar.

—¿Estás bien? —Escuché la voz de Glen y giré la cabeza despacio hacia él.

—Sí.

—Vale —aceptó sabiendo que no era para nada cierto—. Te prometo que no voy a sacar más el tema.

—Espero que ninguno de los que has mencionado desde que estamos juntos.

—Tampoco te pases, no soy tan benévolo. —Frunció los labios, conteniéndose para no reír—. Sobre lo de la

chica tengo que adentrarme más. —Terminó soltando una carcajada después de que mi mano saliera volando hacia él, para su suerte se apartó rápido y no llegué a darle.

—No me calientes más.

—Ya lo estás de sobra, ¿no? —dijo sin poder parar de reír.

—Aquí te quedas —negué dándolo por imposible.

En cuanto estuve en el agua me lancé encima de la tabla. Nadé con las manos, alejándome y tomando distancia de la orilla. Caliente estaba, pensé, pero de una forma muy diferente a la gratificante.

chica tengo que adentrarme más. —Terminó soltando una carcajada después de que mi mano saliera volando hacia él, para su suerte se apartó rápido y no llegué a darle.

—No me calientes más.

—Ya lo estás de sobra, ¿no? —dijo sin poder parar de reír.

—Aquí te quedas —negué dándolo por imposible.

En cuanto estuve en el agua me lancé encima de la tabla. Nadé con las manos, alejándome y tomando distancia de la orilla. Caliente estaba, pensé, pero de una forma muy diferente a la gratificante.

Capítulo 18



Riley

—¿Qué tal? —Quise saber después de sacar la cabeza del agua.

—¿Me lo vas a preguntar con todo? —Rio— ¿Qué quieres que te responda? Es una playa, Riley. La arena es del mismo color y textura, el agua está más fría a la que suelo estar acostumbrado, pero fuera de eso… También e salada, hay olas, no se ve el final, cubre lo que me gusta.

—Jo, puedes colaborar, ¿no? —Le salpiqué agua a la cara antes de huir de él, entre risas. Así estuvimos un rato, disfrutando de lo bien que se estaba.

—¿Te acuerdas aquella vez que casi nos ahogamos? ¿El sobresalto que nos llevamos? Nada más llegar a una playa que nos pilló haciendo ruta, nos lanzamos al agua por el agobio que teníamos y desaparecimos de golpe por el gran desnivel que había al dar dos pasos. —Soltamos una carcajada.

—Como para que se me olvide, la que lio Paola. Casi se ahoga y se quedó sentada todo el día en la orilla, revolcándose en ella y negándose a meterse más. —Continuamos riendo un buen rato porque la experiencia no fu para menos, por las caras que se nos quedaron en el instante en el que sacamos las cabezas del agua, teniendo que ir al rescate de nuestra amiga que lloraba por su vida, mientras nosotros teníamos un ataque de risa.

En este momento también nos costó calmarnos al retroceder en los recuerdos.

—Me alegro de que Aura nos haya aconsejado venir —comentó con el cuerpo flotando a mi lado.

—Pues sí, y me encanta que la primera vez haya sido contigo —sonreí.

—Eso ha sonado un poco turbio, ¿eh? —Volvió a reír. Se ganó que lo hundiera con un movimiento rápido, lo que provocó que saliera del agua tosiendo por la bocanada de agua que tragó, mientras yo me alejaba a la carrera de él, directa hacia la orilla —¡Para! —grité sin poder parar de reír cuando llegó hasta mí y me cogió, dejándome colgada sobre su hombro.

Me extrañó que no dijera nada ni se moviera, pero sus siguientes palabras me indicaron que algo había sucedido y ni me había dado cuenta.

—Perdón, no te había visto —se disculpó Yago cambiando al inglés.

Mi cabeza colgaba por su espalda. No sabía con quién estaba hablando, pero al no soltarme le estaba dando una panorámica perfecta de mis piernas y, sobre todo, de mi trasero. Le di a Yago una palmada pequeña para que me bajara, pero no reaccionó. Debido a ello moví la cabeza hacia el lateral de su cuerpo, agarrándome con las manos de su cintura y miré hacia lo que estaba enfrente de él.

Lo vi todo del revés, lógicamente al tener la cabeza en la dirección del agua. Lo primero que distinguí fue una tabla de surf, lo siguiente al subir la vista a alguien sentado en ella, con las piernas a cada lado, y, por último, cuando continué avanzando despacio, contuve el aire al ver la cara del hombre que estaba parado cerca de nosotros, flotando con la tabla en el agua. Una cara que reconocí, nada amigable, todo había que decirlo, recordándome al Hunter que conocí al principio, vuelto del revés.

s

Sí, sorprendentemente estaba allí, observándonos y no tardó en hablar, respondiéndole a Yago con su don de gente especial.

,

—No estáis solos aquí. Esta zona es nuestra, estáis lejos de la de los bañistas. Fuera —dijo serio y cortante, sin mostrar nada en la expresión aparte de lo que he comentado.

Le di varias palmadas más fuertes en la espalda a Yago y pareció que se dio cuenta de que me tenía cogida, porque me bajó rápido.

—No creo que sea para tanto —comentó mi amigo, con cara de pocos amigos por el trato que había recibido—.
e Y no eres nadie para largarnos de aquí. Que yo sepa nada delimita la playa y debe ser muy normal que todo se mezcle porque no somos los únicos bañándonos aquí. Quizás el que está fuera de lugar eres tú con la tabla. —Se cruzó de brazos.

Yago era igual que yo, pero en hombre, tal cual. Mismo carácter, misma energía e idéntica actitud, ante todo. Dos clones que encajábamos perfectamente y nos complementábamos aún mejor. El cambio de Hunter ante su contestación fue evidente. Su cuerpo se puso en tensión y al no llevar ropa cubriéndole el cuerpo, todos sus músculos se marcaron mientras fijaba los ojos en mí, encontrándose con los míos de sorpresa.

—Déjalo, Yago —le pedí poniendo una mano sobre sus brazos cruzados.

—No son formas de hablar y estamos casi en la orilla. Es él el que tendría que estar alejado de esta parte o atento porque no está solo en el agua. ¿No se supone que está surfeando? —continuó sin darse cuenta de cómo me miraba Hunter, y no podía quitarle la razón a sus palabras porque tenían toda la lógica.

—Por algún lado tendré que salir —habló el aludido, mostrando una sonrisa irónica.

—Será que no tienes playa para hacerlo. —Levantó una ceja Yago.

—Fíjate, tampoco os había visto. Es lo que tiene estar en el lugar equivocado, con la persona incorrecta.

—¿Perdona? ¿Qué sabrás tú de…?

—Yago —le advertí porque no tenía sentido lo que estaba presenciando.

—No me digas que estás de acuerdo con él. —Se centró en mí, sorprendido.

—No, porque no tiene la razón, pero lo conozco.

—¿Lo conoces? —Agrandó los ojos.

—Sí, él es… —dejé la frase incompleta cuando volví a mirar hacia donde estaba Hunter, pero se había movido y apartado hacia un lateral, saliendo del agua.

—¿Quién mierda es el simpático? —susurró mi amigo, inclinado hacia mí mientras los dos los seguíamos con l vista.

—Hunter —solté un suspiro y lo miré de reojo, viendo su ceja levantada—. El hijo menor de Benjamín —aclar aún más, pero ni falta que hacía porque solo con mencionarlo, estando donde estábamos, sabía de sobra quién era.

—¿El que la primera vez que me hablaste de él me dijiste que es idiota, directamente? ¿El mismo con el que ha chocado algunas veces en la mansión y que te ayudó con Blas? ¿El que te tiene temblorosa todo el tiempo?

—Con lo último te has pasado. —Bufé.

—Como si no fuera cierto —sonrió de medio lado—. Interesante, ahora lo entiendo todo. —Se separó poniéndose recto.

—¿El qué?

—Ya te lo diré, estoy atando cabos. —Rio y arrugué la nariz, sin llegar a comprenderlo en ese instante porque todavía estaba asimilando el encontronazo que se había dado.

—Espera un momento —le pedí saliendo ligera del agua, todo lo que pude porque el agua me llegaba por la cintura.

—Tómate tu tiempo, yo me entretengo con cualquier cosa —dijo alzando la voz, divertido y volvió a reír cuando le pedí que se callara con un gesto que hice con las manos.

Al salir del agua caminé por la arena acercándome hasta donde Hunter estaba parado y había clavado la tabla. Él me daba la espalda mientras se expulsaba el agua del pelo.

—Hunter —dije para hacerme notar.

—Lárgate —habló con voz ronca y profunda.

—¿Por qué? Pensé que con lo que sucedió el último día que nos vimos en la piscina las cosas irían mejor entre los dos —comenté tranquila, reteniendo el impulso de igualar su comportamiento, o ponerme bastante peor que él —. ¿Me estás oyendo?

—¿Qué mierda no entiendes de largarte, Riley? —Contuve el aire cuando se giró de golpe, estirándose casi sobre mí con toda su altura.

—¿Y a ti qué narices te pasa? —susurré entre nerviosa y a punto de saltar también sobre él, y no de la mejor forma.

a

—El problema lo tienes tú, que no sabes escuchar, y tu nuevo amiguito —siseó—. Esta es una de mis playas, ahora lo sabes. Para la próxima vez os buscáis otra.

é

Curvé los labios, con una sonrisa muy irónica, la que supo identificar perfectamente porque daba por hecho que era un experto en ponerlas.

s

—¿Se paga para acceder a ella?

—Sabes de sobra que no. —Entrecerró los ojos.

—Pues eso mismo, es libre, como todo el que decide venir a ella. Tienes un problema si practicas este deporte y quieres privacidad, en ese caso eres tú el que sobras.

—No te lo crees ni tú. —Dio un paso pequeño hacia mí y aguanté el tipo, a pesar de que me temblaron las piernas por la cercanía en la que se quedó su pecho del mío.

—Compruébalo cuando quieras, soy capaz de venir cada día solo para demostrártelo.

—No me toques más los cojones, estoy intentando contenerme —siseó.

—Yo no he hecho nada para que estés así, casi ni he hablado. ¿O hay algo que te haya molestado

especialmente? Mi amigo…

—¿Qué puñetera manía tienes de hacer amigos en todos los lados? Le dices amigo… ¿Cuánto hace que lo conoces?

—¿Perdona? ¡De qué vas! Estás desvariando. —Fruncí el ceño, inclinándome hacia delante.

Si por un instante pensó que iba a intimidarme con su proximidad, su forma tan dura de hablar, su altura, su car agría y su comportamiento, es que con lo que había visto de mí todavía no le había quedado claro cómo era y cómo reaccionaba ante las amenazas. Y él, en ese instante, era en lo que se había convertido.

Nuestros ojos no se apartaron del otro en ningún momento, los suyos con una intensidad que me dejaron descolocada por unos segundos. Estábamos tan al límite de tocarnos que pude distinguir unas pequeñas motitas de diferente tonalidad que tenía en los iris, las que pasaban desapercibidas a simple vista al ser oscuros. El pelo mojado le goteaba, varios mechones se le habían separado y le caían hacia un lado sobre la frente, su mandíbula apretada me indicaba lo furioso que estaba y sí, también que se estaba conteniendo vete a saber por qué motivo.

Intenté descifrarlo, pero Hunter era de las pocas personas con las que conseguirlo era una tarea bien difícil. Sus reacciones y actitudes muchas veces se salían de control sin motivo aparente. Ni idea a qué se debía el comportamiento que estaba mostrando, pero por mi parte tenía claro que iba a ser la última vez que lo presenciara

—No quiero verte —siseó.

—Pues la playa es muy grande y larga, ya te puedes ir para no hacerlo —dije sin querer dar mi brazo a torcer, pero moviendo los pies hacia atrás sin dejar de observarlo, para ser la primera en desaparecer. No quería llevar más al límite la situación. Tenía una sensación muy desagradable recorriéndome, tanto que me encogió el estómago y sentí presión en el pecho—. Ah, y cuando lo hagas, vete directamente a la mierda.

Esas fueron mis últimas palabras, no las pude contener ni me dio la gana hacerlo. Le di la espalda satisfecha por la expresión que se le quedó, unido a lo rígido que se puso y empecé a caminar hacia la orilla al encuentro de Yago, el que continuaba en el agua, esperándome. Cuando entré y conforme me acerqué a él, distinguió perfectamente mi expresión. Se incorporó del agua porque estaba agachado para que le cubriera, observándome con el ceño fruncido.

Sin decirnos nada, porque no hacía falta entre nosotros, al llegar a su lado lo abracé y me cogió en brazos reconfortándome. Se adentró hacia una zona más profunda para alejarnos de varias personas que se encontraban muy próximas a nosotros, buscando privacidad. Mientras le rodeaba el cuello con los brazos y tenía la cabeza escondida en su cuello, la levanté un poco, disimuladamente, mirando hacia la arena.

Me pregunté qué mierda le había pasado a Hunter, el que en ese instante tenía la atención puesta en nosotros, directamente. Había desclavado la tabla y la sujetaba debajo de un brazo, e incluso desde la distancia, me hizo sentirme mal por la intensidad que todo él derrochaba.

Al poco tiempo, antes de que Yago dejara de caminar por el agua, Hunter nos dio la espalda y se fue. Su imagen fue haciéndose más pequeña conforme se alejaba por la arena. Un hombre llegó casi a la carrera a su lado, con otra tabla a cuestas, pero por lo poco que pude distinguir por la distancia, cuando le habló, Hunter lo ignoró y continuó para desaparecer cuanto antes.

¿Qué había cambiado? ¿Qué Hunter era el real? Me pregunté insistentemente porque no llegaba a comprender su actitud. La última vez que nos vimos podía calificarla de cordial e incluso de divertida por cómo actuó para ayudarme. Ni idea, me respondí a mí misma mientras desviaba la mirada y apoyaba la mejilla en el hombro de mi amigo, el que se paró al cubrirle el agua por el pecho.

Al poco tiempo, antes de que Yago dejara de caminar por el agua, Hunter nos dio la espalda y se fue. Su imagen fue haciéndose más pequeña conforme se alejaba por la arena. Un hombre llegó casi a la carrera a su lado, con otra tabla a cuestas, pero por lo poco que pude distinguir por la distancia, cuando le habló, Hunter lo ignoró y continuó para desaparecer cuanto antes.

¿Qué había cambiado? ¿Qué Hunter era el real? Me pregunté insistentemente porque no llegaba a comprender su actitud. La última vez que nos vimos podía calificarla de cordial e incluso de divertida por cómo actuó para ayudarme. Ni idea, me respondí a mí misma mientras desviaba la mirada y apoyaba la mejilla en el hombro de mi amigo, el que se paró al cubrirle el agua por el pecho.

Capítulo 19



Hunter

—¿Qué haces? Todavía es pronto para irnos. —Quiso saber Glen, extrañado, mientras yo no dejaba de andar hacia el paseo—. ¿Qué narices te pasa hoy? Tú no estás bien. —Bufó al ignorarlo.

—Déjame tranquilo, por si no te ha quedado claro todavía, te advierto de que no tengo el día —susurré cuando pisé el suelo de piedra del paseo.

—¿Por qué no me cuentas lo que te tiene así? He visto desde lejos cómo te acercabas a la zona que no te gusta. En esa parte de la playa las olas no son tan intensas e igualmente has ido hasta allí cuando a ti te va la adrenalina. Claro que distinguiendo con quien te has topado…

—¿Qué parte no entiendes de déjame tranquilo, Glen? —Me paré y hablé con un cabreo impresionante—. No quiero tomarla contigo ni hablarte mal. Será mejor que nos veamos otro día, me piro para casa.

—¡No lo dices en serio! Eh, que puedo soportar tus cambios de humor y ánimos. Que soy yo tío, ¿cuántas veces te enfrentas tú a los míos? Solo necesito que me digas qué te sucede, y no me vengas con que nada y que esa mujer no forma parte de ello porque a la vista ha quedado por tu comportamiento.

—Ahora mismo estoy sobrepasado. —Me pasé una mano por el pelo, sin poderme quitar la tensión de encima.

—Vamos a tomarnos algo y habla conmigo, por favor.

—No es por ti, soy yo y no me apetece.

—Joder, macho, eso ha sonado como si yo fuera una mujer y estuvieras dejándome —sonrió de medio lado consiguiendo su propósito, que soltara una carcajada al escucharlo—. Venga, vamos a los coches para lavarnos los pies y calzarnos, le quitamos la arena a las tablas y nos olvidamos de ellas hasta otro día. Si quieres nos largamos de aquí para ir a otro sitio.

—Vale, pero no te prometo que algo vaya a cambiar.

—Con eso me conformo —asintió satisfecho.

Caminamos por el paseo pasando por delante de la cafetería en la que nos habíamos tomado los cafés antes de i hacia la playa. A poca distancia de ella estaban los coches, en los que nos paramos a hacer todo lo que había comentado Glen. Cuando tuvimos los pies cubiertos y las tablas bien sujetas, cada uno se montó en el suyo. Yo fu el encargado de ir el primero, para ir hacia donde me apeteciera. En realidad, solo quería irme a casa como le había dicho, para estar solo, pero por él hice el esfuerzo porque era consciente de que se había quedado tocado po mis ánimos y actitud.

Circulé durante media hora, hasta que accedí al aparcamiento de un club del que éramos miembros. Cuando aparqué en una plaza, quité la llave del contacto y me bajé sin muchas ganas. Glen no tardó en llegar a mi lado y empezamos a movernos para subir una planta, hacia la principal. Al llegar a ella nos dirigimos a la zona descubierta en la que había una piscina, hamacas, varias barras. También era el principal acceso a las pistas para practicar varios deportes.

Ocupamos una mesa y le pedimos al camarero que se acercó las bebidas. Yo opté directamente por una cerveza a pesar de que solo había tomado dos cafés hacía tiempo. Glen se animó a imitarme, diciendo que, si la cogíamos gorda, qué menos que hacerlo los dos para no tener que soportar uno la carga. Cuando nos quedamos solos nos mantuvimos en silencio, observando el movimiento de las personas que había. Yo fijé la vista en la piscina, en la que varias disfrutaban del buen día que hacía.

—¿Hunter? —Giré la cabeza hacia Allison, la que había pronunciado mi nombre—. Vaya, menuda sorpresa, hacía mucho tiempo que no te dejabas ver por aquí.

s —Hola —la saludé cuando me incorporé, pero lo hice rápido y volví a sentarme, para que captara la indirecta d que no me tenía muchas ganas de entablar conversación—. Estoy bastante liado.

Mentira, uno de los motivos de mi ausencia era para no tener interrupciones constantes como la de Allison, por lo conocido que era en el club. Un tiempo atrás, ya quedaba lejos, mi presencia era habitual. Hasta que me cansé y me desvinculé bastante. Glen y ella también se saludaron, mi amigo era igual de conocido que yo en las instalaciones.

—Pues me alegro de verte, se te echaba de menos —asentí y al ver que no volví a decir nada…—. Bueno, os dejo tranquilos. Ha sido un placer que espero que se repita —nos sonrió, igual que obtuvo de nuestra parte.

s —Qué culo tiene —comentó Glen con los ojos puestos en él, cuando Allison se alejaba de nosotros.

Iba en bikini, uno muy sugerente que dejaba poco a la imaginación. Negué hacia mi amigo, divertido. El camarero apareció con las bebidas, las que dejó en la mesa frente a nosotros.

—Éntrale —dije llevándome el botellín a los labios.

—¿Te crees que no lo he hecho? Estas manos que ves —las levantó—, han estado bien llenas. —Rio por la cara que puse.

—¿Te has acostado con ella?

—Varias veces. —Me hizo un guiño.

—Joder, pues más a mi favor con lo que te he dicho, ¿no?

—Estando tú aquí difícil.

—¿A qué viene eso? —Levanté una ceja.

—Tío que, entre los dos, tú y yo, cuando estamos juntos soy el que se come las sobras. ¿No has visto cómo te ha mirado? Se le salían los ojos de la emoción y solo se ha dirigido a ti.

—Glen, con la planta que tienes acaparas la atención de todas, no digas tonterías. Añádele que vas con el pecho descubierto, yo todavía no me he quitado la camiseta. —Puse los ojos en blanco.

Así era, antes de sentarse se había desprendido de esa parte de la ropa por la zona en la que estábamos. Los bañadores los llevábamos puestos de surfear.

—Con más motivo lo digo. —Soltó una carcajada.

—Lo que tú digas. —Le di otro sorbo a la cerveza.

—Tíratela tú, lo mismo te arregla el día.

—Paso, bastante llevo ya. Parece una competición. —Lo miré de reojo.

—Joder, macho, estás empezando a preocuparme, ¿eh? —Me observó extrañado.

—Pues no entiendo el motivo. Si he venido hasta aquí ha sido por tu insistencia, porque queda apartado y más que a estas horas, por ser lunes, sabía que no habría casi nadie. Quiero estar contigo, tomarnos lo que hemos pedido y luego largarme a casa.

—Estoy incrédulo. —Volvió a reír.

—Glen, no me alteres otra vez —le advertí.

—Vale, acepto que no te apetezca saciarte y destensarte con Allison. No lo entiendo porque tiene un cuerpo de infarto y es una delicia, para estar con ella todo el puñetero día, pero si es lo que quieres… Pero dime qué te pasa para estar así.

—Hoy se me ha girado todo, parecía que al despertarme iba a ser un buen día…

—Llevas varios raros, las veces que hemos hablado por teléfono te lo he notado. La otra noche en la fiesta apartaste de ti a una chica que estaba enganchada a tu cuello, con un escote que solo le tapaba los pezones. No te lo pensaste en quitártela de encima. Súmalo a lo de Olivia y a lo que he presenciado en la playa y…

—Y nada —lo interrumpí dándole un buen trago a la cerveza, con la vista fija en Allisson, la que se había metido en el agua y miraba en nuestra dirección.

—Diste el cambio desde que fuiste a la mansión, ¿qué cojones pasó allí? Si es que no tendrías que haber ido por tu hermano —negó.

—Nada, y no voy a volver —dije seguro de ello, a lo último me refiero.

—Venga ya, tío. Sé de sobra lo que te produce ese lugar, lo que te altera. Pero no es comparable a cómo te veo, Hunter.

Fijé la vista en el botellín que tenía en la mano, pensativo. Me tomé unos minutos para centrarme y exteriorizar lo que quería escuchar Glen, pero desvió la conversación y en cierta forma lo agradecí.

—¿Nos damos un baño? Lo mismo no ha sido buena idea venir aquí. Allison empieza a rondarte —dijo con los labios fruncidos, conteniendo la diversión—. La tienes a la espalda, apoyada en la barra con una pose hacia ti muy significativa… Sabe que la he visto y espera a que te lo diga para que te gires.

—Pues va a quedarse sujetando la barra hasta que se canse —comenté tranquilo, provocando que Glen soltara una carcajada—. Vamos. —Me terminé la cerveza de un trago y me levanté.

Me quité la camiseta dejándola en la silla, al igual que el calzado en el suelo, y junto a él, fui hacia la piscina, a la que nos tiramos de cabeza. Durante diez minutos nos mantuvimos a remojo, refrescándonos y haciendo desaparecer la sal de nuestros cuerpos. Me sentó bien, al menos para quitarme parte del agobio con el que continuaba.

Ignoré todo lo que me rodeaba, sobre todo una mirada que estaba atenta a todo lo que hacíamos. Hasta que me cansé y le dije a Glen que ya había tenido bastante. Salimos de la piscina, nos secamos con toallas que estaban disponibles para los clientes y fuimos hacia la mesa para vestirnos y calzarnos, después de pagar las consumiciones.

—Si no quieres hablar con Allison ya puedes correr, viene detrás —susurró Glen y maldiciendo, aceleré el paso con ganas de desaparecer de todos los lados.

A mi amigo le dio un ataque de risa al ser partícipe de mi huida, a mí me tocó la moral que no pudiera ir a mi aire y que la gente me agobiara sin captar las indirectas. Bajamos al aparcamiento teniendo vía libre, por fin.

—¿Te apetece salir esta noche?

—No creo que me anime.

—¿Ni, aunque sea en plan tranquilo conmigo, para hablar? Al final no sé una mierda de lo que te sucede.

—Si tú estás sorprendido yo lo estoy más, te lo aseguro. —Me apoyé en la puerta del conductor de mi coche, me imitó en el suyo, al haber aparcado al lado. Nos quedamos de frente—. Tienes razón, todo cambió desde que estuve en la mansión. —Bajé la mirada hacia la rueda—. No sé qué cojones me pasa, me siento jodido y me agobio por todo. Por eso he roto el contacto con Olivia, bastante tengo con soportarme a mí estos días como para tener que poner buena cara y actuar bien hacia nadie más. Es como si hubiera perdido las ganas de todo, yo qué sé —Busqué su mirada.

—¿Qué día llegó esa chica a la mansión? ¿Riley has dicho?

—Así se llama y apareció alguno antes de que yo fuera. ¿Por qué te crees que Cole me pidió que me hiciera presente con él? —Me encogí de hombros, provocando que levantara una ceja.

—Ella es el motivo por el que te quedaste hasta el día siguiente…

—No, me quedé por la impertinente de mi cuñada. —Me crucé de brazos.

—Joder, tuviste el pack completo. ¿Estuvo también?

—Pues sí, y no se largó hasta poco antes que yo y Cole —le aclaré—. Hizo halago de sus mejores dotes.

—No fastidies. —Agrandó los ojos.

—De poco le sirvió —comenté serio al recordar todas las escenas que había montado.

—¿Qué quieres decir? ¿No se salió con la suya como siempre?

—En absoluto. La tomó con Riley desde el inicio porque consideró que le faltó el respeto desde el primer encuentro y ella debía ser superior. Pero ni falta hizo que Cole o yo interviniéramos para salvar la situación, Riley

la encaró y la superó sobradamente. Te puedes hacer una idea de cómo se puso la fantástica mujer de mi hermano echaba humo por todas partes —negué pensativo.

»Por eso alargué la estancia, no fue por capricho. Tanto Cole como yo, lo hicimos sabiendo que querría pasar por encima de ella y de cualquiera que se le pusiera en el camino. No lo íbamos a consentir. Puede que no vaya allí, y que lleve muchísimo tiempo sin estar con los que se encargaban de la mansión, pero les tengo cariño. Me h criado y crecido con la compañía de algunos; otros llegaron más tarde, pero igualmente son buenas personas y se merecen quién puede intervenir ante esa víbora de persona. No me salió de los cojones irme, así de simple.

—Y en el transcurso de ese corto espacio de tiempo, un día aproximadamente, esa chica, Riley, te trastocó hast el punto de dejarte como estás.

—No es eso. —Desvié la mirada hacia el lado derecho, sin observar ningún punto fijo.

—Sí que lo es, y tendrás un gran problema hasta que no lo aceptes. No has podido resistirte a hacerte presente para ella en la playa, tío. Si no te hubieras acercado, ella no habría sabido que estabas allí porque nos hemos puesto en otra zona. ¿Qué problema tienes para verlo?

»¿Y cómo has reaccionado porque estaba acompañada? Porque a mí no me engañas, esa actitud y comportamiento es porque te ha jodido verla con un tío, actuando muy cercana y cariñosa con él. ¿Pasó algo entre vosotros en la mansión? Imagino que os reunisteis para las horas clave.

—Tuvimos un mal comienzo tenso, reuniones silenciosas y…

—¿Sí?

—Que la cagué y la última vez que la vi me relajé.

—¿Eso qué quiere decir?

—Me llamó mirón porque lo fui, ya que me encontró observándola mientras dormía en el porche de una de las casas que rodean la mansión. Allí se está quedando.

—No jodas. —La diversión fue evidente en su tono de voz.

—Eso es insignificante. —Sacudí la cabeza.

—Si tú lo dices. —Carraspeó.

—Lo es. —Le dejé claro.

—¿Y entonces?

—El día que me iba la encontré tumbada en una hamaca junto a la piscina y volví a quedarme como un gilipollas mirándola. Esa vez nuestra interacción fue diferente. —A continuación, le expliqué lo que sucedió y cómo se dio.

—Hunter. —Se frotó la cara con las manos.

—¿Qué? —Me miró a través de varios dedos y soltando un pequeño suspiro las apartó.

—Que te estás negando algo que sabes perfectamente y tienes una batalla interna, por el simple hecho de ser una conocida de tu padre. Te ha afectado de una forma que ni tú te reconoces en los días que han pasado desde que saliste de allí.

—No voy a hacer nada.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Vas a continuar de esta forma? ¿Qué pasara si te la vuelves a encontrar? Por lo que has dicho no tienes ni idea de si su estancia puede alargarse, su salida de este país no será rápida. ¿Le partirás la cara al tío con el que esté si tú consideras que se excede? Porque es lo que sucederá como pierdas el control con ella de por medio.

—Indefinidamente. Se me irá esta tontería. La ignoraré, como si no la conociera. Y todo puede ser, depende de las ganas que tenga si llega a suceder esa situación que comentas. No voy a perder el control, sabes que me controlo siempre —respondí por orden.

—No te lo crees ni tú. Una mierda grande se te va a pasar. Sigue soñando porque no podrás apartar los ojos de ella como aparezca otra vez en tu campo de visión. Y de ganas hacia ese tío o cualquier otro irás sobrado por las que has acumulado hoy. No, no es normal que pierdas el puñetero control, pero tampoco lo es cómo te he visto hoy, tus reacciones, comportamientos y enfado, Hunter. —Hizo lo mismo que yo, yendo por orden.

»Ha sucedido algo que no esperabas, ni por asomo, pero así ha sido y hasta que no te enfrentes a ello y dejes aparte a tu padre en esto, no vas a conseguir avanzar. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? Ya te respondo yo, más del que recordamos. Y en todos los años que han pasado, jamás, escúchalo bien, jamás te he visto cómo estás ahora y durante las pocas horas que llevamos juntos.

—Solo es un calentón —susurré.

—Estás sembrado en negar las cosas. —Levantó una ceja—. Los dos sabemos que eso no es verdad. Un calentón sería lo que habrías tenido con Allison si hubieras querido, como con Olivia, como con la chica de la fiesta que se frotó contigo. Un encuentro al azar y si te he visto no me acuerdo.

»Pero esto, lo que me has contado, no se parece una mierda a un calentón y eres consciente de ello. Por eso estás así, tan irascible y susceptible, sin ganas de nada porque no te guantas ni tú. Piénsalo, medítalo bien y actúa en consecuencia por tu salud mental y física. Te dejo ya, no te agobio más.

Se separó del coche y se acercó a mí. Nos dimos un abrazo antes de que se montara en el suyo y me dejara solo. Así continué durante unos minutos en los que no me moví, con la vista fija hacia donde desapareció. Pensativo, la cabeza empezó a dolerme de tantas vueltas que le di a todo.

Se separó del coche y se acercó a mí. Nos dimos un abrazo antes de que se montara en el suyo y me dejara solo. Así continué durante unos minutos en los que no me moví, con la vista fija hacia donde desapareció. Pensativo, la cabeza empezó a dolerme de tantas vueltas que le di a todo.

Capítulo 20



Riley

—¿Más tranquila?

—Hace rato —contesté.

—Mentirosa —sonrió de medio lado.

—Si lo tienes tan claro no me preguntes. —Bufé.

—Si te pregunto es para que me hables de lo que piensas y cómo te sientes. Hace un buen rato que te has quedado callada y no he querido decirte nada porque te habías ido lejos de mí.

—Estoy bien.

—Es cuestionable, pero en el fondo sé que sí. Tocada, pero no hundida. A pesar de mi pregunta sé perfectamente cómo estás, pero quiero que lo exteriorices y lo saques hacia fuera.

—Aún me siento desconcertada, no sé… Ha sido raro —contesté pensativa—. No tengo ni idea de qué narices le ha pasado a Hunter, pero sinceramente paso de pararme a pensar en ello. Tampoco creo que vuelva a verlo, así que…

—¿Tú crees?

—¿Con lo simpático que ha sido hoy y de la forma en la que me ha hablado? Ya te digo que no, y lo agradezco porque una cosa más fuera de tono y ya no me controlaré. Por lo visto mi presencia le molesta. Tampoco me apetece hablar de él. —Hice una mueca.

Nos mantuvimos en silencio. Estábamos en el jardín de la mansión, sentados en uno de los sofás que quedaban cubierto por la pérgola central. Eran las siete de la tarde. Acabábamos de salir de la cocina donde nos habíamos reunido todos para cenar: Aura, William, Sophia, Stephan, Anthony, Camila, Roxana y Sebastian. De Alexander y

Mateo nos despedimos antes de empezar.

Había sido un momento muy divertido y agradable, como todos los que se habían dado hasta el momento. Más feliz y contenta no podía estar por la estupenda acogida que le habían dado a Yago, como hicieron conmigo desde el inicio. Vistos desde fuera, parecíamos un grupo que llevábamos conociéndonos entre nosotros mucho tiempo. Cuando terminamos de cenar, mi amigo y yo nos despedimos y decidimos dar un pequeño paseo por los exteriore de la mansión, rodeándola antes de dirigirnos a la casa y encerrarnos en ella. Después de varias vueltas optamos por pasar un rato donde nos encontrábamos, en la tranquilidad del jardín.

Para nosotros era muy temprano, a pesar de que yo ya estaba acostumbrada a los horarios y rutinas a las que estaban habituados allí, al igual que mi amigo se había ido adaptando, aun así, teníamos muy interiorizado todo lo de España. A las siete de la tarde para nosotros, o más concretamente las siete y cuarenta ya, todavía quedaba mucho día para cerrarlo como había sido el caso del resto que no veríamos hasta el día siguiente.

—¿Del uno al diez cómo te ha afectado? —continuó Yago.

—No me lo he planteado —susurré.

—Esfuérzate más, tú puedes. —Giré la cabeza hacia él, divertida.

—Yo diría que… —Hice una pausa pensándolo—. Un seis.

—Tira más alto. —Me dio una pequeña colleja.

—Oye —me quejé.

—Es que me estás toreando. —Levantó una ceja.

—Un ocho. —Hice una mueca.

—Mucho mejor —asintió—. Aunque yo apostaría por un doce.

—Claro que sí. —Puse los ojos en blanco—. Tampoco te pases.

—Riley, según cómo te he visto desde la coincidencia en la playa y cómo has estado durante el resto del día, está más que claro que el hijo pequeño de Benjamín, el que es idiota directamente, según tú, y no te quito la razón porque he tenido una pequeña pincelada de ello, y el que te descoloca de tal forma que no eres capaz de descifrarlo y analizarlo como te gustaría… Ha tocado alguna tecla interna dentro de ti.

a

—¿Ahora hablas en clave? —Bufé.

/

—¿Clave para ti? —Rio—. No se te escapa ni una, en ningún sentido, pero si es lo que quieres seré todo lo especifico que necesitas ahora mismo.

—Mejor déjalo. —Me levanté despacio del sofá, con la vista fija hacia la zona verde que quedaba delante de nosotros. Y a los lados, porque estábamos rodeados por ella.

—Sabes que me hace mucha gracia cuando empiezas con la negación y más me motivas para picarte —continu riendo mientras se incorporaba y se quedaba a mi lado.

—No es negación, simplemente no me apetece recordar lo que me altera porque me vuelvo a cabrear y todo lo que he conseguido en el transcurso de las horas se esfuma. —Hice una mueca.

—Alterada vas a estar igual. —Levantó una ceja—. Anda, vamos para la casa. —Me rodeó los hombros con un brazo y empezamos a movernos.

—Es que si no fuera quien es…

—No te cortes ante nadie y encara las situaciones como siempre.

—Es por Benjamín y Darío —dije en tono bajo.

—¿Estás segura?

El silencio que nos rodeó fue muy significativo. Llegamos hasta el *buggy* y nos montamos.

—No me gustan las sensaciones que tengo —susurré cuando arrancó—. Me cuesta lidiar con ellas y más me enfado conmigo misma.

—Porque no estás acostumbrada y te ha dado de frente con una situación nueva para ti.

—¿A qué te refieres?

—Al amor.

—¿Qué dices? —habló soltando un jadeo, provocando que soltara una carcajada.

—Puede que todavía no lo tengas definido ni sea un enamoramiento en toda regla, aunque yo lo tengo claro. —Me miró de reojo mientras avanzaba—. Pero el caos interno que tienes es porque sientes cosas que hasta hacía poco no se habían dado.

—No.

—Sí —me rebatió seguro de ello—. ¿En algún momento te has puesto así o te has acercado, aunque sea una mínima parte, referente a Blas?

—No lo menciones que me cabreo más —negué.

—Hacia Blas te cabreas, pero es un enfado claro y definido que te lleva a no querer saber nada más de él. Hacia Hunter te mosqueas, pero en términos muy diferentes porque los sentimientos que te provoca son totalmente opuestos al primero.

»Digo Blas como podría decir Alberto o Leo, que son los tres nombres más destacables con los que has tenido algo, sin mirar la duración o intensidad con cada uno de ellos. Hacia ninguno has estado así y ¿sabes por qué? Porque no te importaban, porque no te unían sentimientos fuertes hacia ellos como para que te desestabilizaran de alguna forma.

—Yago, por Dios. Si estoy así hacia Hunter es porque me toca las narices su compartimiento y actitud tan frívola y cortante. Sabes cómo me pongo cuando choco con alguien. La comparación que has hecho es incorrecta, primero porque con él no he tenido nada, segundo y definitivo, porque…

—¿Sí? —preguntó al quedarme callada, pensativa.

—No lo sé —admití girando la cabeza hacia él, la suya ya estaba vuelta hacia mí, mostrando una pequeña sonrisa en sus labios.

Centró la vista hacia delante y paró el motor cuando llegamos, sacando la llave del contacto.

—Sea como sea, da igual cómo haya sucedido, Hunter ha conseguido lo que ningún otro: hacerte sentir de una forma diferente y única. Riley, eres muy consciente de que estoy en lo cierto, no necesitas que yo te lo diga. Tú, mejor que nadie, eres capaz de sacar tus propias conclusiones, siempre, y no me cabe duda de que ya lo has hecho Otra cosa es que te niegues por lo que representa.

»Sí, llámalo enamoramiento, atracción, deseo, o como a ti te venga en gana, pero te ha llegado con fuerza y es lo que hay. Ten claro que por mucho que luches contra ello no conseguirás vencerlo y te frustrarás, porque siempre que alguien mencione el nombre de Hunter, captará directamente tu atención. Y si lo vuelves a ver, por mucho que ante él y ante cualquier te hagas la indiferente y actúes con frialdad y distanciamiento, por dentro estarás hirviendo. Nunca te has enamorado, todas las relaciones o mini relaciones que has tenido a lo largo de los años han sido pasajeras. La que más te duró fueron cuatro meses, con Alberto.

—Porque se fue a trabajar lejos —susurré.

—Eso es una excusa. Le tenías cariño, pero ¿enamorada? Ni hablar. ¿Te sentiste alguna vez así desde que te dijo, semanas antes de que se fuera, que lo iba a hacer definitivamente?

—No, ni un poco —me sonrió con cariño.

—Hoy te ha dolido el comportamiento de Hunter porque todo lo que he dicho hasta ahora está concentrado en él. Da igual lo que me digas queriéndotelo decir a ti misma… La realidad es la que es, y contra ella poco puedes hacer. Eres la primera en saber que si no aceptas las cosas no tienes armas para vencerlas, ¿cuántas veces repites esa frase a tus clientes?

»Eres una abogada increíble, caso que llega a ti consigues llevártelo a tu terreno y lo ganas. Si hace falta, mírate desde esa perspectiva y recuerda a la Riley fuerte y decidida que no se planta frente a la vida, ni delante de sus clientes, ni mucho menos en los juicios. No te echas para atrás en ningún instante, ante nada ni ante nadie. Llevas cabizbaja desde que ha pasado lo de la playa, estás más callada de lo normal, por cada cosa que te he propuesto te ha costado aceptar y si lo has hecho ha sido por mí.

»¿En serio un tío va a conseguir desestabilizarte y hacerte dudar? ¿Prefieres que no se ponga delante de ti para no confrontarlo? En absoluto. Mi amiga, la de España, estaría deseando tenerlo cara a cara para enfrentar lo que fuera. A la de Los Ángeles, en Bel-Air, parece que se le ha olvidado cómo es, actúa y lo que es capaz de hacer, y eso solo se debe a una cosa: has empezado a enamorarte y ni lo has visto venir. Y estoy hablando de un enamoramiento en condiciones, uno intenso que nada tiene que ver con un capricho. El problema es que cuando se siente con intensidad, a veces dejamos de ver con claridad.

—No puede ser…

—Será justo en el instante en el que lo aceptes, ahí podrás encontrar la tranquilidad y la paz que se ha visto alterada días anteriores, pero que hoy ha terminado por saltar por los aires. Vamos a la casa, que al final dormimos aquí. —Me hizo un guiño.

—¿No he sentido por alguien de España y lo he hecho aquí? —hablé cuando me puse a su lado, con una mueca después de bajarme del *buggy*.

—Eso parece —dijo divertido.

—Menuda mierda. —Bufé.

—Así es amiga, el amor es bien jodido si no se da en buenas condiciones. Ya te has dado cuenta, y más lo harás que lo que has creído sentir hasta hoy con los hombres que has estado, no tiene ni punto de comparación. Y cuando Hunter llegue a la misma conclusión, porque lo hará, le guste más o menos, pero terminará llegando, entonces sabrás lo que un polvo con la persona de la que te estás enamorando es capaz de provocar. De ahí puede salir cualquier cosa. —Soltó una carcajada por la colleja que le di—. Me da igual que se te suelte la mano, ya me lo dirás. —Me apretó a él y me dio un beso en la cabeza.

—Hablas desde la experiencia… Y eso del polvo no se va a dar. —Bufé.

—Yo con quien más estuve atontado fue con María, pero no puedo compararlo con un enamoramiento en toda regla.

—¿No? Pues se te caía la baba con ella.

—Porque estaba muy buena. —Soltó una carcajada por la cara que puse—. Mentiría si dijera otra cosa. Para mi mala suerte, no conseguí que fuera a más porque era una chica perfecta en muchos sentidos, y lo sigue siendo. Ya sabes que continuamos teniendo contacto y cuando coincidimos nos paramos a tomar un café para saber de la vida del otro.

»Contra los sentimientos no puedes luchar porque tienes la batalla perdida de ante mano. Ese es tu problema, que a ti no te gusta perder, ni dudar, ni sentirte indecisa y todo ello, te lo da la incertidumbre de no saber a lo que atenerte. Sentir abarca demasiado en la vida y en mi caso, con María, por mucho que dejamos pasar el tiempo, no nos sirvió de nada insistir en algo que no nace por sí mismo. Cuando llega arrasa con toda lógica, es así de sencillo y difícil a la vez. —Se encogió de hombros.

—¿Me estás haciendo una terapia? —Me apoyé en el respaldo del sofá, con los brazos cruzados, divertida.

—Al final cambio de profesión, ya verás tú. —Reímos.

—Gracias —dije con todo el amor y cariño que sentía por él.

—No digas tonterías. Te quiero, eres una parte de mí y solo quiero que estés bien. La Riley que he visto hoy y la que he detectado en algunos momentos desde que llegué, no es la misma que siempre he conocido. ¿Nos emborrachamos? La ocasión lo merece, ¿no? Total, o caemos a plomo donde nos pille o como mucho salimos desnudos en mitad de este bosque privado —sonrió pícaro.

—Me encanta cuando dices cosas con sentido común —dije seria, pero terminé soltando una carcajada, a la que se unió.

—¿No? Pues se te caía la baba con ella.

—Porque estaba muy buena. —Soltó una carcajada por la cara que puse—. Mentiría si dijera otra cosa. Para mi mala suerte, no conseguí que fuera a más porque era una chica perfecta en muchos sentidos, y lo sigue siendo. Ya sabes que continuamos teniendo contacto y cuando coincidimos nos paramos a tomar un café para saber de la vida del otro.

»Contra los sentimientos no puedes luchar porque tienes la batalla perdida de ante mano. Ese es tu problema, que a ti no te gusta perder, ni dudar, ni sentirte indecisa y todo ello, te lo da la incertidumbre de no saber a lo que atenerte. Sentir abarca demasiado en la vida y en mi caso, con María, por mucho que dejamos pasar el tiempo, no nos sirvió de nada insistir en algo que no nace por sí mismo. Cuando llega arrasa con toda lógica, es así de sencillo y difícil a la vez. —Se encogió de hombros.

—¿Me estás haciendo una terapia? —Me apoyé en el respaldo del sofá, con los brazos cruzados, divertida.

—Al final cambio de profesión, ya verás tú. —Reímos.

—Gracias —dije con todo el amor y cariño que sentía por él.

—No digas tonterías. Te quiero, eres una parte de mí y solo quiero que estés bien. La Riley que he visto hoy y la que he detectado en algunos momentos desde que llegué, no es la misma que siempre he conocido. ¿Nos emborrachamos? La ocasión lo merece, ¿no? Total, o caemos a plomo donde nos pille o como mucho salimos desnudos en mitad de este bosque privado —sonrió pícaro.

—Me encanta cuando dices cosas con sentido común —dije seria, pero terminé soltando una carcajada, a la que se unió.

Capítulo 21



—¿Yago? ¡O joder! —Me puse a dar saltos a la pata coja.

Me había dejado parte del dedo pequeño del pie en el marco de la puerta de mi habitación, ni idea cómo había intentado salir y no había calculado bien yendo descalza. No me extrañaba, la noche anterior habíamos bebido mucho disfrutando de la buena temperatura que hacía en el porche y del silencio que nos rodeaba. Ya habíamos puesto el punto de jaleo y diversión nosotros porque bebimos tanto, que no supe ni cómo había amanecido esa mañana tumbada en la cama.

Había mucha claridad, demasiada para la hora que solía despertarme cada día. No escuché repuesta de mi amigo, por lo que di por hecho que continuaba durmiendo o estaría en el baño. Me acerqué a la mesita de noche y encendí el móvil, sorprendiéndome cuando se activó. Eran casi las once de la mañana, me había perdido el desayuno, pero la verdad, ni ganas tenía porque todavía no tenía el estómago asentado.

Salí de la habitación sigilosa y fui hacia la de Yago, poniendo la oreja en la puerta para asegurarme de que dormía. Fuera de ella no había rastro de él, ni ruido.

—¿Yago? —repetí.

Al obtener más silencio abrí la puerta con cuidado y me llevé otra sorpresa cuando vi que la cama estaba vacía y hecha.

—¿Dónde está? —Hice una mueca.

Fui hacia la cocina para prepararme un café a ver si me activaba y tuve la respuesta al lado de la cafetera. Había una nota escrita por él que me hizo sonreír.

«Como sé que es al primer sitio que vendrás nada más levantarte, y más hoy, te aviso de que estoy con William Se ha pasado a primera hora porque se pensaba que estaríamos despiertos, sabe que somos de levantarnos temprano, normalmente, hoy no cuenta, jajaja… Me han despertado sus golpes en la puerta y después de decirle que hoy iba a ser un poco diferente, al menos el comienzo, me ha dicho que ya que estaba por la zona iba a aprovechar para hacer una inspección por los límites de la propiedad, para echar un vistazo. Le he pedido que me espere para acompañarlo. Me he vestido y cuando leas esto llevaré recorrido un buen trecho y a saber, por

dónde estoy con lo grande que es este sitio. Ve a tu ritmo, le he informado rápido de cómo terminamos esta madrugada, así que, hasta las doce y media no esperamos saber de ti para comer. Tienes tiempo de sobra para recomponerte. Nos vemos en la cocina de la mansión».

Dejé la nota a un lado y encendí la cafetera necesitando un café, antes de nada, incluso de la ducha que iba a darme para espabilarme porque tenía la cabeza embotada. Cuando lo hice me lo bebí rápido y me fui directa a dármela, para despejarme.

Salí sintiéndome mucho mejor. Me puse un vestido fresquito de tirantes finos y como no tenía intención de salir todavía, no me coloqué el sujetador para estar más cómoda. Tenía la casa limpia, ya que hacía poco que le había hecho una buena limpieza con ayuda de Yago. Todo estaba recogido y en su sitio, con lo cual me hice otro café con leche y me dirigí al porche, para tomármelo con mucha calma. No me apeteció nada más, a pesar de que sabía que el estómago me lo agradecería.

Cuando llevaba unos diez minutos, escuché el motor de un vehículo y me levanté de la silla, entrando en la casa para ver de quién se trataba. Lo mismo William traía a Yago después de la larga caminata que habrían dado. Aunque por la hora que era dudaba de que les hubiera dado tiempo a terminar recorriendo todo el límite del terreno.

Abrí la puerta de la entrada, pero la cerré de golpe, tal y como la abrí, o más bien lo hice mucho más rápido por la impresión que me llevé.

—Todavía estoy con los efectos del alcohol —susurré para mí.

Tan incrédula estaba y me quedé, que caminé hacia la ventana del salón y me asomé disimuladamente. Pues sí, no me había equivocado ni me había fallado la vista. El coche de Hunter acababa de pararse delante a la casa, de frente, por lo que lo vi perfectamente en el interior. Se quedó mirando hacia la puerta, ni idea si había diferenciado que la había abierto para después cerrarla a gran velocidad.

Llevó la vista al *buggy* y después por toda la fachada, hasta dejarla fija en la ventana en la que yo me mantenía de incógnito. Por unos segundos me hizo gracia recordar esa palabra, cuando la dije por primera vez a mis amigos refiriéndome a que eso precisamente venía a hacer aquí, aun sin saber a qué me iba a enfrentar. Con la diversión de Yago por ese motivo, y debía darle la razón porque muy desapercibida y de incognito, no es que hubiera pasado y estado. Era lo que había.

Dejé los pensamientos apartados para continuar anonadada por la presencia de Hunter, directamente con su coche. Habría entrado directo, sin pararse en la mansión. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué? ¿Qué intención tenía? ¿A qué había venido? El tema era, ¿quería más batalla o, por el contrario, vendría en son de paz para disculparse y entablar conversación? Me preparé para todo porque podía salir por cualquier lado. Esa vez no me iba a pillar desprevenida.

Desde lejos analicé su apariencia cuando se dejó ver al bajarse del coche. Llevaba unas bermudas informales y

una camiseta de manga corta que combinaban, encajando perfectamente en su cuerpo. El pelo lo tenía peinado de una forma que le hacía parecer juvenil, con los mechones desenfados caídos hacia los lados. Como era habitual y había destacado en él todas las veces que lo había visto, exceptuando la mañana de la playa, su cara no mostró ni indicó nada. Serio estaba, pero no sabía si pensando o por algún motivo concreto. Me aparté de la ventana, apoyando la espalda en la pared cuando empezó a andar hacia la casa.

—Mierda. —Bufé esperando que sonaran golpes en la puerta, lo que no tardó en suceder.

Por unos segundos pensé en si moverme o no porque si no escuchaba ruido terminaría yéndose. Más golpes, insistentes, me indicaron que no tenía intención de irse por el momento y me dije que mejor enfrentarlo aquí, en la casa en vez de la mansión al no haber ninguna presencia alrededor. Cogí una bocanada de aire grande y decidida fui hacia la puerta.

No tardé en tenerla abierta, con Hunter al otro lado. Se mostró con las manos en los bolsillos, era lo único que había variado en él, por lo demás se mantenía como lo había visto de expresión y apariencia.

—¿Qué haces aquí? —hablé tranquila, apoyándome en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Creé una barrera imaginaria entre los dos.

—¿Puedo pasar?

—Depende. —Ladeé un poco la cabeza, analizándolo.

—¿De qué? —Levantó una ceja.

—De lo que hayas venido a decir. No me preocupa que tengas la intención de echarme de aquí, el único que puede hacerlo es tu padre, Benjamín.

—No se trata de eso. No perdería el tiempo en intentarlo, como tampoco es cosa mía a quién meta mi padre en su casa. Es asunto suyo.

—¿Me estás atacando otra vez? —Fruncí el gesto.

—Estoy respondiente, que no es lo mismo.

—Vale. —Dejé salir el aire y me aparté para que entrara.

Lo seguí con la vista cuando pasó por mi lado, hasta pararse en el centro del salón.

—Hubo una época en la que viví aquí. No en esta casa en concreto, pero sí en una idéntica de las cuatro que hay. En la que queda más alejada y solitaria. —Recorrió la estancia con la vista.

—No lo sabía —dije apoyando la espalda en la puerta, después de cerrarla.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Riley. —Se giró para quedarse de cara a mí.

—Sí, tampoco es que des pie a que se te conozca —susurré.

—En la mayoría de las ocasiones no me interesa que lo hagan. —Se encogió de hombros.

—En un noventa y nueve por ciento, ¿no? —asintió— ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque me ha salido así al traerme recuerdos.

—¿A qué has venido Hunter?

—A disculparme.

—¿En serio? ¡Vaya! El gran hombre frío y distante ¿se ha tomado la molestia por la cagada que metió ayer?

—No me tientes…

—Solo digo la verdad, lo que dejas ver de ti.

—¿No puedes facilitar las cosas en ningún momento?

—Yo no las complico, simplemente me adapto a las situaciones y a lo que recibo. Aunque ayer estuviera más floja de lo normal.

—Te hubiera gustado lanzarte encima de mí, ¿eh? —sonrió de medio lado.

—No lo sabes bien. Pero como digo, me pillaste con la guardia baja porque pensé…

—¿Qué?

—No sé, di por hecho que la última vez que nos vimos, sin contar la playa, algo había cambiado entre nosotros. Te mostraste diferente, más cercano e incluso divertido por lo que hiciste con mi móvil en la piscina. Quizás di mucho por hecho. Me quedó claro que sí, que me excedí en suponer algo que no era real.

—Han cambiado demasiadas cosas.

Por unos segundos no fui capaz de responder ni reaccionar, me quedé embelesada mirando sus ojos, en la

intensidad que transmitían.

—Porque tú has querido —conseguí hablar en tono bajo.

—No me has entendido —negó varias veces, despacio.

Contuve la respiración porque como estábamos todo iba bien, pero se movió acercándose hacia mí, con una expresión…

—¿Qué haces? —susurré cuando no quedó ni un paso para dar entre los dos.

—Como te he dicho, pedirte disculpas.

—Eso ya lo has hecho y lo has dejado claro.

—Puede, pero no como quiero y venía pensando.

—¿Cuántas formas hay para darlas? —Levanté una ceja.

—¿Tengo que detallártelas? —Imitó mi gesto—. Tantas como uno se las ingenie.

—Pues sí, porque según tu pensamiento y costumbres no tengo ni idea.

Rígida, así me quedé cuando se inclinó hacia mí y alargó un brazo, apoyándolo en la madera de la puerta, al lado de mi cabeza.

—¿Quién era el tipo con el que estabas en la playa? —susurró.

Se me erizó el vello al notar su respiración al hablar.

—¿Cómo?

—¿Quién era y dónde lo has conocido? —insistió.

—Es, en presente. Ya te lo dije, un amigo o más que eso.

—¿Qué significa? —Apretó la mandíbula—. ¿Dejaste al de la videollamada por él?

—¿Eh? ¿Qué dices? —Intenté apartarlo poniendo las manos sobre su pecho.

Gran error porque el contacto directo, sobre la ropa, me puso más nerviosa de lo que estaba, que ya era mucho decir. Se empeoró cuando separó la mano de la puerta y con las dos, agarró las mías, bajándolas a los lados de mi cuerpo. No las soltó, lo que provocó que nuestros cuerpos quedaran rozándose.

—Ha sido una pregunta muy clara. Respóndeme.

—Eso será si quiero, ¿no? —Entrecerré los ojos porque me escamó la exigencia que noté en su tono de voz.

—¿Tienes opción?

—Ya te digo yo que sí. ¡Hunter! —Alcé la voz cuando pegó mi cuerpo a la puerta, con el suyo presionándome contra ella.

—Necesito que me digas si es importante para ti.

—¿Por qué? —hablé casi sin voz.

—Porque se me está yendo la cabeza y no estoy acostumbrado a perder el control, Riley. —Me quedé sin respiración cuando la punta de su lengua lamió el contorno de mis labios, mientras la intensidad de sus ojos me paralizaba, con los míos sin poder apartarlos de los suyos, abiertos al máximo—. Dímelo —susurró sobre ellos, sin apartarse.

—Ayer —empecé a decir rozándoselos y acariciándoselos yo, al hablar—, no me dejaste terminar con la explicación que iba a darte sobre Yago, para presentártelo. Así se llama el hombre con el que estaba ayer y continúo estando, porque se está quedando conmigo aquí.

—¿Te acuestas con él? ¿En qué sentido estás? —Su respiración varió, siendo más profunda e inestable.

No se dio cuenta, lo tuve claro, pero aumentó la presión que ejercía alrededor de mis muñecas al ponerse en tensión.

—Deja de hablar porque no dices más que tonterías —negué, susurrando.

—Pues sácame de las dudas de una vez por todas.

—Yago es mi amigo. A lo que he dicho de que es más que eso es porque lo considero mi familia, es una parte esencial de mí desde hace muchísimos años. —Recibió la información con el ceño fruncido—. Ha viajado desde España para verme y estar conmigo los días que tiene de vacaciones. Se puede decir que nuestra relación y unión se creó cuando cursábamos primero de bachillerato. A partir de entonces no nos hemos separado nunca.

—Mierda…

—¿Qué?

—¿Se me ha volado la puñetera cabeza solo por un amigo de verdad? ¿De toda la vida? Joder, la próxima vez cágate en mí, tírame al suelo, estírame del jodido pelo, haz lo que sea, pero termina de hablar dándome toda la explicación, aunque no quiera oírla.

—Sacas demasiado rápido deducciones de donde no las hay —susurré atacada de los nervios cuando al aflojar la fuerza con la que me agarraba las muñecas, al darse cuenta, llevó una de las manos detrás mi nuca.

—¿Qué?

—¿Se me ha volado la puñetera cabeza solo por un amigo de verdad? ¿De toda la vida? Joder, la próxima vez cágate en mí, tírame al suelo, estírame del jodido pelo, haz lo que sea, pero termina de hablar dándome toda la explicación, aunque no quiera oírla.

—Sacas demasiado rápido deducciones de donde no las hay —susurré atacada de los nervios cuando al aflojar la fuerza con la que me agarraba las muñecas, al darse cuenta, llevó una de las manos detrás mi nuca.

Capítulo 22



Hunter

Maldecí interiormente por lo que acababa de escuchar. Yo mismo me había creado un puñetero conflicto interno sin sentido. Mandaba cojones lo mal que me había sentido para nada. Con cada acercamiento que había dado hacia ella no había hecho por apartarme, a excepción de cuando había querido moverme por el pecho al sentirse intimidada. Pero con lo poco que conocía de su actitud y comportamiento, era todo lo que necesitaba para saber que, si lo hubiera querido de verdad, se habría desecho de mí en un parpadeo.

Sus ojos tenían un brillo diferente, sus labios estaban entreabiertos y mientras se los había lamido, sus suspiros habían sido una dulce melodía para mis oídos, de aceptación y de agrado de lo que le hacía. Un gran amigo me repetí incrédulo, pero liberado de una carga de la que hasta ese instante no fui realmente consciente de lo que me había pesado.

—Soy experto en sacarlas —dije provocando que soltara un pequeño jadeo cuando coloqué una pierna entre las suyas, encajándola.

—¿El qué?

—Las deducciones. —Curvé los labios de medio lado—. Como por ejemplo a la que he llegado, tomando una determinación ante tu comportamiento aquí, ahora.

—¿Qué quieres decir? —murmuró.

—No soy bueno hablando, prefiero los hechos.

Hasta ahí llegó la conversación y la poca cordura que me quedaba a esas alturas. Atraje su cabeza a la mía por la nuca y la besé. Abarqué su boca, desesperado, en un beso intenso que no solo le afectó a ella porque su cuerpo se aflojó y quedó laxo a merced del mío. Mi tensión por los nervios, las dudas, los miedos y la incertidumbre… Quedó sustituida por una muy diferente ante la reacción de mi cuerpo a todo lo que me provocaba.

De mi garganta salió un pequeño gruñido que quedó amortiguado entre sus labios, mientras nuestras lenguas se

buscaban en una primera batalla que no tenía fin. Satisfecho, lo que me dio una tranquilidad impresionante, vi cómo me correspondía y devolvía cada movimiento con la misma intensidad y necesidad.

Sin separar el contacto de nuestros labios resbalé las manos por su cuerpo, hacia abajo, acariciando su silueta hasta llegar a la parte que me interesaba. Arrugué la tela baja del vestido y se lo subí, haciendo contacto directo con su piel. Le rodeé las nalgas por encima de la ropa interior, llenándome las manos con esas partes redondas y perfectas de ella, las que amasé y apreté todo lo que pude hacia mí.

Me sentí superado por unos instantes sintiendo cómo varios escalofríos me recorrían. Mi miembro que estaba duro y erecto, aprisionado, me molestó debajo de la ropa pidiendo libertad y saciarse. Me clavé en su muslo, provocando que todo se incrementara entre nosotros, con más fuerza y ganas por sentirnos.

o Cuando me rodeó el cuello con los brazos, la impulsé para que colocara las piernas alrededor de mi cadera. Abierta por la posición en la que se quedó, mientras su espalda volvía a hacer contacto con la puerta, deslicé los dedos por la goma de la braga, internándome poco a poco hacia su sexo.

—Hunter —jadeó cortando la unión de nuestros labios ante el primer roce sobre su zona íntima, por la que los arrastré notando la humedad que desprendía.

—Estás tan jodidamente caliente —dije con voz ronca y profunda, a la vez que uno de mis dedos se perdía despacio en su interior.

Se removió inquieta, necesitando más, por el contrario, yo no tenía ninguna prisa. Me había costado, mucho, pero había llegado a lo que quería, consiguiéndolo, y no tenía intención de apresurarme en nada referente a ella, en absolutamente nada. Tanteé su entrada, jugando con esa zona, sintiendo su calor interno e impregnándome de sus fluidos que me hacían resbalar sin dificultad en cada uno de mis movimientos.

Cuando me quedé satisfecho al dejarla alterada, continué mi recorrido descubriéndola. Acaricié cada rincón y pliegue, hasta llegar al clítoris, en el que me centré provocando que gimiera echando todo el peso de su cuerpo en la puerta, en la que apoyó la cabeza cerrando los ojos con fuerza. Su postura facilitó que hubiera más separación entre los dos. Llegados a ese punto me sobraba su puñetera ropa interior, su vestido y todas las barreras que había entre nosotros, las que me impedían disfrutar con la necesidad que apretaba por salir de mí.

Uno de los tirantes de su vestido se deslizó hacia abajo, recordándome la imagen que vi de ella tumbada en la hamaca, cuando la encontré durmiendo. Sin contenerme me incliné para saborearla, lo que provocó que la mano a que tenía por dentro de su braga ejerciera más presión al quedarse aprisionada entre los dos, mientras mis dedos no aflojaban sobre su botón inflamado, incrementando la intensidad y el roce. Todo ello con mi lengua haciendo un camino descendiente por su cuello, hombro y clavícula, dejando también besos húmedos a mi paso, por esa pequeña parte de piel expuesta.

Hizo presión con sus piernas entorno a mi cadera, jadeando y buscando su propio alivio. Abrió los ojos cuando me separé lo justo para observarla. Su expresión era de excitación y placer total. Tenía los labios entreabiertos poı

los que respiraba desacompasada, sus mejillas estaban rosadas y sus ojos, nunca había visto unos parecidos a tan corta distancia, en color y detalles. Los tenía brillantes con las pupilas dilatadas. Un deleite para la vista y más lo fue el gemido que soltó cuando le rodeé el clítoris entre los dedos y lo froté sin perder el contacto visual con ella.

—Bájate el otro —le pedí afianzando la posición para cuando sus brazos me soltaran.

No tuve que aclarar a qué me refería, supo perfectamente que el significado de mis palabras iba dirigido al otro tirante que era el único que quedaba en su sitio y aguantaba el peso de la tela del vestido en esa zona. Soporté su peso mientras lo hacía, despacio, mordiéndose el labio inferior nerviosa al quedar sus pechos al aire.

Así fue como se mostraron ante mí en cuanto hizo resbalar el tirante, consiguiendo que la tela se deslizara hacia abajo, quedándose enrollada por debajo de ellos. Otro gruñido, un poco más fuerte, salió de mi garganta al tener un primer plano impresionante de la redondez de ellos y de sus pezones erectos.

Hice fuerza contra la puerta impulsando la cadera para tener una mano libre, la que fue directamente hacia una de las puntas duras. Después de acariciarla y frotarla, sin poder apartar la vista, masajeé el pecho por completo, todo lo que abarcaba. Me acerqué a la puerta, lo que provocó que Riley se elevara ayudada por la posición y la fuerza del brazo con el que la sujetaba, dejándola en la postura perfecta para mi boca.

No tardé en acercar la lengua y los labios para saborearla, llenándome la boca de la delicia que fue la suavidad de su piel, la textura del pezón, su olor… Si le sumaba sus manos agarrándome del pelo y su respiración acelerada… Igual que atendí a uno me dirigí al otro, tomándome mi tiempo en cada uno de ellos mientras que mi mano continuaba amasándolos. El último contacto con la lengua lo hice con la mirada puesta en la suya.

Al separarme lo hice de la puerta también, llevándola conmigo. La agarré con fuerza de las nalgas, apretándola a mí y caminé hacia una de las habitaciones, más concretamente a la que me indicó que era la suya. Abrí de golpe con nuestros labios unidos y su cuerpo rozándose con el mío.

No podía esperar ni un puñetero segundo más, me sentía sobrepasado y todo era demasiado poco para la necesidad que me apretaba. Cuando llegué al lateral de la cama aflojé la fuerza, lo mismo que hizo ella con la de las piernas, para resbalar hasta quedarse de pie frente a mí.

Le retiré el pelo de los hombros y de la cara admirando su expresión y como no, su imagen, dando un paso hacia atrás. El vestido al no tener sujeción había caído al suelo, del que se libró sacando los pies. Una minúscula braga era el único obstáculo que faltaba para tenerla completamente desnuda, pero esa pequeña prenda de ropa no impedía que pudiera distinguir lo que se ocultaba debajo. Era con transparencias, dando visibilidad sin tener que utilizar la imaginación.

Me saqué el calzado con los pies, lo mismo que hice con la camiseta por la cabeza con un movimiento rápido, dejando a la vista la parte superior. Lo que no tardé en hacer con la inferior, desabrochándome el botón de la bermuda y deslizando la cremallera, bajo su atenta mirada, la que no dejaba de recorrerme el cuerpo. Ese detalle me hizo ir un poco más lento para alargar el momento, pero no mucho porque primaban otras cosas. Antes de que

cayera el suelo cogí de un bolsillo lo que necesitaba.

Enseguida me quedé desnudo frente a sus ojos, con el bóxer en una mano. Noté alivio instantáneo al sentirme liberado. En la jodida vida había tenido las sensaciones que me recorrían, las que habían provocado que mi erección estuviera a punto de colapsar. Claro que en cada una de las relaciones sexuales que había mantenido a lo largo de mi vida siempre había estado dispuesto, erecto, duro y preparado para saciarme, pero no podía igualar la intensidad del momento que estaba viviendo, en ninguna de ellas.

Dejé caer el bóxer junto al resto de la ropa, mientras Riley no apartaba la atención de mí, como memorizando todos los detalles que tenía delante. Su expresión era de satisfacción y deleite. Provoqué que sus ojos se enfocaran en la parte que me interesaba, al llevar una mano a mi miembro. Me lo rodeé haciendo presión, una fuerza con la que sentí entre alivio y más desesperación, endureciendo las facciones. Con la mandíbula apretada me acaricié el glande arrastrando las gotas de semen que se habían liberado, para balancear después la mano por todo el largo de la erección, sintiendo la anticipación apoderarse de mí, con todas mis terminaciones nerviosas al límite.

Mientras rasgaba el envoltorio del preservativo me acerqué a ella, dejando muy poca separación entre los dos. Con los ojos fijos en los del otro, se sentó en la cama despacio y me quitó el preservativo de la mano. Más en tensión me puse cuando me rodeó el miembro, acariciándolo. Su contacto, su mirada excitada, y… contuve el aire cuando se inclinó y pasó la lengua por la punta. Por unos instantes cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, interiorizando el gusto y el placer que me provocó que empezara a jugar lamiendo esa zona.

De mi garganta salió un gruñido cuando sentí el calor que me envolvió. Abrí los ojos de golpe, dirigiendo la mirada hacia mi erección, la que desaparecía entre sus labios con un balanceo lento, mientras su lengua acariciaba y resbalaba por todo el largo, hasta pararse en el glande. Le agarré el pelo con las manos, recogiéndoselo, para no tener ningún obstáculo que me impidiera ver con claridad ese instante, memorizándolo y reteniéndolo.

Cuando buscó mis ojos con los suyos moví mi cadera a su encuentro, sin poderme contener. Ayudado por la mano que había dejado sujetándole el pelo, la atraje hacia mí con cada uno de los adelantamientos que hacía mi pelvis. ¿Por qué mierda todo era especial con ella, tan diferente? Esa pregunta pasó fugaz por mi cabeza y se repitió insistentemente, hasta que dejé la mente en blanco por el gustazo que me recorrió de los pies a la cabeza, mientras me acogía profundamente, haciéndome perder la cordura que estaba intentando mantener desde el inicio.

Con una mano le tiré del pelo hacia atrás, suavemente, consiguiendo que me miembro saliera y saltara de su boca. Se relamió los labios después de hacer una última pasada por la punta. No pude apartar los ojos de ese gesto viéndolo como a cámara lenta. Todo el conjunto provocó que mi excitación diera varias sacudidas.

Me incliné hacia delante buscando sus labios, besándola desesperado y con necesidad. Por el ímpetu con el que fui a su encuentro la acompañé hasta que se quedó con la espalda apoyada en la cama, con mi boca apoderándose de la suya. Nuestras manos rozaron y palparon toda la piel del otro a la que llegamos.

Cuando nuestros labios se separaron me deslicé hacia abajo, acariciando y lamiendo toda la piel expuesta que quedaba a mi paso, parándome a succionar los pezones, acercándomelos a la boca con las manos. Con un último

tirón en cada uno de ellos la dejé temblorosa y continué mi descenso hasta posar los labios encima de la braga. Le di varios besos húmedos sobre la tela, pero no duró mucho tiempo más obstaculizando mi camino porque se las bajé con un movimiento rápido, ayudado por ella al facilitármelo cuando separó el trasero de la cama.

De pie junto a sus piernas, las que continuaban colgando por el lateral de la cama, me deshice de esa pequeña prenda de ropa colocándola junto al resto. La devoré con la vista, enfocado en su zona íntima que acaparó toda mi atención al descubrirla directamente por primera vez.

—Súbelas y apoya los pies en la cama —le pedí con voz ronca y profunda debido a la excitación.

tirón en cada uno de ellos la dejé temblorosa y continué mi descenso hasta posar los labios encima de la braga. Le di varios besos húmedos sobre la tela, pero no duró mucho tiempo más obstaculizando mi camino porque se las bajé con un movimiento rápido, ayudado por ella al facilitármelo cuando separó el trasero de la cama.

De pie junto a sus piernas, las que continuaban colgando por el lateral de la cama, me deshice de esa pequeña prenda de ropa colocándola junto al resto. La devoré con la vista, enfocado en su zona íntima que acaparó toda mi atención al descubrirla directamente por primera vez.

—Súbelas y apoya los pies en la cama —le pedí con voz ronca y profunda debido a la excitación.

Capítulo 23



Riley

No tenía ni idea de cómo era posible la situación que estábamos viviendo, después de cómo interactuamos la última vez que nos vimos y de lo mal que se dio todo entre nosotros… Es solo un pequeño apunte porque tampoc es que estuviera parándome a pensar mucho en ello. Desde el inicio había identificado un cambio en él, uno muy significativo. Y más cuando su expresión corporal hablaba a gritos.

A pesar de que me parecía mentira lo que estaba sucediendo y con la facilidad que habíamos dado un paso haci delante, no iba a ser yo la que se quejara ni dijera nada al respecto porque lo deseaba. Sentía un deseo difícil de explicar y llegados a ese punto, lo único que quería y buscaba era disfrutarlo al máximo, junto a él.

Hice lo que me pidió. Elevé las piernas apoyando los pies en la cama y sabiendo el motivo que lo había impulsado a pedírmelo, las abrí quedándome abierta y expuesta perfectamente ante él. Le di una visión inmejorable de mi sexo que más húmedo no podía estar por lo excitada que me había puesto desde su primer contacto.

Su garganta emitió un sonido, mientras se rodeaba el miembro con una mano sin apartar los ojos de mi zona íntima. Si Hunter ya era un deleite para la vista vestido y en la calle, no sabía cómo calificarlo desnudo y en la intimidad, excitado, tocándose y derrochando erotismo por cada poro de su piel. La imagen perfecta de un hombr que destacaba allá donde estuviera y ver cómo se daba placer en ese instante y lo que yo le provocaba…

Se dedicó por unos instantes a acariciarse con movimientos fuertes, pero calculados sin tomar velocidad, mientras más gotas de su esencia se escapaban. Recosté la cabeza en la cama y lo alteré más cuando llevé una mano a mi sexo y con varios dedos me abrí los labios, separándolos y mostrándome por completo.

—Sí —susurró con los labios entreabiertos—, tócate para mí.

Era lo siguiente que iba a hacer, por lo que, sin mover la sujeción de esos dedos, varios de los de la otra mano s deslizaron por toda la zona. No tardaron en humedecerse mientras me acariciaba soltando varios jadeos, arrastrando mi propia humedad. Me notaba al límite, desesperada y con mucha necesidad. En el último toque del clítoris resbaladizo por los fluidos no pude contenerme y lo froté con la fuerza y velocidad que me pedía el cuerpo. No apartó los ojos de cada movimiento que hice, incrementando los suyos a la par que los míos.

—Ya —dijo cortando el momento.

Me quedé con la miel en los labios, quejándome cuando apartó mi mano, pero cuando se puso de rodillas entre mis piernas y se inclinó hacia mí, gemí ante el contacto de sus labios y lengua sobre mi botón inflamado y sensible. Se tomó su tiempo en lamer y succionar cada rincón, provocando que me removiera inquieta y sin aliento encima de la colcha, sin poder mover las piernas que me sujetaba con las manos para que nada bloqueara lo que me estaba haciendo.

—Hunter… —Jadeé fuerte al sentir la punta de su lengua colarse en mi interior.

Eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza cuando la sustituyó por un dedo y empezó a moverlo. Su boca se desplazó hacia el clítoris y ya no lo pude resistir más. Después de unos minutos con su cabeza entre mis piernas y con la velocidad que tomó, me corrí en sus labios sin poder alargarlo más, ni contenerme.

Gemí agarrándolo del pelo y ante mi petición no dicha, continuó acariciándome y alargando los estragos del orgasmo, hasta que empezaron a disminuir quedándome saciada del todo. Relajada y por unos segundos sin energías para continuar, se separó de mí levantando la cabeza. Los ojos se me fueron a su boca brillante de mí. Me incorporé un poco llevando una mano a ellos, mientras con la otra aguantaba mi peso en la posición que me quedé.

Deslicé los dedos arrastrando la humedad, la que me hizo probar cuando terminó por acercarme a él agarrándome de la nuca, uniendo nuestros labios en un beso intenso, estremecedor y demoledor. Cuando cortamos nuestro contacto para poder respirar, me puse recta empujándolo conmigo hasta dejarlo de pie entre mis piernas.

Cogí el preservativo que había soltado encima de la cama, al dejarlo apartado hasta que llegara el momento de utilizarlo. Le acaricié el glande, antes de nada, restregando más fluidos de él por todo el largo de la erección. Sus ojos desprendieron más fuego e intensidad. Deleitándome en ello, le coloqué la protección sintiendo su contención al ponerse en tensión.

Cuando terminé le acaricié los muslos mirándolo desde mi posición y no perdí la oportunidad de rodearle las nalgas duras y prietas que enmarcaban la parte trasera a la perfección. No pude disfrutar mucho de hacerlo porque me hizo caer otra vez hacia atrás, hasta tocar la cama con la espalda. Esa vez fue él el que me subió las piernas poniéndolas en la posición que quería, quedándose encajado entre ellas.

Jadeé cuando frotó el glande protegido sobre mi clítoris, resbalando por él humedeciéndose. Con las manos que tenía sujetándome de las rodillas por la parte interna, me arrastró hacia él elevando un poco mi cadera, lo justo para tenerme como deseaba. Tragué saliva sobrepasada cuando se posicionó en mi entrada y gemí con la misma fuerza que él entró, llenándome por completo.

—Es una jodida pasada, Riley —siseó rígido manteniéndose en mi interior sin moverse, con todos los músculos marcados.

—No te pares —susurré empujando la pelvis hacia la suya, sintiéndolo aún más.

—No tengo prisa, voy a alargarlo todo lo que quiera y necesite.

Otro gemido salió de mis labios cuando empezó el baile entre nuestros cuerpos. Gemidos que se alargaron al igual que lo hizo el acto porque llevó a cabo sus palabras. Perdí la noción del tiempo con su miembro entrando y saliendo, duro y fuerte, haciéndome enloquecer. Una de sus manos no se separó de una de mis piernas, pero la otra pasó a una mejor zona, cubriéndome el clítoris. Lo masajeó igualando la intensidad con la que se perdía en mi interior. Otro orgasmo me recorrió electrizándome entera, pero no conforme con ello, no me dio tiempo a recomponerme.

Salió por unos segundos de mí y me giró, dejándome con las manos y las rodillas apoyadas en la cama. Jadeé cuando me separó las piernas haciéndose hueco, al igual que hizo con mis nalgas, masajeándolas. Antes de que posicionara la cabeza de su miembro, recorrió todo mi sexo con los dedos.

—Eres una locura, Riley. Si supieras lo cachondo que me tienes al ver hasta qué punto lo estás tú. Estás chorreando, tengo que controlar los malditos movimientos para no perder el control al salir, por lo fácil que me deslizo —gruñó—. Encajo perfectamente aquí —jadeé. Introdujo varios dedos en mi orificio—. Si fueras consciente del gustazo que siento cuando me aprisionas y el calor que desprendes… Es el puñetero paraíso —gemí cuando hizo el cambio por su miembro, entrando con tanta fuerza que tuve que agarrarme a la colcha para mantener el contacto y no desplazarme.

—Hunter… —Fui a su encuentro hacia atrás, desesperada y a punto de perder las fuerzas al apresarme el clítoris entre los dedos. Lo frotó sin descanso —Ahhh…

—Estaría follándote todo el jodido día —gruñó alcanzando una velocidad, de todo, que me dejó desmadejada y sin respiración—. Una pena que me falten manos, solo de ver tus pechos balancearse incontrolados…

Jadeé por varios motivos: por sus palabras, por lo que me hacía teniéndome a su completa merced y porque en ese instante, en el menos oportuno, la voz de Yago se escuchó alta y clara.

—¿Riley? —dijo y contuve la respiración, girando la cabeza para ver por encima de un hombro a Hunter.

No paró, ni intención tuvo. Ni idea cuales eran sus planes, pero los míos no eran que mi mejor amigo me pillara en esa postura encima de la cama, desnuda, sudorosa, cachonda, excitada y con Hunter sin parar de entrar y salir dentro de mí. Me eché con fuerza hacia atrás, profundizando los últimos movimientos que hizo y ante mi petición silenciosa, pensando en que todo se terminaba ahí, se separó de golpe.

Maldecí interiormente al perder su contacto, pensando que hasta ahí habíamos llegado. Yo me había saciado varias veces, aunque debo decir que necesitaba hacerlo otra vez… Pero Hunter ni siquiera había podido una vez.

Mis pensamientos se difuminaron cuando tuve que contener un jadeo por la impresión que me llevé, al verme entre sus brazos.

Al apartarse me giró levantándome de la cama. Me impulsó de las nalgas para que le rodeara la cadera con las piernas y lo hice, amortiguando sobre su hombro el sonido que emitió mi garganta, al llenarme otra vez en esa postura. Después de esconder nuestra ropa debajo de la cama con varias patadas, empezó a caminar hacia el baño para mantenernos ocultos, provocando que con los movimientos nuestra unión fuera muy profunda. Otro error de apensamiento, el de ocultarnos me refiero, porque en cuanto me encontré con sus ojos después de que cerrara la puerta del baño con un pie, me quedó claro que no tenía ninguna intención de frenar.

—Hunter… —Jadeé cuando apoyó mi espalda en la pared.

—Me da igual quién haya —siseó impulsándose hacia arriba con fuerza, después de deslizarse saliendo de mí.

Me mordí el labio inferior por el placer que me produjo y con más fuerza lo hice cuando continuó con el baile que por unos instantes había postergado. Aferrada a él con fuerza y haciendo presión en la pared, apoyó una manc junto a mi cabeza y no paró. Ni siquiera cuando la voz de Yago se escuchó demasiado cerca, tanto que temí que oyera el choque de nuestros sexos porque dejaban clara evidencia por la energía con la que Hunter se clavaba en mí.

—¿Riley?

—Quizás ya ha ido hacia la mansión con el señor Hunter.

s

—¿Dejando los vehículos aquí? —Se extrañó mi amigo.

—Quizás hayan decidido dar un paseo.

Cerré los ojos al oír a William. Mierda, seguían juntos y a pocos metros de lo que estábamos haciendo nosotros en el baño.

—Hunter… —susurré.

—Diles que vas a ducharte y que te reunirás con ellos más tarde —siseó sin parar.

—Han visto tu coche —gemí despacio, hablando todo lo bajo que pude.

—¿Tiene que importarme? Si estoy aquí dentro, si nos he ocultado es por ti. A mí me da exactamente igual que me vean en pleno acto, Riley. Ni mucho menos me importa que se imaginen que estoy contigo. No tengo que darle explicaciones a nadie y no pienso parar hasta terminar —dijo con voz ronca y profunda—. Date prisa porqu no voy a ser tan suave como lo he sido desde que he cerrado la puerta, antes de que escuchen tus gemidos fuertes

y gritos, avísalos o haz que se larguen.

—Mierda... —Cerré los ojos con fuerza cuando empezó a frotarme el clítoris entre nuestros cuerpos.

—¿Hablo yo? —preguntó con la respiración entrecortada.

—Para un momento —le pedí porque no me veía con fuerzas para desconectar de lo que me hacía.

—No, ni en sueños —gruñó y le tapé la boca con una mano.

—Yago. —Hice todo lo posible por sonar normal. No sé si lo conseguí porque volvía a notar un orgasmo inminente a punto de explotar.

—¿Riley?

—Estoy en el baño, con un pie dentro de la ducha. Después iré hacia la mansión.

—Ah, vale, tranquila. ¿Y Hunter? William está conmigo y me ha dicho que su coche… —Silencio, uno muy significativo por parte de mi amigo que hasta ese instante no encajó todas las piezas—. Nada, tú a lo tuyo, tómate el tiempo que necesites. Nos vemos a la hora de la comida en la mansión. —Su tono de voz me lo dijo todo. Sabía lo que estaba sucediendo.

—Sí. —Fue todo lo que pude responder cuando Hunter caminó hacia el lavamanos, encajado completamente en mí.

—Vamos William, continuemos con la parte que queda más cerca de aquí. Es la última. —Esas fueron las últimas palabras que escuché de Yago.

Con toda la intención dejé caer mi peso hacia abajo, al encuentro de Hunter, mientras nuestros labios se buscaban desesperados. El sonido de la puerta principal, más fuerte de lo normal porque Yago lo hizo como aviso de que volvíamos a estar los dos solos, me hizo quedarme tranquila, teniendo plena libertad. Por eso gemí con fuerza. ¿El motivo? Hunter me bajó al suelo y me dio la vuelta. Se quedó a mi espalda, con su pecho rozándome, frente a nuestra imagen en el espejo. Me inclinó sobre el lavamanos y me ayudó hasta que mis pechos quedaron sobre él, guiando y apoyándome las manos a los lados, para llenarme otra vez con dureza.

Al separarme las piernas con las suyas y sin que mis pies tocaran el suelo porque me quedé suspendida sobre el mueble, me volvió loca cuando perdí su contacto y me separó las nalgas. Lamió mi sexo desde detrás y no una vez. Sin poderme agarrar a nada, lo único que encontré fue el grifo, el que tenía que servir.

—Por favor… —gemí desesperada y pareció surtir efecto porque se incorporó y volvió a encajarse en mi interior, tan fuerte que puse una mano en el espejo para no dar con la cabeza en él.

Levanté la mirada, viéndolo a través de él. Sus ojos ya estaban esperándome. Observarlo en acción era otro espectáculo inimaginable. Su balanceo cobró una intensidad renovada, mucho más enérgica y desesperada. Gemí, jadeé, supliqué… Aunque no fui la única en hacer las dos primeras cosas. Él me igualaba.

Un nuevo orgasmo me dejó sin poder moverme. Me faltaron las fuerzas por completo, hasta para continuar sujetándome al grifo. Al darse cuenta sus manos que habían estado entre mis nalgas y el clítoris bajaron hacia mis muslos, los que sujetó guiándome a su antojo, buscando su propio placer con varios gruñidos y gemidos por el exceso de humedad que me había provocado.

Y por fin llegó, no me lo perdí por mucho que me costó subir la cabeza. Atenta a su reflejo en el espejo vi cómo se corría rígido y en tensión, con expresión de máximo placer mientras descargaba toda su excitación con la mirada fija en la mía. Después de estar un rato balanceándose, sin que ninguno de los dos apartara la mirada del otro, me acarició las nalgas al retroceder. Perdí definitivamente su calor y contacto.

Me bajé ayudada por él y me giré para verlo de frente. Con una media sonrisa se quitó el preservativo y lo lanzó a la papelera. No sabía qué sería lo siguiente, si se iría como había llegado, o se mantendría conmigo. Contuve la respiración, sintiéndome agotada, cuando se acercó a mí. Me retiró el pelo con delicadeza de los hombros y habló

—Ha sido lo más excitante y jodidamente bueno que he vivido y experimentado —susurró.

—Puedo decir lo mismo y asegurarlo —murmuré.

La curva en sus labios apareció de nuevo, pero algo en mí se desestabilizó cuando dio varios pasos hacia atrás y llegó hasta la puerta. La abrió sin apartar la vista y silencioso, asintió girando el pomo. Lo perdí de vista cuando cerró tras de sí, dejándome sola en el baño.

—No pasa nada… —me dije a mí misma en tono muy flojito, con un desanimo importante.

Encaré el espejo y observé mi imagen. Los ojos continuaban brillándome en exceso, tenía las mejillas enrojecidas, con la respiración regulada ya. Me vi desnuda y sudorosa, con una cara de saciada como nunca me había sucedido, como también de agotada por la juerga de la noche anterior en la que Yago y yo lo dimos todo.

El embotamiento con el que me había despertado había desaparecido por completo, pero había sido sustituido por un leve dolor de cabeza por el trajín que había tenido. Llevé la vista hacia la bañera y decidí que lo mejor que podía hacer era darme otra ducha, la segunda en poco tiempo. Así lo hice entrando en ella y abriendo el grifo, quedándome pensativa y descolocada debajo del agua, alargando el momento todo lo que me apeteció y necesité.

Capítulo 24



Cuando salí del baño cubierta por una toalla, observé con detenimiento la habitación vacía. La puerta estaba cerrada, Hunter había recogido la ropa y solo la mía reposaba encima de la cama. Lógico si se había ido. Solté un suspiro y caminé hacia la cómoda. Abrí un cajón y cogí un conjunto interior limpio. Me desprendí de la toalla y me coloqué la braga y el sujetador. Lo siguiente que busqué fue otra ropa diferente al vestido que me había puesto para estar fresca y cómoda en la casa.

Abrí el armario y elegí un *short* vaquero con una camiseta de tirantes anchos. Con todo cubriéndome el cuerpo y en los pies unas sandalias planas de tiras, regresé al baño con la toalla. La dejé colgada y me cepillé el pelo mojado, sin intención de secármelo para alargar la sensación. Salí del baño y de la habitación directa hacia la cocina, con lo único que iba a llevarme, el móvil. Tenía la garganta reseca y llené un vaso de agua, el que me bebí casi de un trago con una pastilla para aliviar el dolor de cabeza, para no fuera a más.

—¿Qué ha significado en realidad? —murmuré con la vista fija en el vaso vacío que puse en la encimera.

Mi mente empezó a analizar otra vez los últimos acontecimientos y sensaciones, sobre todo las últimas. No era tonta, tenía los pies muy bien puestos sobre la tierra y no esperaba gran cosa, por no decir que no esperaba nada. Como para hacerlo, sabía cuál era el historial del hijo menor de Benjamín, de todas las conquistas que llevaba a sus espaldas y que solo buscaba el disfrute. Muy lícito, ojo, pero aun así… No sé, ni puñetera idea de lo que esperaba que surgiera de lo que había sucedido entre los dos. Como si hubiera sido importante para él como lo había sido para mí…

Me presioné la frente al sentir varios pinchazos y decidí salir de la casa, con la necesidad de frenar la mente y de olvidarme de todo. Cogí la llave del *buggy* del tablero y abrí la puerta, dejándola cerrada a mi espalda mientras comprobaba que no había rastro del coche de Hunter. Caminé hacia mi vehículo particular. Montada en él arranqué y me puse en movimiento, comprobando en la pantalla del móvil que todavía quedaba bastante tiempo para la hora de la comida.

Por ese motivo tomé la decisión de dar una vuelta grande por los exteriores de la mansión, antes de dirigirme a ella. Me vendría bien que me diera el aire. Las ganas de aplacar un poco los nervios primaron porque me notaba alterada y quería mostrar mi mejor cara ante todos los que me encontraría en cuanto llegara.

Quise mentalizarme en que no había pasado nada, que lo de las últimas horas no había ocurrido. Difícil

olvidarme de los orgasmos que había tenido, de la excitación que me había recorrido desde el primer roce de los labios de Hunter, y más complicada se volvía la tarea que quería conseguir cuando las imágenes pasaban como flases por mi mente, una a una con detalles, poniéndome cardiaca una vez más.

Pero sí, era lo que debía hacer y conseguir. Su última reacción era lo suficientemente esclarecedora como para darle peso a lo de olvidarme de todo y hacer borrón y cuenta nueva, preparándome para la próxima vez que viera de frente a Hunter. Si es que se daba, claro. Por mi parte no iba a mostrar nada diferente a cómo habíamos actuado hasta antes de que llamara a mi puerta. Disculparse lo había hecho y a lo grande, pero continuaría con mi actitud de siempre hacia él, tanteando la suya al poder encontrarme con cualquier cambio inesperado.

—Ni siquiera se ha despedido —susurré sacudiendo la cabeza.

Hasta ahí dejé la mente libre. Con un suspiro largo, después de esas palabras, lo bloqueé todo y me dediqué a admirar el paisaje por el que pasaba. Lo iba a echar de menos cuando no pudiera tenerlo al alcance, no había duda de ello. Todo era impresionante y me encantaba la privacidad que aportaba. Una pena que Benjamín no se parase a disfrutarlo durante mucho tiempo, aunque imaginaba que los recuerdos que le traía pesaban más que el disfrute y las comodidades.

Me dije que al final del día contactaría con él y con mi jefe. Poca información podía darles, porque referente a mi intimidad me lo iba a guardar para mí. Analizándolo en frío me venía perfecto el final de hacía poco tiempo. No debía haber sucedido, Hunter y yo no tendríamos que haber traspasado ninguna línea porque mi propósito estaba claro, el que me había llevado hasta allí.

Todo lo que se saliera de él no tenía cabida. Me pondría en contacto con Benjamín y Darío al haberlo postergado, pero poco más. La llegada de Yago, de la que estaban al tanto, propició que intercambiara algunos mensajes sueltos con ellos. Fueron breves, en los que me preguntaban cómo estaba yo, con mis correspondientes respuestas positivas.

Con esa decisión tomada me centré en el recorrido que estaba haciendo. Daba la sensación de estar en un entorno muy diferente al que era, increíble el ruido inexistente que había y la calma que transmitía, parecía que estaba perdida en la nada entre mucha vegetación. Cuando había tomado bastante distancia varié la ruta, alejándome más mientras me internaba entre los árboles.

El *buggy* estaba preparado para adentrarse en cualquier terreno, las ruedas se adaptaban perfectamente a la superficie por la que pasaba y su tamaño pequeño daba la posibilidad de colarse por todos los rincones. Agradecí la sombra que proporcionaba la zona en la que entré y por la que me moví. Después de un rato paré el motor en un punto cualquiera, para admirar con detenimiento esa parte desconocida.

El silencio me había acompañado durante todo el camino, pero en ese espacio destacaba aún más. Uno muy bien recibido porque precisamente era lo que necesitaba. Tanto había que giré la cabeza hacia la izquierda, al distinguir un sonido definido, pero que no identifiqué. Podía ser provocado por cualquier animal. Tenían plena libertad de movimiento por las zonas pobladas de vegetación, las que habían convertido en su casa.

Una gran variedad de ellos habitaba dentro de los límites de la propiedad. William me los detalló, pero ninguno por el que tuviera que preocuparme porque eran inofensivos. Eso pensé, hasta que localicé a una presencia que no correspondía con nada de lo mencionado.

Fruncí el ceño, analizando que hacía ahí. La distancia que me separaba de la valla metálica que delimitaba el terreno y lo recorría era considerable. Esta estaba cubierta por enredaderas y el espacio por el que se dejaba ver esa presencia era pequeño. Aun no me había visto, continuaba pasando desapercibida para la persona que se encontraba observando desde el otro lado, por el exterior.

Solo identifiqué que se trataba de un hombre por la constitución, pocas más características físicas vi con claridad. Lo único que destacaba era el objetivo de una cámara que enfocaba hacia el interior, el que movía de un lado al otro para captar bien las imágenes. Imaginé que era de largo alcance.

Hasta que dio conmigo. Me localizó con la cámara y fue en ese instante en el que la bajó y se apartó rápido de la valla, quitándose de mi vista. Arranqué sin dudar y aceleré hacia su posición. A través de la enredadera visualicé la silueta de una moto que estaba parada, la que no tardó en ponerse en movimiento tomando mucha más velocidad que la que yo podía alcanzar con el *buggy*. Aun así, no la perdí de vista, hasta que llegué al acceso de la finca, a la gran verja principal. Me bajé del vehículo a la carrera sin parar el motor y corrí hasta ella. Me agarré a los barrotes con las manos observando hacia la carretera.

Solo pude ver la parte trasera de la moto sin visualizar la matrícula, por lo que me enfadé por la desventaja que había tenido. ¿Quién era? ¿Algún periodista? ¿Qué hacia allí? ¿Qué fotografías quería conseguir? Era un secreto a voces que la familia de Benjamín rara vez se encontraba dentro, ¿entonces? ¿Qué interés tenía? ¿Había querido probar suerte? ¿Con qué finalidad ese hombre tomaba fotografías o buscaba algo con el largo alcance del objetivo?

Desde la ubicación en la que se encontraba poco podía conseguir. Estaba muy alejado y como mucho habría capturado árboles y vegetación, eso teniendo en cuenta que solo hubiera estado en esa zona, porque si se había movido por todo el exterior de la propiedad… Había posiciones desde las que era más fácil visualizar ciertas partes, incluida la mansión, al haber más terreno despejado.

Fijé los ojos en la moto cuando frenó y para mi sorpresa se movió despacio haciendo un cambio de sentido. Se quedó encarada a mí y no tuve duda de que el motorista, el que llevaba colocado un casco íntegro y oscuro, me observaba a través del visor negro.

—¿Quién cojones eres? —pregunté al aire, sin obtener respuesta, lógicamente.

La moto aceleró sin moverse del sitio y fruncí otra vez el ceño. La reacción del conductor me extrañó y más interés me creó. ¿Quería intimidarme? Pues lo llevaba claro si ese era su propósito porque continué con toda mi atención centrada en él, ni mucho menos tuve la intención de apartarme. Y porque no podía salir de la propiedad sabiendo mis limitaciones. Por mucho que pidiera a alguien de la mansión que me abriera la verja principal,

conduciendo el *buggy* enseguida lo perdería de vista. Se trataba de una moto de gran cilindrada y volaría sobre el asfalto.

Pasado un rato, no supe cuánto tiempo, con otra aceleración fuerte se fue por fin, haciendo rugir el motor. Cambió de sentido y se alejó de mí rápido. Dejé de verlo mientras me quedaba con muchas dudas y preguntas, sin respuesta. Separé las manos de la verja y di varios pasos hacia atrás, sin apartar la vista de la carretera, extrañada por la situación.

Me mantuve unos minutos sin moverme, hasta que me encogí de hombros y fui hacia el *buggy*. A saber, el propósito tonto por el que ese hombre estaba intentando conseguir algo, uno con el que no conseguiría nada. Aceleré y conduje por el camino asfaltado que llevaba directamente a la mansión, dejando atrás la zona y lo que había pasado.

Al llegar a la fuente de la entrada principal la rodeé y avancé hasta el lateral donde siempre estacionaba. Accedí al interior por la puerta que daba directamente a la cocina. No se escuchaba nada y a esa hora ya debería hacerse notar el ruido característico de la cocina, eso como poco. Miré la hora en el móvil, eran las doce y cuarto. Más preguntas me hice cuando me paré en el marco de la puerta de la cocina. Estaba abierta y el interior vacío.

—¿Aura? —la llamé en alto hacia el pasillo y seguí probando suerte— ¿Sophia?

Al no tener respuesta de ninguna de las dos continué mi camino y salí al vestíbulo, encontrándolo igual.

—¿Qué pasa hoy? —dije colocando las manos en la cadera.

Sin los «señores» en la vivienda, todos los trabajadores, o al menos, la mayoría de ellos, deberían estar allí, más concretamente en la cocina porque se reunían todos los que podían y comíamos juntos. Desbloqueé el teléfono y entré en la aplicación de mensajes, directa a la conversación con Yago.

Riley: *¿Dónde estás? ¿Sigues con William? Ya estoy en la mansión, pero no veo a nadie.*

El mensaje le llegó, pero no lo vio. Hice una mueca cuando pasaron unos minutos sin que se diera ningún cambio. Me guardé el móvil en un bolsillo del *short* y recorrí el espacio con la vista. Me decidí por ir hacia la piscina, pensando que lo mismo habría alguien por esa parte. Salí por la corredera de uno de los salones que daba a ella, pero me la encontré como el resto, solitaria, sin nadie.

—Mierda, con lo feliz que soy yo con los pocos metros cuadrados que tiene mi piso. —Bufé.

Esperé un tiempo allí sin que hubiera ninguna novedad, hasta que me cansé y tomé la determinación de irme hacia la casa si no me encontraba a nadie por el camino.

—¿William? ¿Camila? ¿Sebastian? —Alcé el tono de voz al pararme al inicio de la escalera—. Pues nada, hoy

no se come aquí. —Me encogí de hombros desistiendo con todos.

Accedí al pasillo de la cocina y me paré otra vez al llegar a ella. Entré yendo directa hacia los fogones donde una olla reposaba tapada. Comprobé que estaba un poco caliente y más me extrañó que Aura la hubiera dejado de lado. La destapé viendo un guiso que tenía una pinta espectacular y el olor… Se me abrió el apetito de golpe.

Opté por llevarme un poco para comerlo tranquila en la casa. Con el armario abierto donde estaban los recipientes, no llegué a coger ninguno. Me giré hacia la puerta al escuchar pasos, los que me dieron la sensación de que se alejaban. Caminé ligera hasta ella para comprobar de quién se trataba y por qué no había atendido a mis llamadas, aunque no lo hubiera mencionado en alto.

—¿Hola? —hablé asomada al pasillo, sin ver a nadie— Joder, pues no me está dando yuyu estar aquí —susurré

Agudicé el oído, pero todo volvía a estar en completo silencio.

—Mierda de día —dije mosqueada, girándome.

No di ni un paso para llenarme un recipiente con comida, cuando escuché otra vez el mismo sonido. A esas alturas, con el cabreo empezando a hacer mella en mí, me dirigí decidida otra vez hacia el vestíbulo porque hacia la otra dirección del pasillo no podía ser, solo estaba la puerta que daba al exterior.

—¿Quién hay? —dije casi gritando al pararme en el centro, para que se me escuchara sin problema desde los puntos más cercanos.

Con lo grande que era la mansión y sus techos tan altos, mi voz retumbó más de lo que imaginé al hacerlo. Bueno no imaginé nada, simplemente me dejé llevar por los nervios y la expectación que me recorría.

No obtuve respuesta de nadie, lo único que se escuchó fueron los bufidos que yo solté.

—No me hace gracia, ¿eh? El primero que me encuentre se la carga —avisé porque quien lo hace no es traidor y va de frente. Ese era mi lema, exceptuando todo lo que envolvía a mi trabajo porque en él sí que me guardaba u as o varios debajo de la manga, siempre que podía—. A la mierda ya —dije para mí, soltando un suspiro antes de moverme para largarme de allí.

Pero como la curiosidad podía conmigo, defecto desde que nací, antes de poner un pie en el pasillo, me giré rápido al oír un ruido que pareció salir de una de las salas. Enfoqué la vista en la puerta, estaba cerrada. Con gana de lanzarme a alguien, caminé ligera hasta ella y agarré el pomo. Antes de aventurarme a abrir apoyé la oreja en l madera, para ver si distinguía algo en el interior.

Nada, completo silencio, por lo que miré hacia las puertas que quedaban más cerca, pero a una distancia considerable cada una de ellas. Pensé en que podía haberme equivocado y quizás venía de cualquier otra. Cansad

de la paranoia que me estaba dando, giré el pomo y deslicé la puerta hacia dentro con fuerza, para salir de dudas.

Me quedé con la boca abierta, al igual que agrandé los ojos.

—¿Qué…? —Fue todo lo que fui capaz de decir con un jadeo, sin salir del asombro.

de la paranoia que me estaba dando, giré el pomo y deslicé la puerta hacia dentro con fuerza, para salir de dudas.

Me quedé con la boca abierta, al igual que agrandé los ojos.

—¿Qué…? —Fue todo lo que fui capaz de decir con un jadeo, sin salir del asombro.

Capítulo 25



Hunter

—¡¡¡Sorpresa!!! —gritaron todos.

Yo no moví los labios porque si lo hubiera hecho, habría sido para soltar una carcajada bien fuerte. La primera apariencia de Riley, al abrir rápido, había sido la de querer exterminar a alguien, la siguiente y la última, con la que todavía continuaba, era de desconcierto y sobresalto.

Ese todos englobaba al conjunto completo de los once trabajadores, sin que ninguno faltara, incluso Matthew se había acercado expresamente para compartir el momento y la comida. Ya los había avisado de que la broma que le habían gastado no le iba a hacer ninguna gracia, y eso que yo era el menos indicado para comentarlo porque en realidad no la conocía.

Para eso estaba su inseparable amigo, el que se había presentado a mí en condiciones cuando aparecí en la mansión, después de salir de la casa en la que se quedaba Riley. Ahora os comentaré cómo se había dado nuestro encuentro, pero primero me centro en lo anonadada que seguía Riley, tanto que todavía no había reaccionado.

Tenía los labios entreabiertos y los ojos abiertos al máximo, pasándolos de unos a otros entre los que nos encontrábamos en el salón. Esa estancia había sido la elegida para decorarla con todo tipo de detalles para la sorpresa y celebración. Pensé que en el estado en el que se había quedado no sería consciente de mi presencia, al menos hasta que no se recompusiera. Pues no, claro que me vio y me lo dejó claro al fijar la mirada en mí más tiempo del normal.

Curvé los labios hacia ella, llevándome unas patatas a la boca. No evité mostrar la diversión que me provocaba su estado y la situación.

—¿Es por mí? —dijo Riley reaccionando, cuando todos se acercaron hasta ella.

—¿Por quién si no? —Rio Aura—. Ay, hija, vuelve en ti —le pidió.

—Pero… —Los miró a todos.

—Sabemos por Yago, desde hace un par de días, que hoy es tu cumpleaños —le aclaró William, sonriendo.

—Tendrías que habérnoslo dicho tú —comentó Sophia—. Estás muy lejos de tu casa, ¿no querías celebrarlo?

—¿Eh? —Carraspeó Riley—. Claro que sí, ya lo hice anoche con Yago.

—¿Con las tres botellas de vino y una de ginebra que le di yo? —preguntó divertido William.

—Jolines. —Terminó riendo Riley—. Pues sí, no quedó ni gota de nada.

—Pues sí que lo celebrasteis —comentó Sebastian asombrado, provocando que todos rieran.

—A lo grande —confirmó Yago—. Aunque debo decir que escondí una botella de vino y la de ginebra cuando quedaba la mitad.

—Cuando insistí, me dijiste que se habían terminado. —Levantó una ceja Riley.

—A duras penas llegamos a la cama. Nos hice un favor. —Rio—. La ocasión mereció cómo terminamos. Tienes que dar gracias a que las quité de en medio cuando me vino algo de lucidez, porque nuestras cabezas nos recuerdan la juerga desde que hemos abiertos los ojos, ¿verdad? —Le hizo un guiño—. Aunque a unos más que a otros, es lo que tiene tener mucha actividad después de casi no podernos mantenerse en pie. —Su tono de voz fue de diversión, con la respuesta silenciosa de Riley de que se olvidara de lo que había sido testigo, sin serlo en realidad. Solo podía darlo por hecho cuando casi nos pilló en directo en pleno acto.

—¿Quién de los dos ha tenido mucho movimiento? —Quiso saber Roxana mirando a Yago y a Riley.

Pocas personas de las que estábamos en el salón sabíamos a lo que se había referido.

—Él, por supuesto. —La cumpleañera señaló hacia su amigo, el que soltó una gran carcajada—. Ha estado desde bien temprano con William yendo de un lado al otro —continuó.

—Ni que lo hubiera hecho caminar mucho. —Levantó una ceja el aludido—. Hemos ido sobre ruedas todo el tiempo.

—Viene a ser lo mismo porque si se ha levantado como yo… —Volvió a carraspear Riley—. Matthew. —Se centró en él, sonriendo.

—Felicidades, Riley.

Ella sin dudar acortó la distancia y lo abrazó con fuerza, dándole las gracias, al igual que hizo hacia el resto

cuando también la felicitaron.

—Muchas gracias a todos, no me esperaba nada de esto —habló emocionada y terminó centrándose en su amigo Yago.

—Disfrútalo —le sonrió él después de rodearle los hombros con un brazo y darle un beso en la cabeza.

Riley también lo abrazó, buscando con los ojos disimuladamente mi posición. Me mantuve inmóvil, observándolos. Estaba apoyado en el filo de la mesa que habían llenado de comida para picotear, con las piernas extendidas y los pies y los brazos cruzados.

—Vamos a empezar. —Aplaudió Camila—. Hoy hay menú especial para comer —habló animada.

—Pues casi conseguís que me fuera para la casa con un recipiente de guiso —negó Riley.

—Ese será para la cena, tengo reservado algo mucho mejor en el horno de piedra —aclaró Aura.

—No sé lo que será, pero ya se me ha hecho la boca agua. —Rio Riley separándose de Yago para agarrarla de un brazo.

Se reunieron todos alrededor de la mesa y en mis labios apareció otra gran sonrisa cuando se empezaron a escuchar canciones de cumpleaños. Ya ni me acordaba de la última vez que estuve en algún cumpleaños parecido, pero Riley pareció estar encantada e incluso se puso a tararearlas sin conocer algunas de ellas.

—¿Qué haces aquí? —habló en tono bajo, dirigiéndose a mí por primera vez después de un tiempo.

Los demás conversaban entre ellos y comían animados, por el lado contrario al que estábamos nosotros. Poco a poco, con mucha intención, pero con la misma cantidad de disimulo, había ido aproximándose hasta llegar a mi lado. Se había quedado muy cerca de rozarme el lateral del cuerpo y en ese instante estaba inclinada sobre la mesa, cogiendo y colocando en un plato varios entrantes que había preparado Aura.

—¿Te molesta?

—Eh, ¡no! —Giró rápido la cabeza hacia mí poniéndose recta—. Es que no me lo esperaba, quiero decir… Creía que te habías ido de la mansión y ya no te vería más.

—¿Y cómo has llegado hasta esa conclusión? —sonreí de medio lado, con una ceja levantada.

—Cuando hemos terminado te has ido sin decir nada, ni siquiera te has despedido —susurró—. Es lógico llegar a esa conclusión si después de lo que hemos hecho desapareces sin más.

—Creo que te lo he dicho. —La voz me salió ronca hablando en tono bajo mientras la acercaba a mí.

Para hacerlo y pasar desapercibido, como ella quería y había actuado, le agarré la mano con la que sujetaba un canapé en el aire, supuestamente para quitárselo y comérmelo.

—¿El qué? —murmuró tragando saliva, con los ojos fijos en mi boca porque al final aproveché y me lo metí en la boca, sin dejar pasar la ocasión para lamerle la punta de los dedos al hacerlo.

—Que no soy bueno con las palabras —respondí cuando tragué, sonriendo de medio lado con un punto de picardía.

—Tampoco tenías que esmerarte mucho, eran pocas las que tenías que utilizar. —Carraspeó fijando la mirada en la mía.

—Estaba aquí, aunque no fueras consciente. Desde el principio no he tenido ninguna intención de irme y menos después de saber qué día es hoy. He querido quedarme para acompañarte en tu cumpleaños. ¿No te dice nada eso? Cuando he salido de la casa he venido directo y me he enterado. Llevo horas ayudando en la cocina a Aura.

—¿En serio? —Agrandó los ojos, asombrada.

—No es algo raro en mí. De pequeño pasaba muchas horas con ella de un lado al otro. —Le hice un guiño.

—No lo imaginaba, gracias —susurró.

—No me las des, si no hubiera querido no habría durado ni cinco minutos más en este lugar.

—Claro que sí, has colaborado en todo esto pensando en mí.

—He elegido bien el día, ¿eh? Fíjate y sin saberlo. —Apreté los labios con diversión.

—¿Cómo? —Me miró sin comprenderme. Aún no reaccionaba lo rápido que solía ser natural en ella.

—Que te he dado por adelantado mi regalo —aclaré y no pude contener la carcajada que me provocó la expresión que puso—. Espero que haya sido de tu total agrado y que te hayas quedado más que satisfecha. —Le acaricié la muñeca de la mano de la que había comido el canapé, la que no había soltado dejándola entre mis piernas.

—No tengo ninguna queja. —Levantó una ceja y volví a reír.

—Me alegro —dije cuando me calmé—. Queda mucho día por delante, lo mismo aún tengo algo que ofrecerte.

Al terminar de hablar le hice un guiño y me incorporé, quedándome frente a ella, pero sin soltarla.

—¿Quieres…?

—Cuando tomé la determinación de presentarme ante ti para «disculparme», como te he dicho, en ningún momento tenía pensado salir de los límites de la propiedad pronto. Riley, créeme si te digo que me ha costado mucho tomar la decisión de venir. ¿Qué pasa? —Observé el pequeño cambio de su expresión, se quedó como pensativa.

—Eh, nada. —Sacudió la cabeza—. Me has recordado algo que me ha sucedido antes de venir. —Se encogió de hombros.

—¿El qué?

—Una tontería. Lo mismo tú estás acostumbrado y es algo que se repite. —Ante mi mirada continuó ampliando la información—. He dado una vuelta con el *buggy* por todo el terreno y bastante lejos de aquí, me he adentrado entre los árboles. Había mucho silencio, tanto que un ruido ha captado rápido mi atención. —Volvió a quedarse pensativa.

—Continúa.

—Había un hombre con una cámara de fotos, la enfocaba hacia el interior a través de la valla de separación de la propiedad.

Fruncí el gesto y afiancé mi contacto en su muñeca.

—¿Quién era?

—Yo qué sé. Ni idea, pero con lo poco que he visto he deducido que alguien de la prensa. Cuando me ha visto se ha ido rápido, pero lo he seguido hasta llegar a la verja principal.

—¿Por qué lo has hecho? Tendrías que haberte alejado. —Arrugué el ceño.

—Era inofensivo y estaba protegida dentro. —Imitó mi gesto al notar la presión que ejercí entorno a su muñeca

—¿Estás segura de eso? ¿Lo sabes por…?

—No sé nada, Hunter, solo lo que he visto y lo que me ha transmitido la situación. Da igual cómo se haya dado el caso es que he querido saber por qué lo hacía y el motivo de que huyera al haberlo visto.

—¿Qué más ha sucedido?

—Solo eso, bueno… —me explicó cómo había reaccionado el motorista parando en mitad de la carretera, a bastante distancia de ella y de la verja principal— Y se ha ido.

—¿Te parece poco? —hablé con voz ronca.

—¿Es algo que tenga importancia? —Ladeó la cabeza y bajé la vista hacia nuestra unión.

Las posiciones se habían invertido, ya no era yo quién la agarraba. Se había soltado de mí y ahora era su mano la que sujetaba la mía, haciéndome leves caricias. Cuando levanté la cabeza y me encontré con sus ojos otra vez…

—¿Suelen atosigaros los de la prensa? —continuó— Soy consciente del nivel que tenéis y que seríais una buena noticia para cualquiera que se dedique a ese mundo.

—Estás dando por hecho que ese tío está relacionado con la prensa —negué despacio.

—¿Qué otra explicación puede tener?

—Varias. —Me solté despacio de su contacto y pasé por su lado.

—¿Te vas?

Por la diferencia en su tono de voz, en el que pude detectar desilusión, medio giré parándome un instante.

—No, solo voy a hacer una llamada. Enseguida estoy de vuelta.

—Ah, vale —sonrió tímida.

Asentí porque en ese momento no me salió devolverle nada más. Volví a ponerme en movimiento, directo hacia la puerta del salón. Salí y cerré tras de mí, dirigiéndome hacia la principal. Cuando la traspasé y tuve delante de mí la fuente, llevé la vista a los alrededores, pensativo. Saqué el móvil del bolsillo y busqué un número, el que marqué llevándome el teléfono al oído.

—Eh, tío, ¿qué tal? Dime que te has animado a venir a la fiesta de esta noche —habló Glen, mi mejor amigo.

—No te llamo por eso, pero ya te digo que no voy a ir. —Caminé bajando las pocas escaleras que había, directo hacia la fuente.

—Vaya chasco. ¿Te ha pasado algo? Te noto muy serio.

—No. Conmigo todo está más que bien.

—¿No me digas que te has decidido a cortar de raíz lo que te tiene intranquilo? ¿Vas a ir por fin a por esa chica? ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Riley. La respuesta a la primera pregunta es sí, a la de la segunda es que ya lo he hecho y el resultado ha sido inmejorable.

—Joder, lo sabía. —Soltó una carcajada—. Un momento —se calló de golpe—, y si ha sido lo más de lo más, ¿por qué te noto así? ¿Qué te ha alterado? Porque te noto peor que días anteriores. ¿Algo ha salido mal con Riley o al terminar con ella?

—Sobre lo que estás hablando todo perfecto, como para repetir incansablemente. No voy a darle fin.

—Lo último lo tengo claro después de ver cómo has estado. ¿Entonces?

—Necesito que compruebes una cosa. —Llevé la vista hacia la entrada de la mansión, viendo a Riley minúscula en comparación con la puerta de doble hoja.

Me observaba apoyada en el marco. Lo mismo hice yo mientras continuaba hablando, pero apoyando el trasero en el borde de cemento decorado que rodeaba la fuente.

—¿De qué se trata?

—Más tarde te lo digo, iré a tu apartamento directamente cuando salga de aquí.

—¿A qué hora?

—Será tarde. Si se me alarga y no puedo ir, te aviso.

—El gran Hunter en acción. ¡Me encanta! —Quiso poner un toque de humor, aunque sabía que se había quedado con muchas dudas.

Sacudí la cabeza con una pequeña sonrisa.

—Más veces de las normales dices muchas tonterías.

—Tonterías para ti, realidades para el resto de los seres humanos. —Terminó riendo.

—Te dejo, tengo compañía.

—¿Una jugosa?

? —Baja de la nube en la que estás subido. Estoy en un cumpleaños.

—¿Qué tú estás qué? ¡Ahora sí que me has dejado loco y preocupado! —Hasta jadeó de la impresión, por lo qu terminé riendo.

—Ya ves, la vida es un cambio constante. Hablamos.

—Mierda, me vas a dejar…

Esas fueron las últimas palabras que escuché de él antes de colgar la llamada. Sin moverme de mi posición me guardé el móvil sin apartar los ojos de Riley y me crucé de brazos, imitando a los de ella. Continuaba atenta a mí desde la distancia. Después de unos minutos observándonos, en silencio, levanté un brazo y le pedí que se acercara con un gesto de la mano.

a

—Baja de la nube en la que estás subido. Estoy en un cumpleaños.

—¿Qué tú estás qué? ¡Ahora sí que me has dejado loco y preocupado! —Hasta jadeó de la impresión, por lo que terminé riendo.

—Ya ves, la vida es un cambio constante. Hablamos.

—Mierda, me vas a dejar…

Esas fueron las últimas palabras que escuché de él antes de colgar la llamada. Sin moverme de mi posición me guardé el móvil sin apartar los ojos de Riley y me crucé de brazos, imitando a los de ella. Continuaba atenta a mí desde la distancia. Después de unos minutos observándonos, en silencio, levanté un brazo y le pedí que se acercara con un gesto de la mano.

Capítulo 26



Necesitaba volver a estar con ella sin nadie alrededor. Tenerla entre mis brazos, aunque no durara mucho, por e momento. Me había sorprendido a mí mismo por la ilusión que le había puesto a todo lo que me había mandado hacer Aura en la cocina, después de saber por Yago que hoy era el cumpleaños de Riley.

Referente al instante en el que me había encontrado con él y se había presentado personalmente a mí, ese momento de nuestra primera conversación en condiciones se había dado de esta forma…

Cuando llegué a la mansión, después de dejar atrás a Riley en la casa, lo encontré nada más acceder al vestíbulo de la mansión. Hablaba con William y me acerqué a los dos.

—Hola —dije para hacerme notar porque me daban la espalda y no hice ruido.

—Señor Hunter. —Se giró hacia mí William, sonriendo—. Me alegra volverlo a ver.

—Y yo a ti —asentí devolviéndole el gesto.

—¿Tiene que salir ya o se quedará a comer? —Se interesó.

—Estaré aquí por unas horas, seguramente me iré al final de la tarde —aseguré porque mi marcha de la casa de Riley no había sido motivada por largarme, después de conseguir lo que había deseado.

Para nada, simplemente en ese instante había actuado de esa forma porque pensé que era lo mejor para darle su espacio a ella, sabiendo que volvería a verla en poco tiempo.

—Perfecto, voy a avisar a Aura —asintió satisfecho.

—Gracias. —Le hice un guiño—. En un rato voy a verla yo.

—Estará encantada. Si me disculpan. —Se despidió alejándose de nosotros.

Giré la cabeza hacia el amigo de Riley, el que no había apartado la atención de mí en ningún momento. No lo

conocía como para afirmarlo, pero su expresión me dio a entender que sabía perfectamente lo que había sucedido en la casa cuando entró buscando a Riley.

—Yago. —Se presentó adelantando una mano hacia mí. La acepté devolviéndole el saludo.

—Hunter.

—Espero que la hayas tratado como se merece y no como lo hiciste la única vez que coincidí contigo —dijo sin soltarme, dejándome clara su postura y que como había pensado, sabía lo que había sucedido.

Una postura con la que, por cierto, me sentí satisfecho por la protección que mostró hacia su amiga, sin sentirse intimidado por mí.

—No creo que escuches ninguna queja de ella —respondí serio, pero no cortante ni frío, que en lo último era un experto cuando me lo proponía.

—Me vale —asintió curvando los labios—. Aunque igualmente lo sabré de buena mano.

—No lo dudo. —Levanté una ceja.

—Es una mujer increíble y más que una amiga.

—Familia, ¿no? —repetí la palabra que utilizó Riley para referirse a él en su aclaración de quién era.

—Sí, la adoro.

—Se nota. Puedes devolverme la mano cuando quieras. —Señalé nuestra unión con la cabeza, haciéndolo reír.

—Hoy estamos de celebración, me alegro de tu aparición precisamente este día —comentó.

—¿A qué se debe? —Metí las manos en los bolsillos.

—Es el cumpleaños de Riley, entre todos estamos organizándole una fiesta sorpresa. —La ilusión que le provocaba quedó reflejada en su cara.

—¿De verdad? —Me sorprendí y asintió—. Vaya…

—¿Continuas con la idea de quedarte? —Quiso saber, como si esa información fuera a echarme hacia atrás.

—Por supuesto —aseguré.

—Perfecto. La hará feliz.

—¿Tú crees? —Ladeé un poco la cabeza.

—Sí.

—Pues con más motivo, me quedo.

—Al final me vas a caer bien —sonrió de medio lado.

—Lo mismo digo porque te había sentenciado. —Apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—Me pregunto por qué será… —Soltó una carcajada por los dos sin esperar respuesta por mi parte, bien la sabíamos sin necesidad de aclaración.

—¿En qué puedo ayudar?

—Aura está en la cocina preparando su comida favorita, varios están decorando el salón en el que han decidido que le daremos la sorpresa y el resto están por la piscina. Una cosa, sé por Riley que no se acepta ni está bien visto que los trabajadores disfruten de ella, no contaba con tu presencia aquí y los he convencido para que al menos estén un rato disfrutando de la piscina. Me ha costado lo mío, he tenido que echar mano a que a la cumpleañera le haría especial ilusión estar con ellos. Es verdad, sé que así será, pero referente a ti…

—¿Dónde está el problema? —Levanté una ceja—. Es un error lo que has dicho de que no aceptamos y vemos mal que la disfruten. Si no hacen uso de esa zona y de las demás que ofrece este lugar es por lo responsables y formales que son referente a sus trabajos. No seré yo quien diga algo al respecto y será toda una novedad verlos divertirse, sobre todo a William y a Aura —sonreí de medio lado, imaginando la escena y visualizando el trabajo que le había costado a Yago para que terminaran aceptando, solo por Riley y el día que era.

—Me dejas tranquilo —asintió satisfecho—. No queremos que tengan problemas por nuestra culpa.

—No los tendrán de ninguna manera, no lo permitiría —le dejé claro—. Me he criado con los pilares principales de este lugar y al resto también les he ido cogiendo cariño con el paso del tiempo. Hace bastante que no aparezco mucho por aquí, pero eso no quiere decir que no los tenga lo bien considerados que se merecen. Te puedo asegurar que ni mi padre, ni mi hermano, ni yo, pondremos alguna vez alguna pega o impedimento para que hagan lo que consideren oportuno. Sabemos perfectamente cómo son todos y el cariño es mutuo.

—¿Podrías hablar con William? Es con el que más me he tenido que calentar la cabeza, ha aceptado a duras penas. —Puso los ojos en blanco y curvé los labios.

—Lo daba por hecho y tranquilo, llegado el momento lo haré. Pero ya te digo que no será la primera

conversación de ese tipo que tenga con él.

—Gracias —asintió.

—No hay de qué. Voy a ver si Aura necesita dos manos más en la cocina. —Tal y como lo dije, pasé por su lado y me dirigí hacia el pasillo que me llevaba hasta ella.

—Hunter —me llamó y me paré girándome hacia él.

—¿Sí?

—Te agradezco todo lo que estás haciendo. Una vez entablada conversación contigo me has caído bien. Pero recuerda, si veo a Riley mal, por cualquier insignificante motivo del que yo considere que tú eres el culpable, no tendré miramiento en ir a por ti. Da igual cuánto te conozca y lo que me transmitas.

Me mantuve en silencio durante unos segundos, analizándolo.

—No he dudado ni por un momento que lo harías, pero no es algo que me preocupe. —Le hice un guiño—. Me agrada saber la protección extra que tiene contigo Riley, aunque le sobre con la suya. No tengo intención de lastimarla, Yago —hablé claro y con sinceridad—. Me ha costado tomar la decisión que he llevado a cabo hoy. Sé que eres consciente del motivo de mi reacción en la playa, sin necesidad de tocar el tema —asintió.

»No soy de hablar de mi intimidad, sensaciones y sentimientos con desconocidos porque para mí lo eres, ni siquiera con amigos que me han acompañado gran parte de mi vida. Solo hay uno que es una prolongación de mí y queda excluido de todos, pero voy a hacer una excepción al decirte que lo que me ha traído hasta Riley hoy, no es algo que haya enfrentado antes, ni mucho menos lo había experimentado y vivido. ¿Le ocasionaré algún daño? No lo sé porque también puede hacérmelo ella.

»Simplemente quiero que sepas que voy con las mejores intenciones y que en mis planes solo entra seguir conociéndola. Estoy siendo muy sincero ¿te vale? Si no es así, es lo que hay.

—Me vale —sonrió ampliamente.

Asentí y volví a darle la espalda.

—Yago —lo llamé sin pararme en mi avance ni girarme.

—¿Sí?

—Si alguna vez vienes a por mí, te advierto de que no me pillaras con la guardia baja y reaccionaré en consecuencia.

Mis labios se curvaron en una gran sonrisa al escuchar su carcajada. Con ella de fondo accedí al pasillo que

llevaba hasta la cocina, dispuesto a ayudar a Aura en todo lo que necesitara.

Dejando a un lado los recuerdos de ese encuentro, regresé al momento presente, viendo a Riley alejarse de la entrada principal y caminar hacia mí como le había pedido. Se paró a pocos pasos y con otro gesto silencioso la animé a que se acercara más. Demasiada distancia para mi gusto, lo mismo que pensó ella, pero se contuvo hasta que se lo hice saber.

—¿Espiándome?

—¡No! —exclamó sorprendida— Yo solo…

—Era una broma. —Levanté una ceja.

—Ah. —Se sonrojó y me pareció un gesto encantador verla de esa forma.

Muy fuerte que yo pensara algo así, ya os lo digo, pero era la realidad. Con ella estaba experimentando muchas cosas nuevas y eran muy bien recibidas porque me hacía sentir de una manera diferente a la que estaba acostumbrado.

La mayoría de las veces todas las sensaciones que me provocaba me llevaban a estar inquieto, bien que lo había experimentado desde el inicio de conocerla. Pero cuando la tenía cerca, esa percepción se aplacaba hasta que desaparecía. Me parecía curioso e inquietante, sobre todo lo último porque notaba que ejercía algún poder o influencia sobre mí y nunca había permitido que mi vida se trastocase por nada ni por nadie.

—He salido a buscarte porque Aura me ha pedido que lo hiciera. Vamos a comer ya —comentó.

—Todavía puede esperar un poco más.

—¿Tienes algo que hacer? Puedo decirles…

No dejé que terminara de hablar. Me incliné hacia delante y con las manos agarrándola de la cadera la atraje hacia mi cuerpo. Abrí las piernas para que se quedara entre ellas mientras buscaba sus labios. La besé con intensidad, sintiendo cómo me activaba de nuevo ante su contacto y por su reacción, porque igualó mis ganas.

—Felicidades —susurré sin separarme—. Todavía no te había felicitado. —Lamí el contorno de sus labios queriendo mucho más.

—Gracias —murmuró acariciándome con ellos al hablar.

—¿Quieres terminar el día conmigo? —Le retiré el pelo, echándoselo hacia atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía pensado irme al final de la tarde, pero si me pides que me quede lo haré encantado —aclaré.

—¿Solo tengo que proponértelo? —Me acarició el pelo mientras nos mirábamos con deseo.

—Ajá, solo eso. Así de fácil.

—Quédate conmigo en la casa —me pidió sin dudar.

La agarré de la nuca y volví a unir nuestros labios en un beso mucho más pasional, y ya era decir, porque el anterior había sido para dejarnos temblando.

—Pues vamos a comer, cuanto antes empecemos antes podremos irnos —dije cuando nos separamos, provocando que riera, nerviosa, cuando tiré de su mano y la llevé casi a rastras por lo rápido que caminé hacia el interior de la mansión.

Cuando llegamos al salón todos nos esperaban. Nos recibieron con sonrisas, algunas más significativas que otras. La de Yago la dais por hecho, pero William y Aura igualaron la suya porque me conocían muy bien y habían detectado el cambio en mi actitud, lo que solo podía significar una cosa.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa. No faltó de nada: comida, bebida, sonrisas, risas, comentarios de todo tipo… Me sentí a gusto porque en ningún momento noté que alguno de los trabajadores se mostrara cortado ante mi presencia tan directa y normalizada. El tiempo pasó, después de la comida llegaron los cafés y con ellos la tarta que le había hecho Aura a Riley para que apagara las velas.

Fue en ese instante en el que supe cuántos años cumplía, cuando Yago apareció con las velas encendidas en forma de números. Treinta y dos años, tres menos que yo, o más bien casi cuatro porque para mi cumpleaños faltaban dos meses.

El poder disfrutar de ella en soledad tuvo que esperar un poco más porque cuando terminamos de comer la tarta Yago anunció que todos íbamos de cabeza a la piscina. Riley fue la única sorprendida, lo que me dio a entender que había intentado alguna vez que alguno de los que estaban con nosotros le hicieran compañía cuando iba, sin obtener resultados positivos por parte de ninguno de ellos.

—¿En serio? ¿Vamos todos? —Quiso saber sin dejar de sonreír.

—Sí —confirmó su amigo—. Nadie se queda atrás. —Le hizo un guiño y fue evidente la emoción en los ojos de Riley.

Sin estar muy segura de ello desvió la mirada hacia William. Yo también lo hice y hablé al ver la indecisión que

mostraba todavía. Intervine y terminé de convencerlo como le había dicho a Yago que haría.

—Todos, sin excepción —remarqué mirándolo directamente—. Me encantará compartir ese momento con todos vosotros y para Riley es importante. Como es un día especial para ella no hay más que hablar, ¿verdad William? —Apreté los labios, divertido al máximo porque le entraron hasta calores de pensar en estar dentro del agua conmigo cerca.

—Verdad —terminó diciendo y rio ante el grito que soltó Riley.

No fue el único, todos nos unimos a él porque no solo expresó con ese sonido la ilusión que le proporcionaba, sino que fue directamente hacia William y lo abrazó por la espalda rodeándole el cuello, dándole besos en la mejilla.

—Yaaa, que ya he aceptado —dijo él sin poder parar de reír.

—Es por si te echas para atrás —comentó Riley, mirándolo con cariño.

—Cualquiera lo hace entre todos vosotros. —Carraspeó provocando más risas.

Animados salimos del salón y nos separamos. Cada uno tomó la dirección de sus estancias para ponerse los trajes de baño. Aura y William no tuvieron que ir hacia su casa gracias a que Yago se anticipó desde primera hora de la mañana para hablar con Aura. Ella se había encargado de traerlos hasta la mansión para cuando llegara el momento. Incluso Matthew, Alexander y Mateo, que vivían fuera, estaban preparados y se fueron hacia varios baños para cambiarse. Yo no tenía problema porque en mi habitación aún continuaba teniendo cosas básicas, y ropa de baño no faltaba.

La única que no lo tenía era Riley, o eso pensamos porque su amigo nos sorprendió cuando desapareció y regresó con un bikini diferente a los que le había visto puestos. Lo sujetaba en alto con una mano y nos dijo que lo había cogido antes de irse de la casa junto a William, al ser una sorpresa.

mostraba todavía. Intervine y terminé de convencerlo como le había dicho a Yago que haría.

—Todos, sin excepción —remarqué mirándolo directamente—. Me encantará compartir ese momento con todos vosotros y para Riley es importante. Como es un día especial para ella no hay más que hablar, ¿verdad William? —Apreté los labios, divertido al máximo porque le entraron hasta calores de pensar en estar dentro del agua conmigo cerca.

—Verdad —terminó diciendo y rio ante el grito que soltó Riley.

No fue el único, todos nos unimos a él porque no solo expresó con ese sonido la ilusión que le proporcionaba, sino que fue directamente hacia William y lo abrazó por la espalda rodeándole el cuello, dándole besos en la mejilla.

—Yaaa, que ya he aceptado —dijo él sin poder parar de reír.

—Es por si te echas para atrás —comentó Riley, mirándolo con cariño.

—Cualquiera lo hace entre todos vosotros. —Carraspeó provocando más risas.

Animados salimos del salón y nos separamos. Cada uno tomó la dirección de sus estancias para ponerse los trajes de baño. Aura y William no tuvieron que ir hacia su casa gracias a que Yago se anticipó desde primera hora de la mañana para hablar con Aura. Ella se había encargado de traerlos hasta la mansión para cuando llegara el momento. Incluso Matthew, Alexander y Mateo, que vivían fuera, estaban preparados y se fueron hacia varios baños para cambiarse. Yo no tenía problema porque en mi habitación aún continuaba teniendo cosas básicas, y ropa de baño no faltaba.

La única que no lo tenía era Riley, o eso pensamos porque su amigo nos sorprendió cuando desapareció y regresó con un bikini diferente a los que le había visto puestos. Lo sujetaba en alto con una mano y nos dijo que lo había cogido antes de irse de la casa junto a William, al ser una sorpresa.

Capítulo 27



Riley

Estaba yendo más que perfecto, no podía estar más feliz con todo y con todos. La emoción podía conmigo. Ni por asomo pude imaginar que la única finalidad que querían conseguir escondiéndose de mí en la mansión, era para darme una gran sorpresa por mi cumpleaños. Ni mucho menos metía en el lote a Hunter que no sabía nada. Hacia el resto también ignoraba que estuvieran al tanto porque no habían hecho ningún comentario que me indicara lo contrario. Solo Yago, como es lógico, no había año en el que se le pasara la fecha de mi cumpleaños.

Y que fuéramos a terminar todos en la piscina… Para mí suponía mucho porque quería que disfrutaran y que se desinhibieran al igual que yo. Asombrada continuaba porque William y Aura iban a estar, lo que me había llenado de alegría y satisfacción. No dudaba de que mi amigo había tenido que esmerarse e insistir hasta la saciedad. Una jugada que las palabras de Hunter habían rematado antes de salir del salón.

Encantada y con una gran sonrisa, así aparecí en la zona de la piscina con otro de los bikinis que me compré, estrenando el último. Al final bien había merecido la pena el dinero que invertí porque los ojos de Hunter se quedaron fijos en mí en cuanto me vio. Su cuerpo ya estaba cubierto solo por el bañador, al igual que el de todos los que se habían reunido a la espera de que llegáramos los demás.

Hasta nerviosa caminé por la intensidad que me transmitieron sus ojos, los que me recorrieron por completo mientras me acercaba a las hamacas en las que estaban él, Sebastian, Matthew, Alexander, Mateo y Stephan.

—Hola —dije parándome junto a ellos.

Me correspondieron de la misma forma, a excepción de Hunter que se mantuvo callado, pero dedicándome un guiño. El jaleo que llegó por la espalda me hizo girar y tuve que reírme al ver a Sophia intentado quitarle la toalla a Aura. Llevaba el cuerpo cubierto con ella y no dejaba de quejarse para que parara, divertida mientras apartaba las manos de Sophia en cada intento que hacía.

Fueron llegando y cuando estuvimos todos, no quisimos perder más tiempo. Fue el comienzo de un momento inolvidable, uno que atesoraría siempre. Las risas nos acompañaron, los cócteles también, ya que Aura y Sophia salieron de la piscina para prepararlos, a las que me uní sin dudar.

Dándole sorbos al mío, en un momento en el que todo se quedó en calma y disfrutábamos por separado y en silencio de lo bien que se estaba, algo me rozó por la espalda y miré hacia el lado cuando Hunter se apoyó en el poyete de la piscina, como estaba yo.

—Estoy deseando quitarte esto —dijo acompañando a sus palabras con un pequeño tirón en la braga del bikini, la que enredó en sus dedos haciendo una leve presión hacia arriba.

Me removí inquieta al clavárseme en una zona un tanto especial, lo que fue su propósito por la sonrisa de medio lado que mostró al verme acalorada, cubierta por tanta agua.

—¿Cuánto? —Me mordisqueé el labio inferior con mi cuerpo dispuesto a entrar en acción y elevándose ante la anticipación.

—Tanto que no me importaría hacerlo ahora mismo. —Levantó las dos cejas, varias veces—. Sería un gustazo follarte aquí, ni siquiera tendría que deshacerme de esto. —Tiró más dejándome sin aire.

—Madre mía —susurré en tensión porque se esmeró en moverlo para volverme loca—. Claro, hombre. —Jadeé— ¡Cómo no hay gente! —Me entró la risa nerviosa.

—Ese es el motivo por el que me estoy conteniendo. —Retuve el aire cuando se pegó a mí, haciendo ver para los demás que se había inclinado para coger mi copa—. Si no fuera porque no quiero que nadie te vea desnuda… —Su voz sonó ronca y profunda cuando introdujo la mano hacia la zona que había calentado.

—Hunter… —murmuré con un pequeño gemido al notar sus dedos apresarme el clítoris.

—Tranquila, si continúas así nadie prestará atención. —Su aliento me calentó la oreja, mientras continuaba arrastrando los dedos por mi sexo.

No pude evitar abrir las piernas para darle mejor acceso, una locura porque estábamos rodeados, aunque cada uno fuera a lo suyo y estuvieran apartados. Agradecí que no hubiera nadie fuera que pudiera ver desde algún punto lo que sucedía. Estábamos pegados a la pared de cristal de la piscina. Extendió el brazo y al final se llevó mi copa a los labios, para disimular más nuestra cercanía.

Lamió el filo y bebió sin apartar los ojos de los míos, mientras que su otra mano seguía muy ocupada. Me quedé embelesada y deseosa, fuera de juego viendo cómo retiraba el dulce del cóctel de sus labios, saboreándolo a conciencia y despacio, con mucha intención por lo que continuaba haciéndome.

—Para… —Cerré los ojos con fuerza mirando hacia delante para que nadie pudiera distinguirlo.

—No puedo, es tan suave, está tan mojado… Y no por el agua, Riley. Me tienes tan cachondo y duro que no veo el momento de sustituir mis dedos por mi boca y por mi miembro. Es un jodido placer que se hace irresistible

—gemí y para disimular apoyé la frente en los brazos que crucé en el poyete, excitada y sobrepasada.

No dejó de tocarme, de acariciarme, de apresar mi clítoris inflamado. A punto del colapso me quedé.

—¿Qué? —Parpadeé varias veces para salir del trance, levantando la cabeza, desorienta.

—Te está sonando una llamada en el móvil y esta vez sí que no te has enterado. —Rio con ganas—. No como la primera vez que nos vimos.

—Oh. —Llevé la vista hacia la hamaca en la que lo había dejado.

—¿Tus padres? ¿Algún familiar? —Se interesó apartándose, cortando el placer de golpe.

—No tengo, y no lo creo —contesté, provocando que frunciera el ceño.

Pasé por su lado sin querer añadir nada más y nadé hasta las escaleras comprobando que nadie nos había prestado atención. Cuando llegué a la hamaca sonreí al ver en la pantalla del teléfono el nombre de Paola. Descolgué rápido.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz… —Empezó a cantar y solté una carcajada.

—Gracias, cariño. —Me senté.

—Ay, qué rabia me da no estar contigo. —Lloriqueó—. Ah, pero eso está a punto de cambiar —gritó.

—¿Qué me dices? ¿Ya sabes cuándo puedes coger vacaciones? —pregunté emocionada— Dame una buena noticia por mi cumpleaños, anda.

—Mañana es el último día que voy al trabajo —confirmó y gritamos las dos.

—¿En serio? ¿Y por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—Porque no lo he sabido hasta hoy —dijo cantarina.

—¿Tan precipitado?

—Te diré. —Bufó—. He amenazado a mi jefe con amargarle la vida si no me las daba. —Soltó una carcajada a la que me uní.

—No tienes remedio, pero no sabes cuánto me alegro.

—Nah, si me las ha dado encantado. Ya sabes cómo es y mi impaciencia ha podido conmigo.

—¿Y cuándo vienes?

—No contaba con que fuera tan rápido. Aún tengo que comprar los billetes y prepararlo todo.

a —Eso no tardas mucho en hacerlo.

—Ya te digo que no, porque soy capaz de irme con lo puesto —dijo divertida.

—Cuando tengas los datos del vuelo dímelo. ¡Qué ganas de que llegues! —hablé emocionada.

—No sabes las que tengo yo de veros —soltó un suspiro—. Me habéis dejado aquí sola y es muy aburrido. —Lloriqueó.

—¿Me puedes hacer un favor? —le pedí pensativa.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Es algo rápido y sencillo. ¿Puedes pasarte por el bufete para ver si mi jefe Darío quiere aprovechar para hacerme llegar algo? Seguramente si es que sí, serán solo papeles. No creo que te dé una pata de jamón. —Reímos.

—Eso está hecho, mañana por la tarde voy sin falta.

—Vale, gracias. Tenía pensado escribirle, se lo diré.

—De acuerdo. Por mí no te cortes, ¿eh? Dile que, si quiere cargarme con un jamón o cuñas de queso, tiene vía libre así tenga que facturar otra maleta extra. —Volvimos a reír.

—Me acabas de arreglar el día, más de lo que estaba —sonreí—. ¿Sabes? Me han organizado una fiesta sorpresa, hemos comido mi comida favorita, he apagado las velas y ahora estamos todos los de la casa en la piscina, disfrutando de ella con cócteles. —Me reservé el mencionarle a Hunter porque no sabía nada de las novedades repentinas que se habían dado entre nosotros. Ya lo haría cuando llegara porque conociéndola, gritaría, patalearía y la emoción podría con ella.

—Joder, ¡qué envidia! Yo quiero. —No la vi, pero supe que había hecho un puchero.

—Tranquila que te vas a cansar cuando llegues.

—Lo estoy deseando, pero sobre todo achucharos a ti y a Yago. No te entretengo más, sigue disfrutando y

continúa consumiendo el día de esa forma. Te quiero.

—Ya sabes que no lo haces. ¡Gracias! Hablamos mañana, te quiero.

Colgué sin que se me borrara la sonrisa de los labios y aproveché para enviarle el mensaje a mi jefe. Entre unas cosas y otras ya era de noche en España.

Riley: *¡Hola! ¿Cómo va por ahí? Aquí todo genial, me tratan de maravilla. Poco más puedo añadir por el momento. Acabo de hablar con mi amiga Paola, vendrá en unos días para estar con Yago y conmigo en sus vacaciones. Si me haces el favor de decírselo a Benjamín, para que esté informado porque sé que solo dirá que disfrutemos. Le he pedido a Paola que pase a verte por el bufete por si necesitas hacerme llegar algo. Te aviso por si tienes que prepararlo porque me ha confirmado que irá mañana por la tarde. Espero que todo marche bien en España, cualquier cosa házmela saber, ¿eh? Un abrazo y un beso muy grande desde la distancia, hasta que pueda dártelos en persona.*

Dejé el móvil otra vez en la hamaca y llevé la vista hacia la piscina, viendo satisfecha a todos en remojo. Yago levantó en mi dirección el pulgar de una mano, sabiendo por mis gritos y risas con quién había estado hablando. En el siguiente en el que fijé la atención fue en Hunter. Continuaba apoyado en el poyete, observándome directamente.

Mierda, ese hombre era capaz de alterar a cualquiera, me dije. Se veía impresionante, más que eso. Llamaba la atención sin necesidad de hacer nada. Tenía el pelo mojado con varios mechones cayéndole por la frente, los que se retiró hacia atrás con las manos, mostrando los músculos de sus brazos y pecho. En la parte de la piscina en la que me esperaba solo cubría hasta por encima de la cadera. Solté un suspiro porque era un espectáculo y todo para mí, al menos por el momento. Pero con eso me quedaba porque pensaba continuar disfrutando de su compañía todo el tiempo que él quisiera estar junto a mí. Y más con el calentón que me había dejado…

Me pidió que regresara al agua con un gesto y no lo dudé. Me levanté con ganas de seguir con el día tan maravilloso que se me había presentado. Y pensar que me había enfadado y hasta alterado al encontrarme la mansión vacía al llegar, con los siguientes ruidos que me habían ido calentando al no encontrar a nadie y que todas mis llamadas en voz alta no surtieran efecto…

Me paré al alejarme pocos pasos de la hamaca y me giré hacia el móvil. Me había llegado un mensaje y supuse que era la respuesta de mi jefe. Así fue, lo comprobé entrando en él, sonriendo al empezar a leerlo.

Darío: *No sé cómo lo haces, pero siempre te adelantas. Tenía que ser yo el primero en escribirte para felicitarte. He tenido un día de locos en el juzgado y cuando he querido hacerlo, al calcular las horas de diferencia, era demasiado temprano donde estás. Después se me ha ido el resto del día sin darme cuenta. No quería enviarte un mensaje sin que pudieras verlo al momento. Muchas felicidades, preciosa. Me alegro por lo que he leído, no sabes cuánto. Sigue así, dejando en un segundo plano lo que te ha llevado hasta ahí, al menos el tiempo que puedas estar acompañada por tus amigos. Marisa te envía muchos besos y abrazos, me ha pedido que te diga que cuando estés de vuelta lo celebraremos con una comida en nuestra casa. No te preocupes por*

Benjamín, como bien das por hecho, él estará más que encantado por la presencia de tus amigos. Referente a Paola, me viene genial para hacerte llegar una documentación. Estaré esperándola. Cuídate y vive el momento a máximo. Aunque te digo, siendo egoísta, que estoy deseando que te canses de todo eso y que regreses. Echo de menos verte por los pasillos o encontrarte en tu despacho, pero, sobre todo, que mi puerta se abra de golpe para ver tu sonrisa pícara. Otro abrazo y un beso bien grande de mi parte. Por muchos años más que pueda verte cumplir años, cariño.

Riley: *¿Te he dicho que eres el jefe más maravilloso y molón que existe en el universo entero?* —Me reí sola al escribir, sabiendo cuál sería su respuesta.

Darío: *Cada segundo, cada minuto, cada vez que apareces delante de mí. Jajaja… Esta vez no puedo decirte que es porque vas a pedirme algo.*

Riley: *No te confíes que puedo hacerlo igualmente, ¿eh? Los kilómetros que nos separan no son un impedimento.* —Acompañé a las palabras con un emoji de un guiño—. *Muchas gracias, Darío; y a Marisa, dile que no tardaremos en vernos y en hacer lo que te ha pedido que me digas. Al menos eso espero, que sea pronto.*

Hice una pequeña mueca porque claro que quería reencontrarme con ellos, pero la realidad era que en el momento en el que estaba, después del cariño que les había cogido a todos los de la mansión, una parte de mí iba a quedarse muy tocada y en las tierras en las que me encontraba. Y si le sumaba a lo que estábamos teniendo Hunte y yo… Aparté rápido lo negativo de la mente, evitando pensar en lo que yo misma había escrito.

Darío: *Lo sé de sobra, recuerda que te conozco muy bien. Eres capaz de remover cielo y tierra para conseguir lo que quieres. No tengo ninguna duda de ello y por eso no voy a arriesgarme en insistir en el tema. Te dejo ya, porque Marisa debe estar a punto de salir con un palo en alto de la casa. He contestado a tu primer mensaje nada más estacionar al llegar y me ha visto. Se estará preguntando por qué no salgo del coche. Estamos en contacto y una vez más, muchas felicidades, Riley. Recuerda siempre que te queremos, por lo tanto, nos hace felices saber que tú lo estás.*

Riley: *Primero asoma un pie por la puerta, no vaya a ser que el palazo te lo lleves tú. Jajaja… Gracias por todo el cariño y amor que me dais, sabes que es recíproco. Cuidaros mucho.*

Esa vez sí, me olvidé del móvil alejándome de él, dispuesta a seguir disfrutando de esa felicidad a la que había hecho alusión Darío. Los echaba de menos, pero continuaban estando muy cerca de mí, daba igual la separación que hubiera entre los tres.

Benjamín, como bien das por hecho, él estará más que encantado por la presencia de tus amigos. Referente a Paola, me viene genial para hacerte llegar una documentación. Estaré esperándola. Cuídate y vive el momento al máximo. Aunque te digo, siendo egoísta, que estoy deseando que te canses de todo eso y que regreses. Echo de menos verte por los pasillos o encontrarte en tu despacho, pero, sobre todo, que mi puerta se abra de golpe para ver tu sonrisa pícara. Otro abrazo y un beso bien grande de mi parte. Por muchos años más que pueda verte cumplir años, cariño.

Riley: *¿Te he dicho que eres el jefe más maravilloso y molón que existe en el universo entero?* —Me reí sola al escribir, sabiendo cuál sería su respuesta.

Darío: *Cada segundo, cada minuto, cada vez que apareces delante de mí. Jajaja… Esta vez no puedo decirte que es porque vas a pedirme algo.*

Riley: *No te confíes que puedo hacerlo igualmente, ¿eh? Los kilómetros que nos separan no son un impedimento.* —Acompañé a las palabras con un emoji de un guiño—. *Muchas gracias, Darío; y a Marisa, dile que no tardaremos en vernos y en hacer lo que te ha pedido que me digas. Al menos eso espero, que sea pronto.*

Hice una pequeña mueca porque claro que quería reencontrarme con ellos, pero la realidad era que en el momento en el que estaba, después del cariño que les había cogido a todos los de la mansión, una parte de mí iba a quedarse muy tocada y en las tierras en las que me encontraba. Y si le sumaba a lo que estábamos teniendo Hunter y yo… Aparté rápido lo negativo de la mente, evitando pensar en lo que yo misma había escrito.

Darío: *Lo sé de sobra, recuerda que te conozco muy bien. Eres capaz de remover cielo y tierra para conseguir lo que quieres. No tengo ninguna duda de ello y por eso no voy a arriesgarme en insistir en el tema. Te dejo ya, porque Marisa debe estar a punto de salir con un palo en alto de la casa. He contestado a tu primer mensaje nada más estacionar al llegar y me ha visto. Se estará preguntando por qué no salgo del coche. Estamos en contacto y una vez más, muchas felicidades, Riley. Recuerda siempre que te queremos, por lo tanto, nos hace felices saber que tú lo estás.*

Riley: *Primero asoma un pie por la puerta, no vaya a ser que el palazo te lo lleves tú. Jajaja… Gracias por todo el cariño y amor que me dais, sabes que es recíproco. Cuidaros mucho.*

Esa vez sí, me olvidé del móvil alejándome de él, dispuesta a seguir disfrutando de esa felicidad a la que había hecho alusión Darío. Los echaba de menos, pero continuaban estando muy cerca de mí, daba igual la separación que hubiera entre los tres.

Capítulo 28



Hunter

Contando los segundos estaba desde que varios habían dicho que era el momento de terminar y dedicarse un poco más a sus tareas. Eran las cinco de la tarde, igualmente Aura no tenía prisa porque el guiso que vio Riley en la cocina solitaria era para la cena. Y con todo lo que había sobrado del mediodía…

Algunos habían entrado otra vez en el agua para darse el último baño, los demás estábamos tumbados en las hamacas. Noté movimiento y entreabrí los ojos, viendo a William cubrirse con una toalla e ir directo hacia el interior de la mansión. Volví a cerrarlos después de comprobar que Riley estaba adormilada en su hamaca.

Se estaba de lujo mientras me secaba y más lo iba a estar en poco tiempo. Eso fue lo que pensé, pero me dio qu iba a tener que continuar postergando mi encuentro íntimo con Riley. Lo supe con certeza en cuanto abrí los ojos al notar que ya no me daba el sol directamente.

William se había inclinado sobre mi hamaca, tapándolo. Lo observé con atención y me incorporé despacio, preguntándome el motivo de su seriedad.

—Señor Hunter, ¿puede venir conmigo? —habló en tono bajo, señalando hacia la corredera de uno de los salones.

Asentí y me levanté sin llamar la atención. Lo seguí intrigado y cuando estuvimos los dos solos me calenté al instante, al escucharlo.

—¿Qué pasa? —dije al principio, sin saber por dónde saldría.

—La señorita Emily acaba de llegar, está junto a la verja principal —se refirió a mi prima y me extrañó porque hacía bastante que no coincidía con ella. Sabía de buena mano que no se dejaba caer casi nunca por aquí.

—¿Y cuál es el problema? —Quise saber porque, aunque su presencia pillara de sorpresa, era algo muy normal. Al menos tendría que serlo porque se había criado con Cole y conmigo allí. Su habitación se mantenía intacta.

—Es que no está sola y ha hablado muy alterada. —Fruncí el ceño—. Tengo activado el aviso silencioso de llegada en el móvil y al saltarme he accedido a las cámaras. Al verla y a quién está a su lado, he hablado por el interfono y ha sido cuando he notado la diferencia que le he dicho, por su contestación.

—Qué mierda… —Empecé a caminar hacia la puerta para ir directo hacia el coche.

—¿Dónde vas? —La voz de Riley me frenó. Medio giré hacia ella—. ¿Sucede algo? —Nos miró extrañada.

—Mi prima ha llegado acompañada.

—Ah. —Volvió a pasar la mirada de uno a otro, sin entender lo que sucedía con esa breve explicación.

—El hombre que está con ella es su pareja y tiene prohibida la entrada aquí por el señor Benjamín. Es una muy mala influencia —le aclaró William.

—¿Te vas a enfrentar a él? —preguntó acercándose a mí, con gesto preocupado.

—Simplemente voy a echarlo de esta zona y a meter a mi prima dentro.

—¿Puedo acompañarte?

—No —respondí con decisión porque no me daba la gana que ese tío la viera como estaba, con un bikini espectacular cubriéndole demasiado poco de su cuerpo.

Ojo que no soy un cromañón, pero sabía perfectamente con quién compartía sus días mi prima y de sus habilidades fantásticas. Todas pésimas y rozando lo ilegal, por no decir que en muchas de ellas sobrepasaba el límite con honores. Una de las tantas habilidades era tratar mal a Emily, haciéndole la vida imposible.

Nunca había entendido la relación tóxica que mantenía con él, la que increíblemente perduraba en el tiempo. Jamás podré hacerlo. Estaba rodeado tanto por mi hermano como por ella, de personas que eran infelices y se conformaban con lo que tenían, pasándolo mal. Así de simple y a mí me hervía la sangre al no poder ponerle remedio a ninguno de los dos casos.

Había que joderse, era eso o volverse loco intentando un imposible porque no habían sido pocas las veces que había mantenido conversaciones con los dos. Más claro no pude hablarles en cada una de esas ocasiones, sobre lo que estaban haciendo con sus vidas. Todos mis intentos habían terminado en un fracaso rotundo, por lo que también me aparté de Emily, al igual que lo hice referente a Cole. Mi salud mental me lo agradeció, ya eran mayorcitos como para saber lo que querían o no, para enderezar sus vidas.

No supe cómo Riley interpretó el motivo de mi negativa, pero con un movimiento rápido le quitó la toalla a William, la que le rodeaba la cadera. Se la colocó rápido, cubriéndose con ella.

—Gracias —le sonrió a William, dándole un beso en la mejilla antes de caminar hacia mí—. Vamos —dijo adelantándome.

Negué porque era un caso aparte cuando se proponía algo, hasta conseguirlo.

—¿Estás segura? —Tanteé.

—¿No me ves? —Me miró de reojo cuando me puse a su lado.

—Cristalina. —Apreté los labios, divertido.

—Pues eso. Vamos a por tu prima —asintió para ella misma.

Salimos de la mansión y la guie hacia la zona a cubierto en la que estacionábamos los coches. Cogí el mando de la repisa que tenía el uso para dejar todas las llaves y lo abrí. En silencio nos montamos y arranqué, acelerando descalzo. Poco me importó porque de la acera de la entrada no iba a pasar.

—¿Hacía mucho que no venía por aquí?

—Sí. No me preguntes por la fecha exacta porque no tengo ni idea —respondí.

—¿Por qué os cuesta tanto regresar? —La observé de reojo, miraba por la ventanilla.

—Supongo que cada uno tiene su historia personal, hace mucho tiempo que solo me preocupo por la mía. Al final, entre unas cosas y otras, dividimos nuestros caminos tomando direcciones diferentes. Todos tenemos viviendas propias e independientes a esta.

—Es una pena —dijo en tono bajo—. ¿Por qué?

—¿El qué?

—Das una sensación muy distinta a la que es en realidad. Aunque acabas de decir que solo te preocupas por ti, pero he sido testigo de cómo lo haces hacia tu hermano, como también de cómo te enfrentas a tu cuñada. Y ahora estás decidido a proteger a tu prima. Te sale de forma natural, lo mismo ni te das cuenta, pero es así. Pareces el más desapegado, que vas solo a lo tuyo sin querer saber nada de los demás, pero tus comportamientos hablan por sí solos.

—De vez en cuando me sale la vena protectora que llevo escondida. —Me encogí levemente de hombros—. Sobre todo, cuando me tocan los cojones.

—Está bien saber que no tengo que tocártelos. —Carraspeó.

Mis labios se curvaron y me tomé unos segundos en silencio para volver a hablar, cuando a lo lejos se hizo visible la verja principal.

—Creo, y sé que no me equivoco, que tú tienes más que yo sin que te cuelguen. ¿Me equivoco?

—Correcto. —Se aclaró la voz. Solté una carcajada.

—Sería divertido vernos enfrentados. Y Riley…

—No quieras que llegue ese día. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Sí?

—Espero que me los toques.

—¿Cómo?

—Que me toques esa parte que he mencionado y todas las quieras, ¿lo pillas? —Busqué su mirada, con gesto divertido.

—Ah. —Se sonrojó y volví a reír.

—Quédate dentro del coche —le pedí cuando quedaban pocos metros para llegar.

No hizo ningún comentario al respecto, aunque sentí su grito silencioso de que iba a hacer lo que a ella le pareciera bien. Esperaba que me hiciera caso, pero siendo sincero, no las tenía todas conmigo. Apreté el volante con las manos cuando rodeé la rotonda y vi por la parte exterior de la verja a Emily. No fue su imagen la que me alteró, sino el imbécil que la tenía agarrada de las muñecas e imponiéndose sobre ella.

Frené tan de golpe que capté la atención de los dos. El tío no la soltó, pero las cabezas de los dos giraron hacia nosotros. Me bajé del coche dando un portazo y caminé descalzo hacia la verja, con la mirada fija en Andrew, así se llamaba la increíble pareja de mi prima. Antes de quedarme frente a la verja esta empezó a abrirse, señal de que William volvía a estar atento a las cámaras y había visto nuestra llegada.

La cancela solo se abrió lo justo y necesario para que un cuerpo cupiera, hueco por el que salí. Me acerqué a ellos, pero quedándome a cierta distancia. Cruzándome de brazos, sin hablar, pasé la mirada de uno a otro.

—Hunter… —dijo sorprendida Emily.

Normal, no esperaba encontrarme dentro de la mansión y teniendo en cuenta el tiempo que hacía que no nos veíamos…

—Entra —le pedí con voz seria y cortante.

—Era lo que quería hacer, pero… —contestó apurada.

Bajé la vista hacia la unión que tenían y di un paso hacia delante, para marcar más mi posición.

—¿Hay algún motivo por el que la estés sujetando? —dije levantando una ceja.

—Lárgate, no es de tu incumbencia —habló Andrew con los ojos entrecerrados. Curvé los labios de medio lado

—Creo que no te enteras. El que tiene que desaparecer eres tú. Estás en mi casa, reteniendo a mi prima en contra de su voluntad, ¿me equivoco? —Fijé los ojos en ella. Le costó, pero terminó asintiendo muy sutilmente— Suéltala. —Di un paso más hacia ellos.

—¿Por qué no continuas con tu vida de desenfreno y dejas la de los demás? —siseó— Eres bien conocido en el mundo de la fiesta y Emily es asunto mío.

—Tiene gracia. —Reí desconcertándolo—. Como si me importara que hayas escuchado algo de mí, cuando el que tendría que estar cagándose en los pantalones eres tú. Tengo los suficientes datos como para tumbarte y déjame decirte que estás siendo un privilegiado porque no soy de repetir las cosas. —Fui endureciendo el tono de voz.

Con un movimiento fuerte tiró de las manos de mi prima y la puso a su espalda. Al hacerlo por poco no la tiró a suelo. Endurecí la expresión, acortando aún más la distancia.

—Emily, ven. —Cerré los ojos al escuchar la voz de Riley, maldiciendo interiormente.

—Vaya, vaya… ¿Quién eres tú, preciosa? —Se dirigió a ella, captando toda su atención.

—Alguien a quién no quieres conocer en las distancias cortas, te lo aseguro —le contestó ella, poniéndose a mi lado.

La miré de reojo, más tranquila no podía verse. Todo superficial, sobra decirlo porque la posición de su cuerpo indicaba todo lo contrario al tono de su voz.

—Ya me has hecho perder demasiado tiempo. —Me coloqué delante de ella, para taparla un poco con mi cuerpo—. Como continues mirándola va a ser lo último que veas en tu jodida vida —le advertí al no apartar la vista de Riley.

—Ahhh… —gritó Emily. Di por hecho que le apretó con mucha más fuerza una de las muñecas que todavía le

sujetaba hacia atrás.

—Cállate, joder, ¡no aguantas nada! —le gritó por su reacción—. Me gustaría saber cuánto tiene la amiguita de tu primo, estoy seguro de que mucho más que tú —le habló con rabia y asco, la percepción fue clara.

Hasta ahí llegó mi paciencia y mi temple. Levanté un brazo y dirigí el puño a su cara y a su estómago, zonas en las que impacté provocando que diera un traspiés hacia atrás, desestabilizándose al no estar pendiente de mí. Emily al continuar a su espalda, a punto estuvo de caerse, otra vez. Ese fue el inicio de una pequeña pelea, cuando mi prima se apartó.

Entre golpes y forcejeo vi de refilón cómo Riley se acercaba a mi prima y la llevaba hacia la verja. Una vez que estuvieron las dos dentro, y pasados unos minutos en los que la pelea se calentó y yo me impuse por la rabia que me recorría, Andrew en cuanto pudo deshacerse de mí, salió corriendo hacia su coche y se fue rápido, acelerando y sin mirar atrás.

Me pasé la mano por la boca y la miré. Ni falta que hacía para saber que me había retirado sangre. Por su sabor y la sensación caliente resbalando ya sabía que me había partido el labio inferior. Era el único daño que tenía, él s había largado bastante peor que yo. Me giré hacia la verja y negué hacia mi prima, cabreado. Se veía descompuesta y preocupada, observándome.

En silencio, muy alterado, caminé hasta ellas. Cuando pasé al otro lado de la cancela miré hacia la cámara, pidiéndole con un gesto a William que la cerrara. Empezó a moverse al instante y me dirigí hacia el coche.

—Hunter… —susurró mi prima.

—Ni se te ocurra hablarme ahora —contesté cortante y con voz fría.

Me monté en el coche y arranqué, con la vista enfocada hacia delante mientras las dos subían. Pisé el acelerado con rabia, haciendo rugir el motor. Tomé el camino asfaltado a gran velocidad y cuando llegué a la fuente de la entrada principal William ya nos esperaba en ella.

—Bajaros —tuve que decir porque cuando paré ninguna hizo el intento de hacerlo.

Mi prima abrió la puerta y salió rápido, sabiendo que todavía no era buen momento para volver a hablar. Se reunió con William quién la arropó y la guio hacia el interior de la mansión, después de hacerme un asentimiento con la cabeza. Giré la mía hacia Riley. No se había movido, tenía la vista enfocada hacia delante.

—He dicho que te bajes —insistí con un tono de voz que dejaba claro la urgencia que tenía porque lo hiciera.

—Lo haré cuando yo quiera, así que no malgastes palabras.

—¿Qué mierda pasa contigo? ¿Nunca puedes hacer caso o qué? Ni cuando te he pedido que te mantuvieras en e coche ni ahora. Me cago en…

—¡Ya deberías saber que no! —Alzó la voz, igualando cómo había hablado yo. Me enfrentó cuando nuestras miradas se encontraron—. Ni se te ocurra gritarme otra vez porque no voy a quedarme impasible y saltaré sobre ti —siseó—. Yo no tengo nada que ver con lo que te has encontrado, que no se te olvide porque no paso ni una.

—Bájate —insistí en tensión.

—No me da la gana —respondió rápido, cruzando los brazos sobre la toalla.

—No me conoces…

—Déjame hacerlo.

—Cuando estoy tan alterado no quiero a nadie cerca. —Apreté el volante con fuerza, apartando la vista de ella —. Necesito mi espacio, mi soledad.

—Siempre hay una primera vez para todo, aprende a digerirlo y a aceptarlo.

Maldecí, esa vez en voz alta para que tuviera más clara mi postura. A pesar de cómo me encontraba aceleré y rodeé la mansión, pero sin ninguna intención de llevar el coche donde había estado estacionado. Oh, no, me dirigí directo hacia la casa en la que ella vivía.

—¿Qué mierda pasa contigo? ¿Nunca puedes hacer caso o qué? Ni cuando te he pedido que te mantuvieras en el coche ni ahora. Me cago en…

—¡Ya deberías saber que no! —Alzó la voz, igualando cómo había hablado yo. Me enfrentó cuando nuestras miradas se encontraron—. Ni se te ocurra gritarme otra vez porque no voy a quedarme impasible y saltaré sobre ti —siseó—. Yo no tengo nada que ver con lo que te has encontrado, que no se te olvide porque no paso ni una.

—Bájate —insistí en tensión.

—No me da la gana —respondió rápido, cruzando los brazos sobre la toalla.

—No me conoces…

—Déjame hacerlo.

—Cuando estoy tan alterado no quiero a nadie cerca. —Apreté el volante con fuerza, apartando la vista de ella —. Necesito mi espacio, mi soledad.

—Siempre hay una primera vez para todo, aprende a digerirlo y a aceptarlo.

Maldecí, esa vez en voz alta para que tuviera más clara mi postura. A pesar de cómo me encontraba aceleré y rodeé la mansión, pero sin ninguna intención de llevar el coche donde había estado estacionado. Oh, no, me dirigí directo hacia la casa en la que ella vivía.

Capítulo 29



Riley

Si él estaba alterado anda que yo… No se imaginaba la rabia que me entraba cuando tomaba esa actitud, pero ya no pensaba achantarme ante él como hice desconcertada en nuestro encuentro de la playa. Esa vez me pilló por sorpresa, una y no más. ¿No me había pedido que lo tumbara en el suelo e incluso que le tirara del pelo si hacía falta cuando se ponía así? Pues estaba más que dispuesta a llevarlo a cabo, absolutamente todo.

Esa rabia que me recorría se había iniciado al ver la escena al otro lado de la verja. El tío con el que estaba Emily, el tal Andrew, tenía unas pintas que con solo una pasada hacían saltar todas las alarmas. No entendía cómo alguien que se veía tan dulce y tranquila, podía estar con un tipo como ese, y encima con la forma en que la trataba. Inconcebible.

Habría saltado sobre él al no soltarla y hacerla gritar por el daño que le había hecho. Contenida, así me había mantenido para no darle más problemas a Hunter, pero ya os digo que yo no habría sido un adversario fácil, para nada. Ahí lo dejo, porque esa carta personal e íntima mía se quedaba para mí, por el momento.

Esa es la impresión que me había dado la prima de Hunter en persona, la de dulce y tranquila, independientemente de la información de la que disponía por Benjamín, en la que más claro lo detallaba. Tenía una cara angelical enmarcada por un pelo rubio y lacio que aún le proporcionaba más ternura a su expresión. De ojos claros y constitución fina, vestida a la moda, se contraponía con la presencia del hombre con el que hacía su vida.

Alterada, sofocada y con una mala leche impresionante, por unos instantes respiré un poco tranquila al ver que Hunter se internaba en el bosque. Interpreté que hacia mi casa provisional. Era lo que quería, no tenía intención de dejarlo solo o apartarme de él en el estado en el que se encontraba. Ni idea si su intención había sido la de cambiar sus planes para irse, pero con lo enfadado que parecía necesitaba que se aplacara un poco antes de hacerlo, si era la decisión final que tomaba. Pero en frío, no en caliente.

Dio otro frenazo al llegar frente a la casa y se bajó dando un portazo. Solté un suspiro e hice lo mismo, pero mostrando más tranquilidad que él, aunque no la sintiera. Caminé hacia la puerta en la que me esperaba sin mirarme y metí la llave, desbloqueando la cerradura. De un manotazo la abrió y entró. Una suerte que estuviera vacía, Yago aún debía continuar por algún lado de la mansión y si se había encontrado con William, estaba segura

de que lo iba a ayudar con Emily al verla llorar. De esa forma había bajado del coche.

Me dirigí a la cocina mientras él empezaba a dar vueltas por el salón, como si se sintiera enjaulado. Llené un vaso de agua y me lo bebí de un trago, pensando en el método más rápido para aplacarlo. Solo se me ocurrió uno porque en ese instante, como le había advertido a su prima, no estaba para hablar.

Dejé el vaso en el fregadero y me apoyé en el marco de la puerta, viéndolo agobiado y sin conseguir aflojar el cabreo que tenía. Por unos segundos lo admiré, sí, porque todas sus facetas lo hacían parecer interesante. ¿Qué puedo decir? Era la verdad. Me separé y caminé hasta quedarme cerca del respaldo del sofá.

Sus pies se pararon al captar su atención la toalla que lancé al suelo. Dirigió la mirada hacia mí, viendo cómo me desabrochaba la parte superior del bikini, el que poco tardé en lanzar junto a la toalla. Su respiración alterada ano varió, pero la intensidad de sus ojos y el brillo en ellos cambió al fijarlos en mis pechos al aire.

Continué con mi propósito porque iba muy bien, así que metí los dedos por los laterales de la braga del bikini y la deslicé hacia abajo, despacio, con mucha intención, sacándola por los pies retirándola hacia un lado. Desnuda por completo caminé hasta el respaldo y me subí a él, quedándome sentada bajo su atenta mi mirada.

) Abrí las piernas todo lo que mi elasticidad daba de sí, quedándome expuesta ante él. En ese punto sus ojos desprendían fuego y deseo. Llevé las manos a los pechos y me los masajeé, frotando los pezones erectos y tirando un poco de ellos. Inmóvil frente a mí, de su garganta salió un pequeño gruñido del placer visual que le proporcionaba.

Satisfecha al ver que la tensión de su cuerpo había cambiado de motivo, me llevé varios dedos a la boca y los chupé, humedeciéndolos.

—¿Te gusta? —susurré cerrando los ojos unos instantes, cuando me acaricié el sexo con ellos.

—No pares —habló con voz ronca, haciendo más profundas las respiraciones.

—No tengo intención de hacerlo, es demasiado bueno. —Me mordisqueé el labio inferior, excitada por cómo me miraba y lo que yo misma me hacía.

e Recorrí toda mi zona íntima, arrastrando la humedad, introduciendo un dedo en mi interior con necesidad de r que fuera él quien lo llenara. Así estuve, entrándolo y sacándolo un rato, hasta que necesité más y me centré en el clítoris inflamado. Gemí cuando me lo rodeé y empecé a acariciármelo con la energía que me pedía saciarme. Estaba tan mojada, su atención y la dureza que se marcaba en su bañador me pusieron cardiaca.

Otro gruñido, más fuerte, salió de su garganta mientras daba varios pasos hacia mí.

—¿Lo quieres? —Jadeé continuando, dándome placer.

ı

—Sí —respondió con voz profunda.

—Pensaba que querías que te dejara solo —susurré con la voz entrecortada.

—No así, no ahora. —Contuve la respiración cuando se subió de rodillas al sofá.

Me agarró de las piernas y las subió hasta sus hombros, dejando mi espalda apoyada en el respaldo. Gemí con fuerza cuando su boca cubrió mi sexo, apresando y lamiendo mi punto de placer. Loca, así me volvió igualando su locura al absorberme y atenderme. Elevé la cadera haciendo fuerza hacia arriba, sintiendo que el orgasmo recorrerme.

Agarrándolo del pelo me removí todo lo que la postura me dejaba, jadeando y dejando salir pequeños gritos al sentirlo llegar a cada rincón, esmerándose desesperado. No lo pude resistir más, me dejé llevar en su boca que no se apartó, ni intención tuvo después de hacerlo. Un orgasmo que alargó al no dejar de lamerme y de acariciarme con sus labios, hasta bastante después de que mi respiración se estabilizara. Cerré los ojos con fuerza al sentir su lengua rodearme el clítoris sensible, sin soltarle del pelo.

A pesar de la intensidad del orgasmo necesitaba más, mucho más. Nunca me había sucedido estar tan al límite en lo que a relaciones íntimas se refiere. Era lo que conseguía Hunter y todas las experiencias que tenía con él eran muy bien recibidas por la intensidad con la que se daban.

Abrí los ojos cuando se separó, viendo cómo pasaba la lengua por sus labios, limpiándoselos de mis fluidos.

—No me ha hecho falta tirarte al suelo, aunque del pelo sí —dije con un suspiro.

Y por fin se obró el milagro, sus labios se curvaron en una sonrisa de medio lado.

—Habrá más veces —dijo con voz ronca antes de moverme.

Jadeé al dejar caer un poco mi cuerpo, sin retirar mis piernas de sus hombros. Me dejó en la postura perfecta para inclinarse y apresar mis pezones entre sus dientes y labios, alternando entre los dos mientras sus manos se llenaban con mis pechos. Los masajeó mientras los atendía, activándome otra vez. Me removí acariciándole el pelo, echándoselo hacia atrás. Cuando terminó con ellos hizo un recorrido de besos hacia arriba, hasta que llegó a mis labios.

Nos besamos con desesperación, con sus manos agarrándome de los lados de la cabeza para ejercer más sujeción. Sin aliento y sin respiración, nos separamos.

—Me encanta tu método para calmarme. —Apretó la mandíbula.

—Me alegro, a mí también —sonreí sofocada, preparada para lo que estaba a punto de llegar.

Se bajó el bañador lo justo para que su miembro saliera y me hizo resbalar por el sofá. Gemí cuando caí sobre él, estando perfectamente colocado entró en mí profundamente por el peso que ejercía mi cuerpo hacia abajo. De sus labios salió un jadeó y cerró los ojos por unos segundos, manteniéndose quieto, conmigo cubriéndolo.

—Es una puta locura, Riley —siseó con todos los músculos en tensión.

Ya no pude decir nada más. Su cadera empezó a moverse buscándome y yo lo seguí incrementando la intensidad cuando apoyé las rodillas en el sofá, yendo a su encuentro. Nuestras bocas volvieron a buscarse, besándonos con la necesidad que nos provocábamos. Volví a gemir cuando se clavó más profundamente en mí, al levantarse y llevarme con él para no separarse.

Por unos instantes me mantuvo entre sus brazos, rodeándole la cadera con las piernas. Unos instantes que terminaron cuando me bajó al suelo y salió de mi interior. No estuve mucho tiempo sin sentir su contacto, el justo para que me girara dejándome de espaldas a él y me hiciera subir las rodillas al sofá, con la parte alta del cuerpo inclinada hacia delante.

Inquieta sentí sus caricias en la espalda y en las nalgas, las que separó y para llenarme con su miembro otra vez. Jadeé cuando pegó el pecho a mi espalda y llevó mis manos al respaldo, donde las dejó para que me sujetara y la inclinación fuera mejor.

—Estás tan resbaladiza, mierda… —siseó retrocediendo despacio y entrando con fuerza.

El tiempo que se tomó en esos movimientos enseguida desapareció para sustituirlo por uno incansable y acelerado, mientras escuchábamos el sonido de nuestros sexos chocando. Afiancé el agarré en el sofá, sintiendo que me faltaban las fuerzas al verme desplazada hacia delante por el ímpetu con el que me movía. Jadeé cuando una sus manos, cubrió mi clítoris sin dejar de balancear la pelvis, llevándome otra vez a la locura porque no pude resistirme al orgasmo mientras sus dedos frotaban con energía ese punto de placer y su erección me llenaba acelerando el proceso.

Me corrí perdiendo las fuerzas del todo sobre el respaldo, en el que apoyé la frente para no perder la estabilidad. Él continuó llevándose al límite, no supe por cuanto tiempo, pero fue una sensación tan agradable y placentera que sorprendentemente mi cuerpo reaccionó otra vez y consiguió ponerme en tensión una vez más.

Giré la cabeza hacia atrás cuando gruñó. Se mostró ante mí con todos los músculos marcados y supe que había llegado su momento. No me equivoqué cuando salió rápido de mi interior y se rodeó el miembro con una mano, descargando su orgasmo sobre mis nalgas ayudado por él mismo. Un deleite para la vista, esa fue la visión que me regaló y de la que no pude apartar los ojos hasta que la fuerza de los movimientos de su mano fue aflojándose.

Bajó la mirada hacia mi glúteo, en el que puso las manos. Me pregunté qué estaría pensando en ese instante porque me dio la sensación de que su mente se trasladó a otra parte.

—¿Hunter? —lo llamé en tono bajo. Buscó mi mirada.

—Quiero ir hacia la mansión —dijo haciéndome saber en lo que había estado pensando, en la situación de su prima.

Hunter podía decir lo que quisiera, daba igual la información que yo había leído sobre él, una que para mí era errónea después de haberlo conocido. Su padre y todos los demás se habían creído la forma de ser que había mostrado al mundo entero… Pero a mí no me engañaba nada de lo anterior. Hunter escondía muchas cosas, entre ellas los sentimientos que le provocaban las situaciones que le superaban y afectaban, situaciones de las que aparentemente pasaba por encima. Una forma de actuar superficial, pero que no se acercaba a la realidad.

—Claro —asentí.

Me bajé del sofá quedándome junto a él de pie.

—¿Te duele? —Le acaricié el labio partido. No había dado muestras de que fuera así.

—Es una pequeña molestia, nada importante.

—¿Quieres ducharte?

—Sí —respondió.

—Ya sabes dónde… —Señalé hacia el pasillo.

—Contigo. —Me dejó callada agarrándome de una mano.

Asombrada porque quisiera compartir más intimidad conmigo y con una gran sonrisa, lo seguí hasta el baño de mi habitación. Más sorprendida me dejó por el tacto, mimo y delicadeza con los que se esmeró en enjabonarme la cabeza y el cuerpo, dejando ver una parte de él que rara vez sacaba. Si apostaba, estaba segurísima de que ganaba en esa deducción.

—¿Hunter? —lo llamé en tono bajo. Buscó mi mirada.

—Quiero ir hacia la mansión —dijo haciéndome saber en lo que había estado pensando, en la situación de su prima.

Hunter podía decir lo que quisiera, daba igual la información que yo había leído sobre él, una que para mí era errónea después de haberlo conocido. Su padre y todos los demás se habían creído la forma de ser que había mostrado al mundo entero… Pero a mí no me engañaba nada de lo anterior. Hunter escondía muchas cosas, entre ellas los sentimientos que le provocaban las situaciones que le superaban y afectaban, situaciones de las que aparentemente pasaba por encima. Una forma de actuar superficial, pero que no se acercaba a la realidad.

—Claro —asentí.

Me bajé del sofá quedándome junto a él de pie.

—¿Te duele? —Le acaricié el labio partido. No había dado muestras de que fuera así.

—Es una pequeña molestia, nada importante.

—¿Quieres ducharte?

—Sí —respondió.

—Ya sabes dónde… —Señalé hacia el pasillo.

—Contigo. —Me dejó callada agarrándome de una mano.

Asombrada porque quisiera compartir más intimidad conmigo y con una gran sonrisa, lo seguí hasta el baño de mi habitación. Más sorprendida me dejó por el tacto, mimo y delicadeza con los que se esmeró en enjabonarme la cabeza y el cuerpo, dejando ver una parte de él que rara vez sacaba. Si apostaba, estaba segurísima de que ganaba en esa deducción.

Capítulo 30



—Hola —dije en tono bajo, sentándome al lado de Emily en el sofá.

Hacía poco que habíamos llegado a la mansión y acabábamos de entrar en el salón en el que estaba su prima. Mientras Hunter subía a su habitación para cambiarse, yo me había quedado con Aura en la cocina, hasta que vino a por mí. Al salir de la ducha se había puesto otra vez el bañador porque lo dejó todo aquí y yo me coloqué sobre la ropa interior, un vestido fresquito de verano. Delante de nosotras, a bastante distancia, cerca de la puerta del salón, William, Yago y Hunter hablaban haciendo un corrillo.

—Hola —respondió tímida—. Soy Emily. —Se presentó y sonreí porque hasta la voz la tenía dulce.

—Yo, Riley.

—Siento lo que ha pasado —murmuró.

—No ha sido culpa tuya. —Me reservé decirle que algo sí que tenía que ver por permitirlo, pero todavía se veía muy afectada y no tenía la confianza como para expresar mis pensamientos.

—Sí que lo es —negó decaída, aceptándolo—. Mi primo está muy enfadado, ¿verdad? —Me miró preocupada y nerviosa.

—Bueno —carraspeé—, creo que no es para menos, ¿no?

—Ya. —Hizo una mueca—. No me gusta verlo así y menos por mí. ¿Eres la chica con la que está ahora?

—Ni idea. —Me encogí de hombros porque siendo sincera, no sabía lo que tenía Hunter de puertas para fuera y nosotros solo habíamos mantenido varios encuentros sexuales.

—¿No lo sabes? —Agrandó los ojos, extrañada.

—No hemos hablado de eso —sonreí—. Si te estás refiriendo a si hemos tenido algo, si hemos intimado… La respuesta es sí.

—Ah, entonces está claro —asintió—. Por muy libertino que se dé a conocer, nunca está con varias mujeres a la vez. Las respeta hasta que se acaba, lo que suele ser muy rápido.

—¿Gracias por la parte que me toca?

—Lo siento —dijo con una risilla graciosa, sin elevar mucho el tono.

—Era broma, no me afecta. —Me encogí de hombros. Otra vez me reservé mis sentimientos—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿El qué? —Me animó y la observé con atención.

—¿Cómo una chica como tú puede estar con un tío como el que he visto hace poco? —Moví una mano a lo largo de su cuerpo, abarcándola toda— O lo que es peor, ¿cómo puedes continuar con él? Entiendo que cuando conocemos a las personas no sabemos cómo son en realidad. —Miré a Hunter porque eso precisamente me había sucedido con él.

»Muchos enmascaran su verdadera personalidad, hasta que la sacan a relucir. —Volví a centrar los ojos en ella—. He escuchado algún comentario sobre tu relación. No te asustes, lo único que sé es que llevas bastante tiempo con él. —Otra mentirijilla. Estaba sembrada últimamente, pero no podía hablarle claro, al menos en ese aspecto, y menos cuando agrandó los ojos—. No lo entiendo.

—Lo quiero —murmuró.

—El amor se acaba cuando se traspasan ciertos límites, Emily. No puedes querer a una persona que te trata mal porque eso demuestra lo que siente él hacia ti. Ejercer la fuerza y el control sobre otra no es amor. Ese sentimiento va relacionado con la libertad y el respeto mutuo, y no he visto nada de eso en la entrada de la mansión.

—Él también me quiere. —Se frotó las manos, nerviosa.

—¿Sabes que hay amores que matan todo lo que tienen alrededor? —Levanté una ceja—. No eres una jovencita inexperta. Eres una mujer adulta y tendrías que saber diferenciar entre lo que es un amor sano y lo que es la obsesión y el abuso.

—Me da miedo dejarlo —murmuró con los ojos aguados.

—Ahora te escucho alto y claro —asentí porque necesitaba que llegara hasta esa parte de aceptación.

—No se lo digas a mi primo. Si se entera de que quiero dejarlo y no puedo…

—No seré yo quien lo haga, quédate tranquila. —Puse una mano sobre las suyas, parando el temblor que tenía.

—Gracias.

—Serás tú quién hable con él —añadí porque no había terminado.

—No —negó varias veces.

—Yo creo que sí —sonreí con cariño, el mismo que transmitía.

—Yo me he metido en este lío y yo sola saldré. No quiero que ninguno de mis primos se enfrente a Andrew, es capaz de hacer cualquier cosa. No tiene nada que hacer contra Hunter, ya lo has visto, pero el problema es que esta vez lo ha pillado solo. Andrew siempre está rodeado por sus colegas, como se refiere a ellos, y me da pánico que acorralen a alguno de los dos, a Cole o a Hunter.

—Entiendo —dije pensativa, haciendo una pausa larga—. En la vida, en cualquier ámbito de ella, la unión hace la fuerza. Que no se te olvide, Emily. Ese miedo que dejas ver es lógico y muy normal hacia las personas que quieres, porque no dudo de que, aunque haga mucho tiempo que no os veis, por las pocas veces que te has referid a tu familia, los quieres.

—Los adoro —susurró—, pero las circunstancias…

—Ya. ¿Sabes? No hay piedra infranqueable. Si no se puede saltar para alejarse de ella, siempre queda la opción de rodearla y buscar la forma de hacerla más pequeña, debilitándola hasta hacerla desaparecer.

—Me gustas.

—¿Y eso?

—Alguna vez, hace ya tiempo, he conocido a acompañantes de mi primo. Pero tú eres diferente, al igual que hablas.

—No me considero su acompañante —levanté una ceja—, como mucho el que me acompaña es él. —Le salió otra vez la misma risilla—. Una elige con quién estar, Emily. Elige, por decisión propia, esa es la clave. Tomaste una decisión que te ha salido cara, pero no por ello tienes que malvivir el resto de tu vida.

»Las opciones están al alcance de todos si se enfocan bien los objetivos a cumplir. Que nada te dé miedo y si aparece, porque no lo puedes controlar, y es un sentimiento que llega sin avisar, solo tienes que respirar profundo, las veces que hagan falta y dirigir toda tu energía para salir de donde estás.

—Llevo intentándolo mucho tiempo —soltó un suspiro.

—Necesitar ayuda no es algo que tenga que darte vergüenza, ni te hace débil. Te ofrezco la mía cuando quieras

y lo veas oportuno.

—No, no… No puedo meterte en mis problemas. Te lo agradezco mucho porque sin conocerme quieres ayudarme, pero no voy a pedírtela.

—Una pena, oye. Me he quedado con muchas ganas de atizarle —sonreí de medio lado.

—¿Por qué hablan tanto? —Se refirió al grupo de tres que continuaban delante de nosotras, aún no se habían movido para acercarse.

—No tengo tan buen oído como para escuchar con tanta distancia —comenté.

—Yago también se ha portado muy bien conmigo —susurró y la miré de reojo—. Ha aparecido cuando estaba con William, él ha sido el que me ha dicho que es amigo tuyo.

—Como debe ser. —Le dejé claro—. Y estoy segura de que no todo lo que hubiera querido, al no conocerte. Sí, es un muy buen amigo, desde hace muchos años. ¿Qué? —Quise saber al ver la duda en su expresión.

—Nada, es solo que me extraña que Hunter lo haya traído aquí, por ti. Ya es raro de por sí que haya aparecido en la mansión con la chica con la que está. No es por menospreciarte. —Levantó las manos y fruncí los labios, conteniendo la diversión—. Pero es que no viene con ninguna con la que esté, siempre separa su intimidad.

—No ha sido así. No me ha traído él. La realidad es que me ha encontrado aquí, en la mansión —continúe explicándole toda la historia, la misma que los demás conocían.

Le comenté que vivía en una de las casas por decisión de su tío, Benjamín, y el motivo que me había traído hasta aquí, el trabajo. Continué con la visita de mi Yago por sus vacaciones y añadí que faltaba poco para que otra amiga llegara.

—Ah, vale. Qué raro…

—¿El qué? —La miré intrigada.

—Que Hunter se haya acercado a ti. Me refiero a que rechaza todo lo que tenga que ver con su padre y lo que lo rodea.

Lo busqué con la mirada, encontrándome con la suya. William y Yago continuaban hablando, pero él en ese instante estaba observándonos.

—Pues se ha dado de esa forma —hablé en tono bajo, sin apartar la atención de él.

Me quedé con las ganas de indagar sobre el motivo que había mencionado. Los chicos empezaron a caminar hacia nosotras cortando nuestra conversación. Emily se levantó nerviosa, yo me mantuve sentada.

—Hunter… —susurró, frotando las manos en la ropa.

Hunter

Riley había conseguido calmarme de una manera muy placentera. Metí las manos en los bolsillos mirando a mi prima frente a mí. Estaba nerviosa y temblorosa, me faltaba saber si todavía era por la situación que había vivido o por lo que yo pudiera decirle en ese momento.

Aunque no las había observado directamente al principio, había tenido muy presente el acercamiento entre Riley y ella. No habían dejado de hablar desde que se habían juntado, incluso escuché muy lejana la risa nerviosa que era típica en Emily.

Me parecía curiosa la forma que tenía Riley de llegar a la gente, en tiempo récord. Extraño porque yo huía de cualquier acercamiento, incluyendo al de mi familia. Aunque desde que ella había aparecido en mi vida me había saltado más de una vez mi forma de actuar.

—Lo lamento —añadió Emily, al ver que no decía ni hacia nada.

Soltando el aire despacio me acerqué a ella. La atraje hacia mí y la abracé. Sus brazos me rodearon con fuerza, escondiendo la cabeza en mi pecho.

—Te he echado de menos —susurró y la apreté más.

—¿Te encuentras bien? —susurré— ¿Te ha hecho algo más aparte de lo que he visto?

—Sí y no. Hemos tenido una fuerte discusión antes de irme del apartamento. He pedido un taxi para venir hasta aquí, pero me ha seguido con el coche. No sabía dónde ir.

—Emily, esta es tu casa. —Le acaricié el pelo—. Como si tuvieras que pensártelo para venir…

—Ya, pero hacía tanto que no aparecía —sonrió con tristeza cuando nos separamos.

—Porque así lo has decidido. Es tan tuya como de Cole y mía.

—¿Te molesta? —Se señaló el labio, refiriéndose al mío.

—No. Es insignificante. Tu novio —lo mencioné con retintín— es el que se ha llevado la peor parte.

—Me da igual —dijo con decisión.

—Es toda una novedad. —Entrecerré los ojos, analizándola, al igual que hice con el significado de sus palabras

—Les dejo por ahora. —La voz de William nos hizo centrarnos en él.

—Yo voy a ayudar a Aura. —Se levantó Riley, uniéndose a él—. Tenéis que hablar —comentó mirándome fijamente.

Asentí siguiéndola con la mirada cuando pasó por mi lado, pero no dio un paso más porque la alcancé rodeándole la cintura con un brazo, pegándola a mi costado.

—Gracias —susurré en su oreja, sonriendo de medio lado cuando el vello se le erizó.

—No hay de qué —murmuró—. Nos vemos en un rato.

—No lo dudes —hablé sobre su cabeza, dándole un beso.

William y ella se fueron juntos. Yago los vio irse y no dudó en seguirlos, mirándonos mientras los señalaba, dándonoslo a entender. Aun así, le costó moverse y por unos largos segundos fijó los ojos en Emily. La miré de reojo con interés, por la risilla que le salió, la que no podía evitar cuando se ponía nerviosa.

Levanté una ceja por su reacción, centrándome otra ven en Yago. En su espalda porque caminaba hacia la puerta. Muy interesante, lo mismo tiene solución, me dije pensativo. Y esperé y deseé que así fuera, que no me estuviera equivocando con las breves reacciones espontáneas que acababa de presenciar.

—¿Cómo va todo? —Me interesé llevándola otra vez al sofá cuando estuvimos solos.

Nos sentamos y la escuché atento cuando empezó a explicarme al detalle cómo le iba la vida. No me pasó desapercibido que no nombró en ningún momento a Andrew. Saltó esa parte de su historia, se enfocó en su trabajo y en ella misma. El tema era, ¿lo hizo por mí? ¿Para qué no me alterara otra vez? ¿Para que no le reprochara que continuara con él? O, por el contrario, ¿es que se había abierto una brecha por fin?

—Me da igual —dijo con decisión.

—Es toda una novedad. —Entrecerré los ojos, analizándola, al igual que hice con el significado de sus palabras.

—Les dejo por ahora. —La voz de William nos hizo centrarnos en él.

—Yo voy a ayudar a Aura. —Se levantó Riley, uniéndose a él—. Tenéis que hablar —comentó mirándome fijamente.

Asentí siguiéndola con la mirada cuando pasó por mi lado, pero no dio un paso más porque la alcancé rodeándole la cintura con un brazo, pegándola a mi costado.

—Gracias —susurré en su oreja, sonriendo de medio lado cuando el vello se le erizó.

—No hay de qué —murmuró—. Nos vemos en un rato.

—No lo dudes —hablé sobre su cabeza, dándole un beso.

William y ella se fueron juntos. Yago los vio irse y no dudó en seguirlos, mirándonos mientras los señalaba, dándonoslo a entender. Aun así, le costó moverse y por unos largos segundos fijó los ojos en Emily. La miré de reojo con interés, por la risilla que le salió, la que no podía evitar cuando se ponía nerviosa.

Levanté una ceja por su reacción, centrándome otra ven en Yago. En su espalda porque caminaba hacia la puerta. Muy interesante, lo mismo tiene solución, me dije pensativo. Y esperé y deseé que así fuera, que no me estuviera equivocando con las breves reacciones espontáneas que acababa de presenciar.

—¿Cómo va todo? —Me interesé llevándola otra vez al sofá cuando estuvimos solos.

Nos sentamos y la escuché atento cuando empezó a explicarme al detalle cómo le iba la vida. No me pasó desapercibido que no nombró en ningún momento a Andrew. Saltó esa parte de su historia, se enfocó en su trabajo y en ella misma. El tema era, ¿lo hizo por mí? ¿Para qué no me alterara otra vez? ¿Para que no le reprochara que continuara con él? O, por el contrario, ¿es que se había abierto una brecha por fin?

Capítulo 31



Riley

—Llevan mucho rato ahí, ¿no? —Miré divertida a Yago, mientras él estaba atento a la puerta corredera de cristal de uno de los salones que daban a la piscina, donde se habían quedado Emily y Hunter.

En ese espacio abierto estábamos nosotros, sentados en dos hamacas cerca del agua. Eran casi las ocho y media de la mañana. Nada más llegar a la mansión, Emily nos había dado encuentro y le había pedido a Hunter para hablar otra vez, antes de desayunar. La tarde anterior lo hicieron cuando los dejamos solos, pero no lo alargaron mucho. Esperaba que, si había algo que no se atrevió a decirle, aprovechara para hacerlo, habiéndolo meditado bien durante la noche.

El día anterior cenamos todos juntos y presencié el trato amable y cariñoso con el que se trataron William, Aura y ella. Cuando terminamos nos despedimos de Emily antes de que subiera hacia su habitación para descansar, nosotros nos fuimos hacia la casa. En el nosotros solo entramos Hunter y yo, Yago aceptó encantado la propuesta de Aura de invitarlo a un té en la suya. La intención de todos fue la de dejarnos solos y a nuestro aire.

No es que mi amigo me molestara, podía hacer lo mismo con Hunter a puerta cerrada. Pero nos vino bien un poco de intimidad, la verdad. Nada más entrar en la casa nuestras ropas volaron, ni siquiera nos dio tiempo a llegar a la habitación. Cuando traspasamos la puerta la erección de Hunter ya estaba escondida en mi interior.

Así dio comienzo un largo tiempo que finalizamos cayendo desplomados, satisfechos y saciados en el colchón. Un rato después, cuando ya estaba adormilada entre los brazos de Hunter, escuché la cerradura abrirse y los pasos sigilosos de mi amigo, el que se metió en su habitación sin hacer mucho ruido.

De vuelta a la zona de la piscina, mientras esperábamos…

—¿Preocupado por algo en concreto?

—¿Yo? Que va, pero me llama la atención.

—Son familia y teniendo en cuenta que hacía mucho tiempo que no se veían… A mí me parece de lo más

normal.

—Ya ha pasado la hora del desayuno —continuó distraído. Apreté los labios, conteniéndome.

—Ajá. Por pocos minutos, sí. ¿Dónde está la prisa? No hay ninguna. Aura y William saben de sobra del retraso los hemos avisado. Los demás están con sus tareas. Puedes relajarte, no se han escuchado gritos dentro. —Terminé riendo cuando giró la cabeza hacia mí, con una expresión…

—¿Qué dices?

—Estás muy protector. ¿No te das cuenta?

—Pues no. —Frunció el ceño.

—Así es amigo y me pregunto por qué. —Levanté las dos cejas varias veces, de forma graciosa.

El sonido de mi móvil impidió que me contestara. No fue el único en sonar, el de Yago también se escuchó, por lo que supimos de quién se trataba. Paola nos estaba llamando por videollamada. Solo yo descolgué para que no s escucharan interferencias, al tener tan cerca los teléfonos. Yago se sentó en la hamaca en la que yo estaba y nos enfoqué en la cámara para que nos viera a los dos cuando descolgué.

—Hola —dijimos al mismo tiempo, sincronizados.

—Hola —respondió sofocada.

Me pareció extraño y me fijé en el exterior, en lo poco que se veía mientras iba caminando ligera por la calle. No tuve problema en reconocer la zona, se vio a su espalda una parte del edificio del bufete donde yo trabajaba.

—¿Por qué vas tan acelerada? —Fue Yago quien le preguntó, dándole voz a mis pensamientos.

—Ay, qué marrón, ¡qué marrón! Madre mía, Riley —habló apurada.

—¿Qué dices? ¿Sales ahora de estar con Darío?

—No he llegado a entrar en su despacho —negó varias veces, hablando entrecortada.

—¿Por qué? —Hice una pausa, extrañada con todo— Paola —la llamé variando el tono de voz a más rotundo, para que intentara calmarse y se centrara en mí.

Miré por unos instantes a Yago. Estaba descolocado al verla y al escucharla de esa forma.

—Espera, quiero alejarme de aquí.

—Joder, pero ¿por qué? Me estás poniendo muy nerviosa. —Me levanté inquieta—. ¿Estás bien? ¿Te sigue alguien?

,

—¿Qué dices? —Alzó la voz—. No me sigue nadie, ¿no? —Se paró de golpe, mirando hacia atrás para comprobarlo.

Más nerviosa me puse porque tuviera que hacerlo para asegurarse.

—Yo qué sé. —Me froté la frente, presionándomela—. Mierda, Paola. Estás atacada, parece que estés escapando de algo o de alguien. ¿Qué quieres qué piense? Menos mal que todavía no es de noche porque ya me tendrías gritándote. —Bufé.

—Dame unos minutos. Es que es muy reciente y quiero largarme de aquí para poder hablar tranquila —me pidió.

.

e Me reservé el preguntarle a qué se estaba refiriendo con lo de reciente y con todo el conjunto. Me había puesto los nervios por las nubes en cuestión de segundos. Me sentía intranquila e inquieta sin entender nada, y toda la distancia que nos separaba no ayudada para tranquilizarme.

¿Qué significaba que no había entrado en el despacho de Darío? ¿Yendo expresamente por la petición que le hice no había accedido al edificio estando en la puerta principal de la planta baja? ¿Lo que la había puesto de esa forma le había sucedido en la calle antes de entrar o dentro? ¿Alguien la había increpado?

En mi trabajo imposible. Conocían a Paola de sobra y la relación que nos unía, incluso la recepcionista del edificio. Muchos días se pasaba al finalizar la jornada para buscarme e ir juntas hacia nuestros pisos. Ella no tenía coche y trabajaba a diez minutos de mí, a pie. Demasiadas preguntas pasaron a gran velocidad por mi cabeza, sin encontrar la lógica a ninguna de ellas por mucho que la busqué.

No era una zona apartada, todo lo contrario. El edificio del bufete estaba situado en todo el centro de la ciudad. Intenté tranquilizarme porque por esa parte estaba segura de que, con toda la gente que habría a esas horas en la calle, no estaba solitaria. En España eran las cinco y media de la tarde, debía haber mucho movimiento, incluyendo el tráfico de coches que circulaban por la gran avenida que quedaba a varios metros.

Esperé impaciente sin poder frenar los pies, dando vueltas sobre mí misma y alrededor de la hamaca donde continuaba sentado Yago, quien me seguía con la vista, intranquilo también por lo que le había transmitido.

—Creo que ya está —dijo soltando un suspiro largo y me paré frente a Yago.

—¿Me puedes explicar a qué viene todo esto? ¿Por qué narices estás así y qué ha sucedido para que te hayas

alterado tanto? —le pedí hablando de carrerilla, necesitando que me lo aclarara.

—Riley, no ha sido a propósito. —Hizo una mueca.

—Joder, joder… —Bufé histérica ya, porque no había por donde coger nada de lo que decía.

Yago se levantó y se acercó a mí, quitándome el teléfono de las manos.

—Primero de todo intenta calmarte porque vas a acabar con nosotros. No encontramos la lógica a cómo estás. Todo lo que dices no tiene sentido para nosotros, aunque tú lo des por hecho porque supuestamente lo has vivido. Respira hondo y habla, pero empezando por el principio y sin dejarte ningún detalle —le pidió lo más relajado que pudo, queriéndole transmitir la misma calma que le mostró, aunque por dentro estuviera tan revolucionado como yo.

—Vale, vale… —Hizo varias respiraciones profundas, sentándose en un banco.

La observamos con atención y más preocupados al darnos cuenta de lo blanca que estaba cuando se acercó la cámara a la cara.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —Igualé el tono de voz de Yago.

—Ay, es que no sé cómo decirlo. —Cerró los ojos con fuerza.

—Como te ha pedido Yago que lo hagas, desde el principio. Lo único que tengo claro es que has ido a ver a Darío, por lo poco que has dicho y porque he reconocido la zona y el edificio a tu espalda. ¿Cuál es el motivo por el que no has entrado al edificio?

—Riley. —Fruncí el gesto viendo sus ojos más brillantes de lo normal—. Sí que he entrado.

—¿Entonces? ¿Darío estaba reunido? ¿Es por eso por lo que no lo has visto?

—Bueno. Estaba con alguien, sí.

—Mierda, Paola —se quejó Yago.

—Lo estoy intentando, joder. ¡No es fácil! —Alzó la voz y nos mantuvimos callados para no alterarla más—. He venido como me pediste ayer —asentí cuando arrancó a contarlo—. He entrado y he subido hasta la planta en la que está el bufete. He preguntado por tu jefe y Amanda, la recepcionista, me ha dicho que podía pasar sin problema, que él la había avisado de que yo aparecería en cualquier momento.

—Muy bien, ¿y? —hablé intrigada.

—Que cuando he llegado frente a su puerta estaba entreabierta y no he pasado de tener la mano suspendida en el aire, no he tocado. Se escuchaban dos voces dentro del despacho y me he quedado paralizada cuando he oído tu nombre, por lo que estaban diciendo. Joder, Riley, es muy complicado. —Bufó varias veces.

—Vas muy bien —la animé—. ¿Era Darío quién hablaba de mí? Es normal, ya sabes lo que me une a él y ayer hablamos por mensajes. Dejé un caso empezado, lo mismo estaba comentándolo con el compañero al que lo derivé.

—No, no se trata de nada de eso —negó. Su cabeza se movió como si tuviera un muelle, de lado a lado repetidamente—. Y Darío no es el único que te ha mencionado. Me ha picado la curiosidad después de estar escuchando los primeros segundos. Ya sabes que en el pasillo donde está su despacho no pasa mucha gente y las demás puertas estaban cerradas. He tenido plena libertad para quedarme allí sin ser vista. Bueno al principio no estaba como para mover los pies si hubiera aparecido alguien, la verdad. —Cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué has oído de mí para ponerte así? —Agrandé los ojos, desconcertada al máximo—. ¿Has reconocido la otra voz?

—No y tampoco me he asomado. Me ha costado reaccionar —dijo en tono bajo.

—Sácanos de dudas, Paola —le pidió Yago.

—Mejor os paso la grabación que he hecho. —Se removió inquieta en el banco.

—¿Has grabado la conversación? ¿Te has parado a eso? —pregunté con un pequeño jadeo.

—Me lo vas a agradecer —susurró.

—Envíala —le pedí con el ceño fruncido, o más bien sonó como una exigencia.

—Sí, voy. Lo envío al grupo de los tres, así lo podéis oír desde el móvil de Yago, conmigo desde el tuyo en la videollamada —dijo nerviosa—. Ya está. ¡Riley, espera! —Alzó la voz.

—¿Qué? —respondí igual. Joder, me asusté y todo.

—Cariño, ¿estás de pie? —Levanté una ceja.

—Sí.

—Pues siéntate, por favor.

—Dale, Yago. —Ignoré su petición y la oí resoplar.

Yago le dio al *play* y enseguida diferencié las dos voces que se escucharon, eran la de mi jefe y la de Benjamín. Si tengo que explicar cómo me sentí, no sería capaz de detallar todo lo que me recorrió por el cuerpo. La rabia se apoderó de mí al sentirme engañada y utilizada, la impotencia de no estar en España para plantarles cara como necesité me consumió, la vista se me nubló a consecuencia de todas las emociones que se apoderaron de mí. Ninguna buena, ya os lo digo.

A pesar de cómo me puse, con Yago igualándome en todo, subimos el volumen para escuchar atentos y en silencio la grabación que había hecho Paola.

—No me gusta nada lo que me contaste, desde entonces me siento alterado —dijo mi jefe, se le notaba afectado

—Te dije desde el principio que era un asunto muy especial —comentó Benjamín, con un tono de voz más pausado.

—¡Eso no es equiparable a la bomba que me soltaste hace unos días, joder!

—Tranquilízate, todo está saliendo perfecto con Riley. —Intentó calmarlo Benjamín.

—Y una mierda, no me lo va a perdonar nunca. En la vida —le reprendió Darío—. No tienes ni puñetera idea de cómo es. Riley es especial en todos los sentidos. Si se siente traicionada y amenazada no dudará en ir a por quién se la haya jugado, y yo estoy en el lote por tu culpa.

»Mierda, Benjamín, ¿en qué estabas pensando para enviarla a la boca del lobo sin hablar conmigo antes? Podríamos haberlo hecho de otra forma. La quiero como si fuera una hija, he sido como su padre desde que la conozco y desde que la tengo bajo mi protección. No entiendes nada. —Alzó la voz.

—No encontré una mejor forma de hacerlo. Riley ha llegado allí como una desconocida, por petición nuestra para averiguar cosas de la familia e intentar solucionar los problemas que hay. Necesitaba hacerlo así, a través de ti, porque sabía que no se negaría estando tú de por medio. Hace tiempo que le seguía la pista, hasta que terminé por localizarla.

»Y no te imaginas la jodida sorpresa que me llevé al enterarme de quién era su jefe y su protector: tú. Todo se planteó perfectamente para no tener que decirle a Riley, de sopetón y después de tantos años como tiene, que donde iba a ir también le pertenece.

»Por lo que me has hablado de ella, los dos sabemos que no habría querido tener nada que ver si hubiera sido claro y directo, que se hubiera alejado de todos y de todo. No podía arriesgarme.

—No sabes lo que has hecho y lo que has provocado, ni una jodida idea tienes. Te lo has tomado como un juego y a ella como la ficha a la que mover a tu antojo. Como digo, no la conoces en absoluto. Si algún día llega a enterarse de que se la hemos jugado… No quiero ni pensarlo porque me abandonará y me aniquilará de su vida, y entonces el que tendrá que preocuparse serás tú porque perderé la puñetera cabeza.

—No seas tan negativo. Sabes lo bien que está en la mansión, la buena acogida que tuvo desde el principio y el cariño que Riley les ha cogido a todos. Era lo que buscaba con lo que he hecho.

—¿Alguien más lo sabe? —silencio— ¿Quién hay ahí?

Lo último que se escucharon fueron pasos, los de mi jefe al hacer la última pregunta. O más bien exjefe, sobra decirlo. ¿Qué significaba lo de que también me pertenecía? ¿Qué sentido podía darle a esa parte? ¿Quién era yo para ese hombre? ¿Alguien de su familia? No, no podía ser. Solo de pensarlo me entraban nauseas por la intimidad que había compartido con Hunter. ¿Por qué me había estado buscando y siguiendo la pista hasta dar conmigo? ¿Por qué había jugado a su conveniencia de esta forma? Blanca me quedé, sin poder parpadear con la vista fija en el teléfono de Yago. Hasta me mareé. Paola dio un grito en la videollamada, al ver cómo me tambaleaba, pero Yago reaccionó rápido lanzando su móvil a la hamaca. Me cogió al vuelo antes de que tocara el suelo.

—Eh, mírame —me pidió nervioso, retirándome el pelo de la cara.

—No me encuentro bien —dije con el pecho subiendo y bajando, al faltarme la respiración.

—¿Qué cojones significa todo esto? —La voz que habló preguntando…

De mis labios salió un jadeo fuerte al escuchar a Hunter. Cerré los ojos apretando los párpados durante unos segundos, sin atreverme a enfrentarlo en ese instante. Me sentía tan indispuesta…

Entre los brazos de mi amigo giré la cabeza en la dirección de la corredera. Separados de ella por unos pasos estaban él y Emily. La última con cara de sorpresa, con la boca abierta. Él, desprendía furia por cada poro de su piel. Maldije porque había cometido el error garrafal de descuidar dónde tenía la conversación con Paola y donde había escuchado el audio que nos había enviado, quedándome al descubierto para los dos, pero, sobre todo, para Hunter. Su mirada de odio se me atravesó y me sentí más desfallecer de lo que me había dejado saber la verdad que me habían ocultado.

—Hunter… —dije, pero la voz me salió tan débil que no supe si me escuchó.

—No te molestes en hablar —siseó con rabia, dándome a entender que sí me había oído—. Lo he escuchado todo, desde el principio con tu amiga. Habéis hablado demasiado alto y por los gritos hemos salido para ver qué sucedía. Tan entretenidos estabais que no os habéis dado cuenta de nuestras presencias.

»Jamás, nunca, debería haber bajado la guardia y las barreras con alguien relacionado con mi padre. —Escupió cada palabra con asco, haciéndome sentir lo peor del mundo ante la traición de la que había sido partícipe directa. Eres una mentirosa y manipuladora nata, como él. No quiero verte más en la vida, para mí ya no existes. Da un paso hacia mí y vas a conocer otra de mis facetas, y créeme que no te va a gustar en absoluto. Ahora mismo solo me da asco verte y una rabia tan grande que…

—Hunter —le habló Emily nerviosa, agarrándolo de un brazo.

Se soltó de malas maneras de ella, dando un tirón fuerte hacia abajo a su propio brazo. Antes de caminar rápido hacia el interior de la mansión, sus ojos me dejaron paralizada, por todo lo que me transmitieron. Cuando lo perdí de vista y con las pocas fuerzas que me quedaban, o las que encontré, salí corriendo detrás de él, con la necesidad de explicarme y decirle que lo que habíamos tenido quedaba fuera de mi presencia allí y de todo lo que había oído.

No llegué a tiempo, pareció como si la mansión se estuviera quemando porque desapareció. Lo único que pude ver desde la entrada principal, a lo lejos, fue la parte trasera de su coche recorriendo el camino asfaltado a gran velocidad. Las piernas me fallaron y me caí al suelo quedándome de rodillas, viéndolo todo borroso mientras escuchaba mis propios gritos y mi llanto.

Alguien me rodeó por la espalda, abrazándome con fuerza: Yago. Fue el último recuerdo que tuve de ese comienzo de pesadilla, el de mi mejor amigo intentado consolarme y ayudarme. Pero no lo consiguió, fue tanta la pena, la rabia, la impotencia, la desolación y un montón más de sentimientos, que dejé que me vencieran. Perdí la noción de lo que me rodeaba y caí en un sueño muy profundo y oscuro.

—Hunter —le habló Emily nerviosa, agarrándolo de un brazo.

Se soltó de malas maneras de ella, dando un tirón fuerte hacia abajo a su propio brazo. Antes de caminar rápido hacia el interior de la mansión, sus ojos me dejaron paralizada, por todo lo que me transmitieron. Cuando lo perdí de vista y con las pocas fuerzas que me quedaban, o las que encontré, salí corriendo detrás de él, con la necesidad de explicarme y decirle que lo que habíamos tenido quedaba fuera de mi presencia allí y de todo lo que había oído.

No llegué a tiempo, pareció como si la mansión se estuviera quemando porque desapareció. Lo único que pude ver desde la entrada principal, a lo lejos, fue la parte trasera de su coche recorriendo el camino asfaltado a gran velocidad. Las piernas me fallaron y me caí al suelo quedándome de rodillas, viéndolo todo borroso mientras escuchaba mis propios gritos y mi llanto.

Alguien me rodeó por la espalda, abrazándome con fuerza: Yago. Fue el último recuerdo que tuve de ese comienzo de pesadilla, el de mi mejor amigo intentado consolarme y ayudarme. Pero no lo consiguió, fue tanta la pena, la rabia, la impotencia, la desolación y un montón más de sentimientos, que dejé que me vencieran. Perdí la noción de lo que me rodeaba y caí en un sueño muy profundo y oscuro.

Continuará…

CARLOTA MANZANO

UNA REPENTINA OPORTUNIDAD

Bilogía "Nosotros" 2



Continuará…

CARLOTA MANZANO

UNA REPENTINA OPORTUNIDAD

Bilogía "Nosotros" 2



RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu